Las Grandes Familias

Maurice Druon



Sinopsis

En 1915 los destinos de las familias Schoudler y La Monnerie se unen con el matrimonio de François y Jacqueline. Los hijos de esta unión están llamados a regir el futuro de Francia; sin embargo, los acontecimientos parecen querer contradecir la llamada del destino. Las viejas rencillas, los enfrentamientos entre familias, las luchas despiadadas por el dinero y el poder y las tragedias que éstas provocan permiten que personajes cargados de ambición ocupen posiciones de privilegio que hasta entonces les estaban vedadas.

MAURICE DRUON

Las Grandes Familias

Traducción de Amparo Albajar

Libros del Asteroide

Título Original: *Grandes familles* Traductor: Albajar, Amparo Autor: Maurice Druon Colección: Libros del Asteroide, 50

ISBN: 9788492663064

Generado con: QualityEbook v0.60

LAS GRANDES FAMILIAS

MAURICE DRUON

Traducción de Amparo Alhajar

Primera edición en Libros del Asteroide, 2009

Título original: *Les grandes familles*

Publicado originalmente bajo el título «LES GRANDES FAMILLES»

Fotografía del autor: AFP/Getty Images

Fotografía de cubierta: Kodak Collection/NMeM/Science & Society Picture Library

Publicado por Libros del Asteroide S.L.U.

Santa Magdalena Sofía, 4, bajos

08034 Barcelona

España

www.librosdelasteroide.com

ISBN: 978-84-92663064

Depósito legal: B. 19.672-2009

Impreso por Reinbook S.L.

Impreso en España - Printed in Spain

Diseño de colección y cubierta: Enric Jardí

Este libro ha sido impreso con un papel ahuesado, neutro y satinado de ochenta gramos y ha sido compaginado con la tipografía Sabon en cuerpo 10,5.

A la marquesa de Brissac, princesa de Arenberg

PRÓLOGO

LAS paredes de la habitación de la clínica, la madera de los muebles y el metal de la cama estaban pintados de un blanco brillante, lavable y crudo. De la tulipa de vidrio esmerilado fijada encima de la cabecera caía la luz eléctrica, igualmente blanca y dura, sobre las sábanas, sobre la pálida parturienta que entornaba los párpados, sobre la cuna y sobre los seis visitantes.

—Todas vuestras magníficas razones no cambiarán un ápice mis ideas, ni siquiera el hecho de que estemos en guerra —dijo el marqués de La Monnerie—. Desapruebo absolutamente esta nueva moda de ir a dar a luz fuera de casa.

Tenía setenta y cuatro años y era el tío de la parturienta. Calvo en dos terceras partes del cráneo, su cabeza conservaba por detrás una corona de pelo blanco levantado en un alto cepillo hirsuto, como la cresta de un guacamayo.

—¿Causaban nuestras madres tantas molestias? —continuó—. Ellas no necesitaban cincuenta endiablados cirujanos y otras tantas enfermeras, ni todos esos ingredientes que apestan, para producir hijos vigorosos. Dejaban obrar a la naturaleza y al cabo de dos días tenían las mejillas sonrosadas. Mientras que ¡miren un poco esa cara blanca como el papel!

Con el puño de la camisa tendido hacia la almohada tomaba a la familia por testigo. En aquel momento tuvo un acceso de tos; la sangre afluyó a su rostro a través de las hinchazones y las arrugas, y le coloreó de escarlata la piel hasta el cráneo; luego escupió con fuerza en su pañuelo y se limpió el bigote.

Sentada a la derecha de la cama, la señora Jean de La Monnerie, esposa del gran poeta y madre de la parturienta, encogió sus imponentes hombros. Hacía mucho que había pasado la cincuentena; vestía de terciopelo granate y llevaba un enorme sombrero. Sin volverse, respondió a su cuñado con voz autoritaria: —Lo cual no quita, mi querido Urbain, que si a tu mujer la hubieran trasladado a tiempo, tal vez la tendrías aún contigo. ¡Bastante habló todo el mundo de eso!

—No es así, no —replicó Urbain de La Monnerie—. Eras demasiado

joven, Juliette; ¿qué puedes saber tú? En el hospital, en la clínica o adondequiera que hubiera ido, la desdichada Mathilde habría muerto igualmente, y sin tener siquiera la satisfacción de irse en su propia cama, en vez de estar en la cama de todo el mundo. La verdad es que no se puede fundar un hogar cristiano con una mujer que tiene unas caderas tan estrechas que podrían pasar por un servilletero.

—¿Creéis que esa conversación es oportuna delante de esta niña? —dijo la baronesa Schoudler, mujercita de pelo gris y tez aún fresca, que estaba de pie al otro lado de la cama.

La parturienta volvió levemente la cabeza y le sonrió. —No tiene importancia, mamá; no tiene importancia —murmuró.

Entre la baronesa Schoudler y su nuera existía la complicidad de los seres de corta estatura.

—Yo te encuentro muy bien, mi querida Jacqueline —siguió la baronesa Schoudler—. Dos hijos en dieciocho meses, por mucho que se diga, significa algo. Has soportado eso perfectamente, y tu angelote es magnífico.

El marqués de La Monnerie, refunfuñando, se volvió hacia la cuna.

Tres hombres se hallaban a su alrededor, vestidos todos de oscuro y con una perla prendida en la corbata. El más joven era el barón Noel Schoudler, regente del Banco de Francia, uno de los abuelos del recién nacido y marido de la mujercita de pelo gris y cutis fresco. Noel Schoudler tenía una estatura gigantesca. Su vientre, su torso, sus mejillas, sus párpados...: todo era pesado, impregnado de seguridad en sí mismo y de la afición a los combates del dinero. Llevaba una barba corta, muy negra y terminada en punta, como la de un rufián.

Aquel monumental sexagenario colmaba de atenciones a su padre, Siegfried Schoudler, el precursor, el fundador de la banca Schoudler, aquel a quien París llamaba desde tiempo inmemorial «el barón de todos los imperios», un anciano delgado, de cráneo jaspeado y patillas cremosas, de nariz enorme y venosa, de ojos bordeados de púrpura húmeda, que estaba sentado con las rodillas separadas y la espalda encorvada, y recurría sin cesar a la oreja filial para volcar en ella, con un deje de acento austríaco, confidencias que todo el mundo oía.

El último de los personajes presentes al lado de la cuna era el otro abuelo, Jean de La Monnerie, poeta ilustre y académico. Dos años menor que su hermano Urbain, al que se parecía en más fino y también en más hepático, su calvicie estaba oculta por un largo

mechón amarillento que rodeaba su frente; permanecía apoyado en un bastón de madera de las islas.

No había tomado parte en la discusión familiar. Contemplaba a la criatura, pequeña larva cálida, ciega y arrugada, cuyo rostro, apenas del tamaño de la mitad del puño de un adulto, salía por entre la ropa blanca.

—Misterio —dijo—. Misterio perfectamente trivial; el más impenetrable y el único que nos importa.

Sacudió la cabeza tristemente y dejó deslizar su monóculo tintado, sujeto por un cordoncillo; el ojo izquierdo, descubierto, bizqueaba un poco.

—En otros tiempos —continuó— no hubiera podido soportar la mirada de un recién nacido. Me producía cierto malestar. Esa ceguera de embrión, esa nada mental... Esos miembros minúsculos, cuyos huesos sabemos que son todavía gelatinosos... ¿Y por qué advertencia misteriosa detienen un día las células su crecimiento? ¿Por qué se consume uno...? —Las palabras parecían caerle de los dientes—. ;... se convierte uno en esto que somos? —añadió con un suspiro—. Terminamos de vivir y seguimos sin comprender, igual que este niñito.

—No hay misterio, hay Dios; eso es todo —dijo Urbain de La Monnerie—. Y cuando uno se hace mayor, como nosotros..., ¡bueno!, es como los ciervos viejos, que se desmochan, que llevan menos cornamenta cada año.

Noel Schoudler adelantó su enorme índice y lo acercó a la mano del recién nacido.

Entonces, por encima de los cuellos postizos, rígidos y lustrosos, las cabezas se asomaron, inclinaron sus hinchazones, sus arrugas, sus párpados purpúreos, sus frentes moteadas, sus grandes narices grumosas, sus inmensas orejas, sus mechones amarillentos y sus cabellos erizados, y soplaron sobre la cuna el aliento de sus bronquios gastados, de sus cuarenta años de cigarro, de sus bigotes y de sus dientes arreglados, para observar los deditos que apretaban, que pellizcaban la piel fina del dedo del abuelo, parecida a la membrana de los gajos de mandarina.

—¡Es extraordinaria la fuerza que tiene ya! —dijo Noel Schoudler.

Y los cuatro hombres permanecían por encima del enigma, por encima de aquella combinación apenas acabada de nacer de sus sangres, de

sus ambiciones, de sus amores ahora lejanos.

Bajo aquella bóveda el bebé empezó a adquirir un color carmesí y a gemir débilmente.

—De cualquier forma, he ahí a uno que tendrá todo lo necesario para ser feliz, si sabe utilizarlo —dijo Noel Schoudler enderezándose.

Como hombre que conocía el valor de las cosas, el gigante calculaba todo lo que aquel niño reunía en sí, o reuniría algún día, todo lo que ya se encontraba en la cuna: el banco, las refinerías, un gran diario, un título del Sacro Imperio, la notoriedad mundial del poeta y sus derechos de autor, el castillo y las tierras del viejo Urbain, otras fortunas menores y un lugar preparado por anticipado en todos los medios de la aristocracia, de las finanzas, del gobierno, de la literatura…

Siegfried Schoudler interrumpió a su hijo en su meditación tirándole de la manga, y le dijo al oído a voz en grito: —¿Cómo se llama?

—Jean-Noél, como sus abuelos.

Desde lo alto de su estatura y posando una vez más sobre la criatura más rica de París el filete negro de su mirada, repitió Noel para sí mismo, orgullosamente: —Jean-Noél Schoudler…

De las lejanías de la ciudad llegó el sonido de una sirena. Todos los visitantes levantaron la cabeza al mismo tiempo, salvo el abuelo, que no oyó nada hasta la segunda sirena, más cercana.

Estaban en las primeras semanas de 1916. De cuando en cuando llegaba el *Zeppelin* por la noche sobre la capital, que aullaba a su proximidad y luego se oscurecía. Millones de vidrios se tapaban. El gran dirigible alemán volaba lentamente por encima de la aglomeración apagada, lanzaba algunas bombas que caían al azar entre la multitud de las calles y de las casas, y volvía a partir.

—La noche pasada, en Vaugirar, cayó en un edificio. Según parece murieron cuatro personas, tres de ellas mujeres —dijo Jean de La Monnerie en medio del silencio.

La resonancia parecía no ser ya la misma en aquella habitación. Pasaron varios segundos. Ningún rumor en el exterior, salvo el rodar de un simón en una arteria próxima.

Nuevamente hizo Siegfried una seña a su hijo, que le ayudó a ponerse

el abrigo forrado de piel; luego el anciano volvió a sentarse.

Para alimentar la conversación, la baronesa Schoudler dijo: —Una de sus horrorosas bombas cayó en la vía del tranvía. El riel se retorció en el aire y fue a matar a un desdichado que estaba en la acera.

Noel Schoudler, inmóvil, fruncía el ceño.

La sirena del barrio se puso a rugir; la señora de La Monnerie mantuvo dignamente los índices sobre los oídos durante el tiempo que duró el sonido.

Se oyeron pasos en el corredor y golpear de puertas; entró una enfermera.

Era una mujer alta, ya de edad, de piel seca y gestos masculinos.

Encendió la lamparilla de estearina que había sobre la mesilla de noche, se aseguró de que las cortinas estuvieran bien corridas y apagó la tulipa.

En la penumbra, las siluetas de los visitantes, frente a la parturienta, poblaron la pared de extrañas sombras.

—Si los señores quieren bajar —dijo la enfermera—, el refugio se encuentra en el mismo edificio. Todavía no podemos bajar a la señora, el médico lo ha prohibido. Tal vez mañana...

Sacó al recién nacido de la cuna y lo envolvió en la manta.

—¿Soy yo la única que se queda en este piso? —preguntó la parturienta con débil voz.

La enfermera no contestó a la pregunta.

—¡Vamos!; va usted a portarse bien, a quedarse tranquila —dijo.

—Quisiera tener a mi hijo a mi lado, aquí —añadió la parturienta ahuecando el costado del lado opuesto a la ventana.

La enfermera murmuró simplemente: «Ts..., ts...», y se fue, llevándose a la criatura.

Por la puerta batiente, en la luz azulada del corredor, la parturienta vio a los otros enfermos de aquel piso que desfilaban empujados en sillas de ruedas. Pasaron algunos segundos.

—Noel, creo que valdría más que bajaras, por tu corazón —dijo la baronesa Schoudler en voz baja, para aparentar calma.

—¡Oh, por mí no tiene importancia! —contestó Noel Schoudler—. Es más bien por mi padre.

El viejo Siegfried no trataba siquiera de dar razones; estaba de pie y esperaba, ya impaciente, que lo acompañasen.

—Noel aborrece permanecer en los pisos altos durante las alarmas —murmuró la baronesa a la señora de La Monnerie—; le produce trastornos cardíacos.

Los La Monnerie consideraban con cierto desprecio la inquietud de los Schoudler. Les perdonaban que tuviesen miedo, pero no que lo demostrasen.

La señora de La Monnerie sacó del bolso un relojito redondo.

—Jean, vamos a tener que marcharnos si no queremos llegar tarde a la ópera —dijo recalcando la palabra «ópera», para dejar bien sentado que la presencia del *Zeppelin* no introduciría ningún cambio en el programa de su velada. —Sí, Juliette, tienes razón —respondió el poeta.

Se abotonó el abrigo, respiró como si echase mano de todo su valor y añadió en tono neutro: —Todavía tengo que ir un momento al círculo. Te dejaré de pasada y luego volveré a reunirme contigo en el segundo acto.

—No tiene importancia, amigo mío, no tiene importancia —dijo la señora de La Monnerie con un tono bastante agrio—. Tu hermano me hará compañía.

Se inclinó hacia su hija.

—Gracias por haber venido, mamá —dijo maquinalmente la parturienta mientras recibía en la frente un beso breve.

La baronesa Schoudler se adelantó en seguida para despedirse. Sintió que la mano de la parturienta se cerraba en torno a la suya, casi se aferraba a ella; tuvo un instante de vacilación, pero luego pensó: «Después de todo, no es más que mi nuera. Si su propia madre se va…».

La mano de Jacqueline se aflojó.

—Ese Guillermo II es verdaderamente un bárbaro —dijo la baronesa para ocultar su embarazo.

Con paso presuroso, unos a causa de su angustia, los demás a causa de su espectáculo o de su cita apenas secreta, salieron los visitantes; primero las mujeres, prendiéndose los alfileres del sombrero, luego los hombres por orden de edad. Después la puerta se cerró y retornó el silencio.

La parturienta volvió los ojos hacia la vaga blancura de la cuna vacía y hacia la fotografía de un joven oficial de dragones, de frente y con la cabeza alta, que iluminaba la lamparilla encima de la mesa de noche. En un rincón del marco estaba encajada otra fotografía, más pequeña, del mismo oficial, vistiendo un capote de piel de cabra y con los pies en el barro.

—François —dijo muy bajo la joven—. François… ¡Dios mío, haz que no le pase nada a François…!

Con los ojos abiertos de par en par en las tinieblas, con el oído aguzado, percibía el zumbido de su propia respiración.

De repente oyó el lento ronroneo de un motor que venía del cielo, luego una explosión bastante sorda, pero que hizo temblar los vidrios, y de nuevo el ronroneo, más cercano.

Jacqueline agarró el borde de la sábana y, juntando los puños, se la llevó a la boca.

En aquel momento volvió a abrirse la puerta; apareció una cabeza coronada de blanco y la sombra de pájaro iracundo de Urbain de La Monnerie se deslizó sobre la pared.

El anciano moderaba sus pasos; fue a sentarse al lado de la cama, en la silla que unos minutos antes había abandonado su cuñada, y se limitó a decir: —La ópera no me ha entretenido jamás. Estaré igualmente bien esperando a tu lado… Pero ¡qué idea la de venir a dar a luz a un lugar semejante!

El *Zeppelin* avanzaba, iba a pasar por encima de la clínica.

1. LA MUERTE DEL POETA

I

EL aire estaba seco, frío, quebradizo como el cristal. París lanzaba un inmenso resplandor rosa hacia el cielo de diciembre, oscuro y abarrotado de astros a la vez. Los millones de bombillas, los millares de hornillos de gas, las luces de los escaparates, los letreros luminosos que recorrían los tejados, los bulevares surcados por tantos faros de coches, las fachadas de los teatros, las buhardillas de la miseria, las ventanas del Parlamento en sesión tardía, los talleres de los artistas, las cristaleras de las fábricas, las candelas de los serenos, los reflejos en el agua de los estanques y sobre la piedra de las columnatas, y en los espejos, y en las sortijas y en las pecheras blancas, todas esas luces, esos focos, esos rayos se fundían por encima de la capital en una cúpula de claridad.

Hacía dos años que había terminado la Gran Guerra. París había resurgido, deslumbrante, en medio de la Tierra. Tal vez nunca había sido más fácil el movimiento de los negocios y de las ideas que en ese final del año el dinero, el lujo, la obra de arte, el libro, el pláto raro, el vino, la palabra, el adorno, la quimera se habían difundido con tal profusión. Los doctrinarios del mundo entero gritaban la verdad y la paradoja en los cafés de la *rive gauche*, y rodeados de ociosos inspirados, de estetas, de revolucionarios permanentes, de sublevados temporales, celebraban cada noche la más grande, la más asombrosa feria de la inteligencia que se haya visto en la historia del mundo. Ministros y diplomáticos de todos los estados, de todos los reinos, se codeaban en las floridas recepciones del barrio del Bois. La Sociedad de las Naciones, recién creada, había elegido como sede de su primera asamblea el salón del Reloj, en el Quai d'Orsay, y desde allí le había asegurado a la humanidad una era de dicha.

Las mujeres habían acortado sus vestidos y empezaban a cortarse el pelo. Las fortificaciones que databan de Luis Felipe (aquel cinturón herboso de fosos y bastiones en que París había vivido cómodamente durante ochenta años y adonde los niños de las calles grises iban a jugar los domingos) se habían tornado bruscamente demasiado estrechas; se arrasaban los fuertes, se rellenaban las

escarpas, y la ciudad iba a desbordar sobre los jardines míseros, a anegar con sus altas olas de ladrillos y cemento las iglesias de las antiguas aldeas. La república había elegido como primer presidente después de la victoria a uno de los hombres más elegantes de Francia, pero que pocas semanas después zozobraba en la locura.

París era más que nunca una sociedad sumisa al éxito; veinte mil personas como máximo detentaban, en participación constantemente revisada, el poder, la fortuna, la gracia y el talento. Eran comparables a las perlas, entonces muy en boga, que parecían su símbolo; las había verdaderas, cultivadas, falsas y barrocas; se veían orientes humanos que se ennegrecían en unos meses y otros que cada día aumentaban de valor en el mercado. Pero, sobre todo, ninguna de esas veinte mil personas poseía la transparencia dura, el brillo sincero, cortante, de la piedra preciosa; todas tenían la luminosidad turbia, lechosa, impenetrable de un producto de extracción marina.

Otros dos millones de seres las rodeaban. Estos no habían nacido en el camino de la suerte, o no habían podido alcanzarlo o ni siquiera lo habían intentado. Como en todos los tiempos, eran los que rascaban los violines, vestían a las actrices, ponían marco a los cuadros que otros habían pintado, clavaban las alfombras bajo los zapatos blancos de las grandes bodas. Los menos dichosos permanecían bloqueados entre el trabajo y la notoriedad.

Pero nadie hubiera podido decir si eran los veinte mil quienes dirigían a los otros, organizaban sus dos millones de tareas y sacaban provecho de ellas, o si eran los dos millones los que por necesidad de actuar, de vender, de admirar, de compartir la gloria, segregaban sus diademas.

Una muchedumbre, de pie durante cinco horas para ver pasar una carroza real, se siente más gozosa que el príncipe que la saluda sentado.

Los hombres de la generación que ya se extinguía, cuya vejez había esquivado la guerra, opinaban, sin embargo, que París declinaba con ellos. Lamentaban el fin de la cortesía y de una cierta forma francesa del ingenio, herencia, según afirmaban, del siglo XVIII, y que ellos habían conservado intacta. Olvidaban que sus padres y sus abuelos habían dicho otro tanto; olvidaban también que ellos mismos habían agregado algunas reglas a la cortesía y que no habían recuperado «el ingenio», en el sentido en que ellos lo entendían, más que en su vejez. Juzgaban las modas exageradas, las costumbres licenciosas; la juventud hacía alarde ante ellos, como de diversiones

casi normales, de lo que en su educación les había sido presentado como vicio y que siempre habían o reprimido o disimulado: la homosexualidad, las drogas, las formas complicadas o perversas del erotismo; con la reprobación de los mayores se mezclaba también un poco de envidia. Las recientes obras de arte les parecían indignas de ese nombre y las nuevas teorías la expresión de la barbarie. Englobaban al deporte en el mismo desprecio. En cambio registraban con interés los progresos de la ciencia y veían, ora con un orgullo divertido, ora con un poco de irritación, cómo las invenciones mecánicas y las técnicas invadían su universo material. Pero toda esa barahúnda mataba, para ellos, el placer y, echando de menos una manera más tranquila de ser civilizados (su manera) aseguraban, envolviendo a la época en una mirada circular, que aquel fuego de artificio desenfrenado no duraría mucho y no acabaría bien.

Podía uno encogerse de hombros; en su actitud, sin embargo, había otra cosa que no era el eterno resentimiento de los ancianos. Entre las sociedades de 1910 y 1920 se había abierto una grieta más profunda, más cierta que entre la sociedad de 1820 y la de 1910. Sucedía con París como con esas personas de quienes se dice: «Ha envejecido diez años en ocho días». En cuatro años de guerra Francia había envejecido un siglo, su último siglo, tal vez, de gran civilización, y esa hambre súbita de vivir que conocía París era una avidez de tísico.

Una sociedad puede ser feliz, aun llevando en sí sus lesiones internas; la desdicha viene después.

Igualmente puede una sociedad parecer feliz mientras muchos de sus miembros sufren.

Los jóvenes achacaban a sus mayores la responsabilidad de todos sus males visibles y previsibles, de sus dificultades cotidianas, de las vagas calamidades del mañana. Los ancianos que habían formado o formaban parte todavía de los veinte mil oían cómo se los acusaba de crímenes que no tenían conciencia de haber cometido, de egoísmo, de cobardía, de incomprensión, de ligereza, de belicismo. Por otra parte, sus acusadores tampoco parecían testimoniar mucha generosidad, creencias, ni ponderación. Cuando los viejos se lo hacían notar, los otros exclamaban: «Pero ¡sois vosotros quienes nos hicisteis así!».

Y cada hombre, en el foco mismo de los rayos que París emitía, seguía el túnel de su propia vida; el viandante, inconsciente de la gran cúpula de claridad bajo la cual marchaba y que era visible a varias leguas a la redonda, no distinguía frente a sí más que la oscura acera.

Asmática, izando trabajosamente su enorme pelvis, la madre Lachaume subió la escalera del metro y emergió en el patio de la estación.

—No corras tanto, Simón —dijo—; no puedo seguirte. Comprendo que tengas prisa por verme partir…, pero te ruego que te pongas al paso de mis varices.

El frío le veteaba las mejillas. Párpados hundidos y labio velludo, lanzaba ante ella grandes chorros de aliento que se diluían, lechosos, en el aire helado.

Simón Lachaume dejó la maleta en el suelo y se limpió las gafas.

En torno a ellos, los mozos de cuerda, de guardapolvo azul, empujaban sus carritos, y los viajeros arrebujados se atareaban, se interpelaban, llamaban a los taxis. Los automóviles se apretaban en tres filas junto a la acera y la iluminación de la larga cristalera hacía centellear sus cromados.

—He tenido que esperar hasta esta edad para venir a París —siguió la anciana—, y mucho me temo que no volveré en lo que me queda de vida. Es demasiado fatigoso. Todas esas escaleras, en tu casa, en el hotel, en el metro, en todas partes… Es demasiado para mis pobres piernas.

Permanecía inmóvil, maciza, en medio de la barahúnda. Iba enteramente vestida de negro. Negra la saya que le caía hasta los pies, negro el abrigo apenas más corto que cubría el inmenso cuerpo deformado, negra la toquilla que le envolvía los hombros. Los pendientes eran de madera negra. Un sombrero chato, en forma de minúscula corona mortuoria, remataba aquel monumento.

Un niño al que arrastraban de la mano contempló, atontado, a la campesina, tropezó con unas maletas, recibió una bofetada y se echó a llorar.

—Vamos, mamá, es preciso avanzar —dijo Simón Lachaume conteniendo su exasperación—. Prepara el billete.

Era más bajo que su madre, con hombros escuálidos y una frente demasiado saliente sobre un rostro chato. La anciana volvió a ponerse en marcha, el pecho bamboleante, pesada la cadera.

—Si tu mujer lo hubiera querido, habría podido dormir perfectamente en vuestra casa —dijo—. Me hubiera evitado el gasto y la fatiga.

—Pero ya viste que la vivienda es demasiado pequeña —contestó Simón Lachaume—. ¿Dónde querías…?

—Sí, sí, ya lo sé; sin embargo, yo sé bien lo que digo… En fin; le diré a tu padre que eres feliz, que te va bien en tu situación… No le hablaré de tu mujer…, porque después de todo no la quiero.

Simón estuvo a punto de gritar: «Pero ¡si yo tampoco la quiero, no sé por qué me casé con ella!». Estaba inmovilizado entre la multitud, contra su madre. La mujer bloqueaba todo el paso en el portillo del revisor; se había arremangado el vestido y hurgaba lentamente en el bolsillo del refajo buscando el billete. Hasta en su ropa «de domingo» arrastraba un olor de estiércol y de leche agria.

Pasaron por fin al andén. La locomotora jadeaba, inundaba de vapor varios metros de asfalto. La madre Lachaume se detuvo en pleno centro de aquella blancura cálida y dijo: —Además, sería una lástima que no fueras feliz, después de todos los sacrificios que hicimos por ti.

—¡Te repito por enésima vez que no habéis hecho ningún sacrificio! —exclamó Simón—. Aprobé todos mis exámenes como becario, me moría de hambre. Nunca me disteis ni un céntimo… Sí; cuando me marché a hacer el servicio mi padre me entregó, regiamente, una moneda de cinco francos. Eso es todo. Tú ni siquiera me mandaste un paquete durante toda la guerra.

—¿Acaso sabía uno si llegaban? Habrías podido estar muerto y el paquete se habría perdido.

Simón sacudió su enorme frente. Su cólera chocaba contra un obstáculo blando, opaco, eterno. ¿Para qué contestaba? El olor a grasa, a vapor y a hollín que despedía la máquina, el olor más próximo a leche ácida, el peso de la maleta, el arrastrar de pies de la muchedumbre, la presencia de la anciana, la sensación de su propia humillación al haber dejado surgir una discusión sin razón ni finalidad, todo junto le producía náuseas. Y el frío que lo había invadido hacía un momento le había colocado aquel aro apretado en torno a las sienes.

—Pues como decía —continuó la madre Lachaume—, eso no impide que estemos orgullosos de ti. Así es. Cuando quisiste estudiar

tuviste nuestro consentimiento. Te alimentamos hasta los catorce años, te dimos la sangre de nuestras venas…; tú sabes lo que valía la jornada de un hombre en aquellos tiempos: dos francos cincuenta, dos francos setenta y cinco…; y luego te marchaste, en el momento en que los hijos empiezan a rendir. Entonces, ahora que estás colocado, que andas mejor vestido que como fuimos nunca tu padre y yo…

Paseó una mirada de respeto y de reproche a la vez por el abrigo de confección que llevaba su hijo, por el pantalón azul marino que empezaba a formar rodilleras.

—…trata de mandarnos un poco de dinero, si es que puedes. Será una ayuda, sobre todo con tu pobre hermano a nuestro cargo, en el estado que tú sabes.

—Pero ¿por qué me pides eso? —dijo Simón—. Sabes perfectamente que no me alcanza para llegar a fin de mes, a duras penas podré pagar la edición de mi tesis. Y vosotros tenéis más que suficiente para vivir. Poseéis más hectáreas de las que podéis cultivar, y seríais ricos si papá no fuese un borracho. Entonces ¿por qué?, ¿por qué esa mendicidad? —gritó.

La madre Lachaume levantó sus fofos párpados, descubrió sus ojos, redondos y descoloridos, y Simón creyó que iba a montar en una de aquellas cóleras de gigante que lo habían aterrorizado toda su infancia. Pero no; la vieja había ido a menos con la edad; se había sometido a los años. No quería pelearse con su hijo.

—Ya no decimos las mismas cosas con las mismas palabras —dijo suspirando—; ya no nos entendemos… Mira tú: cuando querías un oficio para no hacer nada, yo hubiera preferido que fueras cura. Te habrías alejado menos de nosotros.

Para evitar odiarla por completo, Simón Lachaume se vio obligado a decirse que tal vez no volvería a verla nunca. Trató de hacer un gesto de buen hijo, de hijo que reverenda a su madre a pesar de todo y que la honra. Le ofreció el brazo para ayudarla a avanzar.

—Se les da el brazo a las señoras de la ciudad —le dijo ella—; yo siempre he andado sin ayuda de nadie y continuaré así hasta el cementerio.

Arrastrándose sola, con sus pesadas caderas, no pronunció ni una palabra más hasta que llegó a su vagón. Gimió mientras subía a él. Simón la instaló en la banqueta de madera dura y puso la maleta en la red.



—¿No corre peligro? —preguntó la vieja levantando unos ojos desconfiados.

—No, no.

Ella miró el reloj del andén.

—Todavía veinte minutos de espera —dijo.

—Tengo que irme, ya voy retrasado —murmuró Simón. Se inclinó y puso un simulacro de beso sobre la mejilla sembrada de vello gris.

La madre Lachaume agarró la muñeca de su hijo con sus gruesos dedos agrietados.

—No te pases cinco años sin venir a vernos, como la última vez —dijo con voz sorda.

—No —contestó Simón—; iré a los Mureaux en cuanto pueda; te lo prometo.

Su muñeca seguía aprisionada.

—Y mientras tanto —repitió la vieja—, si puedes mandarnos algo, por poco que sea…, sería una prueba de que por lo menos piensas en nosotros de vez en cuando, te lo aseguro…

No volvió la cara hacia la ventanilla para ver a Simón alejarse. Atenta sólo a su pena, sacó su pañuelo amarillo de debajo del refajo y se secó los ojos.

Una espesa capa de paja había sido tendida sobre la calzada, frente al palacete particular de la calle de Lübeck, para amortiguar el ruido de las ruedas. Esa costumbre de esparcir paja frente a la puerta de los enfermos graves desaparecía con los caballos y sólo subsistía entre algunas viejas familias, como un rito prefunerario.

Simón Lachaume esperó largo rato con la mano apoyada en el tirador de hierro.

Un alto automóvil negro se hallaba estacionado, con los faros bajos, y el chófer paseaba de un lado a otro para desentumecerse.

Se abrió la puerta de la mansión. Un criado viejo inclinó la cabeza ante el joven.

En ese momento, Isabelle, la sobrina de la casa, apareció en la escalera.

—¡Ah, suba en seguida, señor Lachaume! —dijo apartándose un mechón que le caía sobre la frente—. Lo está esperando.

Isabelle d'Huisnes tenía unos treinta años. Su rostro triangular, moreno y sin gracia, estaba tenso de fatiga; dos manchas de sombra se marcaban bajo sus ojos.

Simón dejó su abrigo gris de solapas arrugadas sobre un cofre Renacimiento, entre los hermosos abrigos de sarga negra y las pellizas con cuello de nutria, adornadas con cintas de la Legión de Honor u otras condecoraciones, y limpió rápidamente sus gafas con los pulgares.

Por la puerta entreabierta del saloncito divisó a dos flacos ancianos, con largas piernas y botines estrechos.

—No ha perdido la conciencia ni la lucidez —dijo Isabelle, precediendo a Simón por la escalera.

En el primer piso atravesaron el gabinete de trabajo adonde tantas veces había ido Simón; objetos de China, muebles lacados en rojo con extrañas flores negras, preciosos libros encuadernados en rústica, polvorientos, descantillados, otros absolutamente nuevos e intonsos, papeles esparcidos, láminas. Dos grandes crisantemos marchitos, con el tallo hundido en un jugo oscuro que deberían haber sido tirados hacía ya varios días.

En la habitación contigua, el poeta Jean de La Monnerie se moría.

Simón Lachaume entró en un cuarto con mobiliario estilo imperio. El terciopelo de los asientos y de los cortinajes era de un amarillo desvaído. Un trozo de seda igualmente amarilla y bordada con una pasamanería descolorida formaba la pantalla de la lámpara de cabecera y tamizaba la luz. Sobre el mármol de la cómoda se hallaba una copia del busto del poeta, ejecutado hacia 1890 por Rivolta; el vaciador había dado a aquella copia el color del bronce, pero una desconchadura en la nariz revelaba con un relumbrón de yeso el material verdadero. Delante del espejo de la chimenea, un gran reloj de mármol, segundo tras segundo, producía un ruido crujiente. El poeta había trabajado en su habitación durante los momentos que precedieron a su enfermedad; junto a una ventana se veía una mesa de juego de marquetería cargada de cuartillas, cartas y libros.

Reinaba un olor de fiebre y de vejez acumulada, de tabaco de oriente, de benjuí para inhalaciones, de alcohol puro volatilizado y de pociones azucaradas, un olor agrio y dulzón a la vez, un hedor que mantenían a alta temperatura la boca de la calefacción y el fuego de carbón de la chimenea.

Jean de La Monnerie yacía tendido en una gran cama de montantes adornados con anillos de bronce, los ojos cerrados y el torso ligeramente levantado por almohadones.

Tenía la tez violácea; una barba de unos días semejaba un depósito de sal sobre las consumidas mejillas. El largo mechón que de ordinario cubría la calvicie se arrastraba sobre la funda de la almohada, el pescuezo descarnado mostraba sus canales y humedecía de sudor el cuello redondo del camisón. Las sábanas estaban arrugadas.

Un hombre con traje de etiqueta, de unos sesenta años, de cara voluntariosa y un aire de suficiencia, de pelo plateado, piel clara y bien afeitada, tenía entre los dedos la muñeca del poeta y seguía el camino de una aguja sobre un reloj de oro.

Cuando Simón se acercó, Jean de La Monnerie abrió los párpados. La gran mirada gris, con el ojo izquierdo divergente, erró, fluctuó; acabó por fijarse.

—Amigo mío..., qué amabilidad la suya —pronunció el poeta con voz sorda en que el aliento golpeaba mal las cuerdas vocales— al

haberse molestado... —Cortés hasta el fin, comenzó las presentaciones —: El señor Simón Lachaume, joven licenciado de gran talento...

El personaje de esmoquin inclinó la cabeza por encima de su camisa almidonada y dijo simplemente: —Lartois.

—Esta mañana mi confesor —dijo el poeta—; esta tarde usted, mi médico y fiel amigo...; ahora, ¿diría yo mi discípulo o mi indulgente turiferario...? Y además este ángel que vela constantemente —añadió dirigiéndose a su sobrina—. Debería morir contento.

Suspiró. Las cuerdecillas de la garganta se contrajeron. —Vamos, vamos; sería muy normal que saliera usted de ésta. Desde el momento en que la fiebre ha bajado... —dijo Lartois con una dulzura profesional en la voz que su rostro no tenía—. ¡Todavía seguirá asombrándonos, gran hombre! —Ya no me queda mucho —murmuró el poeta.

Hubo un momento sin palabras, durante el cual no se oyeron más que los segundos marcados por el reloj de mármol.

En el cuarto de baño, la religiosa de guardia, con las puntas de papalina levantadas por un alfiler, hervía las jeringas. El ojo izquierdo del viejo buscó, interrogó a Simón.

Éste, en respuesta, sacó del bolsillo de su chaqueta un paquete de pruebas de imprenta.

—¿Cuándo sale? —preguntó Jean de La Monnerie.

—El mes que viene —contestó Simón.

Una expresión de tristeza y de orgullo mezclados pasó por el rostro violáceo del poeta y lo rejuveneció un instante.

—Este joven —explicó al médico— me consagra su tesis de doctorado por entero... Váyase, Lartois, me encuentro bien; váyase a su cena. Son buena cosa las cenas. Y luego, guando yo... —el silencio adquirió una especie de densidad— ...preséntese a mi sillón —terminó.

El profesor Lartois, miembro de la Academia de Medicina, que iba a perder en la Jean de La Monnerie uno de sus más seguros egas. No habrá próxima candidatura a la Academia Francesa; a su alrededor y lamentó que aquellas últimas palabras, aquella especie de investidura, no hubieran tenido mejores testigos. Por primera vez

prestó atención al muchacho mal vestido, de cabeza demasiado grande y gafas con montura de metal, que se hallaba a su lado, y le hizo una seña de complicidad admirativa que significaba: «¡Qué corazón más maravilloso!, ¿no es cierto? ¡Qué elegancia de espíritu hasta al fin!».

Dejó oír una risita entre dientes, como si sólo se tratase de una idea graciosa.

—Lo dejo a usted en compañía de su gloria —dijo posando amistosamente la mano sobre la manga de Simón—. Pasaré por aquí a eso de las once.

Salió, seguido de Isabelle.

Con sus largos dedos salpicados de manchas castañas, Jean de La Monnerie jugaba con el paquete de pruebas.

—Es emocionante… Es emocionante —dijo.

De nuevo su ojo gris recorrió lentamente el rostro del joven y pareció humedecerse.

—*¡La gloria!* Es una hermosa palabra —murmuró.

Lartois bajó los peldaños con la cabeza erguida y el paso ligeramente saltarín.

—Entonces, doctor, ¿cuánto tiempo...? —preguntó Isabelle a media voz, con los ojos brillantes de lágrimas.

—Todo depende de esto —contestó él señalando el lugar del corazón—, pero a mi parecer es cuestión de horas. Después de los dos síncopes de hoy...

Entraron, Urbain y Robert de La Monnerie se levantaron.

—No puedo más que repetirles lo que hace un instante le comentaba a Isabelle —les dijo Lartois—. El desenlace fatal puede producirse de un momento a otro. La congestión pulmonar está evidentemente contenida pero ¡el miocardio..., el miocardio...! Llega un momento en que nuestra ciencia aproximativa ya no logra nada, y cuando se trata de un amigo tan admirable es verdaderamente desgarrador... Mi querida pequeña, ¿tendría usted una hoja de papel?

—¿Para una receta? —preguntó Isabelle.

—No, para el parte facultativo.

Los dos hermanos permanecían callados. El marqués meneó dos o tres veces su gran corona de hirsuto cabello.

Robert, el general, el menor de los cuatro hermanos La Monnerie, sopló sobre el botón rojo que condecoraba la solapa de su chaqueta, como si quisiera sacar una mota de polvo.

Lartois escribió: «Parte de la tarde».

De repente su mano se inmovilizó. Dos lucecitas fijas, brillantes, caprichosas, se encendieron en sus ojos. Isabelle estaba inclinada hacia la mesa; su pecho un poco bajo se dibujaba nítidamente a través de la chaqueta de lana, su cuerpo moreno exhalaba un perfume de fatiga. La mirada de Lartois subió hasta los ojos de Isabelle, pero ella, con la atención enterrada en la pena, no lo notó.

Todo el mundo creía que Lartois reflexionaba. Las dos lucecitas se extinguieron y el médico trazó con una letra breve y rápida: «*Mejoría notable del estado respiratorio. Insuficiencia cardíaca parcial.*

Pronóstico reservado».

«De esta manera hay para todo el mundo —pensó—, para los profanos y para los colegas. No habrá sorpresas...» «*Firmado: Profesor Emile Lartois.*»

A fuerza de ver su firma reproducida en los diarios debajo del nombre de agonizantes ilustres, sentía que él mismo se iba tornando ilustre.

Se dirigió a la antecámara, se puso la pelliza que el criado le presentaba, enfundó las manos, bellas y cuidadas, en guantes de gamuza y se encaminó hacia el automóvil negro estacionado frente al palacete.

Minutos más tarde la religiosa de guardia atravesó el corredor que dividía la planta alta y llamó a la puerta de la señora de La Monnerie. No obtuvo respuesta y volvió a llamar.

—¡Pase! —dijo una voz impaciente.

La señora de La Monnerie se hallaba frente a una mesa de caballete cubierta de lápices de colores y potecitos de pintura, fabricando muñecos de miga de pan que vestía con papel plateado. Su gran bata de estar por casa de terciopelo acolchado formaba un festón en el suelo, en torno a su silla. Su copete de cabello blanco había sido enjuagado con un agua azulada.

—La escucho, hermana —dijo—. ¡Hable más fuerte!

—Señora, su sobrina me encarga... —repitió la religiosa.

—¡Ah, mi sobrina! —dijo la anciana, volviéndose con un amplio movimiento de hombros.

Luego, cuando la religiosa hubo terminado su mensaje, respondió con impasibles facciones: —Con bastante frecuencia prescindió mi marido de mí para vivir; podrá prescindir perfectamente para morir. Ya me ha dado bastantes espectáculos desagradables. —Y agregó—: ¿Ha sido avisada mi hija?

—Sí, señora; esta mañana, por telegrama.

—Entonces está todo muy bien —dijo la señora de La Monnerie. Y volvió a sus bailarinas y a sus pastores del tamaño de un pulgar.

En la planta baja, en la cocina, el viejo criado, que aquel día llevaba justamente «un antiguo pantalón del señor», permanecía sentado, con las manos apoyadas en las rodillas. Se levantaba de vez en cuando para ir a atender el teléfono, cuyo timbre había sido ahogado por una almohadilla de tela, o para abrir la puerta cuando alguien acudía tardíamente a dejar una tarjeta o a pedir noticias.

Medio siglo de celebridad literaria se acababa así, con aquellos últimos homenajes recibidos en la noche.

La cocinera, lacrimosa, preparaba «alguna cosita, porque los hermanos del señor conde no podían seguir sin tomar nada».

En el saloncito, el viejo Urbain dijo: —Para el entierro yo no puedo recibir a toda esa cantidad de gente en Mauglaives. Y además es demasiado lejos.

—Los d’Huisnes tienen un panteón en el cementerio de Montmartre; eso sería lo más sencillo. No creo que Juliette ponga dificultades —respondió el general.

Tenía una rodilla soldada por una herida de guerra y mantenía la pierna extendida, tiesa como una tabla, delante de él.

Se produjo un silencio durante el cual se oyeron los pasos de la religiosa, que cruzaba nuevamente el corredor del primer piso.

Luego dijo el mayor: —No me gusta ese cementerio.

—¡Oh, para una inhumación provisional…! —contestó el menor.

Jean de La Monnerie sentía en la punta de la nariz el leve peso de las gafas. Sus percepciones estaban envueltas en bruma.

Su sola sensación verdaderamente precisa, por ser la única verdaderamente importante, era aquella presión permanente bajo la clavícula izquierda, aquella mano invisible alojada en su pecho que le aprisionaba las arterias. Sabía que en el interior de aquella opresión la vida se batía por sí misma, sin ninguna ayuda.

Delante de él, sobre un atril de cama, descansaba Jean de La Monnerie o la cuarta generación del romanticismo.

El perfume, con tanta frecuencia aspirado, de papel algo mojado y de tinta fresca llegaba por última vez a su nariz, pero más como una reminiscencia que como una realidad presente; su mano pasaba lentamente las páginas de las pruebas por delgados pliegos de dieciséis páginas.

Su mirada se deslizaba como sobre un carril a lo largo de la línea impresa; estaba atento al juicio del porvenir. Cuando aquella palabra, «porvenir», atravesaba su pensamiento, pasaba con una estela de cometa sobre continentes inmensos, sombríos, aún esponjosos.

El poeta se sentía llegado al borde de la exclusión eterna. Del lado de los abismos, sobre el planeta de los hombres, no quedaría de su personaje más de lo que podían contener libros semejantes a aquella tesis, donde veía componerse su sola efigie transmisible, chata como un aguafuerte, muerta como un busto, falsa como la historia.

Siguiendo el hilo lógico del pensamiento de otro aquilataba todo lo que iba a escurrirse, huir, hundirse para siempre.

Tantas visiones repentinas, deslumbrantes, tantas respuestas casi alcanzadas al término de laberintos oscurecidos, tantas veces la certidumbre evaporándose cuando por fin se creía alcanzarla; todo eso incomunicable era lo que debía disolverse sin retomo, en medio del universo. Y luego ese asombro permanente, casi natal, de que el mundo fuese tan grande y los actos humanos tan ínfimos. ¿Quién podía reconstruir todo aquello?

Sólo él sabía que había vivido y cómo había vivido, y en qué fuentes había bebido. Sólo él sabía que, raro entre los humanos, había ido hasta los muros exteriores, que había chocado casi cada día con la

gran muralla de mármol negro que cierra el conocimiento y que la había bordeado buscando las puertas, y que se había alzado sobre ella para tratar de percibir el infinito.

«Por esos momentos, y por ninguna cosa más, soy un gran hombre —pensó—, porque ciertas noches me desvanecí escribiendo…»

A pesar de todo, contemplaba su imagen escrita, del otro lado de las gafas, con esa satisfacción complacida, con ese guiño a uno mismo que el retrato proporciona siempre a su modelo.

El poeta oyó cómo su propia voz se propagaba amortiguada como si estuviese envuelta en algodones.

—Está bien…, es muy notable —dijo.

El apretón había variado un poco de lugar, como si los dedos alojados en el pecho se hubieran agitado para desentumecerse y luego volviesen a cerrarse con mayor dureza. «Es preciso que no piense con demasiada fuerza —se dijo —; es preciso que no vuelva a llegar hasta el muro negro…»

Continuaba pasando los pliegos de pruebas de dieciséis páginas y en cada uno encontraba un nombre, una fecha, un título que provocaban una sección vertical en su memoria. Recuerdos enterrados, estratificados en los profundos terrenos de la vida, reaparecían bruscamente.

Jean de La Monnerie veía resurgir a un joven de pantalón claro y chaleco bordado que montaba a caballo, tiraba armas y lo despreciaba todo en torno a él. ¡Qué razón había dado la existencia a ese desprecio! El joven llevaba a las veladas camisas con pechera de cañones, fumaba largos cigarros italianos de los que se extraía una paja, frecuentaba la casa de Leconte de Lisie y se sentía con genio para construir una obra inmensa que iba a reinar sobre los siglos. En el cajón de la cómoda, bajo el busto, había aún dos o tres de aquellas camisas encañonadas, demasiado estrechas, amarillentas de lustros.

Un pájaro en el lago caía con las hojas…

Sintió irritación y asco a la vez; ese verso que acababa de encontrar como cita al volver un nuevo pliego era el primero del poema que

había hecho célebre al joven, a los veinticuatro años, «en la época», escribía Lachaume, «en que todavía se podía alcanzar la celebridad con un poema»; el trozo que figuraba en todas las antologías, que se recitaba en todas las veladas poéticas, que recordaban las cartas de todas las admiradoras, que comentaban todos los aduladores de salón. Él, Jean de La Monnerie, ¿nunca había escrito nada más importante, más valioso?, ¿los nueve volúmenes de su obra poética no eran más que vapores, para que se lanzasen sin cesar en su camino, y hasta la tumba, esos treinta versos negligentemente trazados y cuya antigua audacia, ya en desuso, él mismo no reconocía? ¡Oh, pueblo perezoso que se obstina en no conocer más que la obra de juventud, pueblo avaro que jamás distribuye dos veces su entusiasmo!

Además, La Monnerie había sacado el tema de su poema de Sully Prudhomme, en una conversación de sobremesa. Sully discurría acerca de un proyecto que tenía en la cabeza; La Monnerie había atrapado la idea al vuelo. ¿Alguien se habría dado cuenta alguna vez? Sí; Lachaume notaba un acercamiento, pero según él era el autor de las «Vanas ternuras» quien se había inspirado en Jean de La Monnerie y quien el mismo año había utilizado el tema central de «El pájaro sobre el lago».

Sully Prudhomme, primero el amigo, luego el rival irritante, casi el enemigo… Era inútil corregir la cronología y la verdad en su favor. Él no le debía nada.

—¡Ese Lucrecio burgués de nombre de teta! —murmuró el enfermo.

Sintió que hacía mal en hablar, porque la presión bajo la clavícula se hacía cada vez más violenta.

Sin embargo, cuando leyó encabezando un capítulo «El precursor de los simbolistas», no pudo evitar un gesto de irritación, como si con un revés de la mano barriese a todos sus sucesores, y pronunció: —¡Esos epígonos!

Con una avidez de biógrafo, Simón Lachaume, tenso, recogía las ocurrencias que dejaban caer los labios color malva y se las repetía a sí mismo varias veces seguidas para no olvidarlas.

Un pliego más adelante la mirada del poeta se detuvo en un trozo citado por entero y que no llevaba otro título que esta dedicatoria: «A la amiga del *16* de enero de 1876». El ojo gris se estancó allí largo tiempo, tanto que Simón creyó al anciano dormido.

Pero no; buscaba tras las gafas, buscaba sin conseguir arrancar al tiempo un rostro, un nombre. Y, no obstante, si había puesto aquella fecha era para subrayar un gran recuerdo..., y el dato preciso seguía allí, absolutamente solo, sin una cabellera suelta, sin un perfume, sin una dirección, sin nada. ¡Era horroroso...! 1876... Vamos a ver: en aquel año tenía... cuatro amantes. ¿Era antes de la Cassini o bien muy al comienzo? La Cassini, con sus gritos, sus estragos, sus dramas, y que hoy le parecía más extraña, más lejana, más muerta que si jamás hubiera dormido con ella... En todo caso, era mucho antes de su matrimonio con Juliette, aquel matrimonio de conveniencia arreglado por Urbain... «Si continúas así vas a quedarte sin un céntimo» —había dicho el hermano mayor—. Harías mejor casándote con la pequeña d'Huisnes.»i876, ¡hermoso año! Él tenía treinta.

El anciano pareció ponerse de nuevo en contacto con el mundo exterior.

—¿Qué edad tiene usted, Simón? —preguntó con voz sorda.

—Treinta y tres años, maestro.

El anciano suspiró. Isabelle, la religiosa...; las presencias en la habitación le parecían cambiar de lugar tras acuáticas transparencias.

En aquel mismo instante, Simón, mirándolo, pensaba con envidia: «A mi edad él ya era ilustre, tenía una obra considerable y todas las mujeres a sus pies.» Para consolarse se dijo luego: «Yo seré de los que triunfan tarde».

—No tendré tiempo... —murmuró el anciano sacudiendo la cabeza tristemente.

Simón e Isabelle creyeron que se trataba de la lectura.

—¿Está usted cansado, tío? —preguntó la sobrina—. Voy a sacar...

—No, no, eso no —dijo el moribundo aferrándose al atril—. No. Simón, se lo ruego...; mis papeles, mis borradores..., los dejo a su cargo... Ninguna carta... hasta dentro de cincuenta años...

Simón, encogido por la emoción, bajó la cabeza en señal de asentimiento.

Isabelle se volvió con el rostro empañado.

Echó mano a un pretexto cualquiera para salir de la habitación; aquella agonía consciente superaba sus fuerzas.

Aprovechando la ausencia de su sobrina y de la religiosa, ocupada en el cuarto de baño, el anciano murmuró dirigiéndose a Simón: —Papel... Escribir...

Simón le llevó una hoja en blanco y le ofreció su estilográfica, pensando: «Mi estilográfica, con la cual escribió sus últimas líneas Jean de La Monnerie».

La pluma no era adecuada a la mano del poeta. Con escritura enrevesada que en algunos lugares arrancaba el papel, trazó: «*Te he amado mucho*». Firmó con una gran «J», dobló la hoja temblando, escribió encima «*Señora Eterlin*» y se la tendió a Simón con una sonrisa de excusa cómplice, sin pensar en darle la dirección.

—Gracias —murmuró.

Luego, cuando entró la sobrina, volvió la mirada al atril.

Porque iremos masticando la ceniza de nuestras pistas...

Las letras temblaban ante el moribundo, agotado por su último esfuerzo, pero por la sola disposición de las manchas negras y blancas en las líneas reconocía sus versos, compuestos hacía casi medio siglo.

Porque iremos masticando la ceniza de nuestras pistas, Llevaremos a rastras la vida y nos haremos viejos, Y todo simplemente para que esas horas tristes Nos compongan un día los dichosos recuerdos...

Así pues, en aquella época él ya sabía...

Y de repente se produjo una especie de incendio. En un estado de semiconciencia y de superconciencia a la vez, con la impresión de una lógica suprema que no era más que una deslumbrante confusión, surgieron, se ligaron, se completaron el colegial de uniforme de los jesuítas, el joven de los chalecos bordados presentándose ante un

Victor Hugo de barba bíblica en la avenida de Eylau..., y el desvanecimiento de sus noches de trabajo, un grito de la Cassini, la certidumbre de que el creador es siempre más grande que su creación y, por ese camino, la reconciliación con Dios..., una muchedumbre de Bruselas en pie, aplaudiendo con un ruido de lluvia, y en aquel ruido el diseño de la obra eternamente entrevista, al lado de la cual todos sus demás poemas eran sólo capiteles y bajorrelieves preparados para un templo, la obra absoluta, la respuesta universal, la torre para mirar por encima del infinito, la llave de las puertas secretas de la muralla negra, tras la cual nada más tendría que ser dicho..., y después nuevamente la mano de fuego en el pecho, y los continentes del porvenir, pero ahora invisibles bajo el rojo resplandor de demasiados astros, y luego torzales que verdecían y dorados que se parecían a los bordados del frac académico y que sin embargo no lo eran, y luego un árbol inmenso sobre ruinas de Italia..., todo aquello que iba a hundirse junto y que centelleaba. Era como si en el incendio del teatro el actor ardiese en todos sus papeles a la vez.

Durante los pocos instantes que duraron esas visiones, el anciano se agitó, y entre varias frases informes que pronunció, Simón pudo recoger ésta: —¡Hay un caudal de ideas perdidas por una sola idea salvada!

Y luego estas palabras: «El sueño de Orfeo», y después un verso: —... Dios sólo, al final de todo, el reposo perfecto.

La vieja máquina de fabricar alejandrinos se había puesto en marcha de nuevo, antes de detenerse definitivamente.

La religiosa se había aproximado y le ponía una inyección al moribundo.

Se apaciguó, se calmó.

No se había dado cuenta de que le habían quitado el atril. La niebla comenzaba ahora muy cerca de su mirada.

La mano bajo la clavícula se había aflojado, casi había desaparecido. Era preciso que no desapareciese por completo. Porque la vida se había refugiado en aquel dolor y el moribundo acechaba con angustia el retorno del apretón. Sentía necesidad de toser, pero no se atrevía a hacerlo por miedo a quebrar de golpe su conciencia, y prefería respirar con carraspeos de garganta, que, por molestos que fuesen, eran aún una prueba de existencia.

Tenía la impresión de que sus percepciones, su palabra, el

encadenamiento de sus ideas, su memoria, no se mantenían unidos más que por un hilillo tenue, tenue como el cabo de un capullo de seda. Un gesto, un pensamiento demasiado violento podían romperlo. Entonces los diversos elementos de la vida se separarían como las espigas de una gavilla desatada, o más bien todas esas ruedas inmateriales se pondrían a flotar dispersas en el silencio, ya sin ninguna acción las unas sobre las otras. Ya no era el incendio, eran las cenizas que un soplo podía dispersar.

Se oyó pronunciar de nuevo: —No tendré tiempo para terminar.

Sabía que no vería abrirse la puerta de la muralla negra. Tenía ganas de dormir.

Una mano le rozó al quitarle el leve peso de las gafas.

Los dos hermanos habían subido a la habitación y esperaban, sentados. El general bostezó, miró su reloj, sopló sobre su condecoración.

Simón se había levantado a su entrada para dejarles su lugar al lado del lecho, pero Urbain lo había detenido con un gesto de la mano, diciendo: —Quédese ahí, quédese ahí.

Cada vez que el moribundo en su sueño dejaba oír un gorgoteo de garganta se levantaban las cabezas, y la religiosa, con un movimiento de su papalina, calmaba las inquietudes. Aun no había llegado el instante.

A eso de las diez y cuarto el poeta, de repente, se incorporó a medias en sus almohadas. Su mano arrugó la sábana, tomó la mano de Simón, se crispó en ella. El rostro había palidecido. De sus ojos que miraban en divergentes direcciones sólo uno estaba fijo en Simón, pareciendo no verlo. Se diría que el moribundo marchaba hacia un precipicio sin poder detenerse. Luego la garganta hizo un ruido de válvula de bomba que se desactiva y la cabeza cayó hacia atrás.

La religiosa, que había echado mano a una jeringa, hundió la aguja en una carne muerta.

Simón apreció mal el tiempo que permaneció inmóvil contemplando los globos grises y fijos bajo los párpados a medio caer. Por un singular mimetismo interior su propio corazón se debilitaba y por un instante se preguntó si no le iba a dar un síncope. Tuvo que aspirar con fuerza varias veces.

Pensó que le correspondía cerrar aquellos ojos que le habían dirigido a él, Simón, su último e indescifrable mensaje. Reunió todo lo que tenía de piedad intelectual para llevar a cabo aquel gesto... Pero de la manga blanca de la religiosa salían dos dedos callosos y cortos que con un movimiento rápido, experto, bajaron los párpados del poeta. Luego la religiosa se persignó, se arrodilló pesadamente y durante un rato no se oyó más que el reloj de mármol. Urbain de La Monnerie dijo al fin: —¡El pobre Jean, ya se acabó! El primero de nosotros cuatro.

Se había derrumbado de repente. Miraba a la alfombra y sus ojos estaban enrojecidos.

Robert, el general, buscó maquinalmente un cigarrillo, se lo llevó a los labios y luego, avergonzado, volvió a meterlo en el bolsillo.

—Tenía doce años cuando tú naciste —prosiguió Urbain mirando al general—. Juntos fuimos a verte en tu cuna; me acuerdo perfectamente.

El general sacudió la cabeza como si él también recordase. Simón sintió un choque en su pecho, un calor, un sollozo. Isabelle acababa de pegarse a él y balbuceaba: —¡Pobre tiíto...! ¡Pobre tiíto...! Usted le ha proporcionado su último momento de dicha.

Y cálidas lágrimas corrían por el cuello de Simón. —Tengo que ponerlo en condiciones —indicó la religiosa levantándose.

—Yo la ayudaré —dijo Isabelle— Sí, sí; quiero hacerlo, insisto...

Los hombres salieron, en parte por respeto, en parte por cobardía.

Mientras bajaba las escaleras, Simón imaginaba a las dos mujeres desnudando el viejo cuerpo largo y delgado, y enjugándolo con una almohadilla de algodón, con el mismo gesto que a una criatura.

Media hora más tarde ardían bujías a ambos extremos del lecho; una rama de boj bañaba sus hojas secas en un platillo. Habían dejado encendido en un rincón una lámpara de pared, porque la luz de las velas hubiera resultado insuficiente.

Bajo las sábanas estiradas, con un camisón limpio, el cadáver de Jean de La Monnerie descansaba con las manos cruzadas en torno a un crucifijo y el mentón sostenido por una venda.

El largo perfil se recortaba en sombra sobre el empapelado amarillo de la pared, el gran mechón había vuelto a su lugar sobre el cráneo, la piel se había distendido, desplegado, y había adquirido un tinte de piedra apenas rosada. El cadáver había rejuvenecido y, como si el despojo fuese sensible a la vanidad de los cuidados de que acababan de rodearlo, el rostro tenía una expresión de tranquilo desprecio.

Altiva, con paso firme, la señora de La Monnerie entró en la habitación. Se acercó al lecho, agitó cuatro veces la rama de boj sobre su marido y dijo en tono de verificación: —Tiene buena cara.

El profesor Lartois llegó poco después de las once. Fue a abrirle la cocinera, porque el viejo Paul, abrumado, era incapaz de moverse.

—El señor conde ha pasado a mejor vida —le dijo.

El profesor subió a la habitación sin quitarse la pelliza, levantó con un dedo un párpado del difunto para hacer un último examen, volvió a bajarlo y dijo: —Ha sido aún más rápido de lo que yo creía.

Luego arrastró a Simón al corredor e hizo que le relatase los últimos momentos.

—¡Hermosa muerte, muy hermosa muerte! —murmuró Lartois —. ¡Ojalá todos nosotros pudiéramos mantener tal dignidad ante nuestro fin!

Cuando Simón le comunicó las últimas palabras — «No tendré tiempo para terminar» — Lartois dijo: —Seguramente estaba componiendo un poema. El espíritu de los ancianos, ¿sabe usted?, se concentra en lo que ha sido la mayor ocupación de su vida. En todos los otros dominios su memoria, su comprensión, su capacidad de emoción se desmoronan o se anquilosan. Por eso se puede ver a un matemático completamente chocho hacer cálculos integrales. Sólo duramos en nuestra especialidad. Si le hubiera usted preguntado hace un rato a nuestro amigo el nombre de su hija, tal vez habría sido incapaz de decírselo, pero le habló de Sully-Prudhomme, me habló a mí de la Academia... —Hizo una breve pausa y agregó—: Así es. Cuestión de irrigación de los lóbulos..., o bien algo que está más allá de nuestra comprensión.

—Profesor —dijo Simón vacilando—; ¿sabe usted..., conoce usted a la señora Eterlin y sabe cómo podría conseguir su dirección?

—¡Ah, sí!, muy delicado pensamiento el suyo —contestó Lartois —. Sí, también yo iré a visitarla. ¡La pobre...! ¿Habló de ella? Su dirección..., espere... —Sacó su libreta—. Calle Tissandre, número doce; en Boulogne... Hasta la vista, mi querido amigo; con toda seguridad volveremos a vernos.

—Me sentiría muy dichoso, profesor —dijo sinceramente Simón.

Advertida por su certero instinto para las catástrofes, la señora Polant se presentó poco después. Era una mujercita de piel todavía tersa, que no había sido muy feliz en su matrimonio. Llevaba un sombrero viejo y un cuello de conejo negro por encima del abrigo. Un

mechoncito de pelos plantado en una verruga crecía debajo de su mejilla derecha. La frecuentación de las sacristías y de las capillas ardientes le había conservado el color falsamente fresco, y sus vestidos guardaban un perfume de cirio.

Servía de secretaria intermitente a la familia de La Monnerie, y cuando alguien preguntaba: «Pero ¿qué edad tiene ahora la Polant?», se le contestaba con un cálculo: «Vamos a ver: llegó en el noventa y dos…». La Polant aparecía sobre todo en épocas de duelo.

Aún no había subido la mitad de la escalera cuando ya tenía el pañuelo en los ojos. Mostró un semblante desolado a los asistentes, cayó en plegaria al lado del lecho con genuflexiones y agitación de labios, se levantó para estrechar entre sus brazos a Isabelle, que la llamó «mi pobre Polant»; luego, secándose febrilmente las lágrimas, comenzó a trabajar sin perder un instante.

No se perdonaba haber llegado demasiado tarde; los preparativos funerarios formaban parte de sus buenos oficios. Se desquitaría con las disposiciones de gala. Afirmó en voz baja y no sin orgullo: —Sé afeitar a los muertos.

So pretexto de encargarse de todo y de dejar que los parientes del difunto se entregasen a su pena, empezó por arrastrar a los hermanos a un rincón y entabló con ellos una larga conversación en cuchicheos. El viejo Urbain y el general aguzaban el oído, crispaban el rostro y hacían de cuando en cuando signos de aquiescencia. La capilla ardiente debía estar en el gran salón, el cuerpo vestido con el traje de académico. La señora Polant se iría a la mañana siguiente a la alcaldía para declarar la defunción; no iban a ser ni la condesa ni aquella pobre señorita Isabelle las que se ocuparan de eso. La señorita Polant se encargaría también de las pompas fúnebres. A ella la conocían en la casa Borniol; llamaría a alguien de la oficina central para que fuera a discutir los detalles del presupuesto, que iba a ser importante, y luego se lo presentaría a los señores para su aprobación. ¿Habían avisado a Jacqueline, que estaba de viaje en Nápoles con su marido? Sí. Muy bien. Por lo que se refería a las participaciones, la Polant había conservado las de las defunciones precedentes, lo cual permitiría hacer un cotejo para no olvidar a nadie; también tenía las libretas de direcciones de la familia. No dormiría en toda la noche, se entendería con la religiosa para velar al muerto; podían contar con ella y con su silenciosa actividad.

Simón Lachaume volvió a pie por el Alma y los muelles del Sena. La temperatura había bajado varios grados; Simón oía resonar sus pasos en un aire endurecido, pero apenas percibía los pinchazos del frío. Su gran cabeza vibraba de altos pensamientos.

Había estado presente, con su tesis hecha, en el momento de la muerte de Jean de La Monnerie; el gran poeta le había dirigido su última mirada, le había estrechado la mano en el momento exacto en que la vida se escapaba. Los grandes hombres se dan la mano a través de la eternidad. Era una señal, una señal ineluctable. La suma de las fuerzas geniales estaba sin duda en proporción constante en la humanidad, como los gases raros en el seno de la atmósfera; Simón estaba seguro de que él formaba parte de la constante, de que era de aquellos que guían a sus semejantes por los caminos del ensueño y de la acción.

Aquel día era para él un día esencial, un punto de inflexión; la puerta se cerraba tras toda una penosa etapa de su vida y se abría a un porvenir prestigioso, de acontecimientos apresurados, vagos y numerosos. El destino acababa de dar un golpe de gong.

«Yo no tendré tiempo para terminar.» Nadie tenía tiempo para terminar; pero otros proseguían, tomaban el relevo, se unían a la gran tarea unánime.

Simón pensó con tristeza que la casa de la calle de Lübeck iba a dejar de ser un lugar acogedor y de amistosa protección para convertirse en un lugar de recuerdo y de peregrinación. ¡No!, primero en un lugar de trabajo. El gran poeta había confiado sus papeles a su cuidado. Aquélla era la tarea inmediata: elegir con mano piadosa, preparar la edición póstuma; era preciso que se perdiese lo menos posible del pensamiento del poeta. Recordó la frase sobre las ideas perdidas... La haría figurar en la introducción. Porque él escribiría la introducción; ya empezaba a escribirla...

Cuando pasó por delante del Instituto, fachada negra al fondo de la plazoleta semicircular, se dijo: «Algún día yo también estaré ahí.»

Tenía prisa por llegar a su casa, por anotar todos los acontecimientos, todos los detalles, todos los pensamientos de aquella noche en su calidad inmediata... Pero cuando subió por el Barrio Latino y llegó a las dos estrechas habitaciones que ocupaba en un

tercer piso de la calle Lhomond, Simón sintió de golpe la fatiga. Su mujer se despertó con los ojos hinchados de sueño, la cara sin vida y mechones pegados al cuello por el sudor; se quejó de haberlo esperado, de haber sucumbido luego al cansancio. Él la puso al corriente en pocas palabras: —¡Oh, cuenta, cuenta! —pidió ella.

—Mañana te contaré. Duérmete —contestó Simón.

Sabía que si lo contaba embotaría para el escrito el hilo claro, cortante de su relato. Se sentó a la mesa; pero la presencia de su mujer, que detrás de él daba vueltas en la cama y trataba de conciliar el sueño gimiendo, y luego el olor del aire poco renovado que flotaba en el apartamento, y además su propio agotamiento, le impidieron escribir nada. Tenía hambre. Se levantó para masticar un bizcocho seco que olía a jabón; volvió. Largo rato permaneció frente al papel, buscando la primera frase de su relato; los términos no llegaban a componerse, las palabras se le negaban. Y sin embargo, hacía un momento estaba tan seguro... «Notas, simples notas», se repetía, e incluso aquello le era imposible.

Su mujer le pidió que fuera a acostarse.

—¿Tu madre se fue bien? —preguntó soñolienta.

—Sí, sí, muy bien.

Y al mismo tiempo pensaba: «Mañana por la mañana; es domingo, tendré tiempo».

Pero a fin de que para la historia literaria y para su propia historia (que él ya consideraba confundidas) quedase un documento innegable, escribió en su cuaderno, en la fecha del día y cuidando de hacerlo con tinta: «*Esta noche le he cerrado los ojos a jean de La Monnerie*».

A falta de cosa mejor, fabricaba por anticipado el retrato sin relieve, la media mentira.

Cuando se metió en la cama se mantuvo en el borde, en la parte fría de las sábanas y lo más alejado que pudo de su mujer, que había vuelto a dormirse. Apagó la lámpara de cabecera.

Depositadas las gafas en su lugar, tumbado de espaldas, con los ojos cerrados sobre la noche, Simón Lachaume, cuerpo rígido y cabeza echada atrás, se esforzaba por adoptar la actitud que tendría con traje de gala en su lecho de muerte. Desde el fondo de sí mismo se

contemplaba. Imaginaba en su gruesa cara la expresión despectiva de un largo perfil de anciano y, si no hubiera sido por aquella respiración cálida a unos centímetros de él, casi habría conseguido creerlo.

2. LAS EXEQUIAS

I

LAS ramas cubrían el muro y se desbordaban sobre la calle. Al fondo del estrecho jardín, descarnado por el invierno, se elevaba la casa de un solo piso, simple y blanca.

Marie-Héléne Eterlin recibió a Simón Lachaume diciéndole: —Sí, ya estoy al corriente… Emile Lartois, que muy gentilmente, muy humanamente me telefoneó, me había anunciado su visita. Y además mi querido Jean me había hablado de usted varias veces con tanto interés… Gracias por haber venido hasta mí.

Estaba en la segunda vertiente de su vida, pero Simón no podía atribuirle una edad precisa. Llevaba una trenza de cabello rubio ceniza enrollada sobre la cabeza; un vestido gris, de un largo pasado de moda, con el corpiño formado por un extraño panal de tul y encaje, realzaba el busto y la delgadez del cuello. La frente no tenía arrugas, los ojos habían llorado; las carnes del rostro, aunque todavía lisas y finamente aterciopeladas, empezaban a aflojarse.

Marie-Héléne Eterlin tomó el papel que Simón le había llevado, lo leyó, se lo acercó a los labios y permaneció casi un minuto entero con los ojos ocultos entre los dedos.

La decoración ofrecía un fuerte contraste con el aspecto exterior de la casa, tan modesto. Dentro todo eran espejos, dorados, cristales hilados, extraños muebles de marquetería, vitrinas encajadas en las paredes y de las cuales escapaban reflejos irisados; una especie de alucinación hispano-veneciana. El salón entero parecía mantenerse en la punta de una caña de vidriero; temía uno moverse, un solo estornudo hubiera bastado para hacerlo añicos.

—¡Si su mujer no hubiera sido tan mala —dijo la señora Eterlin —, qué felices podríamos haber sido!

Simón callaba, en actitud triste y atenta.

—Ni siquiera me han permitido ir a verlo durante su

enfermedad —siguió ella—; apenas si podía conseguir noticias por teléfono. Además, la sobrina se había confabulado con su tía. Esas dos horribles criaturas lo han torturado hasta el fin.

Decía todo esto con una voz débil, dulce, celestial, como si su corazón fuese de una calidad demasiado pura para que pudiese poner énfasis en la maldad de otro.

Simón no se atrevió a desengañarla, no se atrevió a contarle que Jean de La Monnerie había llamado a su sobrina «un ángel» y menos aún que no había muerto desdichado más que por el pesar de morir.

—¡Y él era un ser tan bueno, tan maravilloso! —continuó—. Todos los días venía, todos los días... Hasta durante la guerra, las noches de bombardeo, oía que un coche se detenía en la calle. Era él. Todo ese largo trayecto para no quedarse a veces más que unos instantes, para saber si yo estaba bien, si no tenía miedo... Entraba y empezaba siempre por sentarse ahí, en el sillón en que está usted.

Simón pasó instintivamente una palma prudente por el frágil brazo de su asiento.

—No consigo imaginarme que no vendrá más —proseguía ella —, que no va a abrir aquella puerta dentro de un instante, ajustándose el monóculo, y que va usted a cederle su lugar. Iban a cumplirse ocho años dentro de unos meses.

De nuevo ocultó los ojos y sacó un fino pañuelo del fondo de la butaca, detrás de ella.

—Le suplico que me perdone —dijo.

Mientras tanto Simón calculaba: «Setenta y seis menos ocho... Entonces esto empezó cuando él tenía sesenta y ocho años».

De pronto ella levantó la frente y lo miró a la cara; Simón notó que sus ojos, de un malva especial, eran excepcionalmente pequeños. La intensidad de la pena, de la miseria contenida en tan estrecho espacio de mirada lo trastornaba.

—Comprenda usted, señor Lachaume —le dijo ella—; lo dejé todo por él: mi marido, mis hijos, todo. Todos mis amigos se han alejado de mí, me encontré casi arruinada. Pero usted no puede por menos que aprobarme, usted que ha vivido cerca de él, cerca de su pensamiento. Cuando se ha encontrado a un ser como él, que domina

su época desde tan alto, cuando se tiene la suerte de que él le haya distinguido, de que acuda a usted a pedirle un poco de felicidad, no se tiene el derecho..., es un deber; ninguna otra cosa cuenta. Esta casa la arreglé para él, para recibirlo... Elegimos juntos cada mueble, solamente cosas que a él le gustaban. Esta mesa la compramos en Florencia, durante nuestro viaje. ¿Ve esos abanicos, en la vitrina que está detrás de usted? Adoraba los abanicos; decía: «Los abanicos son la imagen de la vida, cuando se cierran de golpe». —Se levantó—. Venga a ver el dormitorio.

Lo precedió con paso escurridizo. De espaldas aún tenía un aspecto joven; su cintura era muy estrecha.

Hizo entrar a Simón en una habitación tapizada de seda azul pálido sembrada de flores de oro. Sobre la cómoda había otra copia del busto de Jean de La Monnerie, pero ésta blanca, de un yeso franco y sin desconchadura en la nariz. Los dibujos de la seda se repetían en el tapizado de los sillones. La luz provenía de dos lamparitas de alabastro.

—Esta decoración lo incitaba al trabajo, según él decía —declaró la señora Eterlin—. Muchas veces, por la tarde, separaba los cepillos y los frascos de mi tocador y se ponía a escribir.

Daba vueltas alrededor del cuarto, acariciaba el borde de un mueble, el lomo del pájaro bermejo de encima de la chimenea. Se quedó largo rato inmóvil frente a su lecho.

—Y fue hasta el fin un amante maravilloso —dijo con impúdica calma—. También ésa es una de las gracias del genio.

Simón Lachaume, turbado, se volvió hacia la cabeza de yeso.

—Sí —dijo la señora Eterlin—; le gustaba tener su busto en el lugar donde vivía.

Simón no pudo evitar imaginarse a aquella mujer tendida sobre la cama y al cadáver de la antevíspera haciendo el amor delante de su busto.

Se dirigió a la puerta.

—Y ahora, mire usted, ya no tengo nada —siguió la señora Eterlin volviendo a bajar y deteniéndose en mitad de la escalera—. Ya nadie vendrá a verme; no me queda más que vivir de su recuerdo y para su recuerdo. Tuve mis ocho años de felicidad. Es algo inmenso...,

y ha terminado. Ahora voy a enclaustrarme en una existencia de anciana… ¿Qué edad cree usted que tengo?

La confusión de Simón era grande. Pensó: «Por lo menos cincuenta y cinco»; rebajó diez años de golpe, temiendo que su adulación fuese demasiado visible.

—No sé —dijo—; cuarenta y cinco, cuarenta y seis…

—Es usted más generoso que los otros —contestó ella—. En general me ponen cincuenta años. Tengo cuarenta y tres.

Parecía no guardarle rencor; lo acompañó hasta la puerta de la antecámara y le tendió los dedos de pálidas uñas con el dorso de la mano vuelto hacia arriba. Simón no tenía la costumbre del besamanos; levantó la muñeca a contratiempo.

Una sonrisa muy leve, la primera que le dirigía desde el comienzo de la entrevista, apareció en los labios de la señora Eterlin.

—Es usted tal como Jean me lo había descrito —le dijo—; sensible, inteligente…

Sin embargo, él apenas había hablado tres veces durante la visita, y la última para decir una impertinencia monumental.

—Los seres ante los cuales uno siente que puede expresarse así, inmediatamente, son raros —agregó ella jugando maquinalmente con unas varitas de vidrio matizado que estaban plantadas en un alto jarrón—. Lo mismo me sucedió con Jean… Vuelva a verme cuando guste. Hablaremos de él; le mostraré versos suyos que nadie conoce. Cuando usted quiera: yo no me muevo de aquí.

El aire que venía del jardín la hizo estremecer; cerró la puerta.

Al llegar a su casa Simón Lachaume encontró dos misivas urgentes.

La primera era del jefe de redacción de L'*Echo du Matin*; decía: *Señor:El profesor Lartois nos indicó su nombre como el de la persona más calificada para hacer el relato de los últimos instantes de nuestro eminente colaborador, el señor Jean de La Monnerie, con destino a nuestros lectores. Le quedaría muy agradecido si pudiese traernos un artículo de ciento cincuenta líneas, a media noche, lo más tardar. Espero esté usted de acuerdo con el precio de doscientos francos.*
La otra era del mismo profesor Lartois.

Mi estimado señor:L'Echo du Matin, cuyo propietario, el barón Noel Schoudler, es a la vez amigo personal mío y suegro, como usted sabe, de la hija de Jean de La Monnerie, me pide un artículo urgente sobre el fin de nuestro gran amigo. Temiendo la resonancia inútilmente profesional que podría adquirir ese artículo, pienso que usted, como hombre de letras, y hombre de letras de talento, está infinitamente más indicado que yo para hacerlo. Estoy seguro de que su joven memoria habrá registrado con más fidelidad que la mía las últimas frases que pronunció el poeta y que tanto nos conmovieron. Me he permitido, pues, indicar su nombre, y creo, por otra parte, que no puede menos de ser conveniente para usted..., etc.
La lectura de estas dos cartas llenó a Simón de orgullo. La conversación que había tenido Lartois con él la antevíspera no era, pues, de pura cortesía. El gran médico lo juzgaba digno de ocupar su lugar para un artículo tan importante, «como hombre de letras, y hombre de letras de talento». Aunque Simón no hubiera publicado todavía nada, y por así decir no hubiese escrito nada, aparte de su tesis y algunos trabajos universitarios, aquella frase absolutamente gratuita le encantaba.

Y el presentimiento que había tenido la otra noche, de estar al borde de un nuevo capítulo de su destino, recibía la primera confirmación. Uno de los tres diarios más importantes de la mañana le pedía su colaboración. Aquel artículo iba a revelarlo... Ya tenía el título.

Cenó a toda velocidad.

—Hazme café —le pidió a su mujer.

Y se puso al trabajo. Se ciñó primero a un laborioso cálculo para contar, carácter por carácter, cuántas páginas de su puño y letra

representaban ciento cincuenta líneas del periódico. Seis páginas. Escribió el hermoso título que había encontrado: «La lección de un óbito». Luego se detuvo en seco.

Permaneció media hora con los ojos clavados en la cuartilla en blanco, mordisqueando la pipa, llenándola de nuevo, limpiando las gafas con los pulgares. Nada; la frase huía. Ni siquiera conseguía redondear una idea; el pensamiento desaparecía en arenosos meandros. Lección..., óbito... ¿Qué es una lección? ¿Qué es un óbito? Volvamos a la etimología de la palabra «poeta». Hacer, fabricar. La creación de un óbito. ¡Era estúpido! ¡Oh, la opacidad de las palabras, su aspecto de caprichosos guijarritos, desligados, inútiles cuando uno se pone a reflexionar antes de emplearlos! ¿Por qué querer empezar por definir la poesía para narrar la muerte de un hombre? Y sin embargo Simón tenía la impresión de que nadie entendería nada de su artículo si no redactaba primero aquella definición.

Era el relato compuesto mentalmente la otra noche en su caminata a través de París lo que una vez más se le escapaba.

Y su reloj marcaba ya las nueve y media.

Se puso a recorrer nerviosamente los dos cuartitos del apartamento.

—Cuando por fin hayan enterrado a tu La Monnerie —dijo la mujer de Simón— empezaremos tal vez a estar tranquilos. Con todos tus viejos y tus muertos vas a ponerte neurasténico.

—¡Yvonne! —exclamó Simón—. ¡Si dices una palabra más, bajo a telefonear al periódico para decir que no hago el artículo! ¡Y la culpa será tuya! Por tu culpa no puedo escribir, si es que quieres saberlo; porque te siento ahí, detrás de mí. Tu presencia arruina el entusiasmo, mata el pensamiento, lo mata todo.

Yvonne Lachaume levantó hacia su marido una mirada oblicua y despectiva, y siguió haciendo la vainica de una camisola de seda rosa.

Un tanto liberado por su cólera, Simón volvió a la mesa, empezó el artículo, rompió las hojas, volvió a empezar. Allí donde perdía el hilo de su pensamiento, reemplazaba las consideraciones generales por lo anecdótico. «*Al médico eminente que lo asistía...*», escribió, y citó la frase: «*Preséntese a mi sillón*».

«Por lo menos —se dijo Simón—, esto le gustará al profesor

Lartois.» Muy bien pensado. Cualquier muchacho con más don de gentes que Simón, o simplemente más modesto, habría comprendido a la primera lo que se esperaba de él.

A las doce y diez se presentaba Simón en la redacción del periódico, temiendo que fuese demasiado tarde.

Aquellas seis páginas le parecían una traición hacia Jean de La Monnerie, una traición para consigo mismo, un tejido de concesiones, una confesión de impotencia. Opinaba que nunca había compuesto nada tan malo y estaba incluso preparado para la humillación de ver rechazado su texto.

«¡Ah, de mi primer artículo no voy a olvidarme!», pensó.

Y repentinamente todo su destino le pareció dudoso.

III

Entre los dedos, cuyas falanges eran anormalmente largas, curvadas hacia el exterior y amarillentas de humo, Lucien Maublanc sostenía el gran pliego ribeteado de negro e impreso en caracteres ingleses.

Leía con lentitud y atención; estudiaba, saboreaba la participación.

...el Marqués de La Monnerie, Jefe Honorario de Escuadrón, Caballero de la Soberana Orden de Malta, Caballero de la Legión de Honor, condecorado con la medalla de 1870-1871; el Conde Gérard Fauvel de La Monnerie, Ministro Plenipotenciario, Oficial de la Legión de Honor, Compañero de la Orden de san Miguel y san Jorge, Caballero de la Orden de Leopoldo, Caballero de la Orden de Santa Ana de Rusia; el General de Brigada conde Robert Faulvel de La Monnerie, Comendador de la Legión de Honor, Cruz de Guerra, Comendador de la Estrella Negra del Benín, Comendador del NichamIftikar; el Señor Lucien Maublanc: sus hermanos...
Cuando leyó su propio nombre se detuvo y rió entre dientes. Lucien Maublanc...: así, sencillamente. Sin título, sin preposición, sin condecoración; no era caballero de nada en absoluto. Y sin embargo se veían obligados a incluirlo; de todas maneras, era el hermano, o más exactamente el hermanastro, la broma permanente que soportaba aquella familia, la espina que hacía cincuenta y siete años que los hería en el talón. Volvió a soltar una risita y se frotó la espalda de placer. ¡Qué bien había hecho su madre casándose con aquel señor Maublanc, que él no había conocido, que había durado el tiempo justo para hacer aquella trastada y legar a su hijo sus azules ojos saltones y su inmensa fortuna!

Lucien Maublanc se reía de todos ellos: ¡él era mucho más rico!

Estirando los pies hacia la chimenea fue siguiendo, a lo largo de los caracteres altos y finos, el desfile de todos los parientes políticos y lejanos. La penúltima línea de la enumeración decía únicamente: «Señora Polant», y la última: «Señora Amélie Lehére, Señorita Louise Blondeau, Señor Paul Rénaudat, sus fieles servidores».

«Ha conseguido volver a colarse, la vieja zorra», pensó Maublanc.

Era la séptima participación en que la Polant figuraba de aquella manera. Había logrado persuadir a los La Monnerie de que una costumbre de la familia quería que se citase a los sirvientes, con el

único fin de incluirse ella misma entre los primos lejanos y el personal de la casa. Ahora nadie pensaba siquiera en cuestionar la costumbre que ella había introducido, y a cada defunción la señora Polant reinaba regularmente, absolutamente sola, en la penúltima línea.

«Por lo menos la muy impertinente no figurará en la mía —se dijo el viejo solterón—. A propósito, voy a ponerla al día ahora mismo.»

Sacó de su escritorio Luis Felipe un paquete de cartulinas con orla negra, que eran las convocatorias a sus propios funerales. Nada faltaba en ellas más que la indicación de edad y fecha. Incluso la iglesia estaba prevista. Y en caracteres muy pequeños llevaban esta mención: «Pueden mandarse flores; le gustaban mucho».

La lista de la parentela era aún más larga que en las participaciones de los La Monnerie, porque Lucien Maublanc se había complacido en mezclar con las altezas desposeídas, con los marqueses de *seize quartiers*, con los barones del imperio y los comendadores diversos que representaban su familia materna, una letanía de Maublanc desconocidos, de Leroy-Maublanc y de Maublanc-Rougier que irritarían bastante a sus vecinos.

«Los La Monnerie ponen a todos sus primos en decimoctavo grado porque queda bien; yo pongo los míos porque queda mal.»

La serie de sobres estaba igualmente preparada.

Lucien Maublanc agarró la pila y la deslizó entre los dedos, como baraja un jugador los naipes. Entre los nombres de sus parientes y de sus amigos de círculo y de comidas aparecían unos «Señor Charles, camarero del Café Napolitain; Señorita Ninette, guardarropa del Tabarin; Señor Armando, peluquero», y otros personajes que se situaban entre los bastidores de los teatros, los sótanos de los restaurantes y las casas de citas.

«Será gracioso —pensó— todas esas modistillas, todos esos mozos de café en medio de los demás.»

De repente sus dedos se detuvieron en una «Señorita Anny Féret, artista lírica; calle Vavin, 72».

«Esta pequeña se ha burlado de mí», murmuró. Hizo saltar el sobre fuera del juego macabro y lo tiró al cesto.

«Y ahora, ¡a trabajar!»

Lo que Lucien Maublanc llamaba poner sus cosas al día consistía, cada vez que moría un miembro de su familia, en tachar con una tinta ligera en las participaciones de su propia futura defunción el nombre del desaparecido. Cada cartón presentaba ya cierto número de aquellas líneas finas tiradas con regla, que no ocultaban por completo los caracteres impresos.

Contó los nombres tachados.

Con la nueva línea que iba a tirar sobre su hermanastro serían nueve. Excelente cifra; aquella noche iría al círculo, a la mesa del bacará, para tomar una mano que mantendría nueve veces.

Le llevó media hora larga poner al día sus papeles. Trazaba las líneas por series de diez participaciones, las dejaba secar, bebía un trago de coñac, encajaba un cigarrillo entre sus grandes dientes amarillos y volvía a la tarea.

Cuando todo estuvo terminado, pasó frente a su mesa tocador, deslizó en el bolsillo del chaleco tres paquetitos de papel higiénico finamente plegado, cuyo contenido palpó amistosamente, se pasó un cepillo por su escaso cabello, se vaporizó con un agua perfumada, se cruzó un pañuelo blanco sobre el pecho y se contempló en el espejo.

Tal cual era, con su cráneo sacado con fórceps cincuenta y siete años antes y que todavía llevaba la marca de los hierros, con aquellas dos enormes dilataciones encima de las sienes apenas recubiertas de una pelusa blanca, con sus grandes ojos azules como globos, con los párpados caídos, con su gran dentadura amarilla, se prefería a todos los La Monnerie de la Tierra, a su pretendida belleza y a su aire de garzas de loza. Para empezar, era más rico que ellos, y además era más joven. ¿Podía encontrar en sí mismo algún síntoma de envejecimiento?

Sólo al salir de su casa renunció a ir aquella noche al círculo.

«No va uno al círculo la víspera del entierro de su hermanastro. Eso no se hace. Va uno a un lugar donde esté seguro de no encontrarse a nadie.»

Y dio al chófer del taxi la dirección de un club.

A eso de medianoche llegó al Carnaval, mordiendo altanero su cigarrillo y con el hongo posado en las dilataciones de su cráneo. Estaba de muy mal humor. Dejó que lo despojaran de su abrigo sin un signo de agradecimiento. Todos los saludos del personal — «Buenas noches, señor Maublanc; buenas noches, señor Lucien; buenas noches, señor Lulu…»— quedaron sin respuesta. En vano el director puso una cara falsamente alegre, levantó el arco en dirección a los otros músicos e hizo atacar un vals cuando él entró en la sala de tonalidades azuladas. Mudo, glacial, precedido por un *maitre* de gestos serviles, Lucien Maublanc se dirigió a su mesa.

Acababa de perder veintidós mil francos en el juego…, el precio de un automóvil…, por culpa, además, de su hermanastro. Los La Monnerie, incluso muertos, siempre le hacían las mismas.

—Mal día, nos lo va a poner difícil —murmuró Anny Féret, la cantante del establecimiento, observando de lejos la entrada de Maublanc.

Era una muchacha bastante metida en carnes, de pelo negro, reluciente, con los labios pintados en forma de corazón y cejas alargadas por un trazo de lápiz grueso.

Estaba sentada a la última mesa, al lado de la orquesta, en compañía de una pelirroja de apenas veinte años, de brazos flacos y ojos ávidos y tristes.

—En fin, de todas formas vamos a intentarlo —continuó Anny Féret—; no puedo dejarte en este apuro. Pero con el humor que tiene no te garantizo nada. Primero hay que saber si espera a alguien y luego dejar que se aburra un poco.

Habían colocado frente a Lucien Maublanc un balde para champán, y para hacer saltar un solo corcho y llenar una sola copa se desvivían tres camareros.

—¡Qué horroroso es! —dijo la pelirroja después de haber mirado a Maublanc.

Y se estremecieron sus puntiagudos hombros.

—¡Ah, pequeña, hay que saber lo que uno quiere! —contestó Anny Féret—. Ya ves; en la vida, los jóvenes y hermosos nunca son también ricos. Ya lo aprenderás. Además, no sería justo.

Había pronunciado las últimas palabras en un tono sentencioso, como una gran verdad filosófica, y parecía perdida en el hilo de sus reflexiones.

—Anny... —dijo la otra a media voz, quejumbrosa.

—¿Qué?

—Tengo hambre... ¿No podría...?

—¡Claro que sí, pequeña! Haberme dicho que no habías cenado. ¿Qué quieres?

—Salchichas con mostaza —murmuró la pelirroja con el aliento entrecortado, los ojos dilatados y a punto de saltársele las lágrimas.

Anny Féret llamó a un camarero y le pidió salchichas de Fráncfort. Como el camarero parecía vacilar, le dijo la cantante: —Vamos, sí; no va a cuenta de la casa. Pago yo. —Y agregó—: ¡Parece mentira lo perros que son éstos!

El camarero volvió al cabo de unos minutos con un plato humeante en la mano. La pelirroja agarró inmediatamente con la mano una salchicha, la untó con mostaza y le dio un gran bocado.

—Come como Dios manda —le espetó la cantante — ; está mirando hacia aquí. Es la tercera vez. Pero haz como que no lo notas.

Contempló durante un momento a la pequeña, que había agarrado el cuchillo y el tenedor y tragaba estudiadamente, en silencio. Un poco de calor subía al rostro flaco, puntiagudo y manchado de pecas, en el que ponían un color falso dos manchas de pintura roja en los pómulos.

La orquesta les destrozaba los oídos con una melodía americana.

—En el fondo soy una buena muchacha —siguió Anny Féret—. Ver a una chica como tú, que no come todo lo que necesita, me hace daño... ¿Sabes que podrías ser bonita...? —Se levantó—. Bueno; creo que ha llegado el momento de empezar. ¿Has comprendido, entonces, lo que te he dicho? ¿No vas a meter la pata?

La pequeña, con la boca llena, sacudió la ardiente melena. —Y extiéndete el colorete —le aconsejó Anny.

Haciendo flotar su vestido largo de satén negro tras sus caderas ya ampulosas, atravesó la pista, donde bailaban unas cuantas parejas.

—¡Vamos, mi Lulu!, ¿ya ni siquiera me dices buenas noches? —exclamó deteniéndose ante la mesa donde Maublanc estaba sentado absolutamente solo frente a su balde de champán.

—Señorita, no la conozco; no sé qué quiere usted de mí —contestó él fijando la mirada en un punto vago de la sala.

Tenía una voz gutural, lenta, gruesa y disgustada. Hablaba por un lado de la boca, sin dejar de morder el cigarrillo.

—¡Oh, Lulu!, ¡no vas a guardarme rencor por…, por lo que pasó el otro día!

—Usted se ha burlado de mí, señorita; ya no la conozco. La creía una persona decente… ¡Bueno!, ¡es usted como las demás! Por otra parte, estoy absolutamente decidido a no interesarme más por las damiselas.

—Bien puede una tener un desliz… No vamos a pelearnos por eso —dijo la cantante.

Permanecía con el busto inclinado por encima de la mesa, descubriendo lo más profundamente posible el escote de su vestido. Los saltones ojos azules deslizaron una mirada y luego se desviaron con afectada indiferencia.

—Si quiere saberlo todo, hoy mismo la he tachado de la lista de mi entierro. ¡Ahí tiene! —afirmó Maublanc.

Se irguió para juzgar el efecto producido. Anny Féret, que imaginaba quién sabe qué relación entre la lista del entierro y el testamento, exclamó: —¡Ah, no, Lulu! ¡No me habrás hecho eso! ¿Quieres darme un verdadero disgusto? Eso no está bien, ¿sabes?; eso sí que no está bien. Además, vamos a ver, ¿qué importancia tiene? Tú nos enterrarás a todos…

El cumplido pareció surtir efecto.

—La gente que no se ha portado bien conmigo —siguió gruñiendo él— se acabó, se acabó y se acabó.

Pero sus ojos saltones volvían al escote. La cantante hizo girar imperceptiblemente el busto para que viera que no llevaba sostén.

—Vamos, ven a tomar una copa —dijo él señalando la banqueta.

—¡Ah, eso ya es más amable! ¡Por fin reconozco a mi Lulu!

Le saltó al cuello y lo llenó de marcas de pintura roja la enorme sien.

—Basta, basta —gruñó—; vas a quemarme. Camaradas, ¿eh?, nada más.

Aplastó el cigarrillo a medio fumar, cuyo extremo estaba todo masticado y mojado, encajó otro entre sus enormes dientes y preguntó: —¿Quién es esa pequeña que estaba allí contigo?

—¿La que está allí? ¡Ah!, es Sylvaine Dual, una muchacha estupenda —contestó la cantante.

—¿Es su verdadero nombre?

—No, es su nombre artístico. Pero es de muy buena familia, ¿sabes? Sólo que el padre, naturalmente, no quería... y entonces ella se fue de su casa. ¿Qué quieres?, es como yo cuando tenía su edad; tiene el fuego sagrado.

Y Anny se puso a contar la típica historia conmovedora de la cólera paterna, la miseria dignamente soportada, los papeles aprendidos en una habitación sin luz y la buena amiga que sabe lo que es eso, que ha pasado por ello, que hace lo que puede por ayudar.

—Simpático, muy simpático todo esto —decía Lucien Maublanc sacudiendo la cabeza—. Y... ¿tiene talento?

—Mucho. En fin, apenas empieza. Pero te lo digo yo: no vive más que para su arte.

—Bonita, bien educada, con talento, con valor —recapituló Maublanc—. Entonces, a tu parecer, habría que ayudarla, ¿eh? ¿Es decente?

Anny Féret sostuvo sin ninguna turbación la mirada interrogante.

—¡Oh, de lo más decente! ¡Demasiado, incluso! —contestó—. Yo no le conozco ningún amante. Absolutamente pura y arisca.

—Está muy bien, está muy bien —dijo él—; así debe ser. Hizo

una seña al *maitre* y lo envió a la mesa en que se hallaba la pequeña Dual. Tras un breve coloquio volvió el *maitre* declarando que «la señorita había contestado: ¡no!».

—¿Qué te he dicho? —exclamó Anny triunfante—. Bueno; voy a buscarla yo misma, si no jamás querrá venir.

Sin esperar el resultado de la segunda gestión, el *maitre* reemplazó la botella del balde de hielo.

Llegó la pelirroja, reservada, distante, lejana. Sentada entre Anny y Maublanc, empezó por escuchar cómo él declamaba una serie de banalidades sobre el teatro. Bebió el champán con desgana. Pronto sintió un puño almidonado que avanzaba a lo largo de su muslo y unos dedos grandes que trataban de aprisionar su rótula. Apartó la rodilla. Maublanc echó una ojeada a Anny para testimoniar su satisfacción, volvió a adelantar la mano y la dejó descansar sobre el vestido.

—¡Oh, está delgada, está delgada! —dijo con aire falsamente paternal—. Hay que comer, hay que comer mucho.

La pequeña le lanzó una mirada realmente malévola, que él tomó por un nuevo testimonio de pudor.

—Está bien, está bien; así es como hay que ser. ¡Vamos, beba un poco más!

Sus ojos brillaban. Instalado con las dos mujeres, habiendo bebido ya más de una botella de champán él solo, empezaba a sentirse feliz. Las personas sentadas a las otras mesas lo miraban de cuando en cuando a través de la atmósfera pesada de humo y se murmuraban unas a otras: «¡Mira al viejo carcamal». Lulu Maublanc interpretaba sus miradas como halagüeñas y tenía una expresión satisfecha.

El violinista que lo había saludado a su entrada se acercó con el arco en alto, el violín en la punta de los dedos y el pañuelo desplegado en el cuello.

—¡Oh, una pareja admirable, una pareja admirable! ¡Maravilloso, maravilloso! —exclamó con voz extasiada, dibujando con el arco un círculo aéreo en torno a los rostros de Lulu Maublanc y la pequeña Dual.

Era un viejo húngaro imberbe y gordo, con un vientre rotundo que empujaba hacia delante el chaleco de su esmoquin. Todavía era asombrosamente ágil para su corpulencia.

Lulu Maublanc rió ahogadamente. La bufonada le era familiar y sin embargo producía siempre su efecto de ilusión.

—¿La señorita quiere oír alguna cosa en particular? —preguntó el violinista inclinándose.

La pequeña Dual, intimidada, no sabía qué contestar.

—Entonces... ¡vals húngaro! ¡Muy especial! —declaró el violinista.

E hizo una señal a la orquesta.

Disminuyó la luz y la sala del Carnaval se hundió en una sombra azul noche. Sólo emergía el húngaro gordo atrapado por el cono de un proyector, como un monstruo abisal iluminado por un ojo de buey. Su pelo lacio, peinado hacia atrás, descendía sobre la nuca. Los camareros se habían acercado discretamente y esperaban en la sombra con aire de complicidad. Los clientes de las demás mesas se habían callado instintivamente. Todo el mundo era cómplice.

Después de un ataque furioso se detuvo la orquesta y el húngaro siguió tocando solo, haciendo bailar el arco sobre las cuerdas con un sonido de pájaro.

Toda su actitud simulaba inspiración, pero su mirada contenida, proxeneta, iba de Lulu a la pelirroja; su sonrisa era la de un hombre cansado que antaño había soñado con ser un gran músico, que hacía cuarenta años que, con un servilismo despectivo y lúcido, rascaba el violín ante todas las clases de parejas que forma la riqueza, y que al cabo de un rato volvería a una buhardilla a calentarse una sopa en un infiernillo de alcohol, y que experimentaba una mezcla de piedad paternal y de placer vicioso ayudando a un viejo a corromper a una chiquilla.

La pequeña Dual le susurró a Anny Féret: —Me gusta mucho el violinista.

Anny le dio un pellizco en el costado para hacerla callar.

Del otro lado Lucien Maublanc trataba de apoyar su deforme sien en el hombro puntiagudo, rozaba con los labios y la nariz la ardiente melena y murmuraba: —La llevaré a ver a los zíngaros, a los verdaderos zíngaros. Todo lo que usted quiera...

Volvió a encenderse la luz; algunos aplausos premiaron al húngaro, que siguió inclinado, con el vientre plegado, hasta que Maublanc deslizó en su bolsillo un billete de cien francos.

La pequeña Dual sintió que de nuevo el hambre le roía él estómago. Si se hubiese atrevido, hubiese pedido más salchichas.

Maublanc le tomó la mano y la sobó lentamente: —Mire, hijita —dijo — ; en la vida hay que empezar bien. Eso es lo esencial: empezar bien. Yo empecé mal. —Su ligera embriaguez se transformaba en pastoso enternecimiento—. Sí. Yo estuve casado, sí, sí —prosiguió—. Demasiado joven... Con una mujer... ¿Se lo puedo contar, Anny?

—Claro que sí, puedes contárselo. Es una muchacha decente, pero no es idiota.

—Pues bueno; mi mujer era estrecha... Perfectamente. ¡Y dijo que yo era impotente! ¡Anularon el matrimonio! Y Schoudler... —la voz de Lulu subió bruscamente — ...ese puerco de Noel Schoudler se casó después con ella. Y él también dijo que yo era impotente. Pero estoy seguro de que a ella le han hecho una operación, porque era estrecha.

—¡Hay que ver qué mala es la gente! —dijo Anny Féret con tono de convicción.

—Bueno, pues, de todas maneras, eso me marcó para toda la vida.

—¡Vamos, Lulu, no hay que decir eso! —respondió Anny—. En todo caso, yo estoy aquí para atestiguar lo contrario.

Él se lo agradeció con una sonrisa y declaró: —Me gusta mucho tu amiguita, ¿sabes? —Luego se levantó y dijo, adoptando una sonrisa picara—: Tengo que ir a lavarme las manos.

Apenas se había alejado, el *maitre* hizo reemplazar la botella aún a medio vaciar, cambiar los ceniceros y estirar el mantel.

—¿Entonces...? —preguntó Anny Féret.

—¡Oh!, me repugna tu Lulu —contestó la Dual afligida—. No puedo decirte otra cosa; me repugna.

—A mí también me repugnaba —dijo Anny—. Nos repugna a todas. Pero cuando uno está en las últimas, ¿qué importa eso? Con él, por lo menos, hay una ventaja: nunca sube más allá de la rodilla, o muy rara vez...

La pelirroja le lanzó una mirada suspicaz, como si le costase trabajo creer que el puño de la camisa sobre su muslo, el aliento en el pelo, todo aquello no fuese más que un simulacro.

—¿Qué edad tiene? —preguntó.

—Sesenta, o un poco menos; naturalmente, hay que decirle cincuenta.

—¡Bueno, la verdad —exclamó la pequeña Dual—, cómo envejece eso de no hacer nada! Yo hubiera dicho…

—¡Calla!

Maublanc volvía erguido, rejuvenecido, con la mirada más clara.

—Vamos, está decidido —le dijo a la pequeña al sentarse—. Yo me ocupo de usted…, Sylvaine Dual. Yo voy a lanzar a la fama a la pequeña Sylvaine Dual. Tiene talento, van a oír hablar de ella. Tiene que darme su dirección, pasaré a verla una de estas mañanas, como amigo.

Anny le indicó a Sylvaine con una seña que todo marchaba bien.

—Como amigo solamente —dijo esta última levantando un dedo, recordando su papel.

—No faltaba más, como un viejo amigo. Escríbame ahí su dirección —insistió él tendiéndole una tarjeta.

Mientras ella escribía con la cabeza inclinada, la examinaba sonriendo.

—Sí, yo voy a lanzarla a la fama —repitió.

Deslizó dos dedos en el bolsillo del chaleco y sacó uno de los minúsculos paquetes de papel higiénico.

—¿Qué es eso? —preguntó la Dual.

Tenía ganas de reír.

Maublanc desdobló el papel y lo estiró encima del mantel. Dos hermosas perlas aparecieron.

—Yo soy un jugador —explicó—; apuesto por los caballos, por el algodón, por las piedras preciosas y por las perlas... Y apuesto por las chicas bonitas.

Tomó una de las perlas con la punta de sus largas falanges, separó los rizos rojos, aplicó la perla sobre el pequeño lóbulo pegado y dijo: —¿No le parece que le sienta bien? Mírese en el espejo, ¿eh? ¿Qué me dice?

Una brusca oleada de calor subió a las mejillas de la pequeña Dual. Estaba escarlata, ya no sentía la desazón del hambre, tenía los ojos dilatados, arrugaba la nariz. Había olvidado su papel. Balbuceó: —¡Oh, no, señor Maublanc! ¡De ninguna manera! ¿Está usted loco? ¿Por qué razón ...? Nunca me atrevería...

Él la miró.

—¡Ah, bueno! —dijo tranquilamente—. Ya que no quiere, peor para usted. Yo creía que le gustaban las perlas. Me equivocaba. ¡Mozo, la cuenta!

Ella habría querido volverse atrás, gritar que, naturalmente, soñaba con tener perlas, que aquéllas eran maravillosas, que no sabía que debía aceptar con tanta rapidez, que no quería ofenderlo...

Demasiado tarde. Había vuelto a doblar cuidadosamente el papel y deslizaba de nuevo las perlas en el chaleco, saboreando con mirada burlona, cruel, la angustia que se pintaba en la carita manchada de pecas.

—¡Qué joven es! —le dijo a Anny, que, furiosa, tenía apretados los dientes.

Firmó la cuenta con un bolígrafo de oro, desparramó unos billetes en las manos que se tendían.

—Iré a verla una de estas mañanas, hijita; pórtese bien —dijo levantándose.

Y salió majestuoso, con las mejillas sonrientes y fofas, entre los «buenas noches, señor Lulu; buenas noches, señor Lucien; buenas noches, señor Maublanc» del personal inclinado que lo trataba como a un príncipe.

—¿Crees que se ha enfadado de verdad? —preguntó la pequeña Dual a su amiga.

—De ninguna manera —contestó Anny—, pero ¡tú eres torpe! ¡Tenías que decir que sí inmediatamente!

—¿Y qué sabía yo? Creía que era de buena educación rechazarlas, que iba a insistir. ¡Y además perlas! ¿Has visto el tamaño? Yo estaba aturdida, no comprendía qué le había dado. —Estaba al borde de las lágrimas.

—Vamos, no llores por eso —dijo Anny—. Ya te lo había dicho: es muy rico. Yo tampoco creía que iba a hacerte el truco de las perlas la primera vez, si no te hubiese advertido. En todo caso, eso demuestra que le gustas. ¡Lástima que deba de haberte clasificado entre las mujeres fáciles! Tienes que tratar de ponerte en tu lugar.

El húngaro se acercó y le hizo una señal a Anny.

—¡Ah!, va a ser la hora de mi segundo turno de canto —continuó—. Tú ve a acostarte. Y a partir de este momento, ¡cuidado! Que no haya nadie en tu casa por la mañana; los viejos duermen poco y se levantan temprano.

Acompañó a la pequeña Dual al guardarropa mientras le explicaba: —Entiéndelo bien: es un sádico del dinero; lo que le gusta es que se lo pidan, que a uno le cause molestia el pedírselo. Si te haces rica y yo caigo en la miseria, no me olvides.

De repente la pequeña se sintió acorralada entre dos puertas, abrazada por los hombros, y recibió en la cara un aliento fuerte y azucarado.

—Empiezo a estar harta de los hombres, ¿sabes? —dijo Anny Féret con voz ronca y baja.

Y aplastó su pintada boca sobre los labios de la pelirroja, que vacilaba.

La pequeña oyó, como a través de una lejana niebla, una voz cantante que, viniendo del fondo de la sala, anunciaba de nuevo: —¡Vals húngaro! ¡Muy especial!

Un sol matinal, inesperado, atravesaba los vidrios.

—*Djean-Noél! Mary-Andge! Can't you keep quiet*? —dijo miss Mabel.

Corrió por entre las dos camas, enderezó las almohadas y se esforzó por mantener a los niños entre las sábanas con unos: «*Aren't you ashamed of yourselves… On a day like this, too…*».

Pero Marie-Ange y Jean-Noél acababan de descubrir que podían hacer sombras chinescas en la pared con los dedos de los pies.

—Monitos…, ¡parecen monitos que trepan! —exclamó Jean-Noél.

—No, son perritos, mira, con las orejas y todo. Son perritos —respondió su hermana.

—¡Morcillas, morcillas! —gritó Jean-Noél sin ninguna razón aparente.

Y se revolcaron los dos sobre la manta, riéndose como si les hubieran hecho cosquillas.

—*Mary-Andge*! —exclamó miss Mabel—. ¡Si no te portas bien no irás al entierro de tu abuelo!

Marie-Ange se calmó inmediatamente. Aquél no era momento para hacer que la castigaran. Por primera vez iba a llevar un vestido negro, como una persona mayor, e iba a pasar, caminando lentamente, bajo el pórtico adornado con grandes colgaduras bordadas de plata. Nunca había entrado en la iglesia cuando estaban puestas las grandes colgaduras negras. También Jean-Noél había adoptado un aire de seriedad.

—Miss Mabel, ¿por qué no voy yo al entierro del abuelo? —preguntó.

—*Say it in English* —contestó miss Mabel, como hacía cada vez que preveía una discusión difícil.

—*I want to go to Grandpa's funeral…* —dijo el chiquillo.

—*No, darling, you are not big enough yet.*

—Pero ¡si tengo casi cinco...!

—*Say it in English.*

—*I am nearly five* —dijo Jean-Noél, que empezaba a lagrimear.

—*Now don't cry. You'll go next time.*

Jean-Noél continuó hipando un poco, por principios, haciendo pucheros; luego cambió de táctica. Como miss Mabel estaba de espaldas, tendió la cabeza en su dirección levantando el labio para imitar al aya, que tenía los dientes echados hacia delante. Agitó de nuevo los rosados deditos y consiguió introducirse la cuarta parte del pie en la boca, todo con la esperanza de hacer reír a su hermana e impedir que fuese al entierro.

Pero Marie-Ange, sentada muy tiesa con su camisón salpicado de flores, soñaba con su vestido negro.

Sufrió una gran decepción cuando le llevaron un vestido blanco con una banda malva, un abrigo blanco y un sombrero blanco. Se abstuvo, sin embargo, de hacer alguna observación.

Mientras miss Mabel la vestía, Jean-Noél se puso a bailar alrededor de su hermana gritando: —¡No va vestida de negro! ¡No va vestida de negro!

—¿Y qué? —replicó Marie-Ange con acritud—. El blanco también es luto, ¿no es cierto, miss Mabel?

Tenía unos bonitos ojos verdes alargados hacia las sienes y que ya empezaba a saber mover. Contaba un año y medio más que su hermano y en algunos momentos adoptaba un tono afectado para pronunciar las frases. Jean-Noél tenía los ojos más redondos, más amplios, de un azul oscuro; unos ojos La Monnerie.

Aparte de eso se parecían mucho.

Al pensar que, aunque fuese de blanco, Marie-Ange iría al entierro, Jean-Noél sintió violentos deseos de echarle las uñas al vestido, de desgarrarlo, de pisarle los zapatos charolados de puntas redondas; luego, bruscamente indiferente, se fue a empezar un rompecabezas. Tenía esos cambios de humor inesperados, que sorprendían siempre a su aya y a sus padres.

François Schoudler entró en aquel momento. Era un hombre

bastante bien parecido, de unos treinta años, de busto amplio y pelo castaño planchado. Llevaba frac.

—¿Está lista Marie-Ange, miss Mabel? —preguntó. —Dentro de un minuto, señor.

François contemplaba con amor a sus dos hijos, ambos sonrosados, ambos rubios, tan limpios, tan bonitos. «Mis hijos son adorables», pensaba. Jugó un momento con sus rizos.

—Espero que el tiempo acompañe —dijo amablemente miss Mabel, descubriendo sus dientes.

Los niños estaban impresionados por el traje de su padre, nada habitual a semejante hora: un traje de gala. ¿Así que un entierro era como una fiesta triste? Los faldones del frac les intrigaban mucho.

—Papá, ¿sabes si mamá va a venir? —dijo Marie-Ange, que se preguntaba si su madre llevaría un vestido de noche escotado y un velo negro en la cabeza.

—Mamá ya está en la calle de Lübeck; nosotros saldremos juntos, queridita —contestó François.

Alzó a Jean-Noél para besarlo y éste le susurró al oído: François Papá, yo quería ir al entierro. Ya sabes que quería mucho al abuelo.

François, que no había entendido más que el final, respondió dejándolo en el suelo: —Me lo imagino. Tienes que querer mucho el recuerdo de tu abuelo.

—¿Y dónde estará el abuelo en la iglesia? —siguió preguntando Jean-Noél—. ¿Vendréis a contármelo?

—Sí, sí; pórtate bien.

Jean-Noél se acercó a su hermana, a quien estaban calzándole los guantes, se puso de puntillas para alcanzar su rostro, que estaba tres centímetros más alto, y posando sobre su mejilla los labios húmedos dijo en voz baja: —Eres muy guapa, ¿sabes, Marie-Ange?

Con la pernera del pijama levantada hasta la pantorrilla vio salir a su hermana y a su padre, la una delante del otro; tenía gruesos lagrimones en los ojos.

Al desdoblar *L’Echo du Matin* Simón Lachaume se sobresaltó: no veía su artículo. Un gran dibujo de Forain, de un trazo seco, amargo y nervioso, representaba al poeta en su lecho de muerte y se extendía a través de la página a tres columnas. Como cabecera: «El Gobierno se suma a los funerales de Jean de La Monnerie, que se celebrarán esta mañana». Y luego, bajo el dibujo de Forain, leyó Simón: «Relato de los últimos instantes». «Su mirada corrió al pie de la página; sintió un calor benéfico en el pecho: allí estaba su firma, en caracteres negros, tres veces más grandes que la tipografía del texto.

Habían cambiado el título, eso era todo. Plantado en la acera de la calle Soufflot, entre las amas de casa que acarreaban sus bolsas de provisiones y los estudiantes que pasaban con su cartera apoyada en la cadera, releyó su artículo de cabo a rabo. Viéndolo así impreso, con las numerosas sangrías y las citas en bastardilla, le pareció mucho mejor que la noche precedente. Un artículo completo, equilibrado: cualquier cosa que hubiera podido añadir no habría hecho sino quitarle agilidad.

«De todas maneras, es una curiosa manera de proceder —pensó —, esa de cambiar el título sin preguntarle al autor su opinión. En fin, tal vez así esté mejor para el público.»

A pocos pasos de él vio a un viejecito de barba recortada y aspecto de jubilado que también se había detenido y, con *L’Echo du Matin* en la mano, leía su artículo. Simón sintió ganas de correr hacia él y gritarle: «¡Ése soy yo! ¡Simón Lachaume soy yo!».

Se las arregló para pasar muy cerca del jubilado, para casi rozar a su primer lector.

Cuando los alumnos de cuarto, alineados en el pasillo del liceo Louis-le-Grand vieron llegar a Simón Lachaume, se dieron codazos unos a otros y murmuraron: —Oye, ¿has visto al profesor? ¿Qué le pasa?

Simón, que avanzaba lentamente en compañía del señor Martin, profesor de Historia y Geografía, iba, en efecto, vestido de manera desacostumbrada. Llevaba un abrigo negro demasiado estrecho, una corbata negra y un sombrero hongo nuevecito. Poco cómodo y sintiéndose objeto de las miradas de sus alumnos, mantenía una actitud afectada y evitaba balancear la cabeza de derecha a izquierda.

Sonó la campana; los niños entraron en clase. Simón colgó de la percha el abrigo y el magnífico sombrero e hizo recoger los ejercicios de literatura francesa. Los cuadernos estaban abiertos sobre los pupitres, pero antes de dictar un nuevo tema Simón Lachaume comenzó: —Sin duda han leído ustedes en los diarios de sus padres que ha muerto Jean de La Monnerie.

Se detuvo un instante, como si esperase que alguno de los alumnos exclamase: «Sí, sí, señor. También hemos visto su artículo de esta mañana». Y por una vez hubiera aceptado la interrupción. Pero no pasó nada.

—Hoy se ofician sus exequias —siguió—. Debo asistir a ellas. Así pues, quedarán ustedes libres a las diez.

Un murmullo de satisfacción recorrió los bancos. Simón golpeó la mesa con las puntas de las uñas.

—Jean de La Monnerie —continuó— será recordado como uno de los más grandes escritores franceses de esta época, tal vez el más grande. Yo tuve la dicha de conocerlo muy bien; en estos últimos tiempos lo veía casi todas las semanas. Lo considero en cierta forma como mi maestro… y me hallaba junto a su cabecera el sábado, cuando murió.

De pronto se dio cuenta de que estaba muy conmovido y frotó maquinalmente las gafas con los pulgares.

Los muchachos permanecían en absoluto silencio. Nunca habían imaginado que su profesor tuviese amistades tan ilustres, cuyo nombre podía encontrarse al final de los manuales de literatura y cuya pérdida consideraba la prensa motivo de duelo nacional.

—Por lo tanto, esta mañana quiero hablarles de él y de la obra que deja, como debería hacerse, por otra parte, en todas las clases cuando desaparece un gran hombre… Jean de La Monnerie nació en el Chec, cerca de Vierzon, en 1846…

Habló más tiempo del que había calculado, improvisando una clase muy por encima del programa. Los alumnos escuchaban con recogimiento.

Sin embargo, al cabo de un rato, y aunque la inmovilidad seguía siendo la misma en la clase, Simón sintió que la atención se desvanecía, que ya sólo era formal. Los internos de guardapolvos grises, los externos con las mangas de las chaquetas demasiado cortas,

aquellas siete filas de cabelleras indómitas, aquellas series de rostros sin arrugas, sin grasa, que aún no tenían el tamaño de la de un adulto, todos aquellos muchachos aún en la edad del pavo, pero que ya tenían una vida interior compleja y consciente, una organización de pensamiento, gustos, repulsiones, aptitudes, esperanzas, aquel auditorio estaba en vacación, estaba ausente.

Los ojos que bajaban hacia los dedos roídos y manchados de tinta carecían de mirada; la voz que llegaba de la cátedra no atravesaba las orejas coloradas o anémicas; las frases, las fechas que citaba Simón ya no llegaban a los alumnos. En su saber reciente pero ya congelado, como se cuaja una salsa en cuanto se la vierte, cifras tales como 1848 o 1870 hallaban su lugar inmediatamente. Pero 1846, 1876, esos años marginales, lejanos, no evocaban nada para los adolescentes, salvo tal vez el asombro de que todavía pudiesen morirse personas de aquella época.

Algunos chicos lanzaban una ojeada al reloj, guardándose muy bien de turbar aquella hora de holgazanería que pasaba y a la que iba a seguir una hora de libertad imprevista.

Un joven maniático tomaba notas como una máquina, pero tampoco entendía nada.

Tan sólo dos alumnos, en dos filas diferentes, escuchaban concentrados, apasionados, ávidos, de repente con ojos de hombres en sus caras esbozadas. La mirada de Simón, mientras seguía hablando, ya no iba más que del uno al otro de los dos muchachos. Aquéllos, estaba seguro, se precipitarían sin perder un momento a la librería de la calle Racine y comprarían la antología de poemas de Jean de La Monnerie, en la edición de Fasquelle. Los versos que empezaban a componer o que compondrían al año siguiente denotarían su influencia. Ya se convirtiesen en banqueros, en abogados o en médicos, su existencia entera conservaría aquella marca.

Y medio siglo después aquellos dos niños dirían: «Yo estaba en la clase de Lachaume el día de los funerales de La Monnerie».

Simón se repitió interiormente «yo estaba en la clase de Lachaume...», mirando el reloj. Eran las diez menos cinco.

—Copien el tema para el miércoles próximo —dijo retomando un tono de dictado—. Escriban: «¿Qué reflexiones les sugieren las dos primeras estrofas del poema de Jean de La Monnerie “Un pájaro en el lago caía con las hojas...” Comparen esos versos con otros poemas que

ustedes conozcan y que hayan sido inspirados igualmente por el sentimiento de la muerte».

Mientras los alumnos cerraban sus carteras y salían, Simón Lachaume anotó rápidamente en su libreta: «Para prefacio obras póstumas J. de L.M.: Excepción hecha de los capitanes, la gloria de los grandes hombres no se difunde ampliamente entre las multitudes, como suele creerse. Sólo se transmite a uno o dos seres a la vez, a unos cuantos individuos por generación, que conocen las razones de esa gloria, y que a fuerza de repetir un nombre lo mantienen en suspenso en la memoria colectiva».

En el pasillo, los niños se precipitaban hacia la caseta del portero gritando: —¡Con tal de que se muera uno como éste cada semana! Extraño a su alboroto y lustrando con la manga su sombrero nuevo, Simón seguía reflexionando.

La pequeña Dual se despertó sobresaltada por unos golpes que sonaron en la puerta. Saltó de la cama disgustada y fue a abrir.

—¡Ah, es usted ya! —exclamó—. Bueno, pues no pierde el tiempo.

Lulu Maublanc estaba frente a ella con el bastón en la mano y sin aliento tras haber subido cuatro pisos de escalera de caracol.

—Vengo como camarada —dijo—, como le había prometido. ¿No le resulta agradable?

—Sí, sí, por supuesto —contestó ella recobrando el control de sí misma.

Lo hizo pasar. Tenía el rostro cansado, los ojos aún hinchados de sueño y el pensamiento poco claro; tiritaba.

—Vuelva a acostarse, va a coger frío —dijo Maublanc.

Ella se echó un chal por los hombros y se desenredó la cabellera pasándose un peine frente al espejo. Lulu examinaba el camisón arrugado y desgarrado en las sisas, las nalgas flacas que se insinuaban ligeramente bajo la tela, los tobillos desnudos.

Se mantuvo atento para no perderse el vuelo de los muslos cuando la muchacha volvió a acostarse, pero sufrió una decepción porque ella mantuvo apretadas las rodillas y el camisón enrollado en torno a las piernas.

Recorrió la habitación lentamente.

El papel de las paredes estaba rasgado en algunos lugares, manchado en otros; las cortinas de estameña estaban amarillentas por la vejez y el polvo. La única ventana daba a un sórdido patio de Montmartre, a otros cristales sucios, a otras cortinas raídas, a caños herrumbrados y a revoques caídos. Abajo un zapatero golpeaba sobre su bigornia.

—Es muy bonita su casa —dijo maquinalmente Lulu.

El mármol de la cómoda estaba rajado en tres; en la palangana había una toalla húmeda manchada de maquillaje. La inspección de aquella miseria colmaba a Lulu de alegría. Tenía la sensación de

«encanallarse». Lo canalla, para él, era la pobreza.

Se detuvo frente a dos dibujos a sanguina clavados a la pared con una chincheta y que representaban a la pequeña Dual desnuda.

Lulu se volvió hacia la cama y la interrogó con la mirada.

—He sido modelo —explicó ella—. ¡Oh!, no en un taller sino en una escuela. Hay que comer.

—Hay talento, hay talento —murmuró Lulu volviendo a las sanguinas.

Terminó su examen. No hallaba ningún rastro de presencia masculina en la habitación, por lo menos ningún rastro de un paso reciente. Se sentó al lado de la cama.

—Nos divertimos mucho anoche —dijo aclarándose la garganta.

—¡Oh, sí! ¡Fue maravilloso! —contestó ella. Le dolía la cabeza. Demasiado champán y demasiada poca comida.

—Me parece que estaba un poco… achispado —continuó Lulu —. Debí de contarle un montón de tonterías.

Ella lo miró incómoda: era todavía más repulsivo de día que de noche, no podía acostumbrarse a aquellas sienes enormes bajo el cráneo en forma de pera, a aquella anomalía natal dejada por los hierros y que recordaba a la criatura mal desarrollada que había sido aquel quincuagenario.

«¡Ya está!» —pensó—; ya sé qué parece. ¡Un feto enorme!»

Para distraerse observó detalladamente la gruesa corbata negra sobre el cuello duro, vuelto y de cuatro dedos de alto, la chaqueta negra ribeteada, el abrigo entreabierto, el pantalón a rayas grises y todo aquel aire de rico que a pesar de la fealdad de Lulu difundía una especie de calor en la habitación.

—¿Siempre se viste tan bien como ahora, desde la mañana? —preguntó.

—No, hoy voy vestido seriamente porque voy a un entierro. —Consultó su reloj—. Y es preciso que no me retrase demasiado.

Casi inmediatamente la Dual sintió en su brazo un roce de

dedos.

—Me gustan las niñas buenas —dijo Lulu con voz ahogada—. En seguida tuve confianza en usted.

La mano subía, se introducía por el escote del camisón; el puño brillante de la camisa se había detenido en el hueco de la axila, los enormes dedos buscaban el seno.

—¡Oh, qué pequeñito! —murmuró Lulu enternecido—. ¡Aún es muy pequeñito!

Ella agarró la mano de Lulu y la apartó sobre la manta.

—Eso no —dijo—. Sea bueno usted también.

Pero la mano se había introducido debajo de la sábana y se deslizaba lentamente a lo largo del muslo.

«No será muy difícil detenerlo a tiempo —pensó la pequeña Dual—. Es necesario que me deje sobar un poco, ya que ha venido para eso.»

Los dedos levantaban el camisón, el puño de la camisa rascaba la piel. Contraída, con los músculos tensos y los muslos apretados, la pequeña dejaba que la tocase.

«Por lo menos va a costarte caro, ya que tienes tanta prisa», se dijo.

—...buena chica —murmuraba él.

Las enormes falanges blandas daban vueltas sobre el vientre liso y flaco, se detuvieron en el vello.

«Va a ponerse carmesí, va a empezar a soplar...»

Se disponía a rechazarlo, «por lo menos la primera vez». Pero las mejillas de Lulu seguían céreas y fofas, su respiración igual, la mano se había inmovilizado bajo la sábana, la Dual no percibía contra su piel nada más que el pulso regular, lento, lejano, que latía en las grandes falanges. Y aquello duró así largos minutos.

Lulu, vagos los ojos, tenía fija la mirada en las manchas del papel, justo frente a sí, y esperaba algo que no se producía.

Aquella mentira o aquella esperanza irrisoria inspiraban a la

pequeña Dual más asco que si el viejo maniquí de corbata negra se hubiera lanzado sobre ella.

Un camión de transporte sobre llantas de metal estremeció la casa.

Lulu retiró la mano, miró a la Dual con su aire acostumbrado, normal, y dijo: —¿Y ahora, qué puedo hacer por usted? ¿Necesita usted algo? Dígamelo francamente, como camarada. ¿Cuánto?

La observaba; aquél era su instante de placer, su desquite: el apuro de otro.

Sólo tardó unos segundos en responder, el tiempo justo de dividir quinientos por veinte. «En luises suena mejor.»

—Si fuese usted tan amable que me... —por un resto de pudor iba a decir «prestase», pero se contuvo a tiempo, desconfiada— ...que me pasase veinticinco luises... Estoy atravesando una temporada no muy buena...

—Bueno, está bien; eso es ser franca. Me gusta eso. Trataba con una buena jugadora. Sacó un billete de la cartera y lo deslizó doblado en dos bajo el pie de la lámpara de cabecera.

—Volveré a visitarla una de estas mañanas —dijo levantándose —.Y de ahora en adelante nos llamaremos Lulu y Sylvaine, ¿eh? ¡Hasta pronto! Y sea buena, sea buena —agregó con el índice en el aire.

—¡Hasta pronto, Lulu! —contestó ella.

Escuchó cómo su paso se alejaba por la escalera y luego, abajo, cerrar la portezuela del taxi. El zapatero seguía golpeando sus clavos. Saltó de la cama, corrió al descansillo y gritó por encima del pasamano: —¡Señora Minet! ¡Señora Minet!

—¿Qué pasa? —contestó la portera desde el fondo de la penumbra.

—Suba, tengo que darle una cosa.

Cuando la portera llegó arriba le dijo, tendiéndole el billete: —Señora Minet, ¿me haría el favor de ir a buscarme cambio y subirme chocolate en polvo, media libra de mantequilla, y luego pasar por la carbonería...?

La orgullosa vieja, que había visto bajar a Lulu, la miraba con una expresión extraña en que el desprecio popular por la villanía se mezclaba con el respeto por el dinero.

—Tengo que quedarme con doscientos francos para el alquiler —dijo— y sesenta y siete que me debe…

—¡Ah, sí! —dijo la pequeña Dual con tristeza.

Y mientras la portera bajaba pensó: «Tal vez vuelva mañana».

IX

Habían encendido tantos cirios que rechazaban la luz del día del otro lado de las vidrieras. Reinaba la noche en el interior de la iglesia de Saint-Honoré d'Eylau, una noche iluminada por millares de llamas y de puntos de oro, falso trozo de firmamento aprisionado bajo las bóvedas. Los grandes órganos saturaban aquel espacio nocturno de sones justicieros, hacían rodar sobre la multitud compacta una imitación de la voz de Dios.

Allí estaba todo el clan, el de los distritos séptimo, octavo, decimosexto y decimoséptimo, de los barrios dirigentes y residenciales. Apretujada en las naves laterales, amontonada en las capillas laterales, la gente estaba de pie, hacinada hasta el pórtico, sin espacio ni para mover los codos, y estiraba la cabeza para ver fragmentos del espectáculo.

El espectáculo lo constituían los ancianos, los ilustres, sentados en filas apretadas en la nave central, a ambos lados del pasillo del medio. Para situar a sus dignidades habían tenido que colocar entre ellos carteles montados en pies de madera: «Instituto, Parlamento, Cuerpo Diplomático, Universidad...».

La señora Polant, vencida por la amplitud oficial de la ceremonia, se había visto obligada a delegar sus poderes en personajes graves y especializados. El protocolo había dispuesto la colocación. Los delegados de la Academia Francesa, de uniforme verde, a cada gesto hacían sonar las vainas de sus espadas sobre las losas. La gente señalaba entre los académicos a un hombre de bigote blanco y porte aún erguido, con un uniforme azul cielo, y murmuraban: «Es Foch».

Otros uniformes de estrellas múltiples esmaltaban aquella sombría concurrencia. Rostros políticos, barbudos, mofletudos, calvos, desgreñados, hundidos, violentos, se parecían a sus cotidianas caricaturas. Algunos de esos tribunos levantaban cuidadosamente los faldones de sus abrigos al sentarse. En las filas reservadas a los diplomáticos se alineaban por encima de cuellos de pieles rostros oliváceos de príncipes lejanos y largas caras del norte, de cejas iguales y acompasadas. La universidad y la magistratura, fuertemente necesitadas de binóculos, desplegaban sus armiños sobre la púrpura, el amarillo huevo o el hollín de sus togas. Los novelistas, al verse, hacían una inclinación de cabeza. Entre los ilustres sin carácter oficial, Noel Schoudler, gigantesco, macizo, impaciente, levantaba por encima de las frentes su barba de rufián; se diría que habían invitado al diablo por error. Era uno de los hombres más poderosos de París, y se lo

distinguía entre los demás.

El coro estaba abarrotado de prelados, sublimes o soñolientos o chismorreros. También en el coro el obeso vizconde de Doué-Douchy, delegado del duque de Orléans, y un anciano de cabello sedoso que representaba a la emperatriz Eugenia estaban sentados el uno al lado del otro, y no se dirigían la palabra.

De todos aquellos hombres, por lo menos veinte estaban destinados a funerales igualmente suntuosos. Y lo sabían. Algunos no tendrían que esperar más que unos meses.

Sin embargo, aquello les parecía vago, alejado, teórico. Se levantaban, se sentaban, inclinaban las arrugas; estaban vivos e interpretaban su papel ante el clan. Con los ojos buscaban quién protagonizaría el próximo espectáculo; aunque todos sintiesen un igual y constante pavor frente a la muerte, ninguno imaginaba que pudiera tratarse de él mismo.

Del lado de las mujeres, pocas había que no representasen media docena de pecados. Todas las esposas del poder, de las finanzas, del gran mundo, del periodismo de primera fila, de la ociosidad lujosa se hallaban reunidas, ingeniosamente ensombreradas, y con ellas las principales célibes del teatro. Anna de Noailles, tan célebre como los hombres y vestida con una maraña de chales y pieles, sufría por no poder hablar. La Cassini, alta, trágica, con un trozo de velo en torno al cuello descarnado, tenía a bien probar que el duelo de hoy era también el suyo.

El agente de pompas fúnebres, que con guantes de algodón negro presentaba a la entrada el registro de firmas, tenía ante sí la colección de autógrafos más impresionante de la época.

Alineada en las primeras filas, delante de los ilustres, la familia. Primero los hermanos: el general, cuyo uniforme era una de las manchas azules que se veían desde lejos, y luego los otros dos, Urbain y Gérard, con sus graves cabezas montadas sobre cilindros de lustroso lienzo.

Lulu Maublanc llegó con retraso y molestó a todo el mundo para pasar a ocupar su sitio.

Gérard de La Monnerie, el diplomático, llegado especialmente de Roma y que era de una flacura que aterraba, como si fuera él el cadáver, dijo en voz baja a Lulu: —¡Por lo menos podrías haber tenido la decencia de ponerte un frac!

—Déjalo, nunca ha sabido comportarse —dijo el general.

—Tenía unas citas de negocios —refunfuñó Lulu.

La señora de La Monnerie, secos los ojos bajo su cortina de crespón, conducía, dominaba a la cohorte de mujeres y de vez en cuando se ponía los dedos en los oídos, cuando el órgano subía a los sonidos agudos.

Jacqueline e Isabelle habían tomado el piadoso partido, que convenía a su juventud, de permanecer casi todo el tiempo arrodilladas, con la frente entre las manos. Finalmente, en medio de aquellas mujeres veladas, Marie-Ange, vestida de blanco, aparecía de cuando en cuando como una margarita entre nidos de termitas.

Y luego, separado del clan por las alabardas de dos pertigueros empenachados, solo, más alto que las flores amontonadas; en pirámide, más alto que el gran rectángulo ardiente de los cirios que quemaban en torno, más alto que los hombres de pie, estaba el enorme andamiaje cubierto de paño negro y plata que contenía al muerto.

Nadie pensaba en él, ni siquiera los diáconos, ni siquiera el padre dominico que oficiaba, ni siquiera Isabelle, que se decía que había que hacer desinfectar la habitación y pensaba en el montón de respuestas a las cartas de pésame.

En aquella asamblea cada uno era un ser demasiado importante, o se creía tal, para tener otro cuidado que el de su propia persona, para ocuparse de otra cosa que de pensar en sí mismo.

En cuanto a los mirones del fondo, empezaban a sentirse cansados de estar de pie y ya no pensaban en nada.

Los dos pertigueros hicieron sonar contra las losas el pie de sus alabardas.

Entonces, con ruidos de sillas que se corren, de bastones que caen, de gargantas que se aclaran, de riñones doblados, de discretos apretones de manos, se puso en marcha la multitud, arrastrando los pies, para ir a echar un poco de agua bendita sobre los pliegues de paño negro. El pesado hisopo de plata, demasiado pesado para muchas manos ancianas, pasó del Gobierno al Instituto, del Instituto a la Facultad, de la Facultad a la diplomacia, de los diplomáticos a las mujeres que antaño habían dormido con el difunto y que sentían de todas formas que se les encogía un poco el corazón, de las amantes a

las letras, a las ciencias, a las artes, a Simón Lachaume. Simón memorizaba los rostros, se construía un recuerdo y estaba muy orgulloso de tener una razón para hallarse entre tantos ancianos respetables. Durante los entierros es cuando se puede ver más de cerca a los grandes hombres. El desfile frente al catafalco y frente a la familia duró casi una hora.

Luego se abrió el doble portón y todos se quedaron sorprendidos de que fuera fuese de día. A ambos lados del pórtico se amontonaba la multitud.

Sacaron al muerto del catafalco. Llevado por ocho empleados de pompas fúnebres con pasos lentos y contados, el féretro, coronado por la espada y el bicornio, avanzó por el pasillo del medio por entre los vivos, a la altura del pecho. Simón pensó que le habían sacado al poeta el uniforme de académico, que en la oscuridad de su cofre de plomo estaba en camisa almidonada, con calzoncillo blanco largo y calcetines de seda negra.

En los entierros pobres, en que sólo unos cuantos parientes siguen el coche fúnebre, el muerto parece mendigar piedad en su camino.

Aquí, por el contrario, parecía rechazar el homenaje. Pasaba despectivo entre dos filas alineadas en su gloria, acostado bajo su sombrero de plumas, como un cadáver magro que ha vivido demasiado tiempo para dejar verdaderas penas.

Resonó el órgano por última vez y luego, con un choque de sables, un escuadrón de la Guardia Republicana tocado con cascos de crines rindió brillantes honores a la placa de gran oficial de la Legión de Honor, que seguía al féretro colocada sobre un cojín de terciopelo. Los caballos golpeaban el empedrado.

En el centro de la plaza la inmensa estatua de Víctor Hugo, en pleno cielo, volvía involuntariamente la espalda a aquel desfile. Cuarenta años atrás la estatua y el cadáver estaban familiarmente sentados frente a frente y el bronce alentaba al féretro de hoy.

El maestro de ceremonias se acercó respetuosamente a Urbain de La Monnerie, que presidía el duelo, y le dijo unas palabras al oído. El marqués atravesó entonces la calzada para darle las gracias al oficial que mandaba el destacamento de la Guardia, y la multitud, conmovida de pronto, permaneció en silencio mientras aquel anciano, con su sombrero de copa forrado de fieltro en la mano, con su corona

de cabello blanco, su abrigo entallado y sus zapatos de charol, se adelantaba con una elegancia de otras épocas e imprimía en su gesto una cortés grandeza. Un poco trabado por sus riendas y su dragona, el oficial, inclinado sobre el cuello de su caballo, recibió el apretón de manos como si fuese de un soberano.

Un académico, historiador barrigudo de barba en abanico, le decía al profesor Lartois, que estaba muy atento: —Estos hermanos La Monnerie son personajes asombrosos. Todo les sale bien, hasta los funerales. Mírelos: uno general, el otro ministro plenipotenciario. Y todo eso con la República. Si hubieran nacido bajo la monarquía, apoyándose como lo han hecho, habrían sido una de esas familias desconocidas que aparecen de repente con un reinado y se elevan a la categoría de pares.

Una ráfaga de viento barrió el suelo levantando un polvo duro y frío, se coló bajo los abrigos y retorció la barba del académico barrigudo, que tuvo un arrebato de cólera contra los empleados de la casa Borniol, que habían extraviado su manta de viaje e iban a hacer que cogiese frío.

—Voy a intentar encontrarla, mi querido maestro —dijo el célebre médico, solícito como un joven.

—¡Ah, sí! ¡A usted deben de conocerlo bien los enterradores! —exclamó el académico, divertido con su propio ingenio.

Habían izado el féretro al enorme coche fúnebre empenachado, triste como una carroza de corte española, y sujetaban alrededor las inmensas coronas, mientras los seis caballos negros parpadeaban bajo sus cogullas.

Los que estaban obligados a ir al cementerio se acercaban a sus automóviles o a las grandes jardineras de techo de cuero que esperaban a lo largo de la calle Mesnil.

Pasó la señora Eterlin, sostenida por su doncella, como una Ofelia centenaria.

Una magra multitud, desperdigada por las aceras de la avenida Víctor Hugo, vio cómo el cortejo se ponía en movimiento.

Al cabo de unos minutos no quedaban frente a Saint-Honoré d’Eylau más que unos cuantos poetas viejos, altos, delgados, asombrosamente correctos, que se parecían a Jean de La Monnerie como las malas copias de un gran cuadro. Sólo ellos sentían todavía

algún interés en denigrar los méritos del difunto; pero sobre todo hablaban de sus méritos personales y de lo que había sido el gran negocio de su vida: la utilización del verso libre.

Los empleados de pompas fúnebres, levantando sus escalas, ya empezaban a sacar las colgaduras.

Paticorto, echándose hacia atrás un gran mechón plateado, puntuando cada frase con un gesto de su cuadrada manita, el ministro de Educación Nacional y Bellas Artes, Anatole Rousseau, daba fin a su discurso.

—Dijo… —soltó, e hizo una pausa—… en su último aliento… —hizo otra pausa—…«No tendré tiempo para terminar». Admirable frase… que resume a la vez una vida… y un destino…, y esa preocupación por terminar la tarea emprendida que es propia de nuestra raza…

El ministro consultó la tarjeta de visita en que tenía sus notas y levantó el mentón hacia una audiencia suplementaria que se situaba más allá de los muros del cementerio.

—…Y yo me vuelvo ahora… hacia la apasionada juventud de nuestro país, hacia el relevo de mañana, hacia ese misterioso pulular de talentos…

Simón Lachaume detectaba, con otras palabras y utilizadas para otros fines, el tema que él había explotado al final de su artículo. Por otra parte, aquello se imponía en cuanto que se conocían las últimas palabras del poeta. También el ministro sacaba la lección del tránsito. Pero ¿cómo había conocido aquella última frase? Preguntárselo hacía latir un poco más aprisa el corazón de Simón.

—…porque cuando un hombre… se entrega a una labor… con todas sus fuerzas y con toda su fe…, jamás da esa labor por terminada.

Un pequeño aplauso partió de entre las tumbas, seco, ridículo, como una bolsa de papel que se hace estallar, y se detuvo avergonzado en el silencio y el frío. A una joven de la familia le dio inmediatamente un ataque de risa nerviosa, esquizofrénica, hubiera dicho Lartois, pero que felizmente, bajo el velo, podía pasar por una crisis de llanto.

El ministro había cedido el lugar a una dama de la Comedia Francesa, que se adelantó hasta casi caer en la tumba y declamó con voz agravada por el talento y el temor a coger una pleuritis «El pájaro sobre el lago».

Y luego de nuevo el hisopo plateado fue agitado por una cadena de manos encima de la tumba abierta.

La Cassini rompió la cadena unos segundos. Cayó de rodillas, escarbó la tierra con su mano desnuda y lanzó un puñado de guijos, que crepitaron sobre la madera del féretro.

El profesor Lartois, que en el embotellamiento se halló al lado de Simón, le dijo: —Muy bueno su artículo, amigo mío. Lleno de matices, lleno de inteligencia, exactamente lo que se necesitaba; tiene usted mucho talento. Ya estaba seguro de ello, por otra parte.

Y le presentó al jefe de redacción de *L'Echo du Matin*, que lo seguía.

—Tendrá usted que mandarnos otra cosa —le indicó éste a Simón—. Y créame que no le digo eso a todo el mundo.

Esto sucedía justamente cuando llegaban frente a la tumba, y Simón no tuvo tiempo de decir adiós a su maestro.

La familia, alineada como una hilera de cipreses, recibía el pésame. Simón quedó fascinado por la corbata de comendador del general, que por otra parte no le reconoció, y por la extraordinaria delgadez del diplomático. Tropezó con el codo de Noel Schoudler sin sospechar que era el propietario del *Echo*, así como el gigante no sabía que aquel muchacho de gafas era el colaborador de su primera página del día.

Simón avanzaba detrás de un anciano que tomó las manos de la señora de La Monnerie diciendo: —¡Mi pobre amiga!

Y Simón oyó que la señora de La Monnerie contestaba: —Sí. Veinte años tarde.

Cuando a su vez llegó frente a ella, la señora de La Monnerie repitió maquinalmente, con el tono de quien agradece: —Veinte años tarde.

Marie-Ange, solemne, encantada, con la cara enrojecida de frío al lado de su inquieta madre, le decía a cada gabán, con el aire acompasado de una persona mayor: «Muchas gracias… Muchas gracias…», aun cuando no le acariciaban la mejilla.

Cuando terminó la hilera, Simón dijo «¡Uf!», como todo el mundo, y se alejó. Tropezó con la señora Eterlin, que no había saludado a la familia y se iba discretamente, sostenida siempre por su doncella.

—¡Oh, señor Lachaume! —le dijo con su voz ligera y desfalleciente—, esperaba verlo. Su artículo me ha trastornado..., trastornado... Tan conmovedor, tan sensible... Y entre esas cosas maravillosas que dijo, pudo todavía pensar en mí. Lartois no quería que viniese esta mañana; temía por mi salud. ¡Qué importancia tiene ahora mi salud!

El ministro Anatole Rousseau, que durante todo aquel tiempo había estado rodeado por gran número de personas, se hallaba repentinamente solo, y alejándose a lo largo de una bordura de boj parecía descifrar las inscripciones de las tumbas. Simón vaciló y luego, saltándole el corazón, se decidió.

—Señor ministro —dijo—; tuve el honor de serle presentado el pasado octubre, en la Sorbonne, durante la ceremonia por los universitarios combatientes... Simón Lachaume.

—¡Ah, sí..., sí...! —dijo el ministro cortésmente, tendiendo su cuadrada manita. Luego su mirada se hizo más precisa—. Lachaume... Lachaume... Usted escribe, ¿verdad? ¡Ah!, usted ha publicado un artículo esta misma mañana. Sí, lo he visto. Me ha gustado mucho. Eso es; era usted el que conocía tan bien a La Monnerie... ¿Ya qué se dedica actualmente?

Cuando Simón respondió brevemente, el ministro levantó el bastón hacia el frontispicio del monumento y dijo: —Es inimaginable el mal gusto que tenían en cierta época. —Luego, como hombre habituado a no perder ni un momento, añadió—: ¿Y qué puedo hacer por usted, señor Lachaume?

Simón se preguntó si sería una incorrección acercarse a un ministro sin necesitar algo concreto. Pero como Anatole Rousseau parecía tranquilo, continuaron charlando hasta la puerta del cementerio. Simón comprobó complacido que era unos centímetros más alto que el ministro.

—Me pregunto dónde se habrá metido mi secretario —dijo éste mirando a su alrededor. Y luego, volviéndose de nuevo hacia Lachaume—: ¿No tiene usted coche? ¿Dónde vive? ¿En el Barrio Latino? ¡Qué suerte tiene! Bueno, eso se arregla perfectamente. Yo debo volver al ministerio; suba conmigo.

Sentado un poco de través en el fondo del gran Delaunay-Belleville, Simón no sabía si debía seguir cubierto o no. Acabó quitándose el sombrero hongo con la mayor naturalidad que pudo.

—Siéntese cómodo; tenga, póngase eso por encima de las piernas, no hace calor —dijo el ministro subiendo sobre sus cuatro rodillas una gruesa manta de piel, como si partieran para un largo viaje.

Luego la manecita de articulaciones abultadas por la edad y la artritis tendió a Simón un estuche de carey con cigarrillos rubios.

Simón lamentaba que las calles desfilasen tan aprisa. Descubría en el ministro Anatole Rousseau, tratado de ignorante por toda una parte de la prensa, a un hombre erudito, con vivacidad y energía a la vez.

Se sentía arrebatado por una amistad espontánea, deferente, hacia aquel cuerpo breve, encogido, hacia aquella cabellera plateada que sobresalía bajo el ala del sombrero de copa, hacia aquellos párpados de gallina que subían y bajaban puntuando las frases, hacia todo aquel rostro donde se hallaban marcados los años como sobre la albura de un árbol; un sentimiento de la misma naturaleza que el que experimentaba al mirar a Jean de La Monnerie.

El ministro tenía íntima conciencia de ello y se esforzaba por gustar. Sabía que para eso lo mejor era dejar hablar al corazón. Nada halaga tanto al interlocutor como la sinceridad de un hombre que está en el poder.

—Le envidio a usted —dijo Anatole Rousseau— porque trata a los poetas, porque escribe tesis, porque tiene tiempo para hacerlo. También yo escribía, al comienzo de mi vida. Incluso he publicado bastante en revistas. Todo eso lo abandoné…, no me atrevo a decir cuántos años hace. Pero muchas veces me dan ganas de volver a hacerlo. Ya ve usted, cada uno de nosotros tiene en sí varios destinos, y nunca se sabe si la vida nos ha hecho tomar el bueno.

—A menos que no tengamos más que un solo destino y que obligatoriamente terminemos por encontrarlo —dijo Simón.

—No lo creo —contestó Rousseau—; creo incluso que todo hombre ha nacido para algo mejor que lo que ha terminado por elegir.

Cuando el Delaunay-Belleville se detuvo en el patio del ministerio, le dijo al chófer: —Portois, lleva al señor Lachaume a su casa y vuelve a buscarme. — Y luego a Simón—: Tenemos que volver a vernos. Espere…, ¿qué hace usted el viernes próximo? Tengo una recepción de escritores rumanos. Tal vez pueda interesarle. Venga, entonces, después de cenar, a las diez menos cuarto, o a las diez, de

calle.

Y subió la escalera de piedra simulando correr.

Simón, solo en el coche del ministro, apenas se atrevía a mirar por la ventanilla, tan orgulloso estaba. Con la punta de los dedos palpaba la manta de piel del amo de toda la jerarquía universitaria.

Vio sobre el asiento unos cuantos periódicos doblados a lo largo; entre ellos estaba *L'Echo du Matin*, y el final del artículo de Simón estaba rodeado con un gran círculo en lápiz rojo.

«Es por esto —pensó—. Además, es un buen artículo; es indudablemente lo mejor que he escrito.»

Y se preguntó si, como le había sucedido a La Monnerie con un poema, lo que le estaba sucediendo no sería un poco aquello de hacerse célebre en veinticuatro horas.

Simón ignoraba todavía que el valor personal y el talento son condiciones necesarias, pero nunca absolutamente suficientes, y que siempre le hace falta al hombre para elevarse entre sus semejantes una pequeña ayuda suplementaria: la frase de un moribundo pronunciada en el instante oportuno, o bien que en la avenida de un cementerio un ministro que envejece haya perdido a su secretario y le guste ir en coche acompañado.

Simón no se atrevió a que lo llevaran hasta su miserable puerta y pidió que lo dejaran en la plaza del Panteón, como si fuese a la biblioteca Sainte-Geneviéve. Hizo a pie el resto del camino. Marchaba con paso glorioso.

Vio a su mujer, que volvía de hacer la compra con un pan en la mano. Se le acercó.

—Bonita mañana —le dijo.

3. LA BODA DE ISABELLE

I

EL profesor Emile Lartois corrió las dobles cortinas de tela blanca impermeable frente a los vidrios translúcidos de su gabinete de consulta. Sólo le gustaba trabajar con una luz eléctrica cuya intensidad regulaba a su gusto. La estancia tenía un olor propio de clínica y constituía un fresco cubo en medio del verano.

—Entonces, pequeña, ¿qué es lo que no va bien? —dijo Lartois—. ¿Un retraso de cinco semanas? Tal vez no sea nada, ya lo sabe usted. Vamos a verlo inmediatamente. Haga el favor de desnudarse.

Se enjuagó las manos y se las secó cuidadosamente mientras seguía hablando con su tono ligeramente sibilante y jactancioso.

—¿Cuánto tiempo hace que no nos vemos? —preguntó—. Por lo menos seis meses. Sí, desde la muerte de su tío; algo más de seis meses... ¿Se enteró usted de la innoble jugarreta que me hicieron en la Academia? ¡Es lo que se dice infame! Mi elección estaba asegurada, decidida, firme... Sí, desnúdese por completo; me parece mejor... Bueno, pues ocho días antes Daumiéres decide presentarse y pone en campaña a todos sus amigos. *Leitmotiv*: «¡El pobre Daumiéres está muriéndose; hay que darle esa última satisfacción! El pobre Daumiéres no llegará al verano, tiene un cáncer de garganta; ni siquiera puede hacer las visitas de costumbre». He aquí por qué eligieron a Daumiéres.

Lartois abrió un armarito de vidrio y tomó unos cuantos instrumentos niquelados que dispuso sonoramente sobre una mesa.

—Pues bien —continuó—, la noche de la elección tenía aquí a veinte académicos llenos de buenas palabras. ¡Imagínese! Todos ellos tienen su próstata o su arteritis obliterante en mis manos, y he de añadir que la mayoría gratuitamente... Oyéndolos a ellos, todos habían votado por mí; pero éste en la primera vuelta, aquél en la segunda. «Doce votos para la primera vez está muy bien, sabe usted... ¡Si no hubiera sido por ese pobre Daumiéres...! Ya lo verá: la próxima vez tendrá usted una elección de mariscal...» No, no se quite las

medias, mi querida amiga… Mientras tanto, hace nueve semanas de eso y el «pobre Daumiéres» está tan sano como usted y como yo. ¡No me negará que el procedimiento es de una falta de delicadeza que frisa en el abuso de confianza! Y me pregunto sinceramente si después de esta traición debo presentarme otra vez. ¿Qué le parece?

Lartois se sujetó a la cabeza una lámina de acero brillante y afirmó sobre la frente la lámpara con espejo reflector. El cordón eléctrico corría a lo largo de su chaqueta y se arrastraba por el suelo detrás de él.

—Claro que sí, profesor, claro que sí; tiene que volver a presentarse —contestó mecánicamente Isabelle.

Su mirada era sombría e inquieta. Tenía el pecho un poco bajo, los muslos redondos y cortos, el ombligo profundamente hundido en el vientre moreno. Todo el cuerpo parecía incómodo al encontrarse desnudo.

—Sí, es lo que generalmente me aconsejan mis amigos —dijo Lartois—. Bueno, vamos a ver un poquito lo que pasa.

Encendió la lámpara frontal y su rostro dejó de ser visible para Isabelle. Se había convertido en una criatura de otro reino, de otro universo, en un extraño cíclope pequeño disfrazado con un traje azul marino y zapatos negros, con los dos primeros dedos de la mano izquierda recubiertos de goma y el monstruoso ojo de marciano tras el cual se ocultaba el cerebro.

—¿Sabe que tiene un cuerpo muy bien formado, querida? —dijo la sibilante voz—. ¡Muy bien formado!

Saliendo de debajo de aquel rostro de vidrio y de luz, las palabras no tenían una sonoridad real. El ojo eléctrico hirió directamente la mirada de Isabelle, mientras un dedo de goma le levantaba un párpado, obligándola a sostener el deslumbramiento en plena pupila. Luego dos manos se pusieron a palparle el pecho, cuidadosamente, largamente, demasiado largamente para el gusto de Isabelle. Su malestar aumentaba y al mismo tiempo su angustia. Después del resplandor del faro ya no veía de la misma manera con los dos ojos. Tenía prisa por saber y se preguntaba si aquella escena y todos aquellos preliminares eran indispensables.

—¿Le duelen los pechos? —preguntaba el reflector—: ¿No…? ¿Sí, un poquito? ¡Ah, ah! Acuéstese ahí.

Y el marciano señaló la mesa de exploración. Isabelle se vio acostada de espaldas, en una posición humillante, con la cabeza echada hacia atrás, los talones encajados en estribos de metal y los muslos al aire ampliamente abiertos. Tuvo una contracción y lanzó un leve grito.

Prometía dinero a todas las obras de caridad que conocía, como si la caridad hubiera podido modificar el diagnóstico. Los dedos de goma exploraban sus mucosas profundas, mientras la otra mano, apoyada sobre su vientre, ayudaba a descubrir la consistencia de una vida embrionaria, a rodear su presencia, su volumen.

Por fin se levantó el médico, apagó la lámpara y se sacó sus adornos de robot, volvió a convertirse en el Lartois habitual.

—Bueno, pequeña… —dijo.

Una gran bocanada de alivio hinchó el pecho de Isabelle. ¿Hubiera podido el profesor mantener aquel hablar pausado, aquellos gestos tranquilos, si lo que ella tanto temía…?

Y entonces oyó:

—…tengo que anunciarle que está usted encinta. Ya lo sospechaba un poquito, ¿no es cierto?

Lartois añadió todavía algo más, que para Isabelle se perdió en la tempestad. Apenas sintió que sus muslos volvían a la posición horizontal.

—Estaba segura —murmuraba—. Es espantoso… Estaba segura. Es espantoso.

—Sí, evidentemente, evidentemente. Lo comprendo, es muy fastidioso —dijo Lartois—. Pero no es usted la primera a quien le pasa eso, e indudablemente volverá a pasarle de nuevo, ¿sabe? En cierto sentido estoy bastante contento, ya ve usted. Yo me decía al verla: «Esta pobre Isabelle lleva trazas de secarse; va a convertirse en una solterona». Bueno, pues ha empezado usted a vivir. Está muy bien.

Ella no contestaba. Apenas lo oía. Seguía tendida y sin fuerzas. No sentía que continuaba palpándola, suavemente.

—¿Cómo es él? —continuó Lartois—. ¿Alguien de su ambiente? ¿Casado?

Sólo a la última pregunta movió ella la cabeza en señal de afirmación.

—Sí, claro está, eso no simplifica las cosas —dijo él—. Pero a veces vale más así… ¿Quién es? ¿Lo conozco yo? ¿No será ese joven profesor que estaba allí cuando murió su tío? Me había dado la impresión…

—¡Oh, Dios mío! ¡Qué lejos estaba de imaginármelo en aquel momento! —exclamó Isabelle.

—Ya lo ve usted, lo había adivinado. ¿Por qué no me lo ha dicho inmediatamente? Está muy bien ese muchacho, es notablemente inteligente. Quédese tranquila, considere que ya lo he olvidado —dijo Lartois.

Sonreía.

—Pero ¿qué voy a hacer? ¿Qué va a ser de mí? —gimió Isabelle.

—Pequeña, va usted a empezar por no hacer tonterías. Ella creyó que aludía al suicidio, porque era la única salida que en aquel momento imaginaba.

—Si quiere hacer algo, no lo haga durante el período que va de un mes a seis semanas (además ese período ya prácticamente ha pasado para usted), ni tampoco después de los dos meses y medio; se lo advierto —dijo Lartois volviendo a su tono incisivo—. También le declaro que no me gusta nada mezclarme en este género de cosas, como usted supondrá. ¡Si llega a divulgarse una historia semejante me cerraría para siempre las puertas de la Academia, sin hablar de todo lo demás! Pero quisiera evitar que por atolondramiento cayese en Dios sabe qué manos. No hará nada sin venir a verme, ¿eh?

Sólo entonces estalló Isabelle en sollozos.

—¿Qué sucede? ¿Qué sucede? —dijo Lartois—. ¿He sido demasiado bruto? Sin embargo, no queda más remedio que decir ciertas cosas.

Le tomó la cara entre las manos y depositó en su frente un beso paternal.

—Ya verá usted como dentro de cinco años le va a parecer esto una cosa muy lejana…, un episodio perfectamente normal de su

existencia —continuó dulcemente—. Verá usted: cuando sucede algo desagradable, hay que preguntarse siempre al cabo de cuánto tiempo habrá dejado de tener importancia.

Seguía llorando y encontraba consolador que él se hubiera sentado de través en la mesa de exploración y le rodease los hombros con el brazo.

—¿Le resultó agradable, por lo menos? —preguntó confidencialmente—. ¿Valió la pena? ¿Fue una hermosa noche?

Ella se dio cuenta de que los dedos de Lartois volvían a emprender el camino que habían seguido, doctoralmente, unos minutos antes, y que un aliento cálido y precipitado le acariciaba el hombro.

—Pero… ¿qué le…? —balbuceó.

—¿No quiere comparar? —dijo él con voz ahogada. Quiso gritar, pero la boca del médico ya forzaba la suya; con un ágil impulso se había echado encima de la mesa de exploración y cubría a Isabelle con toda su corpulencia.

—¡Profesor! ¿Qué le sucede? ¿Está usted loco? —exclamó ella forcejeando.

Consiguió liberarse y saltar al suelo. Lartois no prolongó el ridículo de verla de pie, con las medias caídas, delante de él, acostado y completamente vestido. Se puso en pie, algo sofocado.

Tenía las mejillas coloradas. A Isabelle la impresionó la expresión de su mirada. Reconoció aquella fijeza singular que ya había notado cuando Lartois se ponía a contar en una comida historias de una obscenidad apenas velada delante de una joven; dos lucecitas brillantes, vacías, tan inhumanas como el ojo eléctrico de hacía un rato.

—Lo que usted acaba de hacer es indigno de un hombre, profesor —dijo Isabelle, que se vestía apresuradamente.

—Al contrario, querida, es absolutamente digno de un hombre. Y habría sido la mejor manera de calmarle los nervios. Sea como fuere, es usted más musculosa de lo que yo pensaba.

Mantenía una actitud muy despreocupada, con su cuidada mano se atusaba el canoso cabello.

—¡No lo entiendo! —continuaba Isabelle—. Vengo a consultarlo..., acaba usted de decirme cuál es mi estado... Un médico...

—¡Oh, es tan fastidiosa la medicina! —dijo él acompañando la frase con un gesto de decepción. Y luego, volviéndose hacia ella, le preguntó secamente—: Me encuentra demasiado viejo, ¿verdad?

—No es eso ... Pero, en fin, yo no sé ... ¿No se da usted cuenta?

—Sí, ya lo sé, ya lo sé —contestó con su sibilante voz—. Un médico no es un hombre, es como un sacerdote. Ya conozco eso. Y además, un hombre de mi edad para usted no es un hombre. ¡Ya verá usted, ya verá usted cuando envejezca!

El ofendido parecía él.

—¿Hace usted lo mismo con todas sus... pacientes? —preguntó Isabelle.

—Con todas no —contestó con una galantería distante—. Con... algunas, y debo decir que por lo general acogen con más amabilidad mis homenajes. En fin, no hablemos de ello. El médico queda a su entera disposición, pequeña, para ayudarla en el aprieto en que se encuentra.

Isabelle estaba dispuesta para salir.

—Gracias de todas formas, profesor —dijo tendiéndole la mano.

—Vamos, vamos, no hay de qué —respondió Lartois—. Ya verá como eso se arregla.

Apretó un timbre. Apareció una enfermera de labios pintados y pelo rubio asomando por su cofia.

—Tenga la bondad de acompañar a la señorita —dijo el médico —, y vuelva, por favor, a ordenar esto.

Seguía teniendo aquellas inquietantes lucecitas en la mirada. Una sonrisa casi imperceptible afinó los labios de la enfermera. Condujo a Isabelle hasta la puerta de entrada sin decir una sola palabra y volvió luego al gabinete del médico con un andar de resignación, de consentimiento.

II

Como todos los días desde el principio de su cura y a la hora en que el sol empezaba a bajar, la señora de La Monnerie daba un paseo por la orilla del lago de Bagnoles-de-l'Orne. Iba vestida de fina lana negra y de tusor blanco, llevaba una cinta mate alrededor del cuello para sostener sus carnes y protegía su sombrero con una sombrilla.

Como todos los días, iba acompañada por un anciano con traje de franela blanca y un cuello postizo, grande y derecho, bajo la corbata igualmente blanca, y cubierto con un sombrero de ala recta de paja fina, un poco amarillento. Aquel hombre de modales respetuosos se llamaba Olivier Meignerais y se decía que era hijo natural del duque de Chartres.

Los dos paseantes tenían una conversación poco animada. La señora de La Monnerie estaba más dura de oído aquellos últimos tiempos y el anciano, que era de naturaleza tímida, se ruborizaba cada vez que ella echaba mano de su tono autoritario para pedirle que repitiera algo.

—Me parece que mañana también tendremos buen tiempo —dijo la señora de La Monnerie.

—Sí, aunque no sé qué significarán esas nubecitas —contestó Olivier Meignerais cuidando de articular bien y levantando la punta del bastón hacia el cielo.

Caminaron durante varios minutos sin pronunciar palabra. Pasó una brisa, rizando el agua del lago. La señora de La Monnerie estornudó.

—¿Tiene usted frío, mi querida Juliette? —preguntó, inquieto, el anciano.

—No, de ninguna manera. Es el polen. Esa ráfaga de viento ha sacudido las flores de los macizos y he aspirado el polen.

Habían llegado al sauce llorón que señalaba el límite de su ejercicio cotidiano y dieron media vuelta sin consultarse, de común acuerdo.

—Esta noche hay concierto en el casino: ¿quiere usted venir? —preguntó Olivier Meignerais.

Inmediatamente se ruborizó por la indiscreción que acababa de

cometer proponiéndole aquella salida estando ella de luto.

La señora de La Monnerie vaciló.

—¡Oh, por una vez riámonos de las conveniencias! —contestó —. Después de todo, un concierto... Pero ¿habrá instrumentos agudos? Los instrumentos agudos me destrozan el tímpano.

—No, es Chopin, eso no puede hacerle daño.

—Bueno, entonces de acuerdo.

La acompañó hasta la puerta del Hotel des Thermes. El vivía en un hotel vecino. Con el bastón y el sombrero de paja en la mano izquierda, besó el guante de tul negro de la señora de La Monnerie y dijo: —Pasaré a buscarla a las ocho y media.

Al entrar en su habitación, la señora de La Monnerie se encontró con Isabelle, que la esperaba.

—¡Hola!, ¿qué haces aquí? ¿Por qué no me has avisado de tu llegada? —preguntó la señora de La Monnerie.

Isabelle estaba en pie al lado de la mesa, donde lucía media docena de minúsculas figuritas de miga de pan, con toneletes de bailarina de papel dorado.

—Sí —dijo la dama señalando sus obras—; ahora trabajo con pan para tostadas. Creo que es mucho mejor... Bueno, ¿cuál es la razón de tu repentina llegada? Para empezar ¿tienes habitación? No. Tú no piensas en nada. ¿Dónde está tu equipaje?

—Mi maleta está abajo, en la recepción —respondió Isabelle. Tenía el rostro empañado por la pena y conservaba los estigmas de una noche de lágrimas—. Tía, tengo que hablarle —continuó.

—Sí, bueno; ya me lo supongo. Te escucho —dijo la señora de La Monnerie.

—Tía, estoy encinta —pronunció Isabelle.

—¿Qué? ¡Habla más claro!

—Voy a tener un hijo —dijo Isabelle forzando el tono. La señora de La Monnerie bajó los párpados, miró con aire severo a sus bailarinas de miga de pan y se quitó los largos alfileres que sujetaban su sombrero.

—Bueno —dijo volviéndose con gran movimiento de hombros —; por lo menos puedes decir que sabes arreglártelas para echar a perder las vacaciones de los demás. ¿Y con quién has llevado a cabo esa hazaña? ¡Vamos, dilo; tengo derecho a saberlo!

—Simón Lachaume —contestó Isabelle—. ¡Y lo amo! —añadió inmediatamente, como un desafío y como una defensa.

Para ser completamente sincera, Isabelle habría podido confesar también que aquel amor era menos violento desde que conocía su estado.

—¡Mejor que mejor! —exclamó la señora de La Monnerie—. Un miserable profesorcete que tiene una cabeza como una calabaza. ¡Otro regalito de tu tío, ese personaje! Sucedió mientras os pasabais las noches rebuscando entre los papelotes que dejó Jean, naturalmente. Mejor hubiera sido que quemáramos todo eso.

—Ese miserable profesorcete, como usted dice, tía —replicó Isabelle ultrajada—, es sin embargo, en este momento, agregado al gabinete de un ministro.

—Eso no cambia para nada las cosas. ¡Metido en política, además! Evidentemente, un joven sin escrúpulos... ¡Pase! —gritó la señora de La Monnerie, interrumpiendo su frase.

—No ha llamado nadie —dijo Isabelle.

—¡Ah!, creía, me había parecido... De todas formas, está casado, ¿cierto?; entonces no se puede plantear ninguna cuestión con respecto a él. Eso en primer lugar. Además, ¿cuánto hace que dura ese... enredo?

Isabelle sufría al oír a su primero y tardío amor juzgado de aquella manera, con las palabras que sólo se aplican a los amores de los demás. Era, desde otro punto de vista, tan humillante como la posición en la mesa de exploración.

—Tres meses —contestó.

—¿Y hace tres meses que te encuentras en ese estado?

—No. Debe de hacer seis semanas.

—Todavía no hay nada perdido. ¿A quién fuiste a ver?

—A Lartois.

—¡Perfecto! Así lo sabrá todo París.

—¡Oh, tía! —exclamó Isabelle—. ¡Estoy segura de la discreción profesional de Lartois!

La señora de La Monnerie se encogió de hombros.

—Naturalmente, no va a andar repitiendo: «¿Sabe usted? La muchacha d'Huisnes…». No; pero en la primera ocasión que se le presente, en medio de un salón, después de haber comido bien, irá a darte palmaditas en la mejilla diciéndote: «Y aquel percance que habíamos tenido, ¿ya no se piensa más en eso? ¿Todo marcha bien?» Y todo el mundo comprenderá.

—Al fin y al cabo, no tiene ninguna importancia —dijo Isabelle con lasitud—, porque de todas maneras estará el niño…

—¿Cómo? ¿Qué es lo que acabas de decir?

—Digo —repitió Isabelle— que no tiene importancia, porque estará el niño.

La señora de La Monnerie levantó el imponente rostro, dominado por el copete de cabello azulado.

—¡Ah! Porque… ¿has decidido tenerlo? —dijo.

—Claro que sí —contestó Isabelle como una evidencia.

—¡Ah!, no había entendido yo eso —dijo la señora de La Monnerie—. Creí que tenías que volver a ver a Lartois uno de estos días. Y ya ves, me disponía a interrumpir mis vacaciones y a salir contigo hacia París, para…, en fin, para que todo suceda lo más discretamente posible. Naturalmente, no te ocultaré mi reprobación, pero ya que te has metido en ese callejón sin salida…

Isabelle presenciaba estupefacta la tranquilidad con que la anciana encaraba la hipótesis del aborto y hablaba de él con el mismo tono inhumano que había empleado el médico la misma víspera. Las personas de aquella edad parecían guardar únicamente el prejuicio de no llamar a las cosas por su nombre.

—¡¿Cómo, tía?! —dijo—. ¡Usted, tan practicante! ¡Usted, que no faltaría un domingo a misa!

—¡Ay, hijita mía!, ¡no vas a darme lecciones de conducta cristiana! No he traicionado ni una sola vez en mi vida a un marido a quien detestaba y que me engañaba desde hacía lustros. Si no he tenido más que una hija…

La anciana se interrumpió para gritar de nuevo «¡Pase!» con tono irritado.

—Pero ¡tía, si no hay nadie!

—Sí, han llamado; ve a ver quién es.

Isabelle fue a abrir; el pasillo estaba vacío.

—Mira tú, había creído… —dijo la señora de La Monnerie—. ¿En qué estaba? ¡Ah, sí! Si no he tenido más que una hija al cabo de diez años de matrimonio, no es porque no haya tratado de tenerla más pronto. Así que, te lo ruego, nada de comparaciones entre nosotras dos.

Se acercó a la ventana, separó las cortinas de estameña y contempló un instante los árboles del parque.

—Cuando se comete un primer pecado —continuó volviéndose —, éste arrastra tras de sí toda una serie. Te has unido a un hombre fuera del matrimonio: primera falta; ese hombre es casado, participas pues en un adulterio: segunda falta; mentiras para con la sociedad, mentiras conmigo…, ya ni hablemos: todas ésas son otras tantas faltas. Cada vez que… (¡Bueno!, ¿para qué andar con rodeos?) Cada vez que te has acostado con ese señor, ¿lo hacías para tener un hijo? ¡No! Entonces ¿cuál es la diferencia entre no querer un hijo en el momento en que se debería concebir y no quererlo seis semanas más tarde? Cometerás un pecado más, que es consecuencia inevitable del resto de tus pecados.

—Pero es monstruoso. Usted sabe que no es lo mismo —dijo Isabelle—. Pase lo que pase ¡tendré ese hijo!

—Entonces ¿prefieres el escándalo —exclamó la señora de La Monnerie— y hacer partícipe a toda la familia de tu caída, ser causa de mal ejemplo? ¡Dios detesta el escándalo! ¡Pase…! Si no sabes llevar tu nombre, por lo menos no lo manches para aquellos que lo comparten.

Isabelle estalló en sollozos y ocultó la cara encelas manos.

—Pero ¿qué voy a hacerle? —balbuceaba entre lágrimas. Conocía la violenta tenacidad de su tía y preveía varios días de tortura, al cabo de los cuales, vencida, volvería a ver a Lartois.

—¿Qué quiere usted? ¡No todas las muchachas sin fortuna tienen la suerte de ser estériles! —exclamó levantando la frente con repentina cólera—. ¡Usted no comprende que estoy sufriendo, no! ¡Ni siquiera lo sospecha! Estaba segura..., estaba segura de que sucedería esto. Estoy echando a perder su cura, y nada más. Pues bueno, ha de saber que anoche estuve casi una hora en el cuarto de baño de la calle de Lübeck, frente al tubo del gas. Anoche sí que estaba lúcida.

—¿Un tubo de qué...? ¿Para hacer qué...? —preguntó la anciana, con aire malévolo y aguzando el oído.

—¡Para suicidarme! —gritó Isabelle, que ya no podía más.

—Bueno, pues habría sido un acto criminal y sólo serviría para agravar el escándalo. En las familias como la nuestra no se suicida uno. ¡Eso se deja para los burgueses y los artistas! ¿Sufres?, es muy normal. Además, no eres completamente responsable, tu madre era una loca... ¡Vamos! Yo no exijo la muerte del pecador. Puesto que quieres decididamente conservar ese ridículo vástago, pues bueno..., ya veremos... Voy a reflexionar. Siempre está la solución del extranjero... ¿Y luego habrá que declarar a ese niño con el nombre de d’Huisnes? —añadió la señora de La Monnerie—. ¡Ah, no! ¡Eso es imposible, imposible! Vamos, ve a pedir una habitación y a prepararte para la cena.

Isabelle salió.

«Esta pequeña me da muy mala recompensa por lo que hice por ella durante tantos años», pensó la señora de La Monnerie.

Se acordó de su cita con Olivier Meignerais y escribió una nota rápida para anularla. «Así es, así es —repetía—. Cuando uno está de luto no debe ir al casino. ¡Ahí está el resultado!»

El criado que acudió al timbre tuvo que llamar tres veces para que lo oyera.

Olivier Meignerais fue solo al concierto y pasó una velada muy triste.

III

En la nueva organización ministerial, Anatole Rousseau había pasado de Educación Nacional a Guerra. Al modificar la composición de su gabinete llamó a su lado a Simón Lachaume.

Nada señalaba a Simón para ser encargado de las relaciones con la prensa y el Senado en la calle Saint-Dominique. Su competencia en asuntos militares era la de un teniente de reserva de infantería, que a pesar de su vista defectuosa había hecho la guerra honorablemente; su formación política, aparte de algunos principios vagos y generales, era nula.

Pero, desde su encuentro en el cementerio, Simón había visto varias veces a Anatole Rousseau. El ministro había mostrado al joven agregado los estudios sobre Maine de Biran, Pascal y Fourier que había publicado en revistas que ya llevaban cuarenta años muertas.

—Debería usted reunir todo eso en un volumen, señor ministro —había dicho Simón.

Anatole Rousseau había sonreído bajo sus pequeños párpados de gallina y había mirado a Simón con afecto. Le gustaba aquella gran cabeza de Simón y la ambición que ocultaba bajo su expresión deferente.

«Por lo menos, he aquí a uno que difiere de su generación —pensaba el ministro—, que no considera que la Tierra empezó a girar el día que él nació. Si se lo empuja un poco puede llegar lejos.»

Anatole Rousseau envejecía; se habían producido algunas deserciones en su círculo, y eso en el preciso momento en que recibía la cartera más importante de su carrera política. Había sentido la necesidad de realizar una última cosecha de muchachos de porvenir que se lo debiesen todo, y lo bastante jóvenes para que su fidelidad tuviese alguna posibilidad de durar tanto como él mismo. Simón era de esa cosecha.

El día que lo mandó llamar urgentemente al Louis-le-Grand para proponerle que fuese agregado a su gabinete, Anatole Rousseau le dijo a Simón: —Me alegraría mucho poder contarlo entre mis colaboradores inmediatos. Sólo piénselo bien, mi querido Lachaume. No digo yo que su paso por el ministerio cambie toda la orientación de su vida, pero nunca se sabe... Se encuentra usted ante un cambio de agujas. Cuide de no equivocarse de destino. Es usted el único juez en

la materia, y si me contesta que no, no le guardaré absolutamente ningún rencor.

Aquella cuestión de «equivocarse de destino» parecía preocupar mucho al viejo ministro, pero aunque hacía el papel de hombre que lamenta no haber hecho una carrera literaria, sólo vivía de las alegrías y los dramas del poder.

Mientras hablaba observaba en el rostro de su protegido los signos de la tentación política.

Si Simón lo hubiera rehusado, Anatole Rousseau habría concebido por él, sin duda alguna, una estima secreta, pero no habría vuelto a verlo jamás. Simón aceptó inmediatamente, sin dar muestras de la menor vacilación. ¿Qué tenía que perder? Nada —por lo menos eso creía—, y lo tenía todo por ganar. Veía abrirse de par en par las puertas de la suerte.

Aquella aceptación alegró al ministro, con una alegría un tanto turbia, como la del jugador entrado en años que empuja a un joven a una sala de bacará, o la del drogadicto que tiende al neófito la primera jeringa.

Anatole Rousseau no se había equivocado en su elección. La enorme cabeza de Simón contenía un cerebro bien hecho, una buena máquina de pensar que podía enfrentarse a cualquier problema a condición de que se le proporcionase el material para trabajar; uno de esos cerebros no creadores, pero utilizables para todos los fines, y que son mejores servidores de la ambición que el genio.

Con licencia por orden del rector y percibiendo, además de sus emolumentos habituales, la asignación correspondiente a sus nuevas funciones, Simón vivía con menos apuros. Su tesis, que entre tanto había aparecido, había llamado la atención y le proporcionó algún dinero. En seguida había aprovechado para mudarse de la calle Lhomond e instalarse en la de Verneuil, en un entresuelo ni más grande ni más luminoso, pero que tenía mejor aspecto y constituía una dirección más favorecedora. Había pasado de los barrios donde se hace ostentación de la miseria a aquellos donde ésta ya no tiene derecho a mostrarse. Generalmente ignoraban que estuviera casado, porque jamás salía con su mujer.

Aquella tarde Simón paseaba de un lado a otro del despacho que ocupaba en el ministerio, repitiéndose: «Isabelle está encinta... Isabelle está encinta... Salió para Bagnoles. No tengo ninguna noticia...

¡Ah!, ¿por qué me casaría con Yvonne al volver de la guerra?». Miró un minuto largo una de las incrustaciones de bronce que adornaban las patas de su mesa de trabajo. «Después de todo, por la misma razón —se dijo—. Creía que estaba encinta. ¡Decididamente, la vida se repite! Porque uno vuelve siempre a colocarse en la misma situación. Una muchacha soltera otra vez, y con un aspecto triste.»

Se veía forzado a reconocer que Isabelle e Ivonne se parecían, tanto física como moralmente, sólo que lo que actualmente le gustaba en Isabelle era el cambio de ambiente y la confianza en sí mismo que le había dado aquella aventura. Pasaba lo mismo que con el apartamento, era una dirección más favorecedora. Mientras que el rostro insulso y paciente de Yvonne, después de dos años de convivencia, se tornaba cada día más insoportable.

«En el punto al que he llegado en mi existencia, Simón Lachaume casándose con Isabelle d'Huisnes habría sido magnífico. ¿Por qué me habré atado esta cadena? De todas formas, mañana mismo me hago instalar un diván en la otra habitación.»

Y al mismo tiempo pensaba a cuál de sus compañeros de estudios que se hubieran hecho médicos podría ir a ver, si Isabelle volvía de Bagnoles decidida a una intervención. «Tampoco hay que hacer de eso una montaña —Simón miraba de nuevo fijamente el adorno de bronce con sus roscas y su cóncava lazada —; entre los campesinos sucede a cada momento y las propias comadres intervienen en ello. Y en el Barrio Latino pasaba todos los días.»

Entró el suboficial que estaba de servicio en la antesala, y cuadrándose le presentó una tarjeta de visita del marqués de La Monnerie, que solicitaba una audiencia «por razones personales».

Simón limpió nerviosamente sus gafas con los pulgares. ¿Qué tenía que ver el viejo en aquel asunto? ¿Había encargado la señora de La Monnerie al mayor de sus cuñados que llevase el drama a un desenlace? ¿Y por qué, entonces, se molestaba el marqués en ir allí, en vez de mandarlo llamar?

Simón veía alzarse de repente a aquella familia impresionante para defender a la aislada, a la sobrina por alianza. Si el poeta viviese habría podido explicarse, Jean de La Monnerie era uno de esos hombres que comprenden. Pero los demás, con sus principios, con su desprecio, con su aspecto justiciero… Por mucho que se repitiese Simón que después de todo no podían cambiar las cosas para nada, la perspectiva de la explicación le contraía el píloro. Cerró la ventana,

puso en orden maquinalmente las cosas que había encima de la mesa, esperó el golpe. Con su pobre origen y su falta de mundo no se sentía a la altura de las circunstancias.

Severo, un poco encorvado, entró Urbain de La Monnerie. Simón se preguntó en seguida qué había cambiado en aquel rostro. Siempre la misma corona alta e hirsuta sobre la parte posterior del cráneo, los mismos pellejos colgando bajo el mentón, las orejas de lóbulos demasiado largos… Pero las gafas eran nuevas, lentes con patillas de oro, con uno de los vidrios plano y esmerilado para ocultar una reciente operación de cataratas. El otro ojo brillaba sombríamente tras una lente de aumento. Aquella pupila agrandada y aquel vidrio zarco yuxtapuestos aumentaban la sensación de incomodidad de Simón.

El anciano se sentó y colocó sus guantes en el borde del escritorio.

—Señor —empezó—, vengo a verlo a propósito…

Su tono era brusco y vacilante a la vez, resultaba evidente que aquella diligencia le pesaba. Simón, crispado, dijo a media voz: —Sí, ya sé.

—¡Ah! Está usted al corriente —dijo Urbain de La Monnerie—. Eso facilitará las cosas.

Simón inclinó la cabeza, levantó una regla y volvió a colocarla en escuadra.

—Me tomo la libertad, señor —siguió el anciano—, de hallar bastante injusta la medida que atañe a mi joven hermano.

—¿Su… joven hermano? —repitió estúpidamente Simón levantando la frente.

—Sí, a mi hermano el general de La Monnerie. ¿Nos estamos refiriendo a la misma persona?

—Sí, sí, exactamente —dijo Simón, y añadió en seguida—: ¿No le molesta, señor, que abra la ventana?

—¡Oh, no, al contrario! ¡Hace tanto calor en estos despachos! Pues bien; comprendo perfectamente que se llame a retiro a ciertos oficiales, pero ¿por qué mientras se mantiene en activo a otros de más edad que mi joven hermano, debe él ser objeto de una medida

particular, teniendo, como tiene, la misma hoja de servicios?

—No creo que la medida sea particular —dijo al azar Simón.

No sabía absolutamente nada. Su pensamiento vagaba. Tenía unas ganas locas de reír.

—Sé bien, sé muy bien lo que pesa sobre él —continuó Urbain de La Monnerie—. Presentó la dimisión en el momento de los inventarios de los bienes de la Iglesia, lo cual, por otra parte, no puedo menos que aprobar; yo habría hecho otro tanto si me hubiera encontrado en el ejército en esa época. Ignoro, señor, cuáles son sus convicciones, pero todo eso debió haber sido borrado. La República se condujo mal en aquella época, ¡y nosotros sí lo hemos olvidado! He creído poder recurrir a los lazos que lo unían con mi hermano Jean…

«La vida es realmente extraordinaria —se decía Simón—. Isabelle está encinta de mí y él está a cien leguas de sospecharlo. Va derecho a su pequeño problema. La señora de La Monnerie, que ahora está al tanto, ignora que su cuñado está aquí, haciendo de postulante por el otro cuñado. Y la señora de La Monnerie e Isabelle ignoran ambas que mañana tengo que ir a cenar a casa de la señora Eterlin. Y la señora Eterlin no sabe que la sobrina de su amante… Y yo me encontré con Anatole Rousseau en los funerales de Jean de la Monnerie…»

Tenía la impresión de estar en el centro de un ovillo oscuro donde sólo él pudiese ver claro en la maraña de los hilos, o mejor en una centralita telefónica donde se entrecruzan las conversaciones y cada uno de los que se comunican desde el exterior no oye más que una voz; él podía oírlas todas, y en medio del confuso murmullo, la voz fuerte de aquel anciano que defendía los méritos de su «joven hermano».

—Es un hombre que puede todavía rendir grandes servicios —decía Urbain de La Monnerie—. El límite de edad no significa nada, es una tontería. Hay personas terminadas, gastadas, vacías a los cincuenta años. Otras que a los ochenta están tan fuertes como el Pont-Neuf y tienen el espíritu más claro que muchos chiquillos. Mi abuelo materno, el marqués de Mauglaives, murió a los ochenta y dos años de una caída de caballo. Y sin querer citarme como ejemplo, yo mismo tengo setenta y ocho. Sólo que ya ve usted: regla común, leyes igualitarias. ¡Echemos a los hombres útiles y conservemos a los incapaces!

Había llegado cortés y diplomático, pero a su pesar se había arrebatado. La piel del cráneo estaba poniéndosele purpúrea y su único ojo visible echaba chispas bajo el vidrio de aumento. Tosió, escupió en el pañuelo.

—Ahí tiene usted a un muchacho que ha ganado todos los concursos hípicos desde el 80 hasta el 84 —continuó—.

Usted era demasiado joven, evidentemente, no puede recordarlo…

«Ni siquiera había nacido —pensó Simón—. Y aunque hubiese nacido… yo en los concursos de hípica…»

—…que hizo tres campañas coloniales con Gallieni, que mandó una división durante toda la ofensiva de 1918…

«Es exactamente eso —pensaba Simón—; el viejo que se obstina en hablar por teléfono, que grita al aparato, que quiere que lo oigan a través de toda la embrollada red.»

—Somos seres a quienes desagrada hablar bien de nosotros mismos —dijo Urbain de La Monnerie recuperando la calma—. Pero yo me he ocupado siempre particularmente de mi hermano Robert. Era el más pequeño. Tenía cuatro años a la muerte de nuestro padre. Yo tenía casi diecinueve… Bien, señor, ya le he dicho todo lo que tenía que decirle. Le confesaré que he venido a París casi únicamente para ocuparme de este asunto…

—Muy bien, cuente usted conmigo, señor —dijo Simón levantándose.

Ya había adquirido el acto reflejo de ese «cuente usted conmigo» común a todos los hombres que disponen de una mínima parcela de influencia. Agregó: —Haré una nota al ministro, o mejor no, le hablaré directamente, eso será lo mejor.

El marqués de La Monnerie tomó sus guantes y su sombrero, dio las gracias al agregado al gabinete del ministro y se excusó cortésmente por los minutos que le había hecho perder.

Mientras atravesaba con paso firme las antesalas del ministerio pensaba: «Ese joven parecía escucharme con mucha atención; tengo la impresión de que hará algo».

Detrás del ministro, el retrato de Louvois, inmenso, aplastante, llegaba hasta el techo.

Anatole Rousseau tenía las piernas tan cortas que necesitaba una almohadilla de tapicería delante del sillón para colocar los pies. Sus manos iban sin cesar del teléfono a la agenda y a los múltiples papeles que se amontonaban día tras día sobre el escritorio de caoba.

Cuando Simón Lachaume habló del general de La Monnerie, Anatole Rousseau exclamó: —¿Cómo, cómo? ¿Por qué quiere volver a pescar a ese viejo cangrejo, mi querido Lachaume?

Para el ministro de la Guerra todos los generales eran, a priori, viejos cangrejos.

Simón le hizo observar que Robert de La Monnerie no tenía más que sesenta y cuatro años. Anatole Rousseau, que tenía sesenta y seis, echó hacia atrás su mechón plateado y bajó dos o tres veces los párpados.

—Se suele decir que la vida militar conserva —declaró—; bueno, pues no es verdad. Momifica, eso es todo. A los cincuenta años un militar está acabado. No puedo decirlo demasiado alto en este lugar, pero lo pienso. A esa edad deberían retirarlos a todos. Están machacados por la vida de guarnición o por el sol tropical, por las caídas de caballo o por el reglamento. Tienen buen aspecto, sí, pero la materia anquilosada. Hay alguno de cuando en cuando... La excepción... Gallieni, Foch... Ellos son estrategas, que es una cosa diferente. Y la mejor prueba...

A Anatole Rousseau le gustaba tener algunos instantes de desahogo al final de la jornada, filosofar sobre naderías, emitir sentencias fáciles frente a sus colaboradores, y sobre todo frente a Simón, que representaba para él al intelectual de su equipo. Eso le daba la impresión de mantenerse al tanto de las ideas generales.

—...es que jamás un militar ha sido capaz de ser un buen ministro de la Guerra —prosiguió—. Tome usted a Galliffet. Una serie de desórdenes. Tome la experiencia Lyautey. ¿Qué salió de ahí? Verá usted, lo que conserva es el gobierno, la lucha política. Ahí no se bate uno contra fusiles, se bate contra hombres. ¿Recuerda lo que dice Bergson acerca del tiempo verdadero y del tiempo de los relojes? Bueno, pues los militares viven como sus relojes... Páseme, pues, el

expediente de los retiros. —Y luego, cuando tuvo los papeles en la mano—: Pero dígame... de La Monnerie..., de La Monnerie... ¿Este de La Monnerie no tuvo no sé qué historia en el momento de los inventarios? —preguntó de repente.

—Podría ser, jefe... En efecto, me parece... —contestó Simón, que no comprendía que después de una guerra de cuatro años y un millón y medio de muertos se siguiese dando tanta importancia a aquel viejo capítulo de la historia contemporánea.

—Sí, es un antidreyfusista, evidentemente. Pero dígame, querido Lachaume, ¿quiere crearme un drama con los radicales? Tenga cuidado, sus amistades del barrio Saint-Germain le perderán... ¿Tiene usted algún asuntito sentimental en ese ambiente, que tanto insiste en serles útil?

Simón hizo una mueca vagamente negativa. El ministro lo observaba sonriendo paternalmente.

—¡Y dicen que todos empezamos de la misma manera!—siguió —. ¡Las condesitas, seguro! Ellas hacen que nos encontremos con un montón de personajes de apellidos históricos, que nos miran como a animales curiosos. Nos sentimos halagados. Y después nos damos cuenta de que esa gente nos hace perder el tiempo. Con su manera de escupir sobre la República, siempre tienen algo que pedirle.

Continuaba sonriéndole a la enorme cabeza un tanto turbada de Simón, a sus propios recuerdos y a la experiencia que tenía de la vida. De repente adoptó de nuevo una expresión seria.

—¡Ah! Ahora que me acuerdo —dijo chascando los dedos—, el almuerzo de pasado mañana con Schoudler, prefiero que se lleve a cabo fuera del ministerio. Haga que me reserven un salón privado en casa Larue. Seis cubiertos.

—El hijo de Schoudler está casado con la hija de Jean de La Monnerie..., sobrina del general —observó Simón.

—¡Ah, decididamente está usted empeñado en este asunto! —exclamó el ministro—. Vamos a ver, ¿qué es su viejo cangrejo? ¿General de brigada? Tal vez podamos consolarlo dándole el retiro como general de división. A condición de que no me acarree un drama con las oficinas.

Escribió una nota rápida y la deslizó en el expediente.

—Le ruego que pase usted mismo por el restaurante, ¿estamos? —agregó—, y que se ocupe de que todo sea perfecto. Ya verá usted; son muy atentos, así que… sea usted muy exigente.

Y pasó de nuevo a los asuntos importantes.

Para hablar con Olivier Meignerais, la señora de La Monnerie no había querido que fuese a su habitación, lo cual no habría sido correcto, y el vestíbulo de un hotel tampoco le parecía un lugar propicio. Así pues, había decidido esperar al momento de su paseo por la orilla del lago.

Caminaron diez minutos sin intercambiar más que las acostumbradas trivialidades. El anciano había hablado discretamente de la calidad del concierto de la víspera, sin atreverse a interrogar a la señora de La Monnerie acerca de las razones de su negativa. Solamente se había cerciorado de que no había estado enferma.

De repente le dijo ella con su brusco tono: —Olivier, hace cerca de treinta años que me hace usted la corte, ¿verdad?

El anciano se detuvo y enrojeció hasta las orejas.

—Sí —continuó ella—, e incluso me ha comprometido un poco. Hay muchas personas que están persuadidas de que usted ha sido o es todavía mi amante.

—Sabe perfectamente, mi querida Juliette, que sólo de usted ha dependido... —respondió Olivier Meignerais con voz poco firme.

—Sí, ya lo sé. Y le confieso que si Jean hubiera muerto veinte años antes, tal vez las cosas habrían sido diferentes...

Recorrieron unos veinte metros.

—Pues bien, Olivier, creo que va usted a poder probarme su afecto —siguió ella.

Él se detuvo de nuevo y le tomó las manos.

—¡Juliette! —exclamó.

La emoción le cortaba el aliento.

—No, pobre amigo mío, no se trata de eso —respondió la señora de La Monnerie—. ¡No sea estúpido! ¡Vamos, camine, no vayamos a dar un espectáculo! ¿Por qué había de volver a casarme? Y en cuanto a lo otro..., ¡mire usted qué dos!

—Sí, en efecto —dijo Olivier Meignerais con triste ironía—. Es un poco tarde ... Entonces ¿qué pasa? ¿Para qué me necesita?

—Pues bien; se trata de lo siguiente: ¡mi sobrina ha cometido una tontería! Se ha dejado seducir por un aventurero. ¡Resultado de la hermosa educación de hoy en día! Y además..., ¡además está encinta, vamos! Pero ¡no se pare usted cada dos pasos! No, se lo ruego, no me ofrezca usted sus condolencias, ya sé lo que tengo que pensar de ellas. Y el muchacho, naturalmente, está casado. Y la chica quiere tener el hijo.

—En lo cual estoy de acuerdo —dijo Olivier.

—Sí, yo también. Ese escrúpulo religioso la honra, aunque lo encuentro un poco tardío... Pero no sé si usted se da perfecta cuenta de lo que va a ser eso. ¡El escándalo, la vergüenza ante todo París! Mi vejez que (debo decirlo) ya no se anunciaba muy alegre... ¡E incluso para la vida de esa imbécil! ¿Qué le queda, después de eso?

—¡Pobre amiga mía! ¿Qué va usted a hacer?
La señora de La Monnerie tragó una gran bocanada de aire.

—Pues bien, Olivier —dijo—, yo quería pedirle que me hiciera el favor de casarse con Isabelle.

—¿Cómo? —dijo el anciano.

Esta vez permaneció inmóvil varios segundos, se quitó el sombrero de paja y se enjugó la frente nuevamente enrojecida.

—Es la única solución que puede favorecer a todo el mundo —siguió la señora de La Monnerie—, si es usted bastante generoso para consentir en ello. Y creo que consentirá, a no ser que me equivoque sobre la calidad de sus sentimientos hacia mí... Observe, mi querido amigo, que no haría tan mal negocio. A nuestra edad necesita uno que lo cuiden. La muchacha ha cometido una locura, es cierto, pero eso no obsta para que sea una excelente ama de casa. En el fondo, lo distraería.

El no contestó. Habían llegado al sauce llorón y propuso que se sentaran, porque sus largas piernas apenas si podían sostenerlo. Con su pañuelo sacudió el polvo del banco verde e indicó el lugar sombreado a la señora de La Monnerie, se sentó, con las manos colgando entre las rodillas, y contempló el lago. Pasaba un cisne negro, altivo como una galera.

—¿Qué parecería yo? —dijo por fin—. ¡A mi edad! Una mujer joven..., y luego, en seguida, un hijo. ¡Vaya, ni un ciego se dejaría

engañar con ese remiendo!

—Tal vez, pero de todas maneras estaría remendado —contestó la señora de La Monnerie.

—¿Ha hablado usted de esto con Isabelle?

—No.

—¿Y cree que ella aceptaría? —preguntó Olivier.

—¡Ah, de eso respondo yo! —exclamó la señora de La Monnerie—. ¡Pues no faltaría más! No golpee con el bastón en el banco, que hace un ruido muy desagradable.

—Pero si no golpeo, Juliette.

—Ah, creía...

Permanecieron callados un momento. Sobre el agua oscura y reverberante cayeron varias hojas de sauce.

—Además, no puede ser —dijo Olivier Meignerais—. Soy un viejo solterón y eso me obligaría a cambiar todas mis costumbres. A nuestra edad ya no es posible. ¡Ah, si fuera usted, otra cosa sería!

—¿Qué dice? ¡Hable un poco más fuerte!

—Digo: si se tratara de casarme con usted, *con usted*, no dudaría un instante, bien lo sabe.

—A mí también, Olivier, creo que me hubiera gustado terminar mis días a su lado —dijo la señora de La Monnerie—. Esta gran amistad, la sensación de que hay un hombre que todavía piensa en una, que todavía gusta de nuestra compañía...

Había pronunciado las últimas frases con emoción.

—Bueno, ¿y entonces, Juliette? —preguntó él lentamente, volviendo hacia ella la mirada—. ¿Por qué no hemos de hacerlo?

—Pocas veces hace uno lo que le gusta. Incluso durante toda mi vida he hecho más bien lo contrario —contestó ella—. Y además, también nosotros resultaríamos un poco ridículos, ¿sabe usted? Entonces, que por lo menos el ridículo sea útil. —Se calló un instante, sopesó bien su renuncia y añadió—: ¡Vamos, mi viejo amigo, hágame ese inmenso favor! ¡Cásese con mi sobrina!

El anciano vaciló, aspiró largamente.

—Sea —dijo—, por lo mucho que la he amado, Juliette.

La señora de La Monnerie puso la mano sobre la de Olivier y la apretó.

—Estaba segura. Es usted un hombre admirable —murmuró.

Olivier levantó el guante de tul negro hasta los labios. Tenía lágrimas en los ojos.

—Pero antes, Juliette —dijo—, es preciso que le haga una confesión.

—¿De qué se trata? —preguntó la señora de La Monnerie.

—Todo el mundo cree que soy hijo natural del duque de Chartres. Pues bien: tal vez mi madre conociera, en efecto, al duque de Chartres, pero… después de mi nacimiento, y…

—¡Ah, oiga usted, hágame el favor! —interrumpió la señora de La Monnerie—. Ya tengo bastantes disgustos sin necesidad de eso. Cuando se dice una cosa durante tanto tiempo acaba por ser verdadera. Y además, ¿está usted mismo absolutamente seguro? ¡Se parece tanto a los Orléans!

—Es simplemente accidental —dijo Olivier con su melancólica ironía. Y añadió—: Tal vez digan también que el hijo de Isabelle se parece por mí al duque de Chartres.

A las siete de la tarde, la señora de La Monnerie acababa de convencer a su sobrina.

—Como tiene más dinero que tú, el matrimonio parecerá plausible. Partiréis para Suiza dentro de tres días, el tiempo necesario para que él arregle sus asuntos. Iréis cada uno por vuestro lado. Pediréis desde allí los papeles y os casaréis. Todo puede estar arreglado en dos semanas. Olivier consiente en permanecer un año en Suiza, para difuminar un poco la fecha del nacimiento. Queridita, tienes una suerte que no te mereces y que, por otra parte, me debes por entero. Todavía hace un momento me proponía casarse conmigo, y sin decir que yo hubiera podido llegar a eso, debo confesar que esta larga ausencia va a resultarme bastante dolorosa. Además, de todas formas es una persona de nuestro ambiente. Hijo..., en fin, pasa por..., en fin, tú ya lo sabes. Es un ilegítimo, lo cual cuadra muy bien contigo. Por otra parte, no tienes dónde elegir. ¡Y además se hará así...! ¡Pase!

La cena tuvo lugar en el comedor del Hotel des Thermes, entre el cuchicheo de las damas maduras que iban a cuidar su menopausia a Bagnoles, de las ancianas que continuaban yendo por costumbre, de los ladridos agrios de sus pekineses, y del murmullo de las plantas verdes erguidas en sus jardineras.

Olivier llevaba esmoquin, como todas las noches, pero se había puesto un clavel en el ojal para rejuvenecerse. Aquel tímido cuya voz, a los sesenta y ocho años, temblaba todavía cuando tenía que dirigirse a una mujer, fue derecho al grano como no se hubiera atrevido a hacerlo un hombre más sereno. Aprovechando el instante en que la señora de La Monnerie quedaba atrás para dar una orden al portero, dijo: —Al parecer, ésta es nuestra cena de esponsales, mi querida Isabelle. No soñaba yo, se lo confieso, cuando jugaba con usted en casa de su tía, no hace en verdad tantos años, que llegaríamos a unir nuestros destinos... En fin, unir su destino con lo que queda del mío... No soy un novio muy seductor, ya lo sé; no le pido una explosión de alegría. —Casi parecía excusarse—. Supongo que usted desea que el nuestro sea un matrimonio blanco. Esté tranquila. A mi edad sería difícil que fuera otra cosa.

Se ruborizó al decir eso y miró las ranuras oblicuas del entarimado para añadir: —Todo lo que le pido... El nombre que llevo no es particularmente brillante, ni particularmente infame... Prométame usted respetarlo..., en fin, obrar discretamente... Eso es

todo lo que le pido.

La señora de La Monnerie se reunió con ellos en ese momento.

—¡Oh, eso se lo juro! —contestó sinceramente Isabelle. Contemplaba a aquel novio casi septuagenario y turbado al que la unía la fatalidad. Llevaba una gran raya que separaba sus cabellos hasta la nuca, tenía las manos salpicadas de manchitas pardas y un rostro grande y limpio, de mejillas un poco infladas en la parte baja. Se sentaba sin excesiva tiesura.

«En el fondo, tiene algunas cosas de mi tío Jean, los modales, la cortesía», se decía.

Todo aquello no le parecía completamente real, como si le hubieran hecho vivir la aventura de otra. Olivier volcó un pimentero y fue extrema su confusión.

—Trataré, mi querida Isabelle —dijo—, de no ser un estorbo en su vida durante mucho tiempo. Haré todo lo que pueda. Y sin embargo, me gustaría mucho permanecer en este mundo algunos años más. Luego podrá usted reorganizar su existencia con un compañero más agradable.

Conducía la conversación con su ironía triste y pasada de moda, que no carecía de encanto, por entre las salidas bruscas de la señora de La Monnerie. Había leído mucho; amaba los libros y sus encuadernaciones. Hablaba bien de Rumania, que le había sido dado visitar. También había ido a San Petersburgo.

Isabelle le agradecía que no dejase que se produjera un silencio. Además se sentía aliviada, monstruosamente aliviada porque aquel hombre viejo, por caridad, impedía que toda la sociedad se le viniese encima. Pasarían los meses; ella esperaría el hijo. Se calmarían las olas de aquella tempestad. Recordó la frase de Lartois: «Hay que preguntarse en seguida al cabo de cuanto tiempo habrá dejado de hacernos daño…». Era eso, aproximadamente. Y volvió a ver a Lartois arrojándose sobre la mesa de exploración; aquello empezaba a hacerla sonreír como una chiquillada.

Olivier hablaba de la *Historia de la familia de Orléans* escrita por el historiador Paul Thureau-Dangin, que fue secretario vitalicio de la Academia y a quien había conocido mucho la señora de La Monnerie. Olivier tenía un aire de gran bondad discreta.

—Olivier —dijo de repente Isabelle con los ojos húmedos—. Me

entran ganas de darle un beso.

Él se ruborizó.

—Se lo agradezco —contestó bajando los párpados.

—¡Ya lo ve, ya lo ve! —exclamó la señora de La Monnerie—. Se lanza al cuello de todos los hombres.

La señora de La Monnerie estaba taciturna. Pensaba que si Olivier estaba allí aquella noche e iba a casarse con su sobrina, era porque ella había resistido durante años y años a sus proposiciones. «Si yo hubiera cedido, hace mucho tiempo que todo estaría terminado y olvidado. Por lo menos, sirvió para algo.» Pero pensar en eso no era suficiente para consolarla. Un ramalazo de pesares la había invadido desde su paseo. «O bien no hubiera cambiado nada y Olivier estaría ahí de todas formas. Y a la edad que tengo, ¿habría significado para mí alguna diferencia?»

Habían llegado al final de la comida y les servían una compota de cerezas que rodaban en un jugo de color de rosa.

—Juliette —pidió Olivier—; me gustaría saber cómo fabrica sus muñequitas, sus pequeños personajes.

—¡Oh, es muy sencillo, mi estimado amigo! —contestó ella halagada—. Va usted a ver... *¡Maitre!* Tráigame pan para tostadas, un trozo grande, por favor.

El *mattre* no se sorprendió, cada anciana dienta tenía una manía. Una quería alitas de pollo para su perro, la otra hacía colocar flores artificiales en un vaso lleno de agua.

La señora de La Monnerie sacó del centro del pan una bola de miga y la amasó largo rato; luego, de la punta de sus dedos activos y apretados donde lucían dos anillos, salieron una cabeza microscópica, un brazo, unas piernas. Pellizcó las extremidades, las acható en forma de manos, de pies. En un día normal no se hubiera atrevido jamás a hacer tal cosa en público. Pero aquella noche deseaba brillar ante Olivier.

—¡Ah, es asombroso! ¡Es usted una artista! —decía él. La señora de La Monnerie sacó del bolso un trozo de papel de seda, vistió con él su bolita y colocó encima de la mesa una bailarina con los brazos levantados.

—¡Ya está! —dijo—. Lo único que falta es dejarla secar bien y luego, si se quiere, pintarla.

Vacilando, ruborizándose, dijo Olivier: —¿Me permite, Juliette…, que me quede con ella…, que me la lleve…?

Para Isabelle todo el drama residía ahora en anunciar su partida a Simón. Era leal y quería contarle la nueva organización de su vida, los compromisos que había adquirido y que pensaba cumplir.

VII

A aquella misma hora Simón cenaba en Boulogne, en casa de la señora Eterlin. Había llegado con un ramo de rosas en la mano.

—¡Oh, son maravillosas! —exclamó la señora Eterlin—. ¡Y qué bien huelen! Nunca podrá usted saber hasta qué punto me gustan.

La casita estaba llena de altos ramos de azucenas, cuyos pistilos dorados se multiplicaban en los espejos y en los cristales de las vitrinas. Un perfume mareante emanaba de aquellos ramos.

Simón juzgó sus rosas un poco pobretonas y excesiva la acogida que se les había hecho. La señora Eterlin hizo traer un jarrón, las arregló ella misma y encontró para las flores un lugar de privilegio sobre un mármol blanco.

—Combinan con las vetas del mármol —dijo—; ¿no opina usted…? Parece preocupado, señor Lachaume. Espero que no tenga ningún disgusto. ¿Es su trabajo? ¡Trabaja usted demasiado! Esperaba reunir algunos amigos a quienes le gustaría ver, pero no estaban libres. Lartois iba a venir. Me avisó que no podía, tenía un enfermo de urgencia. Estoy confundida, porque sólo tengo mi presencia para ofrecerle. Temo aburrirlo.

Le ofreció vino de Cartagena, dorado y dulce como un jarabe, en copas tan caprichosas, tan retorcidas, tan frágiles que uno temía verlas estallar entre los dedos.

—Este Cartagena no es más que el vino que se produce en una aldeíta al norte de Béziers; parece mentira, ¿verdad? —explicó ella—. Allí fabrican unas cuantas botellas de este vino todos los años. Fue Jean quien lo descubrió. Pretendía que el nombre había influido en el gusto y que podría ser el vino que bebía Salambó. Por otra parte, tal vez sean soldados del ejército de Aníbal…

Cenaron en una especie de rotonda al fondo del salón, en una mesa muy baja y redonda hecha de un mosaico montado sobre un herraje dorado, que estorbaba horrorosamente a las rodillas. Marie-Héléne Eterlin parecía acomodarse muy bien a aquella mesa a ras del suelo; estaba sentada muy erguida sobre un puf, tenía las piernas extendidas de costado y comía con delicados gestos de sus frágiles muñecas.

—Fue Jean quien tuvo la idea de hacer montar así este mosaico

—dijo.

Pronunciaba «Jean» alargando la consonante inicial y haciendo una pausa casi imperceptible después del nombre. Y cada vez que ella decía «Jean», él pensaba en Isabelle.

Los servía la única criada de la señora Eterlin, insignificante y silenciosa. Sobre la mesa ardían unas bujías en candelabros italianos terminados en finas hojas de color bermejo.

—Unos bárbaros los habían hecho transformar para electricidad —dijo la señora Eterlin—. Y yo les devolví su destino primero.

Pero al restituirlos a aquel destino se habían olvidado de los agujeros por donde habían pasado los bárbaros hilos. Gotas de estearina se escurrían sobre el mosaico y sobre la manga de Simón en cuanto extendía el brazo.

Todos los demás focos de luz estaban ocultos, irisaban secretamente los cristales de Venecia, las góndolas hiladas, el nácar de los abanicos y lanzaban haces de luz a los espejos.

Tras manjares finos, elaborados y poco copiosos, la criada trajo aguamaniles donde flotaban pétalos. Al mismo tiempo que la señora Eterlin bañaba sus pálidas y cuidadas uñas, Simón metía en el agua tibia las cuadradas uñas de sus peludos dedos. Sus manos danzaban enfrentadas con una sincronización de ballet.

—¿Sabe usted por qué me han conmovido tanto sus flores hace un rato? —dijo ella levantándose—. Porque hoy es mi cumpleaños.

—¡Oh, si lo hubiera sabido...! —exclamó Simón.

No obstante, ignoraba por completo lo que habría hecho si lo hubiera sabido.

—Pero usted lo ha adivinado, puesto que me ha traído esas flores y puesto que ha venido. Sin usted hubiera estado absolutamente sola. Sí, esta noche cumplo cuarenta y cuatro años... ¡Ah, es una estupidez hablarle de esto! Pero, ¿sabe usted?, es triste cuando una mujer llega al momento en que se encarga flores a ella misma...

Señaló sus ramos de azucenas.

Conmovido, no tanto por lo que decía, sino porque aquella

tristeza llevaba a su pensamiento la suya propia, golpeaba sobre su pena como sobre un timbre, estuvo a punto de confiarse a ella y declararle: «También yo soy desdichado, ¿sabe?, y usted me ha hecho mucho bien con su Cartagena, sus copas con dorados y sus aguamaniles. Mire lo que me pasa con Isabelle».

—Voy a buscar unos versos de Jean que aún no me había atrevido a mostrarle —dijo ella—. Y luego los míos, si no le aburre mucho.

Abrió un cajón bajo el mármol de las rosas, sacó un paquete de hojas sueltas y una libreta encuadernada en tafilete rojo y colocó las hojas delante de Simón.

Eran versos licenciosos, eróticos, de rimas que llegaban a lo obsceno, y trazados con la hermosa tinta negra del poeta. Las líneas eran a veces un poco temblorosas, las tachaduras, tan emocionantes de ordinario en un manuscrito, adquirían allí un aspecto chocante.

Simón se sentía incómodo y no sabía qué actitud tomar. La señora Eterlin lo miraba un tanto disimuladamente, esbozando una sonrisa, y decía: —¡Oh, ése! ¡Ése es extraordinario! ¡Es admirable poder plegar el talento a todas las cosas y con tanto ingenio…!

Su pecho se elevaba más vivamente. Luego, viendo que su entusiasmo no era compartido, observó: —A usted parece que no le gusta mucho este género. Tenía cara de desilusión.

—¡Oh, sí, sí! —contestó Simón—. Es asombroso… Me gusta mucho… Yo no sospechaba…

Leía todo lo rápidamente que podía, aunque no con demasiada rapidez, sin embargo, para que no pareciese que no le interesaba o que lo reprobaba. En realidad, las frases que sus ojos recorrían no tenían en él otra repercusión física que una especie de malestar. Su admiración por el escritor acababa de sufrir un duro golpe; acababa de descubrir un rincón de podredumbre bajo el pedestal.

Dos o tres veces, la señora Eterlin intentó llevar la conversación a aquel terreno, pero Simón no tenía palabras para responderle, ignoraba el manejo del doble sentido picaresco. De ahí provenía también su incomodidad, y adivinó una laguna en su educación.

Se sintió aliviado cuando pasaron al cuaderno de tafilete rojo que contenía los poemas de la señora Eterlin.

Éstos eran malos, pero aéreos. Pálidas imitaciones del La Monnerie de «El pájaro sobre el lago», trazadas con una letra blanda y de patas de araña sobre las páginas de color crema bordeadas por un filete de oro. Había algunas correcciones de mano del poeta. El último trozo, hecho a la muerte de él, era el más detestable. Todavía estaban en blanco muchas páginas del cuaderno.

—Eso es todo —dijo la señora Eterlin.

Simón hizo vivos cumplidos. Ella le dio las gracias con verdadera modestia. No se engañaba. Conocía la falta de calidad de sus versos, pero no podía evitar enseñarlos.

Llevaba un vestido negro con la parte de arriba del corpiño de tul. Bajo aquella fina red aparecían la carne de los hombros, blanca y suave, y el doble tirante del sostén y de la combinación de seda, y el delgado brazo, un brazo de mujer joven. El busto estaba bien formado.

«¿Por qué me pareció tan mayor el primer día? —se preguntaba Simón—. Es incomprensible; no es nada vieja.»

Ella estaba inclinada, pegada a él, sentada en el brazo del sillón, cerrando el cuaderno, reuniendo las licenciosas cuartillas. Su nuca era delicada, con reflejos de marfil; los finos cabellos cenicientos, levantados hacia la coronilla, se encerraban y se retorcían en la trenza. Una oreja se despegaba un poco. Subía de su epidermis un perfume a heliotropo, y aquel perfume parecía ser el centro en torno al cual giraba el olor disperso y fuerte de las azucenas.

Sobre la nuca inclinada Simón posó los labios. La señora Eterlin se irguió con una mirada demasiado grande para sus minúsculos ojos malva y que iba derecha a la mirada de Simón a través del tabique de cristal de los lentes. Sus rostros estaban muy próximos. Atrajo hacia su boca la cabeza de Simón.

Hacia medianoche, en leve peinador de crespón rosa y con el pelo flotando hasta la cintura, la señora Eterlin bajó a la cocina a buscar jamón, pan y mantequilla.

Simón partió algo más tarde. Ella lo acompañó hasta la escalinata que llevaba al jardín. Él la llamaba Marie-Héléne. La noche era hermosa, iluminada de luna, tibia y estrellada. El motor de una barcaza chapoteaba en algún lugar detrás de las calles, siguiendo el curso del río. La señora Eterlin apretó el rostro contra el pecho de Simón.

—Es maravilloso —murmuró—. Hacía tanto tiempo, ¿sabes?, tanto tiempo... Porque el pobre Jean..., en las últimas épocas, hay que confesar... Y además tú eres joven. Es milagroso. ¡Me siento tan pura en tus brazos! ¿Recuerdas aquellos versos de Jean?

La muchachito, que en ti hay, que no puede morir, Y que habrás de llevar a los propios infiernos...

Simón se fue con la chaqueta manchada de polvo de arroz, de polen de azucena y de chorros de cera, estigmas de la velada. Mientras caminaba guardaba la visión del busto de ojos de yeso en aquella habitación y de las piernas demasiado gruesas de la señora Eterlin.

Por primera vez dudaba del valor de la obra de Jean de La Monnerie y se preguntaba si sus detractores no tendrían parte de razón. Y luego se repetía: «Soy un cerdo. Soy un cerdo. Isabelle está encinta, está en Bagnoles. Y yo acabo de... con esa mujer que la detesta».

Y esa certidumbre de ser un cerdo le producía al mismo tiempo la saludable sensación de ser un hombre.

Cuando volvió Isabelle al día siguiente y le anunció su partida, su boda con Olivier Meignerais y su decidida voluntad de respetar aquella unión, sintió, naturalmente, una desesperación violenta. Decía incesantemente: —¡Ah, si no tuviera a mi mujer! ¡Si no tuviera a mi mujer!...

Simón e Isabelle se juraron conservar su amor y retomarlo más tarde, sin por eso desear, por cierto, la muerte del hombre admirable que era Olivier. Ella le prometió educar al niño en la afición a las letras y las cosas del espíritu. No les pasaba por la imaginación que pudiese no ser un niño. Isabelle entreveía el momento en que le diría la verdad, cuando tuviera dieciocho años.

—En ese momento empezaré a ser una respetable dama de pelo blanco, y tú serás un hombre célebre. Vendrás a cenar conmigo de vez en cuando, y nos cogeremos la mano de la misma manera.

Pero en el fondo ambos sabían que todo había terminado, y si se enternecían era menos por su separación que por aquel final de un momento de su vida.

Simón se felicitó por haber comenzado su aventura con la señora Eterlin.

Volvió varias veces a la semana a la casita de Boulogne. Era el período de vacaciones. La atención del gabinete del ministro obligaba a Simón a quedarse en París. Marie-Héléne lo rescataba de la soledad de las noches estivales.

Marie-Héléne había cambiado de peinado: ahora llevaba dos trenzas que enrollaba sobre las orejas, lo cual —pensaba ella— la rejuvenecía y ocultaba también el lóbulo despegado. Había acortado un palmo sus vestidos, sin llegar no obstante a seguir la moda, por temor a descubrir demasiado las piernas.

Un día le dijo a Simón: —Sé muy bien que no podré retenerte. Cuando se tiene un amante más mayor se vive con el terror de su muerte, y cuando es joven, con el terror de las demás mujeres. De cualquier forma, es preciso que nos lo quiten.

En aquel interior angosto y recargado, con la sombra de un gran hombre posada detrás de cada objeto, Simón se sentía bien. A veces encontraba allí personas de edad y de gran reputación. Sus modales, su conversación, hasta su propio modo de vestir se afinaban. Se dejaba embotar un poco por la afectada melancolía de Marie-Héléne Eterlin, que de repente atravesaba algún luminoso desgarramiento de pasión. Tenía, en suma, el amor que había esperado Isabelle para sus futuros años.

Por vez primera, ya no rechazaba sus orígenes, ni los recuerdos de su infancia de campesino pobre. Al contrario: los evocaba por la satisfacción de compararlos. Y cuando bañaba los dedos en el aguamanil de los pétalos de rosa se decía: «¡Eres tú, Simón, eres tú, el hijo de la madre Lachaume, quien está aquí en este momento!».

Ya no envidiaba a los demás: se envidiaba a sí mismo y por lo tanto sólo tenía motivos para ser feliz.

Apareció el coronel de húsares abotonando sus guantes, recorrió con la mirada su campo de batalla e hizo algunas modificaciones verbales a su orden del día de la víspera. Parecía preocupado; acababa de leer de nuevo la serie de ordenanzas reglamentarias.

El sol ya estaba dos palmos por encima del techo de los edificios. Una bruma de verano, algodonosa y dorada, al fondo de la campiña tarbesa, flotaba aún sobre los primeros contrafuertes de los Pirineos.

Las tropas estaban alineadas a tres de los lados del patio de honor, mientras charanga y música se colocaban a cada lado de la puerta principal, de espaldas a la larga reja contra la cual empezaban a amontonarse los mirones.

Los húsares, en pie desde el alba para almohazar sus caballos, bruñir sus aceros y correr por las escaleras con la silla en la cabeza, perseguidos por la voz de los suboficiales de pelotón, tomaban su primer descanso. Los caballos escarbaban el suelo con su casco engrasado.

La frase más comúnmente repetida en todas las filas era: «¡Ya estamos hartos! ¡Ya estamos hartos!».

El batallón de cazadores a pie que participaba en la ceremonia acababa de atravesar toda la ciudad a paso ligero, con afectado alborozo, y los hombres de azul oscuro, con el cuerpo chorreando bajo el paño del uniforme, todavía no habían recuperado el aliento.

—¡Atención! —gritó el coronel de húsares con una voz extraña, extensa, como si tuviese un eco en el gaznate.

El reloj del edificio central marcaba las diez menos cuarto. Los ojos, bajo la visera de los cascos, se alzaron hacia la aguja grande y todos experimentaron una ligera crispación nerviosa. Nadie podría decir por qué, pero de repente aquello se ponía serio.

—¡Presenteeeen armas! —gritó el coronel.

Las voces secas de los oficiales de infantería sonaron como un chasquido al mismo tiempo que se oía «... sables» del lado de la caballería.

Y tres segundos después no había más que un gran espacio

cuadrado de grava clara y de silencio, rodeado de bayonetas y de hojas relucientes alineadas como setos bien cortados. Cada soldado, follaje en medio del seto, estaba emocionado, con esa especie de emoción que nada tiene que ver con los sentimientos: la emoción militar. Porque permanecer inmóvil, en equilibrio sobre un caballo inquieto, con un sable de dos kilos delante de la cara y cuatro riendas separadas en la mano izquierda, con la mirada alzada hacia una lucerna, constituía un acto turbador de por sí. Sucedía con esa posición contra natura como con ciertas actitudes búdicas que favorecen el desapego absoluto; ésta proscribía el pensamiento, creaba en cada uno de aquellos hombres pasmados un vacío, una zona en blanco.

En aquella zona en blanco podía entonces instalarse en toda su majestad el mito más importante del ejército, más exigente que la patria, más trascendental que la bandera: el mito del general.

Por culpa de los húsares, a los infantes les daba el sol en los ojos.

El general franqueó la verja y avanzó hacia el gran cuadrilátero de grava blanca. O más bien los generales, porque eran dos. Pero el segundo no contaba para nada; parecía un perro samoyedo que marcha al lado de su amo.

El verdadero general, el que encarnaba el mito, era alto, delgado, elegante bajo su quepis abundantemente bordado. Marchaba lanzando la pierna tiesa delante de él con un contoneo ágil y soberbio, que aumentaba su dignidad. Su bastón parecía solamente un adorno.

Se detuvo; lentamente recorrió con la mirada las filas de hojas centelleantes, de codos alineados, de cuellos tensos y de buenos pechos de caballos; lentamente y tristemente.

Era él quien había ordenado la ceremonia, pero la razón le era amarga, y el espectáculo, doloroso. De lejos, con su corbata de comendador al cuello, parecía impasible; sin embargo sus maxilares sobresalían y su mano se crispaba sobre el bastón.

—¡Descansen! —dijo.

Sentía en el bolsillo de su guerrera las tres hojas escritas a máquina cuyo texto sabía de memoria; de vez en cuando las palpaba a través de la tela, las estrujaba. «Por decreto del señor Ministro de la Guerra, el General de Brigada Fauvel de La Monnerie, Robert, es ascendido al grado de General de División, a partir del 29 de julio de

1921... Por decreto del señor Ministro de la Guerra, y a partir del 29 de julio de 1921, el General de División Fauvel de La Monnerie, Robert, pasa al cuadro de reserva de los ejércitos de tierra, *etc.* Por decreto del señor Ministro de la Guerra se nombra, en reemplazo del General de División Fauvel de La Monnerie, etc.» Tres frases que se completaban, que engranaban como los tres últimos trozos de un rompecabezas comenzado cuarenta y cinco años antes en un escenario relativamente parecido, en la jura de la bandera en la Escuela de Saint-Cyr.

Durante aquel casi medio siglo había ocupado sucesivamente todos los puestos posibles bajo las armas; a cada promoción, a cada cambio de mando, de guarnición, de latitud, después de cada maniobra, de cada campaña, de cada herida y de cada condecoración, el hermoso cuadrilátero había vuelto a formarse y cada vez había ocupado él un sitio nuevo, hasta el lugar mítico que en ese momento ocupaba. El cuadrilátero terminaba por no ser más que el mismo personaje: Robert de La Monnerie, en todas las épocas de su adolescencia y de su madurez, bajo todos los galones y todas las funciones; se mantenía varios centenares de veces repetido, en fila sobre los cuatro lados, en torno a sí mismo. El cuadrilátero estaba cerrado. Terminado el rompecabezas. Sintió una especie de vértigo.

«No me siento bien —pensó—. Es este calor.»

Habían bajado las armas un instante, como para agradecer al general su mansedumbre, pero las hojas ya estaban nuevamente frente a las caras. El coronel gritó: —¡Al estandarte!

Los trompetas efectuaron un bello movimiento de brazos que hizo chorrear el sol sobre sus cobres, y el ayudante Santini, entre dos sargentos de caballería, llegó al galope corto, erguido en su silla y llevando en la bota el asta coronada de oro y de seda. El ayudante corso se detuvo, impecable, a veinte pasos del general, frente a él.

Saludó éste con la mano colocada muy alta contra el quepis; un saludo que al día siguiente imitarían los humildes subtenientes. Y al mismo tiempo se decía: «Está bien eso; el estandarte que viene a colocarse en el centro de la imagen, la seda que flota.» La persistencia de aquella infantil comparación con el rompecabezas en un momento semejante lo irritaba, y se preguntó por qué se le había ocurrido hacerla. Luego recordó que le había regalado a su sobrino nieto Jean-Noël un juego de esa clase, el tema era «La Revista». Un bonito puzzle de cien francos. Volvía a ver en la tapa de la caja, en policromía, el modelo a reconstruir.

Al paso precipitado de los cazadores, el banderín del batallón de infantería iba colocándose al lado del estandarte.

—¡Descansen! —dijo el general por segunda vez.

Dio un paso adelante separándose más del grupo de oficiales y personalidades que lo acompañaban, miró a derecha e izquierda y soltó: —¡Oficiales, suboficiales y soldados de la subdivisión militar de los Altos Pirineos! ¡Me siento dichoso al presentarles a su nuevo jefe..., el general Crochard!

Con voz lenta, bien timbrada, que llegaba lejos, hizo un elogio poco detallado de aquel «oficial valeroso, surgido del sufrido cuerpo de infantería», rindiendo homenaje, de paso, a la unidad de cazadores a pie. Recomendaba a las tropas que mostrasen «a aquel jefe nutrido en los mejores principios del mando» todo el respeto y toda la obediencia de que era digno.

Luego, después de marcar una pausa, acabó: —Y al mismo tiempo digo adiós...

Tosió con una gran naturalidad, que no dejaba traslucir su emoción.

—... frente a este estandarte de los húsares de Chamborant..., uno de los regimientos más antiguos de caballería ligera, con los húsares Estherazy, en los cuales tuve el honor de alcanzar mi primer puesto de mando...

Volvió a toser. «Vamos, no voy a flaquear ahora —pensó—; acabemos.»

—...digo adiós al cuerpo de toda mi vida: ¡la caballería! Había puesto todo su corazón en sus últimas palabras, pero su adiós no conmovió a nadie más que a él. En las ventanas de la enfermería, los picaros que se aprovechaban de la fiesta sin tomar parte en ella, apoyados en los codos, decían bostezando: —¡Mira, el viejo es como nosotros, está contento de largarse!

El general Crochard se adelantó a su vez. Había esperado oír celebrar más largamente sus méritos; estaba ofendido. Además, le irritaba la afectación de los de caballería dando a sus regimientos las denominaciones del antiguo régimen. Hubiera querido abreviar el panegírico de su predecesor. Pero, concienzudo, había aprendido su texto de corrido y su memoria se negaba a cortar nada.

El general de La Monnerie escuchaba con aire lejano. Era él ahora quien, como los soldados a su entrada, estaba sin pensamiento, sentía ahondarse la zona en blanco. Oía la enumeración de sus propias virtudes: —...un guerrero de casta..., de los que bordan en nuestras banderas el oro imperecedero de las victorias...

Llegó el tumo también de pasar a la posteridad por el mito del buen general amigo de sus hombres, del gran general infatigable así en el combate como en los trabajos de la paz: —...del general prestigioso a quien se puede poner como ejemplo a las tropas jóvenes llamadas a servir a la patria, y cuyo recuerdo conservará la subdivisión con orgullo y reconocimiento.

Para ocultar su emoción militar, el guerrero de casta inclinaba de vez en cuando la cabeza hacia la izquierda y soplaba sobre su sarta de condecoraciones.

Alguien le tocó el brazo; había llegado el momento de la entrega de cruces.

Avanzó lanzando hacia delante su pierna tiesa. Un comandante de dragones de abundantes nalgas lo acompañaba, y también un suboficial portador de la caja de las medallas.

—Gilon, ¿qué es lo que tengo que decir? —le preguntó a media voz al comandante de dragones—. Recuérdemelo exactamente...

—«En nombre del presidente de la República y en virtud de los poderes que me son conferidos...»

—¡Ah, sí; eso es! ¿Y para la medalla militar? —volvió a preguntar.

—«En nombre del ministro de la Guerra...»

—Sí, sí, ya está bien, ya me acuerdo. Siempre me he hecho un lío con eso.

Y murmuró interiormente: «En nombre del ministro de la Guerra..., de esa especie de calzonazos con sus tres decretos...». Palpó a través de la guerrera las hojas escritas a máquina.

—¡Abran el bando! ¡Cierren el bando!

La charanga a la espalda, los recipiendarios alineados, el comandante Gilon que leía a la derecha los motivos de la

condecoración, el suboficial que le pasaba las cruces y los oficiales ya miembros de la Legión de Honor que presentaban el sable para los nuevos caballeros, todo aquello continuaba girando en torno a él…, los diáconos en torno al prelado, y los comulgantes esperando el pan ácimo.

Se sentía extraordinariamente ajeno a sí mismo. Su voz le parecía resonar en una concavidad del universo donde la atmósfera se hubiese enrarecido.

—En nombre del presidente de la República…

Toque de sable sobre el hombro derecho, toque de sable sobre el izquierdo.

Pinchando trabajosamente las puntas de metal en la guerrera del capitán de Padoue, le dijo: —Conocí a un Padoue que mandaba los dragones de Lorena.

—Era mi tío, mi general.

—¡Ah! Pues bien, lo felicito.

Abrazo. Redoble de tambor, toque de trompetas. Cambio de posición en el porte de armas en los lados del gran cuadrilátero.

—En nombre del ministro de la Guerra…

Frente al general, una cara típica de sargento mayor de caballería. Diecinueve años de servicio sin haber podido nunca pasar de grado. Uno que iba a irse, a hacerse gendarme, sin lugar a dudas. Tenía los ojos llenos de venillas rojas.

«¡Vamos, a ver si éste se pone a llorar!», pensó el general.

Estrechó la mano del condecorado y le dijo una frase amable.

El coronel de húsares hizo resonar de nuevo el eco que tenía en el gaznate. Las tropas se disponían a desfilar.

Los cazadores a pie fueron los primeros en ponerse en movimiento al ritmo de sus cobres. Se diría que estaban unidos entre sí por una invisible tabla de madera, como los asientos de las catedrales.

Luego, con su rechinar de cueros y sus bocados babeantes, con sus espuelas y sus tercerolas en bandolera, con sus sables y sus cinchas

blancas, pasaron los escuadrones, enviando al general, convertido momentáneamente en estatua, una última ráfaga de sudor de caballo, de sudor de hombre y de polvo mezclados. Y después pasó el oficial que iba cerrando filas, y el polvo volvió a posarse detrás de él.

El general, acompañado siempre por su perro samoyedo, se dirigió al encuentro del coronel de húsares.

—Coronel, lo felicito por el porte magnífico de sus tropas —dijo el perro samoyedo.

—Señor, sus tropas han desfilado bien, lo felicito —dijo más lentamente el general de La Monnerie.

Se volvió hacia su coche. Detrás de él, del lado de las cuadras, oyó gritar: «¡Rompan filas!», y luego grandes carcajadas de las piezas del rompecabezas.

IX

Se había quitado el uniforme y había colocado en la caja de siempre su corbata de comendador y sus otras condecoraciones. Llevaba camiseta de punto y calzoncillos cortos, y encima, ciñéndole el abdomen, un corsé de lienzo fuerte con corchetes metálicos. La larga cicatriz de la pierna trazaba un rastro rosáceo. Continuaba desahogando su resentimiento mientras se contoneaba por entre las maletas que llenaban la estancia.

—Verá usted, muchacho: en primer lugar, toda esa zagüía de políticos es una pandilla de calzonazos. Antes se podía decir: «Les haría falta una buena guerra, para que entendiesen». Bueno, pues la tuvieron. Y no entendieron nada. ¡Calzonazos!

Este discurso iba dirigido al comandante Gilon, el dragón de abundantes nalgas, que asistía tristemente a aquellos preparativos de partida. En un rincón, el ordenanza llenaba un baúl.

—¡No, así no, Charamon! —le gritó el general—. Te he dicho veinte veces que el calzado debajo, ¡por el amor de Dios! Y además yo sé muy bien lo que pasó —continuó—. Usted me conoce, Gilon. Nunca he tenido pelos en la lengua, y eso no le gusta a todo el mundo. Además, hubo una época en que tener un nombre en dos tiempos, como dicen los imbéciles de los ingleses, que lo único que tienen bueno son los caballos, todavía representaba algo. Ahora es perjudicial.

Examinaba todas las razones, les daba vueltas, las trituraba, todas salvo una, la verdadera: la edad.

—¡Oh, a mí todo esto me repugna, mi general! —dijo el comandante Gilon.

Tenía unos cuarenta años, estaba algo grueso y su cara era colorada y afable. Sus pantorrillas mantenían tensas las polainas de lienzo blanco abotonadas. Un anillo con el escudo gastado se hundía un poco en la carne de su meñique.

—Me parece que voy a presentar mi dimisión —continuó—. Con usted, mi general, estaba contento. Me acordaba de la guerra, donde ya estuve bajo sus órdenes. Ahora, ¿dónde van a meterme?… ¿con quién?… Tendré que esperar tres, o cuatro años para recibir mi quinto entorchado; si es que me lo dan…

—Y ese Crochard, ¿lo ha oído usted? —dijo el general—. Ni una palabra sobre mi campaña de Madagascar, ¡ni una! ¡Una especie de fruta confitada del estado mayor!

—Por eso, antes de quedarme con un sargentón como ése, prefiero levantar campamento inmediatamente —dijo el comandante frotándose con el dedo el áspero bigotito—. Me retiraré a mis tierras en Montprély, las haré producir, tendré mis caballos de caza, tal vez me casaré, que ya sería hora...

Se daban así la réplica, pero cada cual pensaba sólo en su problema personal.

—¡Charamon! —gritó el general—. Ven a atarme el zapato. El comandante Gilon dijo: —¡Ah, mi general!, la prensa de la región ha pedido una fotografía suya.

—¡Uf!... ¡La prensa, la prensa! Usted sabe lo que pienso yo de los periodistas, ¿no?

El comandante calló, esperando la decisión que tomaría el general. Y éste dijo: —¡Charamon! Alcánzame la cartera, aquélla..., ¡la de cuero negro, sí!

Se sentó frente a la mesa, sopló sobre la camiseta de punto en el lugar acostumbrado de las condecoraciones, se puso los anteojos y encendió un cigarrillo. De un sobre de papel cristal sacó varias fotografías, las esparció frente a él y las estudió cuidadosamente.

—Ésta no —dijo—, parece que me esté durmiendo... No comprendo cómo esa gente, con sus cajas demoníacas, consiguen sacarle a uno una cara semejante. Ésta no estaría mal, pero... ¡pst!... Debí de mover la mano. ¡Oh, désela de todas maneras! Tiene más garbo, y además es mi perfil bueno.

—Y para mí personalmente, mi general, ¿podría pedirle una? —dijo el comandante Gilon.

—¡Claro que sí, amigo mío, con mucho gusto! Tome, elíjala usted mismo.

En diagonal sobre el pantalón de su efigie el general escribió: «A mi fiel camarada de combates, el jefe de escuadrón Charles Gilon, como recuerdo de amistad y aprecio. General de La Monnerie. 21 de julio».

—¡Gracias, mi general! —dijo Gilon erguido sobre sus polainas y con los ojos resplandecientes.

—Ya ve como hice bien en conservar mi apartamento de París —siguió el general—. ¡Ahora estaría lucido, sin saber adonde ir, jubilado por ese imbécil de ministro!

—En todo caso, mi general, ya sabe que Montprély está abierto para usted cuando le plazca.

—¡Gracias, muchacho, gracias! Sí, seguramente iré a verlo... ¡Charamon! Ven a ayudar a vestirme.

El ordenanza deslizó el pantalón de civil sobre la pierna tiesa.

—Me duele vestirlo por última vez, mi general —dijo con voz triste.

Casi nunca hablaba y sólo decía cosas verdaderas. Tenía una cabeza redonda, de pelo oscuro y rapado.

El comandante Gilon preguntó: —Charamon, ¿cuánto tiempo hace que estás en el ejército?

—Diez años, mi comandante. Siempre de ordenanza.

—Es una vocación la de este valiente —explicó el general—. Así como hay quienes tienen la vocación de ser ayuda de cámara. Hizo toda la guerra, tiene tres menciones honoríficas y la medalla militar por llevar a su oficial cargado a la espalda, y nunca ha querido ser otra cosa. Al parecer yo soy la coronación de su carrera. Y además de todo eso, terco como una muía... ¡Mire! ¡Ya ha vuelto a ponerme los zapatos encima! ¡Ah, no hay quien pueda con él!

—Si se los pone en el fondo, mi general, no quedan estirados los pantalones —dijo con calma el ordenanza.

—Y sería capaz de tirarse al agua por mí. ¿No es cierto, Charamon?

—Sí, mi general.

—Y por el comandante, ¿te tirarías al agua?

—Si fuera su ordenanza, sí, mi general.

—¡Toma! Emborráchate a mi salud —dijo el general

poniéndole un billete de los grandes en la mano.

Llevó al comandante Gilon hacia la ventana, le murmuró confidencialmente: —Todo esto es lo que resulta duro dejar; ¿ve usted, muchacho? Tipos como ése... —Tocó su sable, colocado de plano—. Y además..., almacenar esta chatarra... —Se quedó como soñando.

«Fue Urbain quien me lo regaló cuando salí de Saint-Cyr —pensaba—. ¡Hace ya tantísimo tiempo...! Con eso he cargado contra el enemigo, he matado hombres, porque en el fondo es ésa la realidad de nuestro oficio..., matar hombres. Y cuando uno ya no tiene edad para matar...»

—La vaina es como yo, comienza a ajarse —añadió en voz alta.

—Pero ¡la hoja es buena, mi general! —dijo el comandante Gilon con ufana sonrisa.

El general lo tomó como una picardía.

—¡Pse! También eso empieza a andar más despacio. Es preciso que la muchacha no sea demasiado joven, ni tampoco demasiado vieja.

—Bueno, mi general —dijo Gilon contento al ver que la conversación tomaba mejor cariz—, su tren no sale hasta las tres, vamos a darnos una buena comilona. Permítame que lo invite.

—¡Ah, no, muchacho! Todavía soy su jefe, si usted no se opone. Va a permitirme que lo invite yo a almorzar.

Gilon era mucho más rico que el general, por eso no insistió.

El ordenanza estaba ocupado en planchar su billete con la palma de la mano encima de la tapa de un baúl.

—Bueno, ¿qué haces ahí, Charamon? —dijo el general—. ¡Lo vas a gastar!

—Mi general, me parece que voy a guardarlo —dijo el ordenanza.

El general, inclinando hacia la izquierda su poco estriada frente, sopló sobre sus imaginarias motas de polvo.

—Vamos, una buena comilona, tiene usted razón. Es todo lo que me queda de ahora en adelante —dijo.

Hasta que se despertó en su apartamento de la avenida Bosquet no lo invadió por completo la sensación de soledad. No había tenido tiempo de buscar una criada. Acudió la portera a hacerle el desayuno y abrir las ventanas. La luz se esparció por habitaciones polvorientas y tristes, donde todo estaba empañado por varios meses de clausura. Tuvo la sensación de llegar a su casa al día siguiente de su muerte.

Encontró sus zapatos mal lustrados y volvió a cepillarlos él mismo. Se esforzó por ponerse solo el pantalón, pero no lo consiguió sin despertar dolores demasiado vivos. Se vio obligado a pedirle ayuda a la portera. Era ésta una mujer que aún no tenía cuarenta años y que no parecía muy limpia. Menos de tres años antes, al día siguiente del armisticio, se hubiera desvivido por el héroe herido, no lo hubiera tocado sin lavarse las manos y peinarse. Ahora tenía una mirada de desprecio, de asco para aquel viejo al que había que vestir. Dejó bien claro que no le aseguraba sus servicios por mucho tiempo.

Lanzando la pierna hacia delante el general recorrió el espacio al que en el futuro quedaría reducida su vida. Estufas salamandra en las chimeneas, una mezcla de muebles estilo Luis XIII y de chucherías bereberes o sudanesas; la silla marroquí bordada de plata se había apolillado en la antesala; los cantos de los libros estaban grises y las fotografías dedicadas de sus antiguos jefes, Gallieni, Joffre y otros menos ilustres, se habían puesto amarillentas. El día anterior se había alegrado de haber conservado aquel lugar, de volver a encontrar sus recuerdos en sitios familiares. Ahora querría estar en un hotel, o en el extranjero, o dondequiera que fuese, pero en otra parte.

«Tengo que hacer algo, si no voy a volverme loco —se dijo—. No me doy un mes de plazo para meterme una bala en la cabeza. ¡Y pensar que después de mi herida estaba tan contento de haber escapado con vida! ¡Qué imbécil! Cuando se tiene la suerte de estar en coma...»

No había fundado un hogar, no había seguido la norma común, no tenía ni mujer ni hijos. «He vivido como un egoísta y éste es mi castigo. Aunque, después de todo, ¿por qué un castigo? ¿Qué he hecho para merecer un castigo?» En un mismo cuarto de hora consideró la posibilidad de tomar el hábito «para no volver a pensar en nada», de lanzarse a la política, de presentarse a las elecciones senatoriales para cantarles las cuarenta «a todos esos calzonazos»...

Y sabía perfectamente que todo aquello no eran más que

ventoleras. Tenía que empezar por poner en condiciones su guardarropa de civil, hacer dar una mano de pintura al apartamento…

Se fue a almorzar al Círculo Militar. En aquella época del año poca gente iba allí, sólo los que no sabían qué otra cosa hacer, oficiales retirados como él, pero que le llevaban varios años de ventaja.

Estaban diseminados por los vastos salones dorados y la biblioteca, cabeceando después de la comida, o bien charlaban en grupos de tres o cuatro en el vano de una ventana, con aire de conspiradores. De cuando en cuando uno de ellos se levantaba, iba arrastrando los pies a buscar a la mesa una revista ilustrada y volvía a sentarse, o una voz de cañón atronaba de repente aquel cementerio para pedirle al camarero un café. Pero los medio muertos no se despertaban.

Sin embargo, cuando entró el general de La Monnerie levantaron los anteojos de los periódicos, marcaron con un dedo gotoso la página del libro, interrumpieron sus complots. Tenían miradas de silleras de iglesia que ven avanzar al nuevo «Hijo de María».

Un anciano con una perilla al estilo imperio, con una condecoración del tamaño de una moneda de dos francos en la solapa, de ojos amarillentos y mano agitada por un temblor lateral, se le acercó.

—¿Cómo le va, mi joven camarada? —le dijo.

Su verdadera campaña, la de él, la que le había dejado sus grandes recuerdos, era la campaña de Italia.

—Precisamente estaba a punto de contarles a esos camaradas —siguió, señalando a los conspiradores— cómo la noche de Solferino estuvo Mac-Mahon en un tris de batirse en duelo, a dos pasos del emperador, con el comandante del Tercer Cuerpo. Después de Magenta, yo tenía el honor de ser su ayudante de campo…

—¡Ah! ¡La Monnerie! —exclamó un obeso con rosácea y el pelo cortado a cepillo.

—Mis respetos, mi coronel —dijo el general de La Monnerie.

El obeso elevó su gruesa zarpa hasta el hombro del general. Al hablar inflaba los carrillos y resoplaba entre frase y frase.

—¡Ah, muy bien! —dijo—; no se ha olvidado. Ya ven ustedes, señores…, buf…, a este muchacho que nos honra a todos… Usted me perdonará, mi general, que lo trate de esta manera… Bueno, pues fui yo quien le enseñó estrategia en la Escuela de Guerra. Y no lo ha olvidado. Está bien…, buf…, muy bien. Y sigue llamándome «mi coronel».

Un flaco de pelo teñido entrechocó sus seniles talones y luego siguió su camino sin decir nada.

—¿Quién es? —preguntó el general de La Monnerie.

—Pero ¡si es Mazury! —contestó el obeso—. ¡Cómo!, ¿no lo reconoce? Es uno de sus camaradas de la escuela, también antiguo alumno mío…, buf… pero —añadió bajando la voz— tuvo un feo asunto en el Senegal; ya le contaré.

—¡Mazury! ¡Claro, es cierto…! —murmuró La Monnerie—. Pero ¡en qué estado!

—¡Ah, ya ve usted, volvemos a encontrarnos todos! Así es la vida… ¿Una partida de bridge, mi general?

La Monnerie se excusó y se fue en cuanto pudo. No, no era posible terminar así. Le daba náuseas oír cómo antiguos jefes que habían quedado dos grados por debajo de él lo llamaban «mi general», o antepasados como el ex ayudante de campo de Mac-Mahon «mi joven camarada». Y además aquellos bigotes amarillentos, aquellas mejillas céreas o violáceas, aquellos cráneos salpicados de manchas, aquellas rodillas temblorosas… «¡No, no y no! —se repetía; ¡yo todavía no he llegado a eso! ¡Yo soy joven, Dios mío! ¡A mí todavía me quedan años!»

Si no hubiera sido por aquella maldita pata tiesa se habría puesto a hacer cabriolas en medio de la plaza de Saint-Augustin, o bien habría dejado seca la primera taberna que hubiese encontrado, como cuando era teniente en Biskra. No se daba cuenta de que resoplaba cada veinte pasos sobre su condecoración.

El correo que halló al volver le proporcionó su primer momento de calma. Lo presentaban como candidato para formar parte del Comité de Honor de los Antiguos Laureados del concurso general.[1] Además, Noel Schoudler, al mismo tiempo que lo felicitaba por su tercera estrella, le hablaba de una compañía de productos farmacéuticos cuyo consejo de administración no estaba aún enteramente formado.

«Bueno —pensó — ; aún hay personas que no me consideran completamente chocho.»

El editor de una obra de compilación sobre la guerra del 14 le pedía su contribución para lo relativo a las operaciones en que había tomado parte su unidad.

Ocho días antes hubiera barrido con todo —laureados, editor y medicamentos— deseando que lo dejaran tranquilo. Ahora releía las cartas, reflexionaba lentamente, volviendo cuatro veces sobre la misma idea porque con aquello ocupaba el tiempo.

«Habrá que pensarlo, habrá que pensarlo», se decía.

En ese momento llegó la señora Polant, con su instinto certero, dándose perfecta cuenta de que una jubilación era un acontecimiento tan desolador como un fallecimiento. Ella sólo aparecía en las circunstancias en que se la llamaba «mi pobre Polant».

Por lo que al general se refería, compartía en buena medida la opinión de Lucien Maublanc, a saber: que era una vieja arpía. Sin embargo, la recibió sin desagrado.

—Bueno, ya ve usted, mi pobre Polant —le dijo—, heme aquí de obrero parado.

La señora Polant llevaba el mismo sombrero negro, pero, para el verano, había reemplazado el cuello de conejo por una chorrera de crespón de China color crema, y las sacristías continuaban conservándole el color.

—¡¿Qué dice usted, general?! —exclamó—, estoy absolutamente segura de que no han de ser ocupaciones lo que le falte. No han de pasar quince días para que esté desbordado de actividades.

—¡Oh, eso empieza ya! —contestó el general con falso aire de fastidio, señalando las tres cartas que estaban sobre el escritorio—. Me piden que forme parte de un montón de comités, me piden recuerdos de la guerra...

—¡Ya lo ve! Por otra parte, un hombre como usted, que ha visto todo lo que ha visto, debería escribir sus memorias. Sería un pecado dejar que se pierda todo eso. Además, el don de las letras es innato en su familia.

—Sí, sí, en efecto, lo vengo pensando desde hace algún tiempo —contestó el general.

Eso era precisamente lo que ella esperaba. Le explicó que prácticamente ya no tenía que hacer nada para la señora de La Monnerie, que además estaba tomando las aguas. El volumen de obras póstumas del poeta, en que la señorita Isabelle, «quiero decir la señora de Meignerais, pero no voy a acostumbrarme nunca...», había trabajado con el señor Lachaume, estaba terminado, copiado y entregado al editor.

—Pero, finalmente, ¿qué le pasó exactamente a Isabelle? —preguntó el general.

Como miembro de la familia, iniciada en los secretos pero que sabe guardarlos, le contó reservadamente la historia, que retuvo unos instantes el interés del general.

—Como parece que fue ese pequeño Lachaume el que me consiguió la tercera estrella —dijo—, no puedo guardarle demasiado rencor, a pesar de todo. Pero cuando pienso que son esos pisaverdes quienes manejan Francia...

La señora Polant tenía las mañanas ocupadas por el padre de Granvilage, el dominico primo de los La Monnerie, que iba a hacer publicar una selección de sus sermones. Pero por la tarde estaba libre... Lo dijo tres veces en la conversación.

—En el fondo sería un buen arreglo —dijo el general—. Vendría usted por las tardes, llevaría mi correspondencia, le dictaría mis recuerdos...

—Naturalmente, entre nosotros no hay ni que hablar de dinero, general. Ya sabe que para mí todo lo que sea La Monnerie...

—No, no; hablemos de eso inmediatamente, por el contrario. La vida es dura para todo el mundo y a mí me gustan las cosas claras... ¡Ah!, y además sería preciso que me encontrara también una cocinera-sirvienta —añadió, ya exigente—. Usted es quien va a ocuparse de eso. Y también de hacer venir un fontanero, hay algo que anda mal en el cuarto de baño.

Ya se encontraba mejor. Tenía alguien a quien dar órdenes. Y ella estaba encantada de adquirir tanta importancia.

Él le preguntó de repente: —Bueno, ¿y su marido? ¿Qué ha

sido de él?

Cambió de expresión inmediatamente, inclinó la cabeza con dolorosa gravedad.

—Se fue —respondió—. Por cuarta vez. Bajó las escaleras diciendo: «Voy a la peluquería». Y no ha vuelto; hace ya seis meses.

Sacó un pañuelo, se secó el rabillo del ojo y agregó: —Cada cual lleva su cruz.

Fue la única vez que el general pareció preocuparse por la vida personal de su secretaria. Siempre había sido profundamente egoísta, y ahora más que nunca carecía de interés por los problemas del prójimo. Cuando esos problemas aparecían en la conversación adoptaba un aire ausente, o bien soplaba sus motas de polvo, lo cual hacía que el interlocutor dijera: —Lo estoy aburriendo con estas historias.

Él contestaba: «No, no», con la mirada vacía; no había escuchado.

Se concentró en él mismo con esa fruición de no pensar más que en su persona, con ese amor exclusivo a ellos mismos que tienen la mayor parte de los seres humanos cuando envejecen.

Su vida tomó un ritmo lento, se repartía entre los comités, en los cuales participaba con una atención ausente que se tenía la gentileza de interpretar como reflexión, y las sesiones de trabajo con la señora Polant. Se preguntaba todos los días qué podría darle para hacer, y en eso era en lo que le resultaba indispensable.

—¡Ah! —decía—. Esta mañana he pasado revista a mis recuerdos sobre el asunto de Antananarivo. Voy a dictarle eso, Polant.

Y luego, cuando se hartaba, la mandaba a buscar datos a la Biblioteca Nacional. Después no le quedaba más remedio que leer las notas que le llevaba. De vez en cuando aparentaba hacerle un favor diciéndole que se quedase a cenar. Eran las noches en que se aburría demasiado.

La criada que la Polant le había encontrado, por medio de las hermanas de Saint-Vincent-de-Paul, no le gustaba.

Le escribió a Charamon, su antiguo ordenanza, cuyo reenganche expiraba en diciembre, para ofrecerle tomarlo a su

servicio. Extrañaba no tener alguien al lado a quien poder tutear y llamar «cara de cerdo» con una falsa benevolencia brusca. Y se organizó de este modo para ir fluyendo hacia la muerte, muy lentamente, sin pensarlo demasiado.

Fue precisamente en esa época cuando la próstata empezó a hacerle sufrir, lo cual le proporcionó una suplementaria y considerable razón para ocuparse de sí mismo.

XI

«…y debo expresar muy particularmente mi agradecimiento a la señora Meignerais, sobrina del poeta, que ha tenido la gentileza de contribuir a la realización de esta tarea con la ayuda constante de su ilustrada diligencia.

Simón Lachaume.»

Isabelle dejó el dedo en aquella página preliminar del volumen y sonrió melancólicamente.

Caía el día de otoño en el despacho del Ministerio de la Guerra. Simón estaba sentado de espaldas a la ventana, y a ella le costaba trabajo distinguir sus facciones.

Era la primera vez que volvía a ver a Simón. Había tenido un aborto natural a finales de septiembre y en cuanto se repuso, como ya no había motivo para quedarse en Suiza, regresó a París con su marido.

—En fin, parece usted amarlo —dijo Simón.

—Sí, siento infinito afecto, e incluso ternura por Olivier —respondió ella—. Afortunadamente, porque si no, sería horroroso. Me encuentro ahora sin hijo, casada con un hombre muy mayor, con una reputación un tanto comprometida, a pesar de todo… Porque este matrimonio no ha engañado a muchos, ¿no es así?; sin ninguna de las alegrías ni de madre ni de mujer, y sin grandes esperanzas de experimentarlas jamás. Y todo eso, Simón, ha sido en el fondo un poco por su culpa.

—Por culpa de los dos, querida —dijo él—. En eso vamos a medias, creo yo.

—Sí, sí, naturalmente. ¡Oh, no le guardo rencor! Estoy muy lejos de eso. Son buenos recuerdos —le contestó dejando el volumen de *Obras póstumas* de Jean de La Monnerie, que acababa de salir.

Apenas reconocía a Simón. Había cambiado extraordinariamente en tan pocos meses… Había adquirido seguridad y un aspecto importante. Las pequeñas gratificaciones que su orgullo

cosechaba cotidianamente, la oficiosidad con que se encontraba en las ceremonias menores en que representaba al ministro, la consideración de los generales, los apretones de manos de los senadores panzones daban a Simón aquella apariencia satisfecha. Por otra parte se desempeñaba bien en su trabajo y el ministro le confiaba tareas cada vez más importantes. A cada momento lo interrumpían por teléfono, o llevándole documentos. Al mismo tiempo se habían afinado sus modales y su discurso. Afectaba cierto preciosismo.

—En el fondo creo que me gustaba usted más como era antes —declaró Isabelle con franqueza.

Pareció ofendido. Tampoco él la reconocía. Llegaba de otro mundo, de ese país de sombras muertas que son los amores pasados. Ni siquiera había ya la perspectiva del hijo, que habría halagado su vanidad, para ligarlo a ella. También aquello era una sombra muerta. Y sin embargo, la primavera pasada... «¡Ay, qué rápida se va la vida!», pensó. Ni siquiera se sentía emocionado por volver a verla, sino solamente incómodo. En cambio, ella estaba a la vez incómoda y emocionada. Si él la hubiera citado para el día siguiente, habría aceptado sin la menor resistencia. Sin confesárselo con demasiada claridad, deseaba que se reconciliaran.

—Por lo menos conmigo siga siendo como era —dijo—. Es preciso tener algunos seres en la vida frente a los que uno no cambia.

—Me parece estar oyendo hablar a mi mujer —contestó Simón.

—Se lo agradezco —dijo Isabelle, ofendida a su vez—. Pues bien, tal vez su mujer no esté tan equivocada.

—Me cree usted cambiado porque me ve con... otros sentimientos.

—Y sus sentimientos, Simón, ¿no serán más bien ellos los...?

—Mantengo el pacto que usted me impuso, querida —respondió él hipócritamente.

«¿Qué nueva mujer habrá entrado en su existencia?», se preguntaba Isabelle. Porque no podía ser tan sólo una posición social lo que le había modificado la voz hasta ese punto. «Soy una idiota», pensó cuando se sintió sufrir.

Y preguntó:

—¿Es usted feliz?

Él estuvo a punto de exclamar: «Mucho», pero por decencia contestó: —¿Existe esa palabra?

—Hace unos meses no decía usted eso —murmuró Isabelle.

En aquel instante sonó un timbre, parecido a una campanilla de cocina.

—¡Ah, me llama el ministro! —dijo Simón levantándose inmediatamente.

Vio en la mirada de Isabelle una expresión de desprecio. Aquella magnífica posición que lo enorgullecía tanto era en verdad la del hombre a quien se llama con un timbrazo cuando se lo necesita. ¡Pobre Simón, a quien ella había creído poeta! Se sentía humillada por él, por el apresuramiento que había puesto en levantarse.

Él trató de enmendar aquella mala impresión.

—Estamos bastante inquietos por la suerte del gabinete —dijo frotando las gafas con los pulgares—. Hace un rato he estado en el Luxembourg. Psicosis de crisis, muy definida. Pero como en la próxima remodelación que se proyecta el jefe conservaría su cartera… ¡Ay!, no me queda más remedio que abandonarla.

Agravaba su caso. Era el sirviente seguro de conservar su puesto.

Isabelle tomó de nuevo el volumen que había dejado.

—Me lo llevo. En cierta forma, es nuestro hijo. *Obras póstumas*. El título es doblemente cierto. Lo único que queda de lo que hicimos juntos —dijo con una ironía triste que era nueva en ella y que sin darse cuenta había ya copiado de su marido Olivier. Levantó sus oscuros ojos hacia Simón—: ¿Volveremos a vernos? —añadió, haciendo una última tentativa.

—Claro que sí, nos veremos con frecuencia.

La empujó hacia la puerta con toda la cortesía posible.

Frente al espejo del lavabo, Olivier, en bata de estar por casa y con un cepillo en cada mano, peinaba sus blancos cabellos a ambos lados de la raya al medio. Siempre se acostaba antes que su mujer, y yéndose el primero a la cama dejaba libre el cuarto de baño que separaba los dos dormitorios.

En un perchero especial, como los que fabrican los ingleses, estaban colgados muy cuidadosamente la chaqueta del esmoquin forrado de terciopelo granate, su camisa y sus calcetines, tenía incluso abajo un pequeño compartimiento para los viejos escarpines que usaba por casa; todo ya preparado para que se lo llevara la doncella cuando fuera a despertarlo.

Oía a Isabelle colocar el collar encima del tocador, al otro lado de la puerta entornada.

Animado por aquel tabique que los separaba se decidió, por fin, a hacer la pregunta que había tenido en la cabeza durante toda la comida.

—¿Así que hoy ha vuelto a verlo? —preguntó forzando un poco la voz y dándole toda la naturalidad que pudo.

—Sí, lo he visto —contestó Isabelle desde su tocador. Hubo un momento de silencio, luego Olivier continuó: —Supongo que eso ha debido de emocionarla.

—¡Oh, no!, no lo crea... —dijo ella—. No, me sentía un poco obligada, a causa del libro..., y además no tengo motivos para guardarle rencor. Pero le aseguro...

Él la oía moverse por el cuarto vecino, acercarse a la puerta mientras hablaba.

—Puede entrar, casi he terminado —dijo.

Ella empujó la puerta.

—No, se lo aseguro, Olivier —continuó—; no me ha sido nada agradable. Es verdaderamente una cosa pasada, y si usted desconfiase sería una equivocación.

Se quitó el vestido mecánicamente. Veía de nuevo a Simón empujándola con suavidad para que saliese del despacho, sentía la

presión de su mano sobre el hombro y estaba afligida por todo aquello.

—¿Por qué había de hacerlo? —contestó Olivier mientras seguía alisándose el pelo para ocultar su turbación—. No tengo ni derecho ni motivo… Más bien sería usted la que podría estar resentida conmigo. Ya no tengo razón de ser, me doy perfecta cuenta; involuntariamente estropeo su vida. Se lo repito: trataré de no estorbarla demasiado tiempo… Pero ¿qué quiere usted?, es lamentable; en este momento me encuentro muy bien.

Se volvió. Ella estaba desnuda.

—¡Oh, perdón! —exclamó ruborizándose instantáneamente.

Y volvió a ponerse en seguida de cara a la pared.

—No, no, la culpa es mía —dijo ella medio riendo—. Mientras hablaba no he prestado atención… ¡Oh!, y además, Olivier, entre nosotros dos ya no tiene realmente importancia…

Se había puesto el camisón.

—Pero hay una cosa que yo no quiero —siguió—, y es que repita una sola vez tonterías como las que acaba de decir hace un instante. Me resulta muy doloroso.

Él la miró agradecido.

—Lo dice usted para complacerme… Entonces ¿de verdad no le peso demasiado? —preguntó.

Estaba limpio, acicalado, olía a agua de colonia y a dentífrico, tenía esa mirada dulce y aquel rostro que, a pesar suyo, se parecía a los Orléans. Isabelle se había acostumbrado a su presencia y él tenía atenciones constantes, que la conmovían.

—Lo quiero a usted mucho, Olivier, usted ya lo sabe —dijo.

Y como aquella tarde había tenido una gran decepción, se acercó a Olivier y le dio un beso en la boca.

—¡Isabelle! ¡Mi pequeña Isabelle! —exclamó él con la frente de color carmín por su venturosa turbación—. Tal vez esto sea caridad, pero ya no me paro en esas sutilezas. Me hace usted un gran regalo.

Isabelle había puesto la cabeza sobre el hombro de Olivier.

Encontraba agradable tener alguien en quien apoyarse. Él la sostenía gentilmente. Sentía cómo aquel pecho un poco blando se aplastaba, vibraba contra su propio pecho; sus manos se deslizaron hasta las caderas de aquel cuerpo media vida más joven.

—¡Oh, perdón! —repitió una vez más—. ¿Qué va usted a pensar?

Ella lo miró con curiosidad.

—¡Vamos, Olivier…! —murmuró.

—Es demasiado estúpido… —farfulló él con una turbación que ella jamás le había conocido—. No…, no creía que semejante cosa pudiera todavía sucederme… Una reminiscencia.

Ella bajó la cabeza; parecía reflexionar.

Olivier volvió a acercársele vacilante, la tomó de nuevo por los hombros y la besó en los cabellos.

—¡Vamos, vamos! —dijo ella, separándolo con una leve presión de la mano.

—Sí, soy ridículo, tiene usted razón —murmuró Olivier—. Y además no está bien… A mi edad es, por lo menos, chocante. Pero ¡la culpa es también suya! ¡Venir a desnudarse aquí…! Le ruego que olvide este… contacto. Vamos, separémonos. Le deseo que pase buena noche.

Antes de que hubiera franqueado la puerta, ella lo tomó de la muñeca y bajando los ojos hacia el suelo preguntó: —¿Le gustaría, Olivier?

XIII

Al día siguiente por la mañana, Olivier (muy jovial y ya afeitado, bañado y masajeado) fue a tomar el desayuno al dormitorio de Isabelle.

—Estoy confundido, estoy confundido por lo de ayer noche —dijo sin conseguir ocultar su orgullo.

—Pues no esté confundido —contestó Isabelle riendo—. Yo lo encontré muy agradable.

También ella parecía de muy buen humor.

—¡Oh! Decirme eso sigue siendo caridad. Es usted demasiado buena conmigo, Isabelle.

Ella le dio una tostada calentita con mantequilla.

—Diré incluso que lo hace muy bien —confesó con el impudor de los seres honestos.

—¡Bah! Lo hice, en otros tiempos. Algunas veces han tenido la bondad de felicitarme... Pero es de esperar —dijo Olivier nuevamente atacado de rubor— que no irá a ponerse celosa de mis pasadas aventuras.

—¡Oh, eso no! Se lo juro, Olivier, *darling* —respondió ella estallando en carcajadas.

Lo llamaba así por vez primera, y sintió que había encontrado el término exacto. Era justamente eso: Olivier era un *darling*.

—Hay árboles de esos viejos —observó Olivier— que ya hace años que no dan y luego, de repente, tienen una última cosecha, no se sabe cómo.

—Bueno, pues deseo que la cosecha dure el mayor tiempo posible.

—Gracias, mi querida Isabelle, gracias. ¡Ah! ¿Qué vamos a hacer hoy?

Buscaba algo inédito, divertido. Si no hubieran estado en noviembre habría estado dispuesto a ir al Bois de Boulogne a remar. Finalmente decidió llevar a su mujer al jardín botánico.

—Le confesaré, querida mía —dijo Olivier—, que hace cerca de sesenta años que no he vuelto por allí. Abrigúese bien.

El jardín botánico estaba siniestro. Ni un alma por las avenidas. Las hojas muertas se pudrían en montoncitos cúbicos. Sólo el cedro y los alerces habían conservado en sus ramas esas hilachas negruzcas que permiten calificar su verdor de eterno.

Los viejos osos, los viejos leones acurrucados, friolentos en el fondo de los fosos, con cara de seguir soñando aún con el último gladiador que se comieron, los lobos pelados rozando los barrotes de las jaulas, los monos de azuladas nalgas y sexos colgantes, la llama, volvieron hacia la pareja solitaria sus tristes ojos de animales minados por la muerte.

Un elefante coriáceo y plegado levantó la trompa bicentenaria como si fuese a bramar pero simplemente bostezó.

—¡Y pensar que esto nos divertía tanto cuando éramos pequeños! —dijo Olivier—. ¡Ah! ¡El fin de los animales no es más alegre que el fin de los hombres!

—¡Vamos, Olivier, *darling*!

—¡Oh, ya lo sé! Es una ingratitud por mi parte decir eso. La suerte me colma de favores... y de manera verdaderamente inesperada. La sobrina que recompensa la devoción demostrada a la tía. Parece una novela del bueno de Bourget.

—Cállese —dijo Isabelle—. En primer lugar, no quiero volver a oírle decir jamás que es viejo.

—Bueno. Entonces mentiré.

Ella lo tomó del brazo y, para distraerlo, le hizo jugar al juego de los parecidos. Los pájaros fueron los que suministraron más. Agarrado a los barrotes de su jaula, todo plumas blancas erizadas sobre el occipucio, Urbain de La Monnerie, disfrazado de rara cacatúa, chillaba hasta ahogarse.

Los marabúes de calvo cráneo, vestidos con sus verdes alas que les caían hasta los tobillos, y sus largas y tristes narices bajas sobre los chalecos blancos, eran otros tantos retratos de académicos.

—Y ahora yo. ¡Allí estoy! —exclamó Olivier señalando una zancuda cuyas plumas se partían sobre la nuca y que tenía una especie

de bultitos de plumón en forma de carrilladas—. ¡Grulla del paraíso! ¡Mire eso! ¡Ah, ah! ¡Yo le busco lo mejor!

Había recuperado el buen humor, y decidió ir a almorzar al Café de París.

Aquellas mañanas activas no se repitieron durante mucho tiempo. Pronto empezó Olivier a remolonear en la cama, y era Isabelle la que iba a desayunar a su habitación. Muchas veces él se despertaba con la cabeza pesada y turbia, pero no decía nada.

La pareja parecía muy tranquila y feliz; a los amigos este cambio les divertía. La única persona a quien sentó mal el cambio de actitud entre su sobrina y su antiguo amigo fue la señora de La Monnerie.

—¿Así que está satisfecho de sí mismo, tortolito? —le decía a Olivier.

—Muy satisfecho, tía —contestaba Olivier sonriendo.

Sin embargo, las noches en que se entretenía cepillándose el pelo en el cuarto de baño (lo cual era una especie de señal convenida) se hicieron más escasas. Durante algunas cenas evitaba la mirada de Isabelle. Después oía a su mujer, que iba y venía por su habitación, e incluso a veces suspiraba. Entonces se quedaba peinándose, sin ganas verdaderas de hacerlo; o bien ella misma entraba y empezaba a desnudarse delante de él. Luego, entre las sábanas, con las luces apagadas, la tenía largo rato a su lado en una castidad involuntaria y terminaba pidiéndole ayuda.

—Esto va a fatigarte, *darling* —murmuraba ella.

—No, me gusta.

Al cabo de poco tiempo, ella ni siquiera esperaba a que se lo pidiese.

Un día, Olivier sintió un vértigo cuando estaba vistiéndose, y permaneció unos minutos caído sobre la cama, sin poder recobrarse y casi sin aliento. Dijo que había perdido el equilibrio al ponerse el pantalón. Pero durante un breve período, su ritmo amoroso cambió. Por la mañana, antes del amanecer, aparecía en el cuarto de Isabelle; luego se iba a dormir hasta las doce de la mañana, se arrastraba el resto del día por el departamento, bostezaba desde la sopa, e iba a acostarse en cuanto tomaba su infusión.

Así logró volver al ritmo nocturno.

La última cosecha era trabajosa. Además Isabelle la aprovechaba sin ninguna clase de miramientos porque adivinaba que se acercaba el fin. Parecía decirse: «Apresurémonos. Cuando no pueda más, pues bueno, ¡me pasaré sin eso!».

Por otra parte, él conservaba una apariencia de buena salud, su tez lisa y sus réplicas graciosas. Con cierta buena fe, ella pensaba que esa función fisiológica, aunque laboriosa, no influía en el resto del organismo. Y él esperaba entonces como una liberación los momentos, a su parecer demasiado cortos, en que ella estaba indispuesta.

Un día llegó la señora Polant, a quien hacía mucho tiempo que Isabelle no veía. La señora Polant acudía para preguntar por su salud, por la salud del señor Meignerais.

—Está muy bien, está más animado que nunca —contestó Isabelle.

—¡Ah!, ¿sí? Me alegro mucho.

Parecía sorprendida, casi desilusionada. Con la llegada del invierno se había vuelto a poner el cuello de conejo.

—¡Ay, mi querida señorita Isabelle! ¡Oh!, quiero decir señora de Meignerais, pero no voy a acostumbrarme nunca... Tiene usted más suerte que yo. El mío, usted sabe...

—Pero ¿qué sucede, Polant?

—Todavía no ha vuelto. Y yo sé dónde está. Y no me atrevo a pedir el divorcio, no sólo por la cuestión religiosa, sino porque le conozco. En este momento, está sujeto por la carne. Pero si yo pidiese el divorcio, sería capaz de matarse. Porque en el fondo me quiere...

Se daba toquecitos con el pañuelo en el rabillo del ojo y en los bordes de la nariz.

—¡Mi pobre Polant! —dijo Isabelle.

—Afortunadamente, tengo tanto que hacer para el general que en cierta forma me distrae. Me ocupo de todas sus cosas. Él siempre dice: «Polant es mi jefe de estado mayor». Hacemos buena pareja. Y sus memorias avanzan, ¿sabe usted? Es apasionante.

Se fue sin que Isabelle pudiera haber encontrado un motivo definido para aquella visita.

Sencillamente, la Polant había llegado con unas horas de antelación.

En mitad de la noche al profesor Lartois lo despertaron el teléfono y la voz enloquecida de Isabelle.

—¡Venga inmediatamente, doctor! Olivier... Mi marido... ¡Se lo suplico! ¡en seguida! —gritaba.

Llegó a un apartamento patas arriba para encontrar a Olivier Meignerais con el perfil hundido en una almohada manchada de sangre, y el globo del ojo torcido. Hililllos de sangre, aún no coagulada, salían de su nariz y de sus labios. Lartois sólo pudo certificar la defunción.

Isabelle, hundida en un sillón, con sangre en el pelo y en el cuello y en la parte superior del camisón, estaba sacudida por una crisis nerviosa y gritaba: —¡Es horrible! ¡Es horrible! ¡Jamás, jamás...! ¡Encima de mí, estaba encima de mí! ¡Y toda esa sangre, de repente! ¡Jamás...! ¡Y me apretaba con una fuerza...! ¡Es horrible! ¡Me ahogaba! No podía soltarme. Tuve que llamar a los criados. ¡Es horrible!

—Vamos, cálmese, muchacha —dijo Lartois duramente.

—¡Jamás! ¡Jamás! —seguía ella—. ¡Y con esa fuerza...! ¡Jamás!

Lartois la obligó a levantarse, la llevó al cuarto de baño y con una esponja limpió él mismo la sangre que la cubría.

—¡Bueno, es un trabajito muy bien hecho! —dijo el médico.

—Es culpa mía, ¿verdad, doctor? ¿Es culpa mía? ¡Oh, jamás, jamás!

—Culpa suya..., culpa suya... En fin, por encima de todo es culpa de él —contestó Lartois—. En el fondo es una muerte bastante buena. Me pregunto si yo mismo no preferiría acabar así... ¡Vamos!, sienta bien el agua fresca, ¿verdad? ¿Dónde está su botiquín?

Ella hizo un gesto vago.

—¿Dónde está el botiquín? —repitió el médico dirigiéndose a

la doncella, que lo seguía paso a paso, aterrorizada.

La doncella abrió un armarito blanco que estaba colgado en la pared.

Lartois revolvió entre los frascos y encontró primero una cajita sin etiqueta, que contenía un granulado blanquecino. Aplastó uno entre los dedos y dijo volviendo a poner la caja en su lugar: —Sí, la culpa es de él. Es una idiotez usar porquerías semejantes.

Luego tomó un tubo de somníferos, hizo que Isabelle tragara dos comprimidos y por prudencia se metió el tubo en el bolsillo, después de haberse asegurado de que el botiquín no contenía ningún otro tóxico.

Isabelle sollozaba, hipaba.

—¿Qué voy a hacer ahora? ¿Qué va a ser de mí? —gemía—. Es horrible...

—Para empezar va a meterse en la cama —dijo Lartois—. Que le den una infusión bien caliente y luego su doncella se quedará a su lado. Y mañana por la mañana pasaré a verla.

—¿Y él? ¿Y él? ¡Pobre *darling*! ¿Qué vamos a hacer con él? —sollozó Isabelle. Se volvió hacia la doncella, le dijo—: Que llamen a la señora Polant para que se ocupe de todo.

4. LA FAMILIA SCHOUDLER

I

JEAN-NOÉL, desnudo frente al armario de luna, contempló su flacucha imagen en la que sobresalía la dilatación de estómago habitual en los niños. Era la mañana de su cumpleaños.

—¡Me han mentido! —gritó dando una patada en el suelo—. ¡Me han mentido!

Y se puso a patalear.

Hacía más de una semana que le repetían que tenía que portarse bien, porque «cuando cumpliera seis años iba a ser un hombre», y que aquello de sacar la lengua y de divertirse bizqueando no se hacía «cuando uno ya iba a ser un hombre», y que tenía que empezar a comportarse como un *grown up*; *etc.*

—*What's the matter with you*? —dijo miss Mabel, acudiendo al alboroto que armaba.

—¡No soy un hombre! Tengo seis años y sigo siendo pequeño. ¡Me han mentido!

—*Say it in English…*

—¡No! ¡No volveré a decir nada en inglés! Sigo siendo pequeño. *I'm not a grown up*. ¡Marie-Ange…!

Lágrimas de rabia le caían de los ojos. Había creído realmente que iba a despertarse tan alto como su padre, y el día comenzaba con una catástrofe.

Quiso ir tal como estaba a buscar a su hermana, para tomarla por testigo. A miss Mabel le costó Dios y ayuda convencerlo de que primero se lavase y se vistiese. Arañó al aya, le tiró del pelo. Ella trataba de explicarle que su hermana también seguía siendo pequeña:
—*…and you see, she's older than you are*?

—Sí, pero ella es una mujer —replicó Jean-Noél.

—*Now, there's a big surprise for you this morning... Your grandfather...*

—*Which one*? —preguntó Jean-Noél.

Entre el patriarca Siegfried y Noél, el gigante, nunca sabía de cuál de los dos querían hablarle.

—*Your great-grand-father* —especificó miss Nobel.

A las nueve menos diez, vestido con un bonito trajecito de terciopelo con cuello blanco y con un gabán de ratina beige, Jean-Noél fue conducido a la puerta de la habitación de su bisabuelo. El barón Siegfried apareció. Tenía entonces noventa y cuatro años, estaba completamente acartonado, doblado sobre su bastón, y con sus largas patillas del color de la piedra, su enorme nariz y sus párpados caídos se parecía a la vez a una vieja quimera y al enigma de la esfinge.

—Bien, bien; ¿conque desde hoy ya eres un hombre? —dijo pasando su venosa mano por la rosada mejilla del niño.

Cada tres palabras tomaba un aliento ronco y ruidoso, lo que hacía todavía más perceptibles los restos de su acento austríaco.

Jean-Noél le miró con desconfianza, pero como deseaba mucho un tren de juguete respondió: —Sí, abuelito.

Había comprendido que valía más no intentar demostrar a los mayores que habían mentido.

—Bueno, entonces voy..., ¡hum!..., a enseñarte a hacer el bien... Vas a acompañarme.

Recorrieron los pasillos de la inmensa mansión y bajaron lentamente la gran escalera de piedra cubierta por una alfombra granate. El niño adaptaba respetuosamente su marcha a la del anciano que avanzaba todo encorvado a su lado, y se preguntaba en qué habitación podrían poner el tren. Las palabras «hacer el bien» lo tenían perplejo.

En la antesala, que tenía las proporciones de un vestíbulo de museo, un criado colocó un loden sobre los hombros del barón Siegfried.

—¡Ah! —dijo éste mirando por una de las altas ventanas al patio, donde estaban transportando un equipaje—. ¿Sale hoy alguien de viaje?

—El señor barón ya está enterado —contestó el lacayo—. Es el barón Noel que se va a Estados Unidos.

—¡Ah, es verdad, es verdad! —dijo el anciano.

Todavía acompañado por Jean-Noél, avanzó bajo el porche cubierto y llegó hasta la garita del portero.

—¿Está todo dispuesto, Valentín? —preguntó.

—Todo está dispuesto, señor barón —contestó el portero.

—¿Y son muchos?

—¡Oh!, como de costumbre, señor barón.

El portero Valentín era un gordo coloradote, de orejas despegadas y con librea verde botella. Jean-Noél se extrañó de que tuviera apoyado en la cadera un canasto de mimbre blanco lleno de trozos de pan.

—Entonces, abra —ordenó el anciano.

En la acera de la avenida de Messine, a todo lo largo del gran muro que cerraba el patio del palacete Schoudler; esperaba una fila de viejos mendigos. Cuando la puerta giró sobre sus goznes se apretaron unos contra otros, amontonando a pasitos cortos sus harapos, su mugre y sus úlceras. Eran unos cincuenta, la peor miseria de un barrio donde en principio no la hay. A la luz gris y brumosa de febrero, le parecieron a Jean-Noél una multitud inmensa. Y empezó su desfile, paciente, monótono, frente a la vieja esfinge de párpados caídos.

Para cada mendigo el barón Siegfried sacaba una moneda de dos francos del bolsillo de su chaqueta, tomaba un trozo de pan que le tendía el portero, y sujetando con el índice la moneda sobre la miga depositaba todo en la copa tendida de las dos manos mugrientas.

Los mendigos pasaban diciendo «Gracias», o «Gracias, señor barón», o bien sin decir nada. Dos dedos negruzcos subían hacia una visera desgarrada, hacia un fieltro verdoso, o hacían contra una frente manchada de herpes un simulacro de saludo militar.

—Ya ves —le explicaba al mismo tiempo el anciano a Jean-Noél—, tiene que dar uno siempre lo mismo para no… ¡ah!… ofender a los que reciben.

Ojos legañosos, enfermos, dispares, pegados, sangrientos, observaban al niño con curiosidad; y el niño, espantado por la fealdad de los mendigos, incomodado por el olor infecto que exhalaban y por sus horrorosas miradas, había agarrado con su manita el loden y, con el ceño fruncido, se apretaba contra su abuelo.

El anciano barón examinaba cada rostro y a veces honraba con un «buenos días» a los más antiguos, a los asiduos, a aquellos que desde hacía varios años le proporcionaban su distracción matinal e iban a hacer desfilar a la puerta de su vieja riqueza todos los infortunios que pueden abrumar al hombre y destruirlo. Estigmas hereditarios, amores nefastos, condenas de juventud de las que uno no se recupera jamás, vicios, lesiones físicas, pereza y también la mala suerte a la que no se sabe qué otro nombre dar; el espectáculo de aquel fango humano que el tiempo empujaba lentamente hacia el común albañal de la muerte seguía siendo una de las pocas cosas que interesaban al barón y le permitían conservar el sentido de su propia importancia.

—Tienes suerte —le dijo al niño—; esta mañana, diga lo que diga Valentín, me parece que hay muchos.

Jean-Noél se agarró con más fuerza al loden.

—¡Oh, la nariz, abuelito! —murmuró.

Avanzaba una vieja con falda de seda negra, con el pelo semejante a una enorme masa de estopa costrosa; las aletas de su nariz estaban enteramente roídas, destruidas hasta la mitad, y dejaban ver unas mucosas verduscas; una nariz de cadáver exhumado.

—En otros tiempos fue muy hermosa, ¿sabes? —respondió el abuelo—. Vendía flores.

Y mientras la vieja se inclinaba hacia Jean-Noél con una gran sonrisa bajo su nariz de muerta, explicó con orgullo: —Es mi biznieto. Estoy enseñándole a hacer el bien… Toma, Noél, vas a dárselo tú.

Y depositó el pan y la moneda en las manos del niño. Jean-Noél había comprendido que al dar había también que sonreír. Luego, rápidamente, se limpió las manos en su pantaloncito de terciopelo.

—¡Qué guapo es! —decía la vieja—. ¡Y ya tan bueno! Tú eres nuestro bienhechor, barón, tú eres nuestro bienhechor. ¡Dios te bendiga!

Era seguramente la mendiga favorita del anciano, porque le entregó además un bono de la Sociedad Filantrópica, que daba derecho a ir a tomar una taza de chocolate en el otro extremo de París.

—Y de tu hija, ¿tienes alguna noticia?

—Es prostituta, sigue de prostituta, es una tristeza muy grande —dijo la vieja alejándose.

Por detrás se acercaba un ser minúsculo, paticorto, de rostro reducido e infantil.

—No hay que reírse, Jean-Noél —dijo el abuelo—. Es una enana.

Pero Jean-Noél no tenía ningunas ganas de reírse. Miraba hacia atrás, para ver si miss Mabel iba a buscarlo.

El anciano barón creía hacer sus reflexiones confidencialmente, pero lo cierto era que hablaba en voz alta, y la enana, que lo había oído, pasó sin dar las gracias.

Después se detuvo un hombre de unos treinta y cinco años, flaco, con los ojos brillantes de fiebre, y que tendía unos brazos temblorosos.

—No, a ti no —dijo el barón coléricamente — ; tú eres joven, puedes trabajar. A tu edad... ¡ah!... no se tiene necesidad de mendigar. — E inclinándose hacia Jean-Noél añadió—: Hay que darles limosna solamente a los viejos.

Jean-Noél sintió ganas de pedir que de todas formas se la diesen al hombre flaco, pero tenía demasiado miedo para hablar. El hombre flaco escupió en la acera y dijo alejándose: —¡Viejo cerdo!

Nadie pareció haberlo notado, ni el portero Valentín, inmóvil con su canasto en la cadera, ni los otros mendigos, ni Jean-Noél, ni el barón mismo.

Un individuo extraño, con un jirón de peluca colocado de través sobre una coronilla arrugada, pasó con el sombrero en la mano

y, acompañando las palabras con un gesto teatral, soltó: —Señor barón, soy un día más su reconocido servidor.

Cambiaba de fórmula cada mañana, y sin duda debía de pensarla durante todo el día.

Cerrando la fila llegaba una pareja harapienta. El hombre era ciego y caminaba con el rostro levantado hacia el cielo. La mujer, con un capazo al brazo, arrastraba en zapatillas sus piernas desnudas, de varices supurantes. Discutían.

—Le darás las gracias, te lo ordeno —decía el hombre. —No, no diré nada —replicaba la mujer—. Si lo hacen es porque tienen con qué. Deberían de prenderle fuego a todo y volver al principio.

Cuando el barón Siegfried le entregó los dos pedazos de pan y los cuatro francos, se quedó silenciosa. Entonces el hombre, con sus ojos ciegos vueltos hacia las nubes grises, dijo en voz muy alta: —¡Gracias, señor! ¡Gracias por los dos!

Los otros miserables se habían dispersado por la avenida de Messine; algunos comían el pan, la mayor parte había desaparecido ya, imantados a través de las calles por quién sabe qué búsqueda, qué esperanza o qué olvido.

—¿Cuántos eran esta mañana, Valentín? —preguntó el barón Siegfried.

—Cincuenta y siete, señor barón —contestó el portero.

Y volvió a empujar la puerta.

El anciano y el niño volvieron al vestíbulo, subieron la escalera. Jean-Noél estaba pensativo; Siegfried avanzaba de peldaño en peldaño, trabajosamente, con grandes aspiraciones roncas, la mano aferrada a la empuñadura de oro de su bastón. A mitad de camino se cruzaron con Jérémie, el viejo ayuda de cámara, que bajaba una maleta.

—¿Sale hoy alguien de viaje? —preguntó el abuelo.

—El señor barón ya está enterado —contestó el criado—. Es el barón Noél...

—¡Ah, sí! Es verdad. Ya sé..., ¡ah!..., para Estados Unidos.

Jean-Noél continuó meditando a lo largo de todo el pasillo. Volvía a ver a la mujer de la nariz roída inclinada hacia él, y al hombre con peluca, y al ciego de rostro vuelto hacia el cielo; reconstruía todo el horrible desfile, trataba de prolongar su repulsión, de reavivarla.

De repente tiró al abuelo del faldón de la chaqueta.

—Dime, abuelito, ¿volveremos mañana a hacer el bien? —le preguntó.

En el alma de Jean-Noél acababa de depositarse, o más bien de fijarse por primera vez el gusto por lo mórbido, la atracción hacia los espectáculos de decadencia y los actos que chocan a la naturaleza sana.

II

Aquella mañana de cumpleaños fue señalada para Jean-Noél por otro acontecimiento: por vez primera le fue permitido entrar en el despacho, y eso debido a la partida de su abuelo para el «Nuevo Mundo».

Esas palabras llegaron al oído de Jean-Noél cuando entró en la habitación, y le gustó su sonoridad, pero las confundió instantáneamente con otra expresión oída el año anterior.

El viejo barón Siegfried estaba sentado en una especie de silla curul cubierta de terciopelo y sin respaldo; utilizaba lo menos posible los sillones, de los cuales le costaba trabajo levantarse solo.

El barón Noél, el gigantesco, el que salía de viaje, apoyaba los riñones en el pesado escritorio estilo Luis XV.

El joven barón François, que con sus treinta años apenas cumplidos empezaba a engordar, levantó a su hijo y lo saludó: —Buenos días, querido, te deseo un feliz cumpleaños. ¡Oh, cómo pesas!

Y los pies de Jean-Noél volvieron a la alfombra.

—¡Ah, es cierto! —dijo el barón Noél—. Hoy es ya un hombrecito. Seis años ya es algo, ¡caramba! ¿Qué quieres que te traiga del Nuevo Mundo?

El niño se sentía aterrorizado siempre que aquel torso enorme, oscuro como una coraza, se inclinaba hacia él con aquella barba en punta y aquel rayo de mirada negra entre los gruesos párpados.

—No sé, abuelo —contestó—. Lo que tú quieras.

El gigante se enderezó, hizo un gesto circular, y Jean-Noél lo oyó pronunciar allá arriba, a mitad de la altura del techo: —¡Cuatro generaciones de Schoudler! ¡Es hermoso! ¡Es hermoso!

El barón François comprendió que su padre pensaba: «Tal vez sea la última vez que estamos así reunidos», y sus ojos se volvieron instintivamente hacia el abuelo.

A partir de aquel momento no volvieron a ocuparse de Jean-Noél y el niño pudo inspeccionar en paz el despacho. Era una gran habitación tapizada por entero de cuero verde oscuro y defendida por dobles puertas acolchadas. Varios altos archivadores de caoba maciza

y esculpida subían hasta cubrir los dos tercios de las paredes. El resto del mobiliario era pesado, rico y dispar. Tan sólo dos cuadros adornaban el despacho: el retrato del primer barón Schoudler, el banquero de Mettemich, el padre de Siegfrid en traje de corte de la época de Fernando H, y, enfrente, el retrato del propio Siegfried, pintado en sus años mozos por Carolus Duran, con una sencilla levita negra.

La rama austríaca de los Schoudler se había extinguido muy pronto, por la muerte sin descendencia de los dos hermanos mayores de Siegfried. Éste, aunque había ido a edificar su propia fortuna en Francia y se había naturalizado, fue ratificado en el título por el emperador Francisco José. Por otra parte, Siegfried había mediado varias veces en negociaciones secretas entre Napoleón III y Viena. Por eso mucha gente creía que los Schoudler eran barones del Segundo Imperio, cuando en realidad lo eran del Sacro Imperio.

Los Schoudler tenían otras oficinas en París. Estaban los viejos despachos del banco, en la calle Petits-Champs, los del periódico fundado por Noel y los de diversas compañías. Pero allí se hallaba realmente, en la mansión construida justo antes del 70, el templo de su poder, el centro ahora hereditario de su riqueza y de su fuerza. Y cuando los varones estaban reunidos entre sus paredes de cuero verde, las comidas podían enfriarse o impacientarse los visitantes: nadie osaba ir a molestarlos.

Jean-Noél pasó la mano sobre la puerta de una caja de caudales, a ras de la pared, y cuyo color casi se confundía con el del cuero del tapizado. Las ansias de manosear los objetos que no conocía le hicieron mover uno de los botones, que al cambiar de ranura produjo un chasquido seco. Jean-Noél retiró rápidamente la mano y se volvió. Tenía las mejillas calientes, le latía fuerte el corazón y se sentía en falta. Afortunadamente nadie había oído nada. Hablaba el abuelo.

—¿Y quién va a ocuparse conmigo de las cosas, mientras estés ausente? —le decía al viajero.

—François está al tanto de todo —contestó Noél Schoudler—. Saldrá del paso muy bien.

—¡Ah! ¿Crees que este muchacho es bastante serio? —siguió el abuelo—. ¿Tiene autoridad? ¿Está al corriente?

—Sí, padre, quédese tranquilo. Por otra parte, François no decidirá nada sin hablar con usted.

—Naturalmente, abuelito —dijo François.

Hacía cerca de diez años que el viejo Siegfried no ejercía dirección real alguna sobre los múltiples negocios Schoudler. Era Noel quien reinaba sobre el conjunto. Sin embargo, casi todo había quedado a nombre del abuelo. Su papel se limitaba a firmar de cuando en cuando un poder, pero lo hacía con tanta lentitud y pedía antes tantas explicaciones, que se figuraba que seguía siendo el amo.

Su respetuosa descendencia, que no olvidaba que todo se lo debía al viejo jefe del clan, contribuía a alimentar aquella ilusión, sin la cual probablemente hubiera muerto de golpe. Además, esperaban que llegase a centenario. Había pasado la edad en que los ancianos son una molestia. Su anormal longevidad ya no era más que un motivo de admiración y en cierta forma un honor, una riqueza suplementaria para la familia.

Por otra parte, un chispazo de sentido común que se le escapaba de tarde en tarde, y que se comentaba con grandes movimientos de cabeza, mantenía la impresión de que algo de fuego ardía aún en el fondo del ídolo de párpados purpúreos. Y tenía, finalmente, sus recuerdos, extraordinarios por ser tan antiguos. Así como hay niños prodigio que a los siete años tocan mal a Schumann, él era el anciano prodigio que ya no se acordaba de los acontecimientos de aquella misma semana, pero a quien se le podía hacer farfullar que había visto a Talleyrand.

Noel Schoudler lo miraba con emoción.

«Tal vez no vuelva a verlo —pensaba—. ¡Ah!, no debería haber emprendido este viaje. Si muriese en mi ausencia no me lo perdonaría jamás. O bien seré yo el que no vuelva.» Instintivamente, se llevó la mano al corazón.

Aquel gigante con autoridad de potentado estaba atacado de una enfermedad secreta, disimulada bajo una presunta angina de pecho: la angustia bajo todas sus formas, incluido el miedo. El menor avión que volase sobre la capital durante la guerra hacía que le flojearan las piernas. A los sesenta y seis años, todavía flaqueaba si veía sangre. En coche iba crispado, y casi todas las noches tenía que dormir con la lámpara encendida. Había acabado por persuadirse él mismo de su afección cardíaca. Sólo lo tranquilizaba ver a su padre todavía en pie llegando casi a un siglo. Y ésa era la razón más cierta de la ternura que mostraba hacia el anciano y de las atenciones de que hacía que todos los de la casa lo colmasen. Pero ahora, cerrada la

correa de su última maleta y tomadas todas las disposiciones para una ausencia de ocho semanas, su imaginación, aquella misma imaginación que tan útil le resultaba para los negocios y que lo hacía tan terrible, le representaba a Noel Schoudler una catástrofe marítima del género de la del *Titanic*, o bien su propio cuerpo envuelto en una sábana blanca en el depósito de cadáveres del barco.

—Todavía no es la estación de los icebergs, ¿verdad? —preguntó en un aparte.

Y un instante después, poniendo la mano sobre el hombro de François, dijo: —¡Ay!, en el fondo deberías hacer este viaje en mi lugar. Estados Unidos es un país joven, habría sido lo más normal.

—No, papá, le hará, quiero decir, te hará mucho bien, ya lo verás. Hace años que no te mueves de aquí...

En casa de los Schoudler, cuando los hijos llegaban a los treinta años, tenían permiso para tutear a los padres. Era su manera de demostrar que eran modernos. Pero a veces se les escapaba un «usted» propio de la infancia.

—Con el corazón que tengo, tal vez no sea muy prudente.

Jean-Noél continuaba rondando por el fondo de la habitación. Se preguntaba si detrás del botón misterioso no habría alguna cosa que hubiera estropeado. Hizo el mismo ruido que los resortes de los juguetes, cuando se le da vueltas a la llave con demasiada fuerza.

—En cierto sentido tal vez sea una buena cosa —siguió Noel, dirigiéndose a François—. En el periódico y en el banco van a acostumbrarse un poco a que seas tú el que mande. Pero tiene razón tu abuelo: mano dura, ¿eh? Por lo menos, que te sirva para algo haber mandado a hombres y arriesgado el pellejo durante cuatro años.

Todas aquéllas no eran más que frases en el aire para esperar la hora de salir hacia la estación. Pero en los momentos en que tenía que reconfortarse a sí mismo, a Noel Schoudler le gustaba recordar la brillante guerra de François y las tres menciones honoríficas con que había vuelto, como si el valor del hijo hubiera servido para dos. También aquello probaba que los Schoudler «siempre salían bien parados».

—Lo cual me recuerda, además, que tu Legión de Honor todavía está en suspenso —añadió—. Es increíble. En cuanto vuelva haré que Rousseau se ponga en marcha... Vamos, ya es hora; las

mujeres deben de estar esperándonos.

Con un vacío de angustia que minuto a minuto se agrandaba en su ancho pecho, se inclinó hacia la silla curul y frotó su negra barba contra las grandes patillas blancuzcas.

—Hasta la vista, pequeño —dijo el patriarca—. Que te vaya bien. ¡Qué suerte tienes! Me hubiera gustado ir contigo.

En el momento en que el gigante franqueaba la doble puerta acolchada, Jean-Noél, haciendo un esfuerzo de osadía, se precipitó a sus piernas y dijo: —¡Oh, abuelo! Ya sé lo que querría que me trajeras del otro mundo. ¡Un tren de juguete!

III

Cuando cayó el ministerio, todos los miembros del gabinete de Anatole Rousseau se hicieron poner en el «testamento» del ministro, quién para una subprefectura, quién para una condecoración, tal militar para un puesto diplomático y tal otro civil para conservador del Museo de las Batallas. Las últimas jornadas, en principio consagradas al despacho de asuntos en trámite, fueron empleadas en realidad para arreglar los asuntos de cada cual. Rousseau, que tenía partidarios que conservar, firmó la víspera de la entrega de poderes una hornada de decretos de nombramiento.

Simón Lachaume ignoraba lo que iba a hacer; no tenía ningún deseo preciso que formular, sino tan sólo una ambición negativa: no tener que ocupar su puesto en el cuerpo docente. La idea de volver a una clase de cuarto en el Louis-le-Grand le resultaba insoportable. E incluso la cátedra en una facultad de provincia, que gracias a su tesis y a sus recomendaciones habría podido solicitar, no lo tentaba. Sus diez meses de gabinete, tan perfectamente inútiles para el país como para él mismo, le habían inculcado el gusto de la agitación política y la ilusión del poder. En adelante estaba perdido para el oficio de formar a la adolescencia. Anatole Rousseau le daba la razón.

—Un muchacho como usted tiene mejores cosas que hacer que machacarles las declinaciones a los chiquillos —decía—. Quédese en la reserva, mi querido Lachaume. Volveremos muy pronto. Y cuando llegue ese momento, quiéranlo o no, tendré que ser lógicamente presidente del Consejo. Éste será *mi* ministerio.

Simón siguió con la excedencia de la universidad, como encargado de una vaga investigación histórica, mientras continuaba cobrando su sueldo, y por el tiempo que durase aquel interregno decidió tomar el camino del periodismo.

Tenía entrada en *L'Echo du Matin*. En ausencia de Noel Schoudler, Simón había trabado amistad con su hijo François. Éste tenía grandes proyectos, que expuso a Simón.

—Me gustaría sacarle un poco las telarañas a esta vieja casa —declaró François Schoudler en su tercera entrevista—, darle un toque de juventud, utilizar al máximo los medios que nos ofrece nuestra época. Somos aproximadamente de la misma edad y usted debe de comprenderme. Tenemos la fotografía, tenemos la velocidad para la transmisión de noticias. Un periódico debe ser hoy la comunicación inmediata, directa con todas las capitales del mundo, saber todo lo

que pasa en todas partes. El público actual quiere un documento, información clara, concisa y completa.

Apagó su cerilla con un gesto amplio y la tiró con precisión en el cenicero. Tenía seguridad, fe y el entusiasmo de las fuerzas intactas. «Por mucho que se diga, ¡qué trampolín es nacer rico! —pensaba Simón—. Hace ganar diez años, los diez años importantes.»

—Y además información humana, en que el lector sienta que lo que ha sucedido le atañe personalmente —continuó François Schoudler—. Ahora bien, aquí se deslíen las cosas demasiado, me parece a mí, se hace literatura. Eso no es humano. El tío Muller, el jefe de redacción, es muy agradable, pero es un hombre de otra época. Cuando vuelva mi padre, vamos a modificar todo esto. También tengo una idea para un semanario que sería una revolución... Mientras tanto, amigo mío, mándenos todo lo que quiera. Fíjese: una gran encuesta sobre «la opinión 1922», lo que quiere, lo que espera, lo que la rige, lo que la alimenta, lo que le falta... Piense en eso. Sería muy útil para nuestras ideas.

Simón, que un año antes no habría pensado en otra cosa que en una colaboración literaria, aprobaba aquellos proyectos y veía abrirse ante él un porvenir en la información generalista.

«La opinión pública —se decía—, es uno de los peldaños del poder; y no estaría mal que me hiciese un nombre, mientras espero a que volvamos al poder. Sería otra buena tecla que tocar.»

Porque, asociándose fielmente a la fortuna de su ministro, le había copiado aquel plural que repetía de buen grado.

Un jueves de ese período, a petición de Lartois, Simón se dirigió al Instituto. El «pobre Daumiéres», que por fin cumplió su palabra, había muerto antes de ser recibido bajo la Cúpula. Lartois se había presentado inmediatamente como candidato al sillón que ya había solicitado el año anterior. El día de la elección había llegado y Simón iba a escuchar el resultado, para comunicárselo lo antes posible al candidato.

—Me siento confundido, mi querido Simón —había dicho Lartois—, al imponerle esta molestia, que es el precio a la vez de su juventud y de la amistad que siente usted por mí. Pero no tema: no será usted como el visir a quien cortaban el pescuezo si llevaba una mala noticia. Esta vez no me presento más que por dignidad, porque creo que se me debe ese sillón. Si esos señores no hacen honor a su

promesa, se habrá terminado.

Así pues, a las tres de la tarde se encontraba Simón en el patio interior del Instituto, en compañía de unos quince periodistas y de un puñado de mirones que nunca se perdían aquella clase de acontecimientos, entre ellos la señora Polant. Un cierzo de febrero, a ras de tierra, helaba los tobillos. Se hablaba poco en el pequeño grupo, y más bien en voz baja.

Unos tras otros llegaban los académicos, asmáticos o encorvados, a pasitos cortos, como ratones sobre las grandes piedras redondas, o bien colgados del brazo de un sirviente que les había ayudado a salir del coche y que los sostenía. Algunos, todavía lozanos, avanzaban con un noble movimiento de bastón. Dos o tres, deseosos de popularidad, saludaron a los periodistas antes de franquear la puerta que conducía a la sala de sesiones.

La señora Polant, que los conocía a todos de nombre, se los indicaba a Simón.

—Aquél es François de Curel —decía—. Lo encuentro envejecido desde la última vez. ¡Ah! Allí está Anatole France con Robert de Flers... Boylesve había defendido mucho a Daumiéres; no sé qué hará hoy.

Cuando apareció Jéróme Barére, el barrigudo historiador de la barba desplegada, que era el principal apoyo a la candidatura de Lartois, un periodista se le acercó para preguntarle.

—¡No sé nada, no sé nada! —exclamó el historiador agitando por encima de su bombín sus manos hinchadas, de uñas enlutadas.

Y se coló en el edificio.

Comenzó la triste espera en el patio gris. Simón paseaba de un lado a otro. Le llamó la atención un joven alto y pálido, de unos veinticinco años, pero vestido como si tuviera cincuenta, que también medía el patio con sus pasos. El joven alto estaba nervioso, mordisqueaba su guante, miraba el reloj sin cesar.

—Creo que no sabremos nada hasta dentro de media hora —le dijo a Simón de repente—. ¿Por qué razón está usted aquí, señor?

—Soy un amigo del profesor Lartois —contestó Simón.

—¡Ah! —dijo el joven alto con acritud—. Yo soy el hijo del

barón Pingaud.

Y, a partir de aquel momento, no volvieron a dirigirse la palabra y se miraron como enemigos.

Por fin, a eso de las cuatro menos cuarto, apareció en la puerta un señor bajito, con perilla, que era el secretario del Instituto, y todo el mundo se amontonó en torno a él. Con una vocecilla agria y apenas inteligible, dio los resultados de la primera vuelta del escrutinio. El profesor Lartois iba a la cabeza con catorce votos; luego, muy cerca, el barón Pingaud, con doce votos; el poeta Arthus Blondel recogía cuatro sufragios de los treinta votantes.

Simón se precipitó para telefonear hacia un cafecito de la calle Mazarine, seguido de Pingaud hijo, que corría menos y cuya nariz palpitaba de emoción.

Mientras tanto, en el gabinete de la avenida de Jena, Emile Lartois, incapaz de permanecer quieto ni de fijar la atención en nada, iba de un sitio a otro y de la biblioteca a su mesa de trabajo.

«He tomado demasiado café —se decía—. No debería haber tomado café hoy. Además, Martha lo hace demasiado fuerte. Se lo he dicho veinte veces... En el fondo, es triste vivir solo. La cocinera, la secretaria; la secretaria, la cocinera: he ahí toda mi vida hogareña... Si las cosas marchan normalmente, Pingaud debería tener nueve votos y yo ganar en la primera vuelta. ¿Cuándo sería la recepción? Si nos damos prisa, podría ser antes de las vacaciones... En junio, sin duda... Un elogio muy breve a Daumiéres..., verdaderamente a ése no le debo nada..., y además no le dio tiempo a ocupar el sillón. Inmediatamente transición: “Ese eminente prosista, ese espíritu delicado, para suceder al cual vosotros, señores, me habéis hecho el honor de llamar, habría sido más digno que yo de analizar la obra del gran poeta...”, y paso a La Monnerie. Así, a grandes rasgos: “Me parece verlo, señores, en aquel lecho en que mi amistad lo asistió hasta el último instante...”»

En ese momento sonó la campanilla del teléfono. Lartois se precipitó a él y sacudió con gesto nervioso el cordón, que se había enredado.

—¿Diga? ¿Es usted, Simón? —gritó—. ¿Cuántos? ¡Catorce! ¡Y el barón Pingaud doce...! Creen que habrá tres vueltas... No, no, amigo mío, no está tan bien... Ya sé que es usted muy amable, pero los votos de cortesía que ha tenido Blondel, ¿en quién van a recaer? Mis adversarios van a tratar de recuperar esos votos, puede estar seguro. Y

yo mismo tengo votos de cortesía que van a flaquear, asustados por verme a la cabeza. Casi valdría más que fuese en segunda posición, se lo aseguro... Sí, eso es, vuelva usted allá. Colgó y se llevó las manos a la frente.

«¡Ah, tenía razón Barére! —pensó—. Esa candidatura de Pingaud que me ponen como obstáculo en el camino en el último momento es cosa mala. Saben lo que hacen, esa gente de izquierdas; eligen a un barón. ¡Es muy hábil! Voy a quedarme con Barére y siete u ocho fieles. Los dos duques... ¡Oh!, los dos duques son volubles, uno nunca sabe lo que quieren.»

Y volvió a hacer por vigésima vez desde la mañana el cálculo de los votos absolutamente seguros, los votos seguros, los votos seguros a medias.

Entró la cocinera para preguntarle si había que preparar el vino de madeira y el refresco de cerezas, como la otra vez.

—¡Ah, no, de ninguna manera, Martha! —exclamó Lartois—. Ya vio usted que esos preparativos no nos trajeron buena suerte.

—Sí, pero, incluso cuando el señor pierde, viene mucha gente —contestó la cocinera.

—Bueno, ya veremos dentro de un rato, en el último momento.

Y volvió a enfrascarse en su cálculo de probabilidades. ¡Qué lento pasaba el tiempo! Sólo hacía cinco minutos que había telefoneado Simón. «¡Vamos!, si fuera yo quien hubiese tenido doce votos y ese idiota de Pingaud catorce, me encontraría en peor situación —se dijo para tranquilizarse—. En primer lugar, catorce, cuatro y una, cinco; es un número bueno. Sí, pero doce, dos y una, tres, es todavía mejor. Si recorro toda la alfombra en catorce pasos, me eligen. Uno..., dos..., tres...»

De repente se vio en el espejo, dando inmensas zancadas alrededor de la habitación. «¡Soy ridículo!»

Se interrumpió y fue a buscar a su dormitorio los Evangelios en griego. Era su libro de cabecera. Todas las noches, antes de dormirse, leía algunos versículos para mantener su agilidad de espíritu, afirmaba él, y cuando había llegado al final de san Juan, es decir, cada dos años aproximadamente, volvía a empezar.

Pero aquella tarde la lengua griega no surtió efecto como

calmante. Recorrió tres líneas y luego pensó: «En este momento está sucediendo. A lo mejor ya ha terminado. Tal vez ya me han derrotado... ¡Ah!, no será muy divertida mi vejez». Ni siquiera tenía a su lado una amante de muchos años, un afecto femenino duradero. «Las he engañado a todas demasiado, es por eso...» Luego, volviendo a la obsesión académica, se dijo, moviendo los labios: «¡Cuando pienso que por lo menos a veinte los he visto desnudos, y que no tengo más que catorce votos...! ¿Quién podrá ser el décimoquinto?». Entre las anatomías que había tenido delante, las espaldas encorvadas salpicadas de viejos puntos negros, los gordos vientres que caían sobre un resto de vello blanco, buscaba a los traidores.

Sonó de nuevo el teléfono.

—¿Diga? ¿Lachaume? —gritó Lartois—. ¡Oh, perdón, mi querida amiga...! Sí, esperaba una llamada... Bueno, precisamente... No va mal, no va mal. Catorce votos en la primera vuelta... Sí, sí...

Estaba impaciente, con las pantorrillas agitadas por temblores. ¿Qué necesidad tenía aquella idiota de llamar en ese preciso instante? Olvidaba que la antevíspera casi la había violado en un coche. Ella hablaba interminablemente.

—Sí... Bueno, tome un comprimido de gardenal; eso es. Discúlpeme, querida, me están llamando.

Y colgó. Casi inmediatamente sonó otro campanillazo.

—¡Hola! Sí... ¿Cómo? ¿De verdad? —exclamó Lartois—. ¿Cuántos votos? Diecinueve. ¿Y Pingaud? ¡Ah! Gracias, mi querido Simón, gracias. Esta muy bien, está muy bien... Sí, venga en seguida, le espero.

Y se dejó caer en un sillón con las sienes ardiendo, palpitándole el corazón y con la vista nublada.

—¡Ah, qué feliz soy! —murmuró—. ¡Qué feliz soy! Una alegría como ésta debe de dar diez años más de vida.

Luego, como necesitaba anunciar su triunfo, corrió hacia la puerta de su gabinete.

—¡Martha! ¡Martha! ¡Prepare el refresco de cerezas y el madeira! ¡Me han elegido! —gritó.

—¡Ah! Me alegro mucho por el señor —contestó la cocinera—;

el señor tenía tantas ganas...

Cuando llegó Simón, que había tomado un taxi, le dijo Lartois: —Jamás olvidaré, amigo mío, lo que ha hecho usted por mí.

Y empezó a recuperar la calma, porque en la escalera comenzaban a apiñarse, con la boca llena de cumplidos, sus electores, sus amigos, sus relaciones mundanas, sus antiguas amantes y sus alumnos.

La señora Polant, naturalmente, fue una de las primeras, seguida inmediatamente por Jéróme Barére. El historiador entró con la barba abierta y un estrépito de terremoto.

—¡Lartois, es usted de los nuestros! —gritó estrechando al nuevo académico contra su panza—. ¡Ha sido épico, amigo mío, épico! He luchado por usted como un león, como Turenne. Y el barón pingüino, ¡largo, al Polo Norte!

Por muchos esfuerzos que hiciera Lartois para mantener la compostura y demostrar que recibía con serena modestia el honor que acababan de hacerle, su cara resplandecía de orgullo; la felicidad brillaba en sus ojos.

Todas las cacareantes mujeres que invadían el apartamento le parecieron jóvenes, bonitas y deseables; todos los hombres, ingeniosos, leales y altruistas.

La señora Eterlin, advertida por Simón, llegó a toda prisa de Boulogne.

—Estoy encantada —dijo—. Hará usted un discurso admirable sobre nuestro querido Jean... Tenía que ser usted.

—¡Debe de ser terriblemente emocionante, mi querido maestro, la espera de los resultados! —dijo la joven condesa Sandoval, la poetisa morena, ardiente y ligeramente coja.

—Yo, mi querida señora, el día de mi elección estaba como loco —dijo el historiador, que se atracaba de pastas secas—. Abrazaba a mi mujer, abrazaba a mis hijos, estaba fuera de mí. ¡Ah, es algo serio!, ¿sabe usted?

Y cada académico contaba su propia historia. Parecían estudiantes de bachillerato intercambiando impresiones sobre un examen. La inmortalidad era su examen último y gritaban

«¡aprobado!» en un gran retomo a la pasión de la adolescencia.

—Pues yo, mientras esperaba, leía los Evangelios en griego —declaró Lartois sonriendo.

—¡Extraordinario, extraordinario! —exclamó el historiador exhalando una polvareda de bizcocho—. ¿Oyen ustedes esto? Leía griego, y nada menos que los Evangelios! Lartois es uno de los grandes temperamentos de este siglo, se lo digo yo. ¡Y tratándose de hombres, no me equivoco nunca!

Cuando volvió de Estados Unidos, Noel Schoudler, en los primeros días de abril, estaba rejuvenecido, transformado. Llevaba trajes claros, sombreros blandos, y sus cuellos postizos habían bajado dos dedos. Estaba desbordante de proyectos y de entusiasmo, hablaba de ir en invierno a Argentina, al año siguiente a Escandinavia. Vio con pesar cómo subían al desván sus maletas.

—Somos estúpidos —declaró—; nos confinamos en viejos negocios y en principios viejos, estando el mundo lleno de riquezas y de posibilidades nuevas.

François estaba encantado de encontrar a su padre en tan buena disposición.

La primera semana Noel dio en los inmensos salones de la avenida de Messine una recepción donde se volcó París. Hizo beber a sus invitados brebajes que llamaba «cócteles». Al cabo de una hora las mujeres hablaban con voces agudas y triunfantes, los hombres lanzaban risas sonoras, hacían gestos familiares. Ya nadie se entendía bajo los altos techos recargados de estuco; se dejaban correr las palabras. Hasta entonces, nunca una reunión parisiense de tal clase había tenido aquel ambiente de fiesta de feria. Tal vez no fuese muy *comme il faut,* pero se divirtieron mucho.

El gigante veía que todo el mundo acudía a él y les permitía que sacasen amplio provecho de su experiencia, con una facundia de explorador. A los parlamentarios presentes les daba una lección de política exterior, aconsejaba a un pintor joven que expusiese en Nueva York, se lamentaba ante los industriales de la penosa organización de la producción francesa. «Allá tienen lo que ellos llaman el sistema Taylor...» Al mismo tiempo les hacía preguntas a todos, como si hubiera estado ausente dos años.

La gente decía de él: —Ese Schoudler es asombroso. ¡Parece imposible que tenga sesenta y seis años! Es una roca.

A las nueve y media de la noche quedaban todavía cincuenta personas, que parecían haberse olvidado de irse a cenar. Cuando se marcharon, Noel recorrió el gran jardín y miró la fachada del palacete con todas las ventanas iluminadas. La noche era tibia y la primavera, ya abiertas las yemas, daba al aire un sabor de gominola.

—A pesar de todo es agradable volver a nuestro país —afirmó.

Abrazó a su mujer, que tenía lágrimas en los ojos.

—¿Me has engañado muchas veces? —murmuró ella.

Al día siguiente empezaba de nuevo a trabajar.

El primero de sus colaboradores que le dijo «Para este asunto, me pondré de acuerdo con el señor François» le infligió una herida. Hasta entonces había sido él, Noel, el que aconsejaba: «Mire usted eso con el señor François». Por otra parte, en vano, porque por una vieja costumbre los expedientes y los problemas regresaban automáticamente a su escritorio.

Pero en aquellos dos meses habían cambiado las cosas. Noel advirtió que en el banco llamaban a François «el barón Schoudler joven», y que, en el periódico, los miembros del personal que tenían menos de treinta y cinco años habían adquirido la costumbre de dirigirse a François llamándole «jefe» con toda naturalidad.

En una de las paredes de la sala de redacción había una caricatura de François apagando una cerilla con el gesto amplio que era habitual en él. Noel Schoudler comentó: —No es muy notable.

Y comprobó que algunos redactores parecían descontentos por su reflexión.

Su posición de propietario de un gran banco privado y de administrador del Banco de Francia prohibía a Noel Schoudler figurar en el periódico como otra cosa que principal accionista. Pero en realidad asumía todas las funciones de director, pasaba allí varias horas al día y se ocupaba de todo. Los demás banqueros juzgaban con cierto desdén aquella manía del periodismo y la consideraban como una extravagancia un tanto llamativa. Para Noel, el periódico era su creación, su alegría, la expresión visible y cotidiana de su poder, su máquina para hacer que los ministros se inclinasen ante él.

Durante su ausencia, *L'Echo du Matin* había aumentado sus ventas en dieciséis mil ejemplares. François había introducido modificaciones en la composición de las páginas, en la disposición de las firmas, en la presentación de la publicidad.

Orgulloso de sí mismo y seguro de antemano de las felicitaciones de su padre, dijo: —Quise hacer un experimento parcial. Estoy seguro de que con un ligero esfuerzo podemos incrementar las ventas en más de treinta mil ejemplares.

—¡Es un error! ¡Es un error! —contestó Noel—. ¡No se hacen experimentos con un periódico ya viejo! Con tus treinta mil lectores nuevos corremos el riesgo de perder en seis meses sesenta mil de los antiguos clientes.

Dándose cuenta, sin embargo, de que François tenía razón, añadió: —Dejemos lo que has hecho tal como está, no se puede andar cambiando siempre. Pero basta con eso.

Todo el hermoso espíritu innovador con que había llegado de Estados Unidos ya se había venido abajo. Ya no hablaba del sistema Taylor y parecía haber sido François quien, sin moverse, hubiera ido al Nuevo Mundo.

Para halagar a Noel, los amigos, los subordinados y los clientes lo felicitaban sin descanso por su hijo.

—Sí, sí, François es un gran muchacho, estoy muy orgulloso de él —contestaba—. Además, lo he formado en mi escuela, como hizo mi padre conmigo. Le he incúlcalo los principios Schoudler.

Y su mirada se estrechaba aún más bajo los gruesos párpados, y uno tenía la impresión de estar dirigiéndose a una fortaleza.

El gigante se ponía cada día más taciturno, más sombrío, más brutal; él se daba cuenta y no comprendía el porqué. «Ese viaje ha debido de fatigarme», pensaba. Tenía en todo momento la impresión de que lo respetaban menos: se miraba en los espejos.

El conflicto estalló en el periódico y por una razón absolutamente secundaria: por Simón Lachaume. Como el principal cronista de política extranjera había muerto, François aprovechó para proponer a Simón.

—En primer lugar, ¿qué tendencia política tiene ese Lachaume? —preguntó Noel, inmediatamente predispuesto en contra—. ¿Está con Rousseau? ¡Sí, bueno! ¿Y qué edad? ¡Treinta y tres años...! —Su mano cayó con fuerza sobre el escritorio—. ¡Un chiquillo! ¡Todavía un chiquillo! ¡Si te dejo a ti, esta casa va a convertirse en un jardín de infancia! —gritó.

—Pero ¿qué edad tenía el tío Bonnétang cuando le diste la sección? —replicó François, ofendido.

—¡El tío Bonnétang, como tú lo llamas, tenía mi edad! Es decir, en aquel momento...

Noel Schoudler sintió que estaba en terreno resbaladizo, porque Bonnétang escribía en *L'Echo du Matin* desde hacía casi treinta años. El gigante se desquitó con un atronador grito.

—¡Y además, Bonnétang conocía su oficio! ¡Y además, aquí sigo siendo yo el jefe, Dios! ¡Y cuando digo no, es no!

—Naturalmente que eres tú el jefe —dijo François con calma.

—¡Pues no es tan evidente! —gritó Noel—. «Señor François» por aquí, «señor François» por allá... «El señor François» tiene un plan para transformar el periódico, «el señor François» tiene un plan para las azucareras de Sonchelles, «el señor François» querría que se reconstruyese el edificio del banco... «El señor François» tiene un padre y un abuelo que hace setenta años que están trabajando, luchando, peleando como perros para hacer de él lo que hoy es...

Perdía el control; sus palabras salían como pañuelos negros de la boca de un prestidigitador. No se preocupaba por la presencia del jefe de redacción, o más bien la utilizaba para perjudicar a su hijo, aunque al mismo tiempo se perjudicase a sí mismo. Se ponía grosero de sentimiento y de tono.

—...y «el señor François», que no sabe nada de nada, porque tú no sabes nada de nada, ¿me entiendes?, so pretexto de haber sido un mequetrefe capitancito de caballería con sus botas pagadas por papá, con su cruz de guerra pagada por papá, como todo lo demás...

—¡Ah, eso no! ¡Eso no te lo consiento! —exclamó François—. ¿O es que mi herida me la has pagado también tú? ¡Nosotros no hemos ido a que nos agujereasen el pellejo mientras todos vosotros os escapabais a Burdeos, para...!

—¡Cállate! —chilló el gigante.

Tenía los párpados muy abiertos y los ojos estriados por venillas rojas; su voz atravesaba las puertas acolchadas y se oía hasta en la oficina de las secretarias.

El jefe de redacción, muy incómodo presenciando la escena, intervino tímidamente.

—Escúcheme, jefe... —dijo.

—¡Ah! ¡Y usted, Muller, guárdese la lengua si no quiere que lo eche también! —gritó Noel Schoudler—. De ahora en adelante

prohíbo que mi hijo dé una sola orden en el periódico, ¿me oye bien? ¡Ni una! Ya no tiene nada que hacer aquí. No tiene más que ir a divertirse a sus regatas o a sus monterías, con el dinero que yo, que usted, Muller, que el periódico entero gana para él. Pero el periódico no es un juguete ni yo estoy chocho todavía. ¡Que espere a que me muera para echar abajo toda mi obra!

Podía oír cómo le latía el corazón con un ruido de maquinaria de barco. Se acordó de su angina de pecho y de repente dejó de gritar.

—De todos modos, tal vez no haya que esperar mucho tiempo —dijo con voz súbitamente aplacada—. ¡Váyase...! ¡Váyase...! Vete, François, vete. Te ruego que te vayas.

Después del furor jadeaba, economizaba las palabras, se comprimía el torso con la mano.

—Aquí tienes..., aquí tienes el resultado... —agregó.

Se tendió, enorme, sobre el sofá de cuero, se desabrochó el cuello y mandó llamar a Lartois, que después de auscultarlo le dijo que tenía un corazón como el de un muchacho y que no era más que agotamiento.

Los furores de Noel Schoudler eran siempre cargas de paquidermo asustado, y no perdonaba jamás al matorral que se había movido. Al día siguiente por la mañana, después de una conversación de una hora con el abuelo en el despacho de paredes de cuero verde, mandó llamar a François.

—Hijo mío, he reflexionado mucho desde ayer —dijo—. Creo que es preciso que emprendamos otra organización de trabajo.

Estaba tranquilo y un poco solemne.

—Si es para que vuelva a suceder lo que pasó delante de Muller —dijo François fríamente—, prefiero, papá, que no haya ninguna clase de organización y entrar en negocios que no sean tuyos.

—¡Vamos, no nos atormentemos, no digamos tonterías! En primer lugar, *mis* negocios no existen, existen los negocios Schoudler —contestó Noel englobando en un mismo gesto a su padre y a su hijo —, y un barón Schoudler no va a ir a buscar una colocación. Sobre todo en el momento en que los años empiezan a pesarme, ya lo sabes. Por mucho que diga Lartois, estoy envejeciendo, lo sé perfectamente. Mi cólera de ayer lo prueba. No debes guardarme rencor. No sabía lo que decía; te ruego, mi querido François, que olvides todo eso.

Por injustificados que fuesen, Noel Schoudler no tenía la costumbre de pedir disculpas por sus arrebatos de cólera. François creyó realmente que su padre estaba fatigado. Aquella señal de debilitamiento, de envejecimiento, aquella fisura en el monolito le resultaron dolorosas. Interpretando bien su comedia, el gigante permanecía un poco doblado hacia delante en su sillón, con sus anchas manos tendidas en un gesto de paz.

—No hablemos más de eso, papá, no tiene importancia —dijo François.

Y para disimular su emoción, cogió un cigarrillo y apagó la cerilla con su amplio gesto.

El abuelo, instalado sobre su silla curul, callaba y miraba a François con su aire desconfiado de vieja esfinge.

—Entonces mira, François —continuó Noel—. Yo creo que tenemos que repartirnos la tarea, así no habrá choques entre nosotros. Yo continuaré ocupándome del banco... —¿Y vas a dejarme el

periódico? —dijo vivamente François. —No —replicó Noel, y su mirada se tornó nuevamente dura.

François comprendió que su padre de mejor gana le habría cedido una querida que dejado en sus manos la dirección del *Echo*.

—Por lo menos, por ahora no —siguió Noel con más dulzura—. De lo que quisiera que te hicieras cargo ahora es de las azucareras de Sonchelles. Tú mismo me has dicho que es un magnífico negocio, pero que necesita que lo modernicemos por completo. Yo ya no tengo aliento para emprender eso. Así que te damos carta blanca. Desde este momento tú eres el jefe de Sonchelles. He convencido a tu abuelo, que está completamente de acuerdo. En la próxima reunión del consejo de administración recibirás los mismos poderes que recibí yo hace…

Se levantó para abrir uno de sus archivadores de caoba, sacó una gruesa carpeta rotulada «Azucareras» y se puso a buscar entre los papeles, los planos de fábricas, los proyectos de títulos con dibujos de la época de Napoleón III y los recortes de periódicos financieros.

«¿Por qué me mirará el abuelito de esa manera?», se preguntaba François sintiendo los ojos purpúreos fijos en él constantemente.

—…hace…, ¡mira tú!, exactamente veintinueve años —prosiguió Noel—. Tres años después de tu nacimiento.

Aquello a Noel Schoudler le parecía ayer. Y sin embargo, esos veintinueve años habían hecho de un chiquillo con faldón el hombre que se hallaba frente a él, con las afeitadas mejillas ligeramente azuladas por la raíz de la barba y aquel gesto importante, irritante, que tenía para apagar la cerilla; un extraño con el cual se veía obligado a contar por la sola razón de que aquel extraño era de su misma sangre.

François hojeaba los papeles, veía aparecer la firma larga y descolorida de su abuelo, terminada por una rúbrica retorcida de hombre prudente, y la tosca firma de su padre, con el nombre bien separado del apellido, a las cuales iba a sumarse en adelante su propia firma.

Por fin abrió la boca el abuelo.

—Es importante, ¿sabes?, el azúcar —dijo—. Aquél…

Y su venosa mano señalaba el retrato del primer barón

Schoudler en traje de corte.

—Aquél…, al cual… ¡ah!… no le llegaremos nunca ni a la suela del zapato, me lo había predicho, mucho antes de 1850… *Die Banken, der Zucker und die Presse, das ist die Zukunft*… (La banca, el azúcar y la prensa son el futuro.) ¡Ah!… Siempre nos fue bien con su consejo.

Noel volvió a cerrar la gruesa carpeta y la tendió a François.

—Toma, hijo mío, llévate eso —dijo— y empieza a trabajar. Carta blanca, tienes carta blanca.

—Gracias, papá —dijo François.

Las azucareras no eran su sueño, pero el hecho de tener una actividad autónoma lo consolaba. Le asombraba sobre todo que su padre hubiera consentido tan espontánea y tan sencillamente en aquel primer abandono.

«Ha comprendido que envejece —pensó—, y que en adelante seré yo la fuerza de la familia…»

Cuando las puertas acolchadas se hubieron cerrado detrás de él, el gigante y el abuelo se miraron largamente. Habían olvidado la época, que había durado varios años, en que se trataban ellos como adversarios, aun trabajando hombro con hombro, atados a la misma cadena de riqueza. Ahora eran dos aliados contra la impaciencia de su descendiente.

—Me gustará verlo cuando llegue el momento de aumentar el capital, a nuestro François —dijo Noel—. Le hemos dado una existencia demasiado fácil. Necesita una buena lección. Más vale que seamos nosotros quienes se la demos, antes de que la vida se encargue de hacerlo.

Casada en 1913, un poco contra la voluntad de los La Monnerie, que, por rica que fuese ella, no juzgaban aquella unión suficientemente brillante ni aristocrática… «Son judíos, querido, ennoblecidos, conversos, naturalmente, pero en fin, no hay que rascar mucho para encontrarse con el mostrador del prestamista»… Jacqueline Schoudler, embarazada casi inmediatamente de Marie-Ange y separada a continuación de François por la guerra, menos durante los escasos permisos y el tiempo de convalescencia, había vivido esos años sumida en la angustia y no había tenido verdadera vida conyugal hasta el final de la guerra, es decir, hacía unos tres años. Y todos los días de esos tres años se había felicitado de haber querido, impuesto aquella alianza.

Quienes afirmaban que se había casado por el dinero, o bien que el hijo de Schoudler había querido patinar de oro bancario su blasón austríaco, estaban igualmente en un error. Aquel matrimonio no había sido más que un matrimonio por amor y continuaba siéndolo.

A Jacqueline le gustaba todo en François: su aspecto un poco macizo, su valor físico, su sentido del honor, sus grandes crisis de entusiasmo cada vez que emprendía cualquier cosa, sus repentinos desfallecimientos al menor tropiezo, que probaban que se tomaba la vida en serio; le gustaban incluso sus malos modales, un abandono a veces de gesto y de palabra, en que ella veía, sonriente, la afirmación de un temperamento enteramente masculino.

Lamentó que François se hubiera convertido ya en un hombre de negocios; ella pertenecía a un ambiente en que la posesión de una gran fortuna no parecía requerir tantos cuidados.

François había recibido su poder de administrador general de las azucareras de Sonchelles e inmediatamente se había puesto manos a la obra. Estaba incesantemente de viaje entre París y el Pas-de-Calais, convocaba a los ingenieros, a los arquitectos, hacía trazar los planos de los nuevos edificios, encargaba máquinas a Estados Unidos, estudiaba la historia de la producción de remolacha azucarera desde mediados del siglo precedente. Al mismo tiempo ponía en movimiento a los periodistas financieros y se juzgaba muy hábil porque había hecho subir las Sonchelles varios puntos en la bolsa. Nunca habían tenido las azucareras un administrador tan emprendedor.

—Estoy construyendo duchas y un campo de fútbol para el

personal —le decía François a Jacqueline—. Allí me quieren mucho, ¿sabe?; me gustaría enseñarle todo aquello, querida. El otro día reuní a todos los obreros y les hablé...

Jacqueline estaba acostumbrada a que hablara siempre en primera persona..., «yo dije..., yo voy a hacer...», pero pensaba que el viaje a Escocia proyectado para el verano se tornaba cada día más incierto, y que sin duda iría a Deauville con los niños, porque aquello le resultaba más práctico a François. Ella se consolaba al verlo feliz. Temía, simplemente, que se fatigase demasiado. Sus habitaciones eran contiguas, y la puerta divisoria permanecía abierta constantemente. François se levantaba a veces en mitad de la noche para anotar una idea. Luego murmuraba: —¿Duerme?

Si Jacqueline contestaba, iba a exponerle su última ocurrencia: necesitaba pulir sus ideas hablando.

Quería hacer un trust vertical, comprar una fábrica de papel para hacer sus envases, tener su propia imprenta, sacar su semanario, presentarse para diputado con un programa de reformas... En sus carpetas de cartulina azul se acumulaba lo suficiente para llenar cuatro existencias normales, y a veces él mismo pensaba: «Soy uno de los principales hombres de mi generación».

A cada iniciativa de su hijo tocante a las azucareras, Noel Schoudler repetía: —Carta blanca, hijo mío; tienes carta blanca. Confío en ti.

En parte era sincero; la técnica industrial no le interesaba, no le gustaba librar combates más que en el terreno financiero. Sin embargo sufría; se le hacía muy largo el tiempo que tardaba en recuperar efectivamente la parte de autoridad de la que había aparentado desprenderse.

Llegó el momento de pedir la ampliación de capital, prevista desde hacía mucho tiempo y que los gastos emprendidos por François tornaban urgente.

Noel declaró con toda tranquilidad que no podía suscribir sino una parte ínfima.

François se quedó estupefacto.

—Pero, en fin, ¡no vamos a perder el control de Sonchelles en el momento en que este negocio está en plena expansión! —exclamó —. El rendimiento va a duplicarse...

—Entonces no hagamos la ampliación —dijo tranquilamente Noel.

—Pero ¡es imposible! ¡Ya se han emprendido los trabajos!

—¡Ay, amigo mío! Si has sido imprudente la cosa ya es más grave —dijo Noel—. Un negocio grande es tan simple como el libro de un jefe de comedor, ¿sabes?; no va uno al mercado antes de saber de dónde sacar el dinero.

—Pero yo había creído siempre que esa ampliación era algo asumido, aprobado.

—En asuntos de negocios ya aprenderás que no hay que creer, hay que estar seguro —declaró sentenciosamente Noel—. Las letras de cambio en el horizonte son cosas que nunca perdonan.

Se obstinaba, terco, con los párpados casi cerrados, invocando la devaluación, la crisis económica, la fuga de capitales, la confianza con que sus clientes lo habían investido…: razones de banquero.

François fue presa de la inquietud. La tesorería de Sonchelles permitía hacer frente a los pagos ordinarios, nada más. «Me he metido en un callejón sin salida», pensó François. Empezó por acusarse en voz alta. En efecto, se había precipitado un poco. Pero pensaba que iban a apoyarlo. ¿No le habían dado carta blanca?

—¡Razón de más para tener cuidado! —gritó Noel Schoudler; con simulado furor—. Por otra parte, la culpa es mía. Tú querías ser jefe y yo cedí; creía que eras capaz de dirigir solo un gran negocio. Te has comportado como un chiquillo, peor que el último de los empleados de mi banco. ¡Ha sido una locura, una locura por mi parte!

A medida que hablaba, su cólera tomaba cuerpo.

—Pero ¡si perdemos Sonchelles por culpa tuya —gritó—, podrás estar orgulloso! Es una hazaña hacernos reventar al mismo tiempo a tu abuelo y a mí. ¡Y después, estarás apañado! No te doy ni un plazo de cinco años para verte en la miseria… Y seré yo, una vez más, quien se verá obligado a corregir tus meteduras de pata. Podemos hacer lo que nos dé la gana, ¿no es cierto? Detrás está papá, papá lo arreglará… Pues bien, ¡no sé cómo voy a arreglármelas! Voy a verme forzado a vender a pérdida. ¿Vender qué? No tenemos millones durmiendo para aguardar tus ocurrencias geniales. Tendré que encontrar un grupo que suscriba con nosotros. Eso es lo único que puedo hacer… ¡Ah, es una bonita faena!

François estaba aterrado.

—En el fondo no deberías haberme confiado las azucareras —dijo—. No he nacido para la industria.

—La primera frase sensata que has pronunciado desde que naciste. ¡Vete, no quiero verte más! ¡Fuera de aquí!

Cuando volvió a encontrarse solo, Noel pensó: «¿Y si fuera verdad? ¿Y si fuéramos a perder realmente Sonchelles…?».

Se sintió persuadido por lo bien fundado de sus cargos contra su hijo. Afortunadamente, había previsto todo aquello desde el día en que decidió la separación de sus actividades. Se felicitaba por seguir teniendo una intuición tan clara.

«Ya sabía que no estaba a la altura de eso…», se dijo.

Y mandó llamar a Lucien Maublanc.

VII

La baronesa Schoudler, Adéle, con un traje sastre gris perla y el velo del sombrero sobre la nariz, se disponía a salir cuando se encontró cara a cara en el vestíbulo con su primer marido, Lucien Maublanc. Hacía cinco años que no lo veía, diez que no se dirigían la palabra; la anulación de su matrimonio databa de treinta y cinco años atrás. Era un muerto el que avanzaba hacia ella, y de la peor especie de muertos: los que se han inhumado en el fondo de uno mismo.

—Su nuevo esposo me ha pedido que venga a verlo —dijo él inclinando sus deformes sienes hacia la mano que ella le tendía.

De sus seis meses de matrimonio con Maublanc, la baronesa Schoudler tenía recuerdos horrorosos que el tiempo había disuelto en parte, pero el esqueleto tenaz del odio seguía tendido en la vieja mortaja de una innoble noche de bodas.

Aquel hombre de voz ronca y pastosa, que hablaba entre dientes y siempre con una intención sardónica, levantaba la losa del olvido voluntario, y la baronesa Schoudler tuvo verdaderamente la impresión de tocar los dedos, los labios de un cadáver descompuesto.

—Sigue usted teniendo los tobillos finos —continuó él—. ¿Es usted feliz, querida amiga?

—¡Mucho! —replicó ella secamente.

Y se dirigió a la puerta acristalada. «¿Por qué lo habrá hecho venir Noel?», se preguntó.

Se marchó atormentada por funestos presentimientos, como si el rostro de la desdicha hubiera entrado en la casa.

Noel Schoudler esperaba a Maublanc en el despacho verde. Se conocían desde la juventud y se detestaban.

Aquella tarde el gigante parecía todavía más en forma que de costumbre: tenía el gesto amplio y la palabra contundente.

«Me da asco —pensó Lulu—. Tiene ocho años más que yo y no envejece, este cabrón.»

El patriarca estaba presente, instalado indolentemente en un sillón estilo Luis XIII con respaldo tapizado.

—¿Te acuerdas de mi amigo Maublanc, padre? —dijo Noel en voz alta.

—Sí, sí..., muy bien —contestó el abuelo—. El primer marido de tu mujer, ¿no es cierto? Fue allá por 1850...; no..., quiero decir en 1887. ¡Ah! Ya ve usted...; tengo buena memoria.

Noel hizo que el visitante se sentara, le dio un aromático café, un coñac centenario y un buen habano. El abuelo bebía a pequeñas lengüetadas su chartreuse amarillo; el alcohol le hinchaba un poco las carnes de la cara, como una vieja esponja que se humedece.

Lulu se preguntaba qué significarían aquellos preparativos y se mantenía en guardia.

—¿No conoces a mis nietos..., que son además tus sobrinos nietos? —preguntó Noel subrayando el parentesco que existía entre Lulu y la mujer de François.

—No, no tengo ese placer —dijo Lulu.

Noel llamó por el teléfono interno a Jean-Noél y Marie-Ange. Llegaron; Noél los obligó a que besaran al hombre de horrible cráneo y gruesa corbata. El desagrado fue tan grande para el impotente como para los niños.

—Buenos días, buenos días —decía Lulu—. Son muy monos, sí, muy monos. ¿Y qué quieres ser de mayor? —le preguntó a Jean-Noél.

—Conductor de coches —contestó seriamente el pequeño.

—Será un Schoudler, eso es lo que será —dijo el gigante dándole palmaditas en la nuca.

De repente Marie-Ange le hizo una breve seña a su hermano y ambos, más cerca del terror que de la risa, observaron a su bisabuelo. El viejo Siegfried terminaba su chartreuse, y como tenía la nariz enorme y el vasito grabado en oro era muy estrecho, no conseguía verter el final del licor en el gaznate; para lamer lo que quedaba en el fondo, sacaba una lengua violeta, corva, gruesa, que se movía lentamente en el cono transparente y lo obstruía, una especie de sanguijuela llena de sangre y a punto de reventar.

Cuando Noel juzgó haber herido bastante a Lulu con el alarde de su progenitura, cuando lo sintió lo peor dispuesto posible, despidió a los niños.

—Quería hablarte de las azucareras de Sonchelles —dijo.

«¡Ah, ya estamos! —pensó Lulu—. ¡Cuidado! ¿Dónde estará la trampa?»

—Ahora es tu hijo el administrador —comentó.

Noel comenzó a alabar los méritos de François, «notable muchacho, lleno de actividad, de ideas modernas». François estaba a punto de transformar el negocio, había emprendido trabajos enormes, el rendimiento iba a duplicarse.

—Sí, está muy bien —decía Lulu con el cigarro encajado entre los dientes.

—Tú tienes un paquete de Sonchelles, me parece —dijo Noel—, y tus sobrinos, los de la banca Leroy, también.

«¿Qué querrá? ¿Los números?, ya los tiene —se dijo Lulu bebiendo un sorbo para darse tiempo a reflexionar—. Prepara alguna maniobra y querría que le cediera mi participación. Es superior a sus fuerzas. No puede soportar que yo tenga esas acciones.»

—Sí, algo tenemos —contestó dejando su copa.

—Debemos hacer inmediatamente una ampliación de capital —anunció Noel.

—Sí, bueno.

Como siempre que presentía que querían obtener alguna cosa de él, Lulu contestaba casi únicamente con monosílabos, veía venir al adversario, hacía como que no entendía nada y disfrutaba, tanto si se trataba de los diez luises de una mujerzuela como de las operaciones de un financiero, de la turbación que siempre experimenta la gente al hacer sus peticiones.

En verdad, en aquel momento no conseguía desentrañar la maniobra. Para tratar de penetrar en el pensamiento de Noel, preguntó: —Eso de la ampliación de capital, ¿cómo va exactamente?

«¡Ah!, ¿quieres hacerte el burro, hipócrita? —se dijo Noel Schoudler—. ¡Pues bien; vamos allá!» Y, fingiendo entrar en el juego, expuso el mecanismo de la operación, que Lulu conocía perfectamente.

El capital nominal de Sonchelles, tal como había sido constituido en el momento de la creación de la sociedad, en 1857, era de cincuenta millones —cifra que en su época se juzgó enorme—, repartido en quinientas mil acciones de cien francos.

—Sonchelles se cotiza hoy... En fin, seguramente has visto la cotización de apertura... —dijo Noel.

—No, no la he visto —contestó Lulu.

—Dos mil veinticinco —siguió Noel—. Pongamos dos mil, para simplificar. Así pues, en la actualidad, el negocio vale alrededor de mil millones. Hemos decidido pasar el capital nominal de cincuenta a setenta y cinco millones, ofreciendo una nueva acción a todo portador de dos acciones antiguas.

Como la tasa de suscripción de esa nueva acción había sido fijada en quinientos francos, en realidad no eran veinticinco, sino ciento veinticinco millones los que iban a entrar en las cajas de la sociedad.

—Si tú tienes en cartera... dos mil Sonchelles..., tomo una cifra al azar... —continuó Noel.

«Doce mil, y tú lo sabes perfectamente», pensó Lulu, que ya había hecho su cálculo y sabía que la suscripción a sus acciones representaba una suma de casi tres millones.

—... se te ofrece que subscribas mil más. Ahora bien, cada nueva acción, que vas a pagar a quinientos francos, vale teóricamente, el día de la emisión, el precio medio de tres acciones; las dos antiguas a dos mil, o sea cuatro mil, más la nueva a quinientos, cuatro mil quinientos, dividido por tres, mil quinientos francos. ¿Me has entendido?

—Sí, sí; muy bien.

Pero Lulu seguía sin ver adonde quería llegar el otro. Hasta el momento en que el gigante dio a entender, con rodeos y reticencias, que él se hallaba en dificultades para suscribir.

En un primer momento, Lulu Maublanc no lo creyó. ¿Schoudler decidiendo una ampliación de capital sin tener con qué hacerle frente? No podía ser. Pero luego el gigante empezó a exponerle las mismas razones que le había dado a François, sólo que en otro tono. Y Lulu sintió que lo inundaba una música que reconoció como uno de los

temas del vals húngaro. El tema volvía sin cesar, recomenzaba cada vez más fuerte, cada vez más alto; era un canto de triunfo. Poco faltó para que se pusiera a tararear mientras Noel hablaba.

Hacía un tercio de siglo que Lulu esperaba, acechaba aquel momento, un tercio de siglo que repetía que «aquellos bandidos de Schoudler, que aquellos cabrones de Schoudler» iban demasiado fuertes, que siempre se lanzaban a operaciones arriesgadas y que su tren de vida y sus recepciones los arruinarían, y que terminarían «por romperse la crisma», y que aquel día él, Lucien Maublanc, estaría presente aguardándolos. Durante los treinta años anteriores, Lulu, que jugaba en la bolsa con sus enormes medios, había intentado muchas veces hacerle zancadillas a Schoudler. En el momento del pánico de Panamá había creído conseguirlo. Y cada vez, tenía que reconocerlo, «había salido trasquilado», según su propia expresión.

Parecía haber llegado la hora del desquite. Si Noel se veía inducido a confesar lo que en aquel momento confesaba, era preciso que la situación fuese cuatro veces más grave. Entonces todo se explicaba: aquel hablar falsamente tranquilo, el enternecimiento por los nietos, a quienes habían hecho interpretar su número, como si de repente se hubieran acordado de que Lulu era de la familia, y el coñac de 1811, y la presencia del patriarca que dormitaba momificado en el sillón, porque era la hora de la siesta.

Noel, observando la ola de alegría en el rostro deforme, explicaba que naturalmente tenía interés en que fuese un grupo amigo el que suscribiese en su lugar, por una parte a determinar.

«El imbécil, que viene a meterse en la boca del lobo —se decía Lulu—. O bien es que ya no pueden recurrir a otra parte. Eso es. El hijo ha hecho tonterías; todos han hecho tonterías. Sonchelles está en quiebra y ellos a la cuarta pregunta.

—En fin, tú, por ejemplo, ¿estarías dispuesto a tomar una parte? —dijo al fin Noel.

—¿Cuánto dejarías tú? —dijo Lulu.

Necesitaba aquel dato para apuntalar su certidumbre. Como en muchos viejos negocios de títulos muy dispersos, la dirección pertenecía a los dueños de una porción bastante débil del capital total, el trece por ciento, en aquel caso. Si los Schoudler llegasen a tener menos del doce por ciento perderían la dirección de las azucareras, y aquello suponía una cifra de unas diez mil acciones. Noel contestó: —

Catorce mil.

Lulu se miró la punta de los zapatos para disimular una sonrisa, y dejó que transcurriera un minuto largo. No había esperado tanto.

—Si me lo hubieras propuesto hace dos meses habría sido fácil —dijo levantándose—: pero las piedras preciosas acaban de sufrir una devaluación seria y estoy perdiendo mucho dinero...

Era una mentira burda, visible. Los diamantes, a causa de la inflación, estaban por el contrario en alza.

—¿Y tus sobrinos de la banca Leroy? —siguió diciendo Noel.

—Tendrás que preguntarles a ellos.

Cuando salió Lulu, Noel se frotó las manos. «Si todo sucede como yo preveo, será uno de los mejores golpes de mi carrera —se dijo—. Este asunto va a costarle millones. Y si los Leroy cometen la tontería de meterse...»

Se sirvió un poco del coñac de 1811 y chasqueó la lengua. Ante aquel ruidito el anciano se despertó y abrió los purpúreos párpados.

—¿Todo ha ido como tú querías? —preguntó.

—Exactamente —respondió Noel.

«Cuando le cuente esto a François dentro de unas semanas —pensaba—, ¡qué lección! Espero que comprenda que la vida es algo más que instalar duchas para los obreros.»

Mientras tanto, Lulu Maublanc bajaba por la avenida de Messine, silbaba el vals húngaro desafinando y hacía girar su bastón de empuñadura de oro.

Con su pelo gris bien peinado, alta la barbilla y la voz engolada, el académico Emile Lartois leía su discurso de recepción. Sobre el frac verde que le moldeaba el torso, brillaban los anchos bordados de oro al lado de las alineadas condecoraciones. Con el codo izquierdo Lartois tocaba la empuñadura de su espada. Sentados a uno y otro lado sobre las duras banquetas estaban los padrinos, el historiador Barére y el mariscal Joffre.

Aunque fuera hubiese mucha luz por ser finales de junio, reinaba bajo la Cúpula una luz de capilla, de una capilla que no tuviese vidrieras. Un largo rayo de sol, atravesando como una espada de arcángel las polvorientas alturas, tocaba el ropaje de un prelado o la calva desnudez de un cráneo soñoliento.

La afluencia era considerable, pero no era la multitud, los ahogos de los grandes días. En primer lugar, la temporada estaba un poco avanzada y, además, en el interior mismo de la gloria hay tantas gradaciones como entre la oscuridad y el éxito. Son, sencillamente, menos numerosos los que están en los peldaños.

El público parisiense no esperaba que brotasen chispas del discurso de Emile Lartois, así como tampoco de la respuesta del dulce Albert Moyau.

Pasada cierta edad, las personas de renombre están obligadas a responder a la opinión que la gente se ha formado de ellas, el panfletario con un panfleto y el hombre cortés con una cortesía. Todo, hasta la fantasía, se convierte en servidumbre para el fantaseador cuando envejece.

Por eso Emile Lartois, justificando su personaje a la vez científico y mundano, destilaba con su voz un tanto enfática frases bien hechas, esmaltadas de cuando en cuando por una expresión tomada del lenguaje médico por la cual se apresuraba a pedir excusas. Y la concurrencia, satisfecha, reía cortésmente.

Jéróme Barére, con la barba tan enmarañada como de costumbre y el frac verde todo cubierto de manchas, se limpiaba tranquilamente con el pulgar derecho las uñas de la mano izquierda.

En primera fila de una tribuna, visible para todos, un joven de gran cabeza vestido con chaqué parecía tan contento de hallarse en aquel lugar como el nuevo académico en el suyo. Era Simón

Lachaume, que representaba a su ministro retenido ante la Comisión. Porque aunque el ministerio no hubiera caído desde principio de año, un cambio de composición interno había permitido a Anatole Rousseau recibir su novena cartera, que era, por cuarta vez, la de Educación Nacional. Simón había cobrado el premio a su fidelidad y era ahora jefe adjunto del gabinete, se había convertido en un personaje muy oficial y había cambiado sus gafas de metal por otras de montura de carey. Se empezaba a hablar de él en París.

La mayor parte del público estaba constituido por mujeres, y entre ellas algunos candidatos derrotados dos y hasta tres veces, pero que no se desalentaban y a fuerza de derrotas acababan sintiéndose un poco de la casa. También había escritores que parecían jóvenes porque andaban solamente por la cincuentena, los mismos que, diez años antes, aseguraban que de ninguna manera formarían parte de aquella institución, y que sin embargo iban a aspirar la polvorienta atmósfera de la inmortalidad, a olfatear los obstáculos y las posibilidades.

Aquellos candidatos futuros o perseverantes estudiaban cuidadosamente los rostros de los académicos presentes e intentaban adivinar qué asientos podrían quedar libres a corto plazo.

—Ese pobre Loti tiene una cara espantosa, ¿no le parece? —murmuraba a su vecina un novelista, con compasión y regocijo.

Y los treinta y tantos ilustres, mientras escuchaban el discurso de su nuevo colega, pensaban al ver en las banquetas próximas aquellos rostros más jóvenes: «¡Mira, mira cómo vienen esos chiquillos! ¡Ya les enseñaremos que no es tan fácil como creen!». Porque, antes de ceder el puesto, aquellos ancianos querían jugar a su juego favorito, que era ver cómo el pelotón de la generación siguiente, con las sienes ya encanecidas, se colocaba en fila y corría a través de París hacia la Academia, como caballos en carrera de obstáculos por un hipódromo.

La señora de La Monnerie, sentada en compañía de su hija, la joven baronesa Schoudler, y su sobrina Isabelle en los duros bancos de madera reservados para los familiares, abajo de todo, en medio del pequeño circo, junto a la viuda Daumiéres y a los íntimos del recipiendario, tenía un aire reprobador y descontento, porque Lartois, a su parecer, hablaba demasiado bajo y no se oía la mitad de su discurso.

—Pues bien, ese hombre con quien la existencia había sido dadivosa —leía—, ese esposo, ese padre, ese hermano, ese amigo

dichoso, ese escritor rodeado de admiradores, cargado cada año de honores nuevos, fue a pesar de todo un poeta triste, porque triste le parecía la vida en su esencia. El paso del tiempo es para Jean de La Monnerie un tema permanente de melancolía, el crecimiento y, sobre todo, el decrecimiento del ser son para él un perpetuo misterio. La juventud y la alegría desilusionan: porque sólo son efímeras, y Dios no ha dado más que bienes menores a su criatura puesto que no le ha dado, o le ha quitado, la eternidad para gozar de ellos.

»Para vuestro ilustre colega, como para Alphonse de Lamartine, con el cual su obra está emparentada por varias razones, puesto que ¿no presentaba recientemente una penetrante obra crítica a Jean de La Monnerie como la cuarta generación del romanticismo?…

Simón Lachaume sintió que enrojecía de placer, porque a su tesis era a lo que acababa de aludir; Lartois le devolvía la cortesía por el artículo necrológico. E Isabelle levantó los ojos hacia Simón, pero éste no la vio.

—…para vuestro ilustre colega también el hombre es un ángel caído —continuaba Lartois—. Pero la caída, en lo que a él se refiere, no es sólo original y específica; es también cotidiana. ¡Con qué amargura y con qué precisa agudeza el poeta sigue sus etapas, tanto en la flacidez visible de los tejidos corporales como en la invisible degradación de los sentimientos y la mengua de la esperanza! Durante cincuenta años, Jean de La Monnerie ha mirado envejecer al hombre en sí mismo.

Lartois dio la vuelta a su cuartilla sin apresurarse y tosió.

—Pero la obsesión de la vejez, o si me está permitido decirlo, su psicosis —soltó con voz más clara—, es todavía una dicha para aquellos que la sufren, porque los libra de la obsesión de la muerte que abruma a los demás.

Lartois hizo una pausa esperando murmuros de aprobación y algunos «muy bien, muy bien», que acogiesen aquella pincelada que él consideraba de fina psicología.

La sala respondió con un silencio terrible. No de indiferencia, sino de reprobación. Un silencio sin una tos, sin un roce de tela, un silencio en el que cada uno podía oír latir su corazón. Lartois sintió que era el punto de convergencia de numerosas miradas duras; hasta su padrino, el historiador de las uñas sucias, había levantado hacia él un ojo severo.

En la lectura previa, delante de la comisión, su frase había pasado inadvertida. Pero allí, pronunciada para causar efecto sobre aquella vasta concurrencia, acababa de sonar de una manera imprevista e iba singularmente más allá del alcance que había querido darle.

Hubiese sido distinto si Lartois hubiese hablado de estoicismo, de impavidez, de noble ecuanimidad ante el ineluctable destino una vez realizada la obra. Hay cosas que no se dicen, o que por lo menos no se designan por su nombre, y hablar de obsesión de la muerte en el seno de una asamblea de ancianos encorvados y demacrados era juzgado por todos como una provocación, una inconveniencia de mediquillo torpe tan inoportuna como una obscenidad.

¡Demasiado sabían que tenían miedo! El ensayista que se decía volteriano, que nunca se dormía sin haber recitado sus plegarias de infancia, y el filósofo de cuello salpicado de caspa que se tomaba la temperatura todas las tardes, y Maurice Barres, que se paseaba en calzoncillos largos durante horas enteras para liberarse de la angustia nocturna, y aquel dramaturgo que palpaba constantemente los frascos de farmacia que llevaba en los bolsillos, ¡claro que conocían la psicosis, la obsesión! Y la prisa de todos ellos por cerrar una ventana en cuanto había una amenaza de corriente de aire, y su temor cuando paseaban a encontrarse con sotanas, urracas o coches fúnebres vacíos, y sus ganas repentinas de llorar, frente al jardín de las Tullerías, ante un niño jugando al aro, ante una barcaza que baja por el Sena, ante una hormiga que arrastra una ramita, ante cualquier cosa, aquella angustia cuando pensaban: «¡Muy pronto no podré ver esto!», ¿por qué recordárselo? ¿Y por qué justamente en uno de los escasos instantes en que conseguían olvidarlo? Porque el pequeño redoble de tambor que había precedido a su entrada en la sala, la deferencia, la envidia de que se sentían objeto, el hecho de hallarse entre los cuarenta ilustres de un país que aún creían el primero y el más inteligente del mundo, todo aquello tejía un velo por encima de la nada.

Cuando ha pasado el tiempo de los goces del amor, sólo los goces del orgullo tranquilizan al hombre, o por lo menos distraen su atención.

No, nadie confiesa jamás su terror a la muerte, y esa discreción no es, como suele afirmarse, dignidad; es sobre todo cuidado de no ahuyentar la ayuda de otro. El niño que se da cuenta del instante en que va a apagarse la luz persuade a su madre de que está esperando un beso por ternura; el soldado que canta a voz en grito en la

portezuela del vagón una canción picaresca ahoga la angustia que ruge en él sin parar, como una sirena estropeada; la mujer que se ovilla contra la tibieza del amante y la pareja anciana que sigue manteniendo un lecho común llaman amor a su espanto. Nadie, nadie confiesa, por miedo a que su confesión lo aísle como a un apestado, porque la madre, el amante, el capitán, también tienen miedo. Todo, las civilizaciones, las ciudades, los sentimientos, las artes, las leyes y los ejércitos, todo es hijo del miedo y de su forma suprema, total: el miedo a la muerte.

Tal era, aproximadamente, el lugar geométrico en que se encontraban, en que se cruzaban los pensamientos de los ancianos presentes, casi todos profesionales de la observación humana. Y apenas si escuchaban la continuación del discurso.

El mismo Lartois leía las palabras que había escrito, pero ya no se oía pronunciarlas. Aquella asamblea muda le devolvía el malestar que había causado. Dos o tres veces farfulló, porque estaba pensando: «¿Para qué sirve todo esto? ¿Qué estoy haciendo aquí? ¿Por qué? ¿Por qué? ¿Esto era lo que yo deseaba tanto? Bueno, ya está; ¡ya lo he conseguido! ¡Qué vano es todo esto! ¡Todas estas enfermedades, tantas enfermedades!». Un malestar semejante, cuando llegaba al término de una esperanza tan larga, cuando por fin se hallaba en el lugar que tan ardientemente había anhelado, era inexplicable.

El final de su discurso fue acogido por los aplausos rituales, pero la asamblea no experimentó realmente alivio hasta que el dulce Albert Moyau, sentado detrás del alto pupitre de mármol, se ajustó los lentes y comenzó: —Señor: el vizconde de Chateaubriand, que ocupó el sillón en que nos congratulamos de acogerle, escribe en sus memorias: “En vida de Hipócrates había, afirma una inscripción, escasez en los infiernos; gracias a nuestros Hipócrates modernos hay hoy abundancia”. Y bien; si el vizconde de Chateaubriand le hubiera conocido, ¿habría corregido su juicio? Por mi parte, señor, creo que sí…

Entonces las tribunas volvieron a reír. Todo el mundo se sentía mejor. Y el mismo Lartois, al oír desplegar el elogio de sus talentos, adquiría de nuevo confianza.

Albert Moyau, con voz trémula, alababa como una obra excepcional una biografía de Laénnec de la que Lartois era autor; todo, hasta la tesis de doctorado sobre las afecciones del píloro, fue exhumado para la circunstancia y calificado de «contribución importante a la alta ciencia de curar».

Lartois, con su cuidada mano, se alisaba los cabellos grises.

IX

Se quitó con pesar la espada y el frac. Le hubiera gustado pasearse así toda la vida. Para consolarse calculó que a un promedio de diez ceremonias por año se pondría el frac por lo menos un centenar de veces, o más bien ciento veinte, quizá incluso sin duda ciento cincuenta. Su padre había muerto a los setenta y cinco años, su madre a los setenta y nueve…

—Como ustedes comprenderán… —explicaba al empezar a cenar con la decena de amigos que había reunido en un salón privado del Ritz y que lo felicitaban una vez más por la elegancia de su atuendo. También era eso, sobre todo, lo que habían recalcado las informaciones de los periódicos de la tarde: «El profesor Lartois parece el Brummel de la Academia…» —… como ustedes comprenderán, tenía dos opciones. O bien comprar el traje de un colega difunto…

¡Con qué placer empleaba ahora aquel término «colega», refiriéndose a todas las glorias de Francia a partir de Richelieu!

—…o bien encargar uno nuevo. Nunca es muy agradable llevar el traje de otro, a menos que haya sido un amigo íntimo. ¡Ah!, evidentemente estaba el frac del pobre Jean… —continuó volviéndose hacia la señora Eterlin—. Pero en verdad Jean y yo no teníamos la misma planta. Entonces me dije: «¡Al diablo con la avaricia! ¡Hagámonos un uniforme nuevo!».

Hablaba un poco más alto de lo necesario, no podía desprenderse del tono de orador que había adoptado por la tarde y para referirse a su predecesor ya sólo utilizaba su nombre de pila.

Las cenas con motivo de acontecimientos felices, así como las de los aniversarios y las de año nuevo, son raramente compartidas con quien uno querría. El que acaba de recibir un premio en el Conservatorio, de ganar una copa de tenis, de ser admitido a la Conférence du stage, de ser elegido para el Parlamento o para el Instituto debe escoger siempre entre afectos, amores y amistades igualmente exigentes y exclusivos. Y como normalmente acaba cediendo a los más autoritarios, el triunfador bebe su champán con un pensamiento lejano de añoranza, de remordimiento o de nostalgia.

O bien elige reunir a todo el mundo —familia, familia política, mujer, viejos amigos, amantes, marido de la amante, nuevos camaradas—, y es todavía peor. Tiene a su alrededor unos comensales de mármol.

A Lartois no se le había planteado ningún problema de ese género. Su familia se reducía a una hermana solterona, que vivía en Provins y no había juzgado oportuno moverse. No tenía ni mujer ni hijos, y la muerte lo había privado ya de la mayor parte de sus amigos de juventud. En cuanto a sus recientes amantes, habían significado muy poco en aquel período en que su sola pasión había sido la Academia.

Tenía, pues, toda clase de razones para saborear su éxito con una felicidad simple. No se hablaba más que de él, de su discurso, de la respuesta, y él mismo se sentía autorizado a no tener otro tema de conversación que su propia persona.

Jéróme Barére, cuya lustrosa pechera se arqueaba bajo la barba y que tenía los labios relucientes de salsa bearnesa, gritó: —¿Y saben ustedes qué va a hacer esta noche, después de semejante jornada? ¡Va a leer los Evangelios en griego!

—Si eso se hubiera sabido antes —recalcó la señora Barére, ser caballuno que descubría al hablar grandes encías anémicas—, estoy segura, Emile, de que habría sido elegido en la primera vuelta.

Y Lartois sintió que su alegría se resquebrajaba. «Sí —pensó—, dentro de un rato echaré mano de los Evangelios, porque leer griego me obliga a no pensar en nada.»

El brazo negro del *maitre* pasó ante sus ojos, sirviendo el borgoña. Lartois oía la voz fuerte de Simón, el susurro aéreo de Marie-Héléne Eterlin y el sonsonete insistente de la duquesa di Salvimonte, riquísima cincuentona empolvada que hablaba a los hombres con una avidez exagerada. Toda aquella gente se dispersaría en seguida, lo dejarían solo.

Y empezó a temer el instante en que volvería a encontrarse, entre las paredes tapizadas de libros de la avenida de Jena, con las puertas cerradas en medio de la inmensa colmena adormecida de las familias y las parejas. Normalmente aquello no tenía importancia, e incluso muchas veces no le disgustaba quedarse sin otra compañía que su propio reflejo en el espejo. Pero esa noche, bruscamente, la perspectiva le resultaba insoportable. Aquella campana de soledad que había caído sobre él por la tarde, durante el pesado silencio de la sala, lo aprisionaba de nuevo entre sus invitados, y la jornada que acababa de vivir le había alterado demasiado los nervios para que los manjares y los vinos le produjesen un efecto de euforia. «De ahora en adelante estaré siempre colocado a la derecha de la dueña de la casa y me

pagarán el doble por mis artículos, y mi nombre estará en el Larousse... Y después... Me olvidarán de todas maneras... y de todas maneras esta noche estaré solo... Trataré de ser brillante.»

Utilizó el truco de los hombres que envejecen: empezó a contar anécdotas, haciendo juegos de manos con sus recuerdos, mezclando lo picaresco y lo trágico, haciendo resplandecer las palabras. Los otros se decían: «¡Verdaderamente, cuando está en forma, Lartois es extraordinario!».

—¡Oh, Emile!, ¡cuéntanos la historia del tren! —exclamó la Salvimonte.

—¿Qué historia del tren? —preguntó Lartois, que sabía perfectamente de qué se trataba.

—Ya sabes... la de las dos lesbianas que van en tren.

—¡Ah, sí!

Pero por mucho que hiciera, la cena se acabó, el café dejó una manchita negra en el fondo de las tazas y nadie más quiso seguir tomando champán. Barére empezó a cabecear. El editor Marcellin fue el primero en partir y los Barére aprovecharon su coche. Luego se retiró otra pareja. Era medianoche cuando al salir del hotel Ritz se encontró Lartois en la acera en compañía de la duquesa di Salvimonte, la señora Eterlin, Simón y Michel Neudecker, un alto opiómano de unos cuarenta años, de espalda estrecha y encorvada, silencioso, ya calvo, al que mantenía la duquesa.

La luna, una hermosa luna de verano, iluminaba las fachadas de la plaza Vendóme y verdeaba la columna de bronce.

—No vamos a separarnos ya —dijo Lartois—. ¿Y si fuéramos a tomar la última botella a Montmartre?

—¡Cómo! Usted, un miembro de la Academia Francesa, ¿en un cabaret? —exclamó la señora Eterlin.

—¿Y por qué no? —replicó Lartois riendo—. ¡La vida es eso! ¡Contradicciones, mi querida amiga! ¡Al diablo el conformismo! Hace dos años que ando cuidándome por culpa de esta condenada elección; me parece que tengo derecho a volver a hacer lo que me dé la gana.

—¡Bravo! ¡Esto es un hombre! ¡Vamos al Carnaval! —gritó la Salvimonte—. Es el mejor local de París.

Entonces, tomándola aparte, Michel Neudecker, que desde hacía un rato mostraba signos de impaciencia, habló por vez primera en dos horas. En voz baja, colérica y angustiada, hizo una escena; quería irse a casa.

—No nos quedaremos más que un cuarto de hora. ¡Después de todo, bien puedes esperar un cuarto de hora! —le murmuró la Salvimonte.

—Lydia, ya conozco tus cuartos de hora; son infinitos —dijo Neudecker mirando al frente—. Te gusta hacerme sufrir.

Y, sin embargo, subió al coche.

Simón no estaba acostumbrado a los establecimientos nocturnos. Apenas había ido anteriormente un par de veces, como testigo poco indulgente. Pero había bebido bastante en la cena de Lartois. La larga sala del Carnaval, en cuya atmósfera azulada giraba una espesa humareda, le gustó; miraba bailar a las parejas, volvía a la conversación, se reía con la duquesa como con una anciana conocida; las burbujitas heladas del champán se le derretían en la garganta, copa tras copa, y la música contribuía a su bienestar. «En el fondo, lo que pasa es eso —se decía—, estos lugares acercan a la gente, echan abajo los tabiques convencionales... Cierta libertad...»

Sentía una benevolencia universal, excepto quizá hacia la señora Eterlin, por quien sentía cierto resquemor a causa de la emoción exagerada de que había dado muestras por la tarde en la Academia y la manera en que había transformado la recepción de Lartois en conmemoración personal de su unión con Jean de La Monnerie.

No se dio cuenta del instante en que la realidad de las cosas se trastornó por completo en él, en que el universo cambió de densidad. Fue en el momento en que Lucien Maublanc, ya borracho también, se dejó caer en la mesa entre el ilustre médico y la infatigable duquesa. Lulu no tenía muchas veces la suerte de encontrar en un cabaret a camaradas de su generación.

—¡Cómo! ¿No has venido de bicornio? — exclamó golpeando a Lartois en el hombro. E inmediatamente le anunció la gran noticia que estaba festejando—: Arruinado, ¿oyes?, tu amigo Schoudler; mondo y lirondo, sin nada. Dentro de ocho días, en la puerta de la casa de la avenida de Messine habrá un cartel de «Se vende». Y la gente dirá: «Es la venganza de Maublanc». ¡Oh, seré terrible! No les queda ni un céntimo. Andan buscando unos millones para sacar a flote sus azucareras. Y han venido a pedírmelos a mí, los muy imbéciles. ¡Pelados, acabados!

«Extraordinario, extraordinario —pensaba Simón—. ¿Y si fuese a telefonear inmediatamente a Rousseau? ¿Dónde he visto yo a este personaje? ¡Ah, sí!, en el entierro de La Monnerie.» Y maquinalmente tendió su copa vacía al camarero.

—Señor —continuaba Lulu dirigiéndose bruscamente a Michel Neudecker—, si tiene usted acciones de Sonchelles o de la banca Schoudler, venda, venda mañana mismo; es un buen consejo el que le

doy. Va a ser una caída sonada.

Michel Neudecker, con el rostro gris y crispado y las pupilas perdidas, miró a Lulu con maldad y no contestó. «Me gustaría escupirle garbanzos en la cabeza», pensaba el intoxicado acordándose de una cerbatana que había tenido en su infancia.

Lulu probó el champán e hizo una seña al *maítre*.

—¡Llévese de aquí esta tisana! —dijo—. Es repugnante; Mumm Cordon Rouge, inmediatamente. Invito a tus amigos, Lartois, a todos tus amigos. Esta noche me siento espléndido. ¿Y cómo andas tú? ¿Y tu bicornio?

—¡Ah, usted me gusta! —le gritó de repente Simón con una voz cambiada que hizo estremecer a la señora Eterlin.

Y tendió la mano a través de la mesa para estrechar las largas falanges curvas de Lulu Maublanc.

—Y a mí también me es usted muy simpático, joven —contestó éste—. En primer lugar, tiene usted una gran cabeza, no una cabeza como todo el mundo, y eso me gusta. Tome un cigarro. ¡Siempre se encuentran amigos!

—¡Eso es! ¡Eso es! —gritó Simón—. Somos cabezones, y poseemos la inteligencia del corazón.

Sus ojos brillaban detrás de las gafas de montura de carey; tenía el pelo despeinado y el pescuezo húmedo.

—Simón, está borracho —dijo a media voz la señora Eterlin.

—No, no, yo nunca estoy borracho, no lo he estado nunca. Soy feliz, eso es todo. ¡Ah, evidentemente sorprende ver a alguien feliz! ¡La humanidad se niega a ser feliz! ¿Borracho? Yo sé lo que es una persona borracha, vamos, yo sé lo que es eso. Toda mi infancia… Toda mi infancia…

Pensó en su padre, cosa que no le ocurría ni una vez por mes. No había nada en común entre los furores de aquel alcohólico de aldea, que berreaba durante horas ante una mesa pegajosa y que se tambaleaba por las calles, y la sensación de placer lujoso, de independencia de espíritu que él experimentaba en aquel momento. «Yo soy un ser civilizado que tiene la intuición de las verdades.»

Adelantaba la mano hacia el balde del champán para volver a servirse él mismo.

—Te aseguro, Simón, que harías mejor en irte a casa.

—Pero ¡déjelo usted! —intervino la Salvimonte con su voz ávida y cascada a la vez—, ¡Es tan bueno estar borracho! ¡Para eso bebe uno! Las personas que se detienen cuando sienten que pierden pie son pobres seres miserables, despreciables. Hay que llegar hasta el extremo en todos los placeres, en todos.

Le sonreía a Simón con una ancha boca que ella creía tentadora. Su maquillaje se derretía, se resquebrajaba a lo largo de las arrugas. A las siete de la tarde, recién salida del baño y después de un sabio revoque, todavía podía ilusionar, recordar que durante veinte años había sido bella. En aquel momento todas las grietas de la edad se abrían en aquel rostro gastado por la sensualidad.

Pero Simón ya no veía claro. Sentía por todos los seres que le hablaban una milagrosa fraternidad, de la que sólo estaba excluida la señora Eterlin.

—También usted me gusta —dijo volviéndose hacia la duquesa —. Usted comprende un montón de cosas, ¿verdad?

Para darle las gracias, ella le reveló, mientras le manoseaba la rodilla, que era viuda de un rumano, que tenía sangre eslava y que sólo le gustaba vivir en París. Simón oyó que Lulu Maublanc le decía a Lartois: —Una futura gran actriz, ¿sabes? Y soy yo quien la ha descubierto, ni más ni menos. ¡Oh, una persona decente...! De lo mejor que hay, de muy buena familia. Está conmigo, ahora la verás.

Se trataba de Sylvaine Dual, que se había quedado atrás para pasarse un peine y charlaba en aquel momento, al lado de la cortina de terciopelo que ocultaba la entrada, con Anny Féret, que enumeraba las personalidades presentes.

—... y aquel de gafas, el más joven, el que gesticula de aquella manera, acaban de decirme que es un mandamás de Educación Nacional. Esa gente no tiene el menor pudor para venir a lugares como éste. ¡Cómo van a educar a los niños! Además, hay que ver con qué mujeres salen, ¡y qué cuadros! ¡Mira aquello!

La pelirroja dio la vuelta maquinalmente al brazalete de oro y perlas que bailaba en su frágil muñeca. Su cabellera resplandecía. Ya no era la pequeña Dual que vivía al fondo de un sórdido patio del

barrio de Montmartre. Lulu, tal como le había anunciado en su primer encuentro, la había lanzado a la fama. El nombre de Sylvaine Dual figuraba en el cartel de una obra nueva de los bulevares, donde tenía un papel gracias al capital que había aportado el impotente Lulu. Y lo más asombroso era que, en un papel de ingenua, mostraba cierto talento para la comedia.

«Esta recién llegada, por su picante encanto y su juventud auténtica —había escrito el crítico dramático del *Fígaro*—, ha salvado por sí sola a la velada de un aburrimiento total.» Y aquello había bastado para darle una cierta reputación en el restringido mundo del teatro y provocar ya envidias. Su fotografía en traje de noche aparecía en las revistas de moda.

—En fin, se puede decir que has sabido arreglártelas con Lulu. ¡La cantidad de dinero que le sacas! —siguió Anny—. ¡Un piso en la calle de Nápoles, una doncella, un teatro donde haces lo que quieres! Yo, ya lo ves, sigo en este cochino sitio. Has sido más hábil que yo. Pero ya puedes decir, de todas formas, que tu vieja Anny fue una buena compañera en el momento en que estabas muriéndote de hambre. ¿Donde estarías sin mí?

—Sí, sí; no lo olvido —contestó Sylvaine a regañadientes—. Pero si no hubiera sido él, habría sido otro, ¿sabes? En primer lugar; cuando una tiene talento es forzoso que surja en cualquier momento.

—¡Arpía! —murmuró Anny Féret viéndola alejarse.

Se levantaron de la mesa para hacerle sitio a Sylvaine. Casi inmediatamente, mientras la orquesta tocaba con sordina, se adelantó el gordo húngaro, con el vientre por delante y el violín en la mano.

—¡Oh, cuántas mujeres bonitas! ¡Cuántas mujeres bonitas! —exclamó—. Un ramillete de flores. ¿Qué desean oír estas señoras...? Entonces, vals húngaro, ¡muy especial!

Bajó la luz en la sala, el proyector tomó la mesa en su cono deslumbrante y el arco empezó a revolotear sobre las cuerdas.

—Maravilloso, maravilloso —murmuraba Simón.

En aquel lugar aterciopelado, brillante, lujoso, hecho para la diversión nocturna o los encuentros amorosos de la juventud dorada parisina, en ese momento, sólo aquella mesa, compuesta mayoritariamente por seres en decadencia, emergía de la sombra. La luz del proyector revelaba con dureza los estragos del tiempo, los

realzaba frente a toda la sala sobre una gran bandeja redonda de claridad. Allí estaban, inmóviles, pasmados en sus alegorías, como una escena de cera del museo Grévin. Parecían no tener ya alma, sino simplemente un espejo de plata oxidada detrás de los ojos. Sus rostros presentaban no sólo la fatiga de una vigilia que sus tejidos ya no podían soportar, sino también las marcas de los cataclismos internos.

Las mejillas de Marie-Héléne Eterlin se hundían, como reblandecidas por el fuego del proyector; Neudecker era sacudido de tanto en tanto por un escalofrío en medio de aquel calor.

«¡Y pensar que ese muchacho ha sido un héroe! —se decía Lartois, que en contra de su esperanza seguía lúcido y juzgaba sin piedad—. Se acabó, se acabó... Y todo esto ya no me divierte.»

Incluso Simón, que iba a cumplir treinta y cinco años, había dejado de ser un joven, y con la ayuda de la embriaguez ya mostraba los estigmas de la vejez.

Sólo Sylvaine estaba en la veintena. Para demostrar que era actriz no se había quitado el maquillaje de escena, pero, así como el colorete no ocultaba las arrugas de la Salvimonte, tampoco podía disimular la juventud de Sylvaine. Y su pecho adolescente, realzado por un corpiño escotado, derrotaba fácilmente a los pechos sujetados, comprimidos, engañosos. Su melena lanzaba destellos de un cobrizo natural, en medio de los cabellos teñidos y opacos.

Aunque ya estuviera podrida por dentro, no se veía, de momento; sólo el alma había sucumbido. Y en la mirada de Lartois se encendieron las lucecitas fijas, metálicas.

En aquel momento le dijo Simón a Sylvaine con una voz cuya fuerza ya escapaba a su dominio: —¡Es usted hermosa, muy hermosa, demasiado hermosa para todos nosotros! Es usted quien tiene la respuesta, la única respuesta.

El húngaro, con un inesperado arranque de dignidad propio de un gran artista, paró de tocar en seco y dijo: —Que hable el señor todo lo que quiera; yo seguiré después.

—Usted toca muy bien, toca muy bien, pero también esto es música, ¡y aún más bella que todo el Liszt y el Chopin que a usted le dé la gana! —gritó Simón señalando el rostro de Sylvaine.

—¡Simón! —dijo la señora Eterlin.

—¿Qué? ¿Qué? ¿Ya no tiene uno derecho a decir lo que piensa, entonces? ¡La franqueza está proscrita de la Tierra! ¡Hay que decirle que es bonita, es necesario que lo sepa! Pero usted está celosa. ¡Sólo tiene los recuerdos para consolarse!

Gritaba en medio del silencio y no le disgustaba sentir que la atención de la sala se volvía hacia él.

—¡Simón!, ¡cállese, se lo suplico! —insistió la señora Eterlin.

—Bueno, bueno, me callo, ya que usted no entiende lo que quiero decir. Sólo las mujeres a quienes uno todavía no conoce comprenden algo.

Una propina de Lulu calmó el orgullo del violinista, que terminó su vals húngaro.

En cuanto la luz volvió a ser normal y les hubieron llevado nuevas botellas, la mesa del museo Grévin empezó otra vez a vivir y reinó en ella gran confusión.

Neudecker se obstinaba en volver a casa. Sylvaine le preguntaba a Simón: —¿No ha visto usted mi obra? Venga a aplaudirme cuando quiera. Pondré mi palco a su disposición.

Sintiéndose el foco de atención de varios anhelos, reía en voz alta, sacudía la cabellera, lanzaba ante sí largas bocanadas de humo. La señora Eterlin tenía húmedos los ojos.

Lulu Maublanc, con la voz pastosa, preguntó de repente: —Emile, tú que eres un gran médico, dime la verdad, ¿a los sesenta años todavía se puede tener un hijo?

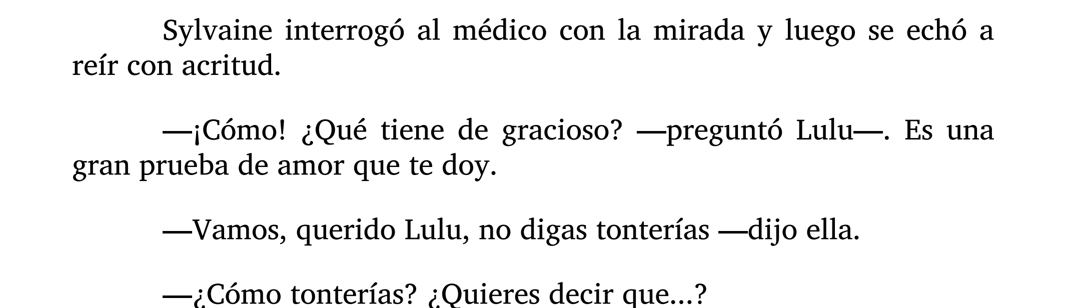
—¿Qué quieres decir? ¿Si es razonable?

—No, no si es razonable, si se puede.

—No hay ninguna razón en contra. Se puede incluso más tarde —contestó Lartois mientras seguía observando a Sylvaine.

Pero ésta canturreaba el estribillo que tocaba la orquesta, inclinando la cabeza hacia Simón.

—¿Oyes, Sylvaine? —dijo Lulu—. Lartois acaba de afirmar que puedo tener un hijo. Dice, incluso, que es la mejor edad. Muchacha, quiero un hijo tuyo.



Sylvaine interrogó al médico con la mirada y luego se echó a reír con acritud.

—¡Cómo! ¿Qué tiene de gracioso? —preguntó Lulu—. Es una gran prueba de amor que te doy.

—Vamos, querido Lulu, no digas tonterías —dijo ella.

—¿Cómo tonterías? ¿Quieres decir que...?

Había adoptado un tono malvado y colérico; ella sintió que las cosas iban a torcerse.

—Naturalmente, querido Lulu; ¡claro que puedes tener hijos! —dijo—. Pero soy yo la que no quiere. ¿Qué iba a hacer yo con un hijo? Piensa en mi carrera. Y, además, un hijo cuesta muy caro.

Le había pasado el brazo en tomo al cuello, ganaba de nuevo su favor.

—Pues bueno, nada más que para hacer rabiar a Schoudler. Me repugna con su chiquillería. ¡Nada más que por eso! —dijo—. Escucha, muchacha, si tienes un hijo mío, te doy un millón.

Sylvaine dio un respingo y lo miró de manera extraña.

—No, no, no estoy borracho —insistió Lulu—. Lo he dicho bien: un millón, cincuenta mil luises; inmediatamente, contante y sonante, el día del nacimiento.

Y tomando a toda la mesa por testigo, añadió: —¡Ya lo oyen todos ustedes! —vociferó—. Le doy un millón a esta pequeña si tiene un hijo mío.

Gritos, exclamaciones y risas se cruzaron.

—¡Bravo!

—Entonces ¿para cuándo?

—¿Quién va a ser el padrino?

Lulu, orgulloso de sí mismo, sacaba pecho y reía poniendo al descubierto parte de sus largos dientes amarillos.

—Fírmame eso en un papel —dijo Sylvaine, fríamente, en medio del tumulto.

—¡Eso es! ¡Un papel, un documento para los archivos! —gritó Simón—. ¡Este hombre me gusta!

Sacó del bolsillo una hoja de papel y miró cómo Lulu escribía su promesa en buena y debida forma.

Frente a Simón la atmósfera temblaba como un vapor hirviente. Los rostros circundantes flotaban, cambiaban bruscamente de actitud. Por otra parte, ya no le importaba ningún rostro más que el de Sylvaine. Simón había llegado a ese punto en que la embriaguez engendra deseos obsesivos, al mismo tiempo que los planes demoníacos para satisfacerlos. Quería a aquella muchacha, esa misma noche, y estaba decidido a aferrarse a la pareja todo el tiempo que fuera necesario. Sólo un suplemento de alcohol que lo derribase en el sitio o una puerta cerrada en la nariz podrían dar cuenta de él.

Una vez doblado el papel y metido en su bolso, Sylvaine lanzó una risa estridente, colocó un trozo de hielo en el pescuezo de Simón y le sacudió el pelo con las manos. Simón no era el único en idear planes sórdidos en torno a Sylvaine. En aquel momento la Salvimonte susurraba al oído de su amante: —Te la regalo, nos la regalo, ¿quieres? Puedo hacerlo.

—No —le contestó Neudecker—. Quiero volver a casa y nada más.

—Entonces no seas impaciente, puesto que, de todas maneras, esta noche seré para ti.

—No es de eso de lo que tengo ganas, lo sabes bien.

—¡Grosero! ¡Ya me las pagarás!

—Y yo te plantaré, ¿me oyes? ¡Te plantaré! ¡No aguanto más esta esclavitud!

En una mesa vecina, Anny Féret, vigilando a Sylvaine, se decía: «Si se quedara sola me la llevaría a mi casa, a la muy zorra. ¡Ah! Acabará por volver algún día».

Y Lartois pensaba, según su vieja técnica de soltero, cómo organizaría el itinerario de regreso a fin de acompañar a Sylvaine en último término, si fuera posible. «No, no dará resultado. Están formadas las parejas; es una mala noche, es un fastidio.»

Sabía que antes de tres días encontraría en *Le Cri de París* algún

chisme sobre él, y se decía: «Es una idiotez, es una idiotez haber querido venir aquí. Me siento aún más solo que antes». Aquellos seres que estaban a su alrededor, que habían perdido a medias o completamente el sentido común, farfullando, riendo, gritando o discutiendo, parecían comprenderse fuera de toda lógica. Y él estaba excluido de ese entendimiento.

Sylvaine y Simón chocaron sus copas con tanta fuerza que la de Simón estalló entre sus dedos. Brotó un poco de sangre, de la cual Simón ni siquiera se dio cuenta. Para no ser menos, Sylvaine quebró su copa contra la mesa. Un camarero con la espalda encorvada y la servilleta en la mano se acercó a recoger los pedazos y a secar el champán.

—El señor Neudecker y yo quisiéramos irnos —dijo Marie-Héléne Eterlin en tono lastimero.

—¿Por qué marcharse? ¡La vida comienza! —exclamó Simón—. Bueno, váyanse, váyanse. En el fondo lo estoy deseando. ¡Tengo sed! ¡Tengo sed!

—Sí, creo que ya es hora —dijo Lartois levantándose. Llamó al *mattre*, pero Lulu se interpuso.

—No, no, yo me encargo —dijo—. Pero nunca te perdonaré que no hayas venido con el bicornio.

Al dirigirse a la salida, Simón tropezó con varias mesas, lo cual le pareció asombroso puesto que vastos espacios despejados le parecían abrirse ante sus pasos en la penumbra. Lulu y él acababan de decidir tutearse.

—No me separo de ti —decía Simón tomándolo del brazo—; por fin he descubierto un hombre de verdad y no me voy a separar de ti.

—Pero ¡si te digo que voy a hacerle un hijo! —contestaba Lulu rodeando el talle de Sylvaine.

—No importa. Yo seré testigo, yo seré testigo.

Los taxis esperaban al borde de la acera.

Sin despedirse de nadie, Neudecker se metió en el primero, arrastrando por la muñeca a su torturadora italo-eslava, y mientras arrancaba el coche se oyó que empezaban a insultarse.

Todavía pegado a Lulu y a Sylvaine, Simón afirmaba con voz ronca que no tenía una dirección en el mundo, ni otros amigos, y se obstinaba en subir a su taxi.

—¡Simón, se lo ruego! ¡Si se viera se horrorizaría! —dijo la señora Eterlin.

—Nosotros le acompañaremos, quédese tranquila —dijo la actriz, que a su vez se había agarrado a Simón y no parecía dispuesta a soltarlo.

Viendo el cariz que tomaban las cosas y atrapando al vuelo la ocasión, Lartois le dijo a la señora Eterlin: —Vamos, vamos, Marie-Héléne; yo la acompaño. —Pero ¡no se le puede dejar en ese estado!

—Sí, sí. No le pasará nada. Cuando un hombre está borracho, lo mejor es no llevarle la contraria, créame.

Y la hizo subir a un tercer taxi.

Simón no se dio cuenta del tiempo que duró el trayecto. Sylvaine tenía la cabeza apoyada en el pecho de Lulu, pero en la sombra había deslizado su mano en la pechera desabrochada de Simón y jugaba con los pelos de su torso.

Simón se encontró en un apartamento desconocido del cual no vio nada, sólo se enteró de que le daban de comer un huevo duro que le gustó mucho. Estaba desplomado en un sillón con una lluvia de oro ante los ojos y un vasto remolino de paredes blancas.

Dos formas desnudas se agitaban sobre una cama, allá muy lejos; llegaban hasta él sonidos vagos. Hubiera querido otro huevo duro, y luego seguir bebiendo.

Una voz dijo:

—Bueno, después de esto, mi Lulu adorado, seguramente estoy encinta.

Luego Simón, que estaba adormecido, sintió que lo levantaban por debajo del brazo, mientras una voz le murmuraba: —Ven, está dormido. Está todavía más borracho que tú.

Reconoció a Sylvaine, que, sin sostén, lo arrastraba a la habitación contigua, lo tendía sobre un canapé y lo ayudaba a desnudarse.

Le murmuraba cosas incomprensibles.

—Si se le ocurre dudar, le diré que tú estabas aquí, que lo viste todo. Tú también se lo dirás, ¿eh? Tiene que creerlo.

Él asintió por medio de gruñidos.

De repente la mordió en el hombro y en el pecho, y le pareció que el universo y él mismo se hundían en el fuego.

Unas uñas puntiagudas se clavaron en sus riñones, mientras una voz gritaba debajo de él: —¡Quédate!

Y luego el sueño lo cubrió todo.

XI

El taxi de Lartois bajaba hacia Boulogne.

—Esta noche Simón me ha disgustado mucho —dijo la señora Eterlin—. Ha estado de una grosería increíble. Y además ¡me ha comprometido de una manera...! Es una estupidez, pero tengo ganas de llorar. ¿Está usted seguro de que no va a pasarle nada?

—Claro que no, claro que no, mi querida amiga —contestó Lartois—. Tranquilícese, todo eso no tiene ninguna importancia. Simón es encantador.

—¡Ah, yo ya no lo creo! ¡Esa manera que ha tenido de echarse en brazos de aquella muchacha...! Yo soy demasiado vieja, ¿verdad? —preguntó.

—No, Marie-Héléne, ¿cómo se le ocurre pensar eso? Tiene usted una frescura que he admirado durante toda la noche, se lo aseguro.

—Es usted bueno, Emile, muy bueno; pero yo me doy cuenta de que debería romper con Simón. Le he tomado cariño a ese muchacho y mi vida se va a convertir en un infierno.

Salió un coche por una calle transversal; el chófer frenó brutalmente. La señora Eterlin lanzó un grito y se encontró medio caída sobre Lartois. Él volvió a instalarla en el fondo del asiento pasándole el brazo en torno a los hombros.

—Evidentemente, tiene los aspectos buenos y los aspectos malos de la juventud —dijo—. Tal vez usted necesite a su lado a alguien más asentado, más fuerte... Además, en este momento se encierra usted un poco, me parece. Hay que salir, ver gente, adquirir nuevamente contactos mundanos.

Al mismo tiempo, aproximaba los labios al rostro de ella.

—No, Emile, no, se lo suplico —dijo ella rechazándolo—. No me siento muy bien, me duele la cabeza.

—¿Quiere que subamos un instante a mi casa? Podría darle una pastilla.

—No, gracias; quisiera volver a la mía, de verdad.

Permanecieron callados un momento. El coche rodaba por una avenida del Bois. Lartois volvió al ataque de manera más decidida.

—No, querido amigo, se lo ruego. No se crea usted obligado a mantener su reputación —dijo la señora Eterlin cruzando las rodillas —. Me siento muy halagada por su interés, aunque sólo fuese de una noche, pero no pase usted de ahí.

—Pero no es una noche, Marie-Héléne; hace mucho tiempo que ocupa usted mi pensamiento..., mucho tiempo que la deseo.

—Vamos, vamos, no diga lo que no piensa —contestó ella dándole palmaditas en la mano—. Somos muy viejos amigos, no hubiera usted esperado a hoy para eso. Es simple cortesía.

Luego hubo otro rato de silencio y el chófer oyó: —No, Emile...

Y unos instantes después, con voz más firme: —¡Vamos, Emile, quédese quieto, o hago parar el coche...! ¡No!

Abrió la ventanilla y entró en el taxi una bocanada de aire fresco. Luego la señora Eterlin se acurrucó en el fondo del vehículo, a la defensiva.

—Es usted verdaderamente odioso —dijo—. Le digo que me duele la cabeza y que no tengo ningunas ganas. ¿Y quién cree usted que soy? ¿Una mujer que cede así, en tres minutos, para pasar el tiempo en un taxi? Verdaderamente atribuye usted demasiado valor a sus homenajes, o demasiado poco. Vamos, cálmese.

Él cambió de táctica, y mientras bordeaban el Sena le habló de grandes sentimientos siempre callados, de su necesidad de un afecto duradero, de su búsqueda de un amor único, todo cosas en parte verdaderas, pero que se tornaban falsas por el hecho de que se dirigían a ella.

El coche se detuvo en la calle Tissandre.

Lartois bajó y acompañó a la señora Eterlin hasta la puerta del jardincillo.

—Me gustaría seguir charlando un rato con usted —dijo.

—No, le repito que...

—¡Vamos! ¿Ni siquiera el día de mi recepción en la Academia?

¿No la conmueve eso? ¡Va usted a dejarme solo…!

Había dicho aquello con un tono tal que, en efecto, ella se conmovió. Pero le dolía demasiado la cabeza.

—Venga usted otra noche, charlaremos. Pero, realmente, ahora estoy tan cansada que sería capaz de creerle. Gracias de nuevo por esa cena maravillosa.

Y cerró la puerta.

«Soy un imbécil —se decía él durante el camino de regreso—; un imbécil. Me veré obligado a mandarle flores mañana y va a imaginarse que estoy enamorado de ella. ¿Quién habrá podido tirarme de la lengua para que le contara todo eso? Y ahora…»

Ya en la acera de la avenida de Jena, una vez pagado el taxi, todavía no podía decidirse a volver a casa. Miró su reloj: las cuatro de la mañana. Una vaga palidez comenzaba a subir en el cielo y luchaba con las estrellas. El aire era fresco, vivificante, y los escasos ruidos tenían transparencias cristalinas. La irrealidad del alba circundaba la ciudad. Sostenido por el alcohol, Lartois no experimentaba ningún deseo de dormir, y la perspectiva de recorrer su piso durante una hora, dos horas tal vez, preguntándose qué podría proporcionarle en adelante la existencia, le resultaba insoportable.

«Lo tengo todo, todo lo que he deseado, he triunfado en todo lo que yo quería; millares de escritores, millares de médicos me han envidiado hoy, y yo soy desgraciado… La verdad es que todavía tengo demasiada juventud para mi edad. Ése es el drama. ¿Qué podría emprender ahora…? ¡Y pensar que hay en esta ciudad centenares de mujeres jóvenes, bonitas, solitarias, que estarían tan contentas de tener esta noche un compañero, y yo no las conozco! Por otra parte, a estas horas están durmiendo, todo el mundo duerme.»

Así soñando, había echado a andar y bajaba los Campos Elíseos con la vaga esperanza de un encuentro improbable. La avenida estaba desierta. Se cruzó con una pareja de jóvenes que avanzaban a paso rápido, apretados el uno contra el otro; un borracho, arrimado a las paredes, marchaba tambaleante; un trapero hurgaba en un cubo de la basura; una mujer, evidentemente una prostituta, bajaba por la avenida delante de Lartois. Aceleró el paso para alcanzarla, latiéndole el corazón un tanto apresuradamente. ¿Qué importaba, después de todo, que fuese una chica de la calle? ¿Acaso no era una compañía como cualquier otra? Además, él le haría preguntas. Pero la mujer

dobló por la calle del Coliseo y desapareció bajo una puerta cochera. Era la hora en que hasta las prostitutas volvían a su casa. Siguió caminando. Llegó hasta la plaza de la Concordia sin haber visto a nadie más que una pareja enlazada en un banco.

Frente a él, la plaza de centenares de farolas, las fuentes reverberantes con reflejos de mercurio, las fachadas del hotel Crillon y del Ministerio de la Marina, y más allá del puente la masa sombría del palacio Bourbon, un edificio que parecía de bronce más que de piedra, y construido por los obreros de Júpiter más que por simples hombres. «La ciudad más hermosa del mundo», murmuró para sí. Pasaba un taxi vacío, con un ruido traqueteante en el silencio. Lo llamó.

—Al Hópital des Enfants malades —dijo.

El interno de servicio, soñoliento, y convencido de que lo llamaban por un accidente, se quedó atónito al ver aparecer al «gran jefe» de esmoquin, casi a las cinco de la mañana.

—¿Cómo va el pequeño Corvol? —preguntó Lartois.

—En coma desde las nueve, patrón —contestó el interno.

—Me lo suponía, quería pasar por aquí al terminar la jornada. No he podido. La recepción ha durado más de lo que yo creía, y luego la cena, y los amigos que querían arrastrarme a toda costa...

Se había quitado la chaqueta, se lavaba las manos y se ponía un guardapolvo blanco. Tenía el rostro cansado, pero la mirada y la palabra conservaban su nitidez.

—Subamos —dijo—. Ya le había dicho, hace tres días, que no podríamos salvarlo.

Lartois y el interno recorrieron los largos pasillos débilmente iluminados y cargados de un fuerte olor a éter y a formol.

La enfermera de guardia en la planta se unió a ellos.

Lartois empujó una puerta acristalada y entró en un cuartito blanco.

Un niño de unos nueve años, con la piel amoratada y el pelo pegado por la fiebre, yacía en una cama, con la cabeza echada hacia atrás y un débil estertor. En medio de la frente tenía un lunar.

Lartois le tomó el pulso, le levantó un párpado, bajo el cual estaba desviado el globo del ojo, y apartó la sábana; las piernecitas enflaquecidas por la deshidratación ofrecían al tacto una dureza anormal, bajo la apariencia un poco metálica de la epidermis.

—¿Cuándo le han dado el último suero? —preguntó Lartois.

—A las seis, profesor —dijo la enfermera.

—Bueno, vamos a volver a darle. Y luego déjeme todo preparado para una intracardíaca. La necesitaremos de un momento a otro.

—¿Cree usted, patrón...? —dijo el interno.

—No creo nada —contestó Lartois—. Es más, estoy seguro de que no servirá para nada. Pero hay que intentarlo todo, hijo mío, siempre hay que intentarlo todo, hasta después de la muerte.

La enfermera suspendió la botella de suero glucosado en un gancho de metal, buscó en el muslito amoratado un lugar que no estuviese endurecido por las inyecciones precedentes y reguló el descenso del suero en el tubo de goma, gota a gota.

—Si todavía puede asimilar... —dijo Lartois.

El niño moribundo seguía sin movimiento, sin reacción, con los ojos en blanco.

—Parece que ha sido muy hermosa su recepción, patrón —dijo el interno—. He visto las fotografías en los periódicos.

—Sí, todo ha ido muy bien —contestó Lartois—, realmente bien. La Cúpula llena, un público muy entusiasta... Tal vez le suceda a usted algún día, Morant.

—¡Oh, no! Yo sé bien que no he nacido para eso —dijo el interno con una sonrisa modesta.

Permanecieron un momento silenciosos, observando al pequeño Corvol. El suero ya no descendía en la ampolla. Lartois movió ligeramente la aguja bajo la piel. Una hinchazón atestiguaba el estancamiento del líquido.

—Váyase a descansar, Morant, y también usted, señorita Payer —dijo Lartois—. No sirve para nada que seamos tres.

—De ninguna manera, profesor, voy a quedarme —dijo la enfermera.

—No, tengo interés en seguir yo la evolución. En fin, si se puede hablar de evolución... Realmente no necesito a nadie para la intracardíaca; se lo aseguro, prefiero quedarme solo.

Y Lartois se quedó sentado al lado del niño, con la mirada atraída por el lunarcito, por aquella gota de ámbar sobre la frente húmeda. Ya no tenía nada que aprender de la meningitis tuberculosa, nada más que recibir la confirmación de comprobaciones hechas cincuenta veces. Pero aquel médico cubierto de honores, que por egoísmo no había conocido jamás la paternidad, continuaba experimentando frente a la agonía de los niños una piedad que la muerte de los adultos había dejado de inspirarle hacía mucho tiempo. Eso era lo que había ido a buscar al hospital, aquel último resplandor de solidaridad humana que quedaba en él, aquel último lugar del espejo que todavía no estaba empañado y podía reflejar algo que no fuese él mismo. «Pobre chiquillo, que no volverá a ver el sol.»

De repente el niño se animó, se agitó, entró en convulsiones con gestos grotescos de pequeño ahorcado. Las pupilas estaban enteramente vueltas hacia la frente, las rodillas demasiado gruesas chocaban entre sí, la piel se le ponía violácea; un poco de espuma asomaba en las comisuras de los labios. El tubo de goma con la aguja de metal en el extremo había volado por encima de las sábanas apartadas. Lartois cerró la llave de paso de debajo de la ampolla, volvió junto al niño, agarró por los hombros aquel cuerpecito que ya no veía, que ya no oía, que tal vez ni siquiera percibía ya el sufrimiento, que no era más que una última torsión de nervios y de músculos bajo el pie del ogro que lo ahogaba.

—¡Cálmate, pequeño, cálmate! —murmuraba Lartois maquinalmente, sabiendo muy bien que las palabras eran inútiles.

La crisis arreciaba. Lartois acariciaba suavemente la frente del niño, pasaba y volvía a pasar el dedo sobre el lunarcito de ámbar. Ahora el cuerpo había vuelto a su inmovilidad. El pulso se aceleraba hasta ser incontable y perdía fuerza; parecía más una vibración eléctrica en un cable que un latido de arteria. Lartois, con los auriculares del estetoscopio en los oídos, interrogaba ahora directamente al corazón y lo que oía era espantoso, todo aquel porvenir a punto de aniquilarse en un músculo del tamaño de un puño. En el instante exacto en que el estetoscopio se calló y se le hizo perceptible un ínfimo abatimiento del cuerpo, Lartois desnudó aún

más aquel pequeño pecho, agarró la larguísima aguja de acero preparada sobre una bandeja y, con una rapidez y una precisión sorprendentes en un hombre de sesenta y un años que no había tomado ningún descanso desde hacía tantas horas, la clavó entre dos costillas de un solo golpe y la hundió hasta el corazón del niño. Luego empujó con el pulgar el émbolo de vidrio, expulsó la adrenalina de la jeringa, sacó con un movimiento recto la larga aguja, examinó la punta, volvió a ponerse el estetoscopio y esperó. Al cabo de un momento levantó unos ojos tristes hacia la ventana, por la rendija de cuyos postigos empezaban a filtrarse los rayos de luz, y cubrió con la sábana el pequeño cadáver.

Cuando Lartois salió del hospital ya era de día. Los barrenderos recogían los cubos de la basura; los obreros que se dirigían al trabajo miraban a Lartois con aire guasón, tomándolo por un viejo juerguista. Sólo se equivocaban a medias.

Muchas fueron las personas que se preguntaron aquella mañana, al abrir el periódico, cuáles serían los méritos de aquel señor Emile Lartois para haber sido recibido en la Academia con tanta pompa y boato. ¿Podían acaso saber que lo que justificaba aquel exceso de honores era, mucho más que una obra, la personalidad poco común de un hombre capaz a la vez de leer los Evangelios en griego y violar a las mujeres en un coche, de arrastrarse por los cabarets e ir, al final de la noche, a ayudar a un niño a morir?

Las cosas pasaron exactamente como Noel Schoudler había previsto. Algunos días después de su conversación con Lucien Maublanc, fue lanzada al mercado una importante cantidad de acciones de Sonchelles. Como las Sonchelles eran valores considerados muy seguros, mantuvieron su cotización a la apertura. Pero la oferta siempre creciente empezó a hacer bajar la cotización. Entre las doce y las dos, las Sonchelles tuvieron una caída de sesenta puntos. Albéric Canet, el agente de cambio y bolsa de los Schoudler; después de haber telefoneado repetidas veces al banquero, sólo obtuvo de él esta respuesta: —¡Deje que bajen! Y cuando cierre la bolsa, pase por mi despacho.

François, igualmente advertido, trató de reunirse con su padre, pero en vano... Noel no se dejó ver hasta muy al final de la tarde, después de haber permanecido encerrado largo tiempo con su agente de cambio y bolsa y un especulador.

—Bueno, ¿qué dices de todo esto? —le preguntó a François.

—Pero, papá, en fin, no comprendo... ¿Qué es lo que pasa?

—Pasa..., pasa —dijo el gigante— que se sabe la situación en que nos has colocado con Sonchelles, y que las personas prudentes se desprenden de ellas, empezando por la banca Leroy, que hoy ha soltado el lastre de un enorme paquete. Y aún no ha terminado. ¡Ya verás, ya verás las consecuencias!

Tenía una mirada malévola que François no se sentía con derecho a sostener.

Al día siguiente una atmósfera singular rodeaba las transacciones sobre las Sonchelles. Algunos especuladores, sospechando un montaje, compraban; pero la oferta los desbordaba. Muchas personas serias, atentas a los rumores que circulaban, pasaban órdenes de venta. El agente de cambio y bolsa de los Leroy conducía la ofensiva sin tregua. Aquel día las Sonchelles, marcando una diferencia de cien puntos, cerraron a mil ochocientos cuarenta. En consecuencia, el resto de los negocios Schoudler que cotizaban, como la banca y las minas de Zoa, cayeron. En términos generales, toda la bolsa cerró a la baja.

Por la tarde Noel Schoudler recibió una llamada telefónica de Anatole Rousseau, que le participaba la inquietud reinante en los

medios políticos.

—Tranquilice a sus amigos, mi querido ministro, tranquilícelos —contestó Noel—. Y no crea nada de lo que le cuenten. Mi hijo François ha dado un paso en falso en lo referente a un aumento de capital y la imaginación de la gente se ha echado a volar. Ya recibirán su merecido. Esto no afecta para nada a nuestra posición y Schoudler padre está detrás para ocuparse, quédese tranquilo. ¿Quiere una prueba? Mañana, al cierre de la bolsa, paso una orden por usted de doscientas Sonchelles. Si bajan, van a mi cuenta; si suben, las tendré a su disposición.

Había propuesto todo eso en un tono de camarada, como hubiera podido decir en las carreras: «Apuesto cincuenta luises por usted a *Ginger Boy*».

—¡Ah! A propósito, mi querido ministro —siguió—, hace mucho tiempo que soy oficial de la Legión de Honor. ¿No cree usted que ya sería hora de pensar en hacerme comandante? Precisamente, dado lo que está ocurriendo... ¡Ah! Se la quiere otorgar a François... ¿Está seguro? ¡Ah sí, en efecto, el padre y el hijo en la misma hornada no sería posible... Bueno, pues retrase entonces la cruz de François. Es joven, tiene tiempo.

«¿Será un farol?», se preguntó Rousseau al colgar. Cualquier cosa podía interpretarse de la actitud de Noel Schoudler; la calma verdadera del personaje seguro de sí mismo, y también la falsa calma del que quiere disimular su angustia.

Como decía Albéric Canet, que sin embargo era el único a quien el gigante se confiaba durante esos días, «nunca se podía saber lo que aquel bribón tenía en la cabeza».

En realidad, la operación estaba desarrollándose de acuerdo con la voluntad y las premisas de Noel. Al día siguiente (ya estaban dadas las órdenes) haría mantener en el mercado de valores la banca Schoudler y las minas de Zoa, y seguiría dejando caer las Sonchelles. Y luego, al final de la jornada o a la jornada siguiente, las compraría en bloque, a la cotización más baja, gracias a los recursos que se suponía que ya no tenía. Todo se basaba en eso, en ese conjunto de maniobras. Así como otros, cuando ya no tienen nada, se esfuerzan por infundir confianza, él, firmemente establecido, había infundido desconfianza. Y para ayudarle en sus propósitos había necesitado un enemigo tan ciego como Maublanc. Antes de una semana Schoudler habría restablecido la cotización de sus acciones. Y tendría entonces sobre

Sonchelles un control no ya del doce, sino del dieciséis o del diecisiete por ciento; podría reinvertir lo que quisiera y utilizar sus beneficios para la ampliación de capital, con cuyos gastos habría corrido prácticamente, en lo que le concernía, el grupo Maublanc-Leroy.

Al mismo tiempo, quedaría sobradamente demostrada la negligencia de François, a quien no le quedaría más remedio que presentar su dimisión en el próximo consejo. Y toda la gloria de haber salvado las azucareras recaería en Noel, que de nuevo lo tendría todo en sus manos.

«¡Qué bien hice en guardar mis reservas para una situación difícil! ¡En buena nos encontraríamos si me hubiera dejado llevar por François —pensó, olvidando que él era el único artífice de aquella maquinación—. ¡Ese chiquillo me hará envejecer diez años con esta historia!» Y se llevaba la mano al corazón.

Ahora bien, Noel lo había previsto todo, salvo la entrevista que su hijo decidió mantener con Lucien Maublanc.

François llevaba varios meses de intenso trabajo. Hasta entonces no había sentido la fatiga. En ese momento se le echó encima de golpe. En unos días había pasado del entusiasmo a un estado de profunda depresión. A su padre no le había costado trabajo convencerlo de que toda la responsabilidad por lo que ocurría era suya. Por otra parte, los dos hombres ya casi no se dirigían la palabra, por así decirlo, y Noel, viendo el aspecto de preocupación de François, se decía: «Le dejo que se cueza en su propia salsa; le vendrá bien». François, con los rasgos cansados y endurecidos, callaba. Se había informado; había descubierto que el impotente llevaba la batuta.

François creía en la virtud de la franqueza y de las explicaciones claras.

«A mí me corresponde intentar algo —pensó—. Además, papá no parece darse cuenta de que nos encontramos en una situación trágica. Envejece; ya no tiene la energía que hubiera tenido en otros tiempos...»

Lucien Maublanc fijó la cita en su círculo del bulevard Haussmann, a fin de que cincuenta personas notables pudiesen ver perfectamente bien que el hijo de Schoudler iba a hacer una tentativa con él. Cara a cara con François, su triunfo fue indecente, cínico; tan seguro estaba de él que no temió descubrir sus cartas. También él tenía su intriga lista, para triturarlo todo.

Con el cigarrillo encajado entre los dientes y sus saltones ojos lechosos clavados en un grabado inglés, dijo: —Pelados, terminados; están en la ruina, es matemático. No pueden seguir manteniendo Sonchelles, y Sonchelles mantenía el resto. ¿Venderán ustedes sus minas? Bien. Ya verá dónde estará mañana Zoa. Las haré bajar por debajo de la paridad, si es necesario, por debajo de la paridad. Y ustedes cederán, no les quedará más remedio; cederán todo para salvar el banco, y no podrán salvarlo, voy a decirle por qué... ¿Quiere usted un oporto?

—No, gracias —dijo François.

Oía cómo la ruina le golpeaba en los oídos. Había acudido en busca de franqueza; no esperaba hallar tanta.

—Es la evasión de los depósitos lo que va a matarlos —decía Maublanc—. Quedarán ustedes paralizados por las evasiones. No sólo estarán arruinados, sino que además sufrirán esa vergüenza. Se verán obligados a cerrar las ventanillas de su banco. ¡Ah! Todo va muy aprisa, ¿sabe usted?, cuando empieza el desastre.

François no había pensado todavía en aquella consecuencia, que, en efecto, en cuanto fue expresada le pareció inevitable.

—Pero, en fin, ¡¿qué interés tiene usted en todo eso?! —exclamó—. ¡Usted mismo pierde! ¿Qué es lo que quiere? ¿Quedarse Sonchelles?

En nombre de su padre se comprometía a ceder por entero la dirección de las azucareras para preservar el resto, para que Maublanc consintiese en detener el desastre.

—No me importa un pito Sonchelles —respondió Maublanc—. Su padre me robó a mi mujer hace treinta y cinco años; usted debería haber sido mi hijo, ¿me entiende? Además, dijo de mí cosas horrorosas que han hecho que se me señale con el dedo toda mi vida, y ha encontrado la manera de engañarme cada vez que ha podido. ¡Su padre me ha costado millones! ¿Cree usted que puedo olvidar todo eso?

—Pero no se trata sólo de mi padre. ¡Yo no le he hecho nada! Y mi mujer es sobrina nieta suya...

—Si se hubiera comportado como una sobrina nieta, jamás se habría casado con un Schoudler. A los La Monnerie los mido a todos por el mismo rasero.

François estaba pálido y sentía una rabia inútil. Habló todavía de Jean-Noél y de Marie-Ange, sin esperanza, sólo para sí mismo, porque siempre le había parecido que los nombres de sus hijos le traían buena suerte. Lulu Maublanc soltó una risita satisfecha.

—Le anunciará usted a su padre que también yo espero un hijo, sin ningún género de duda. Ya no puedo permitirme ser filántropo. —Y ante la mirada asombrada de François añadió—: Le extraña, ¿no es cierto? ¡También usted había creído los cuentos que circulan en su familia! Puede usted estar seguro de que no me apiadaré de los Schoudler hasta que los vea muertos.

François salió del círculo con las sienes doloridas, la respiración ahogada y la vista nublada. Lo había probado todo: el trato, la intimidación, la súplica. Ni siquiera había podido obtener un plazo de unos días. Al día siguiente, por la voluntad obstinada, vindicativa de aquel viejo *clubman* que tenía el destino en las palmas de sus fofas manos, Sonchelles, Zoa, el banco, toda la fortuna Schoudler se derrumbaría en el mercado. Maublanc había pronunciado la palabra «crac» diciendo: —Aguardo el momento en que me apoderaré de todo lo suyo por pasiva.

«Y todo eso es por mi culpa —se decía François—. ¡Soy yo el responsable!»

Y no pensaba siquiera en volver a la avenida de Messine, sino que caminaba al azar a través de las calles, como encerrado en una jaula de vidrio donde forcejeaba solo con su desgracia.

XIII

A aquella misma hora, en el gran jardín de la residencia Schoudler, una decena de niños invitados por Jean-Noél y Marie-Ange se preguntaban a qué iban a jugar. Acababan de merendar; un poco de mousse de chocolate les manchaba las comisuras de los labios y miguitas de bizcocho de Saboya salpicaban los vestidos y los trajecitos de marinero. Con el estómago pesado por las golosinas, cabeceaban levemente.

Sus ayas hacían calceta a la sombra.

El pequeño Raoul Sandoval, flaco, de orejas separadas, se sorbía los mocos retorciéndose la nariz mientras caminaba detrás de Marie-Ange, como un novio desdichado.

—¿Y si jugásemos a hablar? —dijo mirándola con cara de súplica.

Jean-Noél dio un respingo: tenía una idea, iban a jugar a «hacer el bien». Explicó en qué consistía aquello. La prima Cendrine, que llevaba un aparato para los dientes, declaró ceceando que se negaba a disfrazarse de mendiga.

—Entonces ¿y si jugáramos a bodas? —propuso el pequeño Sandoval.

Y pasó el brazo en torno al cuello de Marie-Ange.

—¡Deja tranquila a mi hermana! —dijo Jean-Noél separándolo de un porrazo.

Marie-Ange decidió que jugarían «a entierros». Aquello también sucedía en la iglesia y era mucho más divertido. Obligaron al pequeño Sandoval a tenderse sobre un banco de piedra, lo cubrieron con un pesado mantel y se le prohibió que se moviera. Se ahogaba de calor bajo la tela, el chocolate que había tomado le revolvía el estómago, oía cómo los demás niños se agitaban en torno a él y no podía verlos, y no podía decirles nada. Así debía de ser cuando uno estaba muerto «de veras». ¿Sentiría pena Marie-Ange si él se muriera? Y lágrimas silenciosas le corrían por las sienes.

Mientras tanto, alrededor del mantel, Marie-Ange no paraba: distribuía los papeles, nombraba un pertiguero, le ponía un velo a la viuda, hacía de sacerdote, se encargaba de todo. Balanceaba un incensario imaginario, sacudía el hisopo, se lo pasaba a la prima

Cendrine, que se lo pasaba a Jean-Noél.

Y de repente el muerto recibió a través del mantel un golpe fortísimo en la frente y su cabeza rebotó contra la piedra; se levantó dando alaridos en su sudario.

Había sido Jean-Noél, que con una animosidad calculada acababa de descargar un buen puñetazo a través del mantel.

Acudieron las ayas, liberaron al pequeño Sandoval y anularon aquel juego macabro.

—*It's really a shame*… —chilló miss Mabel.

Además, ya era hora de volver a casa. Se ajustaron los lazos de batista y se estiraron los cuellos. En el saloncito, las madres terminaban su partida de bridge y los niños oyeron una voz cantarína que decía: —Bueno, esta vez es usted el muerto, Jacqueline.

Y quedaron convencidos una vez más de que era una auténtica faena que no se les dejase participar en los juegos de los mayores.

Mientras ellos se iban arrastrando los pies, con los dedos aprisionados entre los dedos de sus respectivas inglesas, el padre de Jean-Noél y de Marie-Ange seguía avanzando sin rumbo a través de las polvorientas avenidas, el claxon de los automóviles y el embotellamiento de los cruces.

«Andando se me va a ocurrir, se me va a ocurrir —se había dicho—. Va a arreglarse entre esta noche y mañana por la mañana. Seguramente los demás bancos nos ayudarán; nos son leales. Y además papá es administrador del Banco de Francia; no van a dejar que se hunda un administrador. Y sin embargo… dejaron que se hundiera Boutémy, dejaron que se hundiera…»

Su infancia había estado mecida por la historia del crac de la Universal, que el abuelo contaba con frecuencia. «Y nosotros somos cincuenta veces menos importantes de lo que era la Universal. ¿Qué significará esto para Francia? Una familia que se hunde, y nada más.»

Al primer plano de su mirada, sobre las paredes vitreas de su obsesión, volvía sin cesar, con la persistencia intemporal del sueño, el renglón de la cotización de bolsa: «¡Cotización de la víspera… Cotización del día… Azucareras de Sonchelles», en pequeñas letras de imprenta. ¿Cuál sería la cotización del día siguiente? ¿Se cotizarían siquiera las Sonchelles? Al día siguiente empezaría la evasión de

depósitos del banco…

Del otro lado de la jaula de vidrio se agitaba un mundo lejano, indiferente: una aprendiza con una caja de costurera en la mano, un obrero que liaba un cigarrillo, una pareja de mirones en el escaparate de una florista, un repartidor erguido sobre los pedales e impulsando su triciclo, en zigzag, por una calle cuesta arriba…

Todas esas personas, y los árboles, y las fachadas de las casas parecían encontrarse detrás de un cristal brumoso. Incluso los ruidos tenían una sonoridad distinta, extraña. En cambio, recordaba con nitidez la voz de Maublanc: «¡No me apiadaré de los Schoudler hasta que los vea muertos!».

El repartidor, con el fondillo del pantalón al aire, iba haciéndose más pequeño, iba a llegar a lo alto de la calle.

«Tengo que ver a papá, tenemos que encerrarnos los dos, examinar qué se puede hacer», pensó François.

Y al mismo tiempo sabía que había perdido todo crédito frente a su padre, que el gigante no tendría en cuenta para nada sus palabras, que incluso se negaría a escucharlas.

—No puedes apartarte, ¿eh? ¡Pasmarote! —gritó el chófer de un taxi.

François se dio cuenta de que se había detenido en medio de la calzada.

¡Feliz el chófer, que podía pensar en insultar a los demás…!

Todo aquel universo vivía tranquilo, despreocupado, bajo una bendición general que acababa de serle arrebatada.

¿Y si el taxi lo hubiese atropellado? Aquello hubiese puesto fin a su insoportable angustia. Hay situaciones en las que sólo lo peor es una liberación.

Pensaba en aquellos titanes de las finanzas cuyo ejemplo se cita, que después de un derrumbe total, a fuerza de trabajo y esfuerzo, se levantan en diez años, pagan a todo el mundo, resurgen por encima de París y terminan colmados de estimación y de prestigio. Pero se decía que él no era de esa raza de hombres. A la vista estaba adonde había llevado a Sonchelles, con todos los triunfos en la mano. Ahora, arruinado y deshonrado, ¿qué sería capaz de emprender? Con todas

las puertas cerradas..., un hombre borrado... En otros tiempos su padre habría podido, él no. Y Jacqueline..., y el porvenir de los niños... «Lo único que puedo hacer es meterme una bala en el cuerpo.»

Primero aquella idea le atravesó el espíritu sin incrustarse en él; acababa de pensarlo así, como millares de personas lo piensan o lo dicen todos los días cuando algo marcha fatal en sus amores, en sus negocios o en su salud, y bajo el impulso de una obsesión se desequilibra un instante la balanza de los valores profundos. Cuando cuatro calles más lejos lo pensó de nuevo ya no era «una bala en el cuerpo», sino «una bala en la cabeza». La noción de la muerte se focalizaba.

«¡Sin embargo, en la guerra tuve valor!» Pero aquel valor no servía para nada contra la bolsa, contra Lucien Maublanc, contra la ruina. Exactamente, no servía más que para morir. Por otra parte, el valor, a fin de cuentas, nunca sirve más que para eso.

Aquella burbuja que, sin saberlo su hijo, había lanzado Noel, en la cual había soplado Maublanc gozoso y malvado, y que François, engañado por partida doble, había abultado a su vez sin darse cuenta, adquiría las proporciones, la densidad de un peñasco violado, enorme, todavía en suspenso por varias horas, y bajo el cual había que deslizarse antes de que se derrumbase.

Y luego las letras pegadas al vidrio: «Azucareras de Sonchelles, cotización del día..., cotización de la víspera», «hasta que vea muertos a los Schoudler», el ojo lechoso de Maublanc; las agujas de la balanza empezaban a desequilibrarse en François, el instinto de conservación empezaba a pesar menos que el drama.

Chorreaba sudor bajo su chaqueta, sentía que sus miembros temblaban de agotamiento.

Un amigo con quien se encontró de repente, Paul de Varnacé, un mocetón alto y fuerte que llevaba un clavel oscuro en el ojal, le preguntó a guisa de saludo qué hacía allí.

Esto sucedía en la esquina de la avenida de Jena, y François fue incapaz de responderle. Dos veces lo interrogó el gran Varnacé para saber «si estaba bien».

—Muy bien, muy bien —dijo François con la mirada detenida a mitad de camino de su interlocutor.

El chico lo dejó. Le envidió François como había envidiado al

conductor del taxi, como envidiaba a todas las personas que estaban del otro lado de la jaula. Había perdido el contacto con los demás seres humanos, con todos aquellos que andaban por allí tranquilamente, haciendo su vida.

En los ambientes mundanos, Varnacé era considerado un imbécil que no sabía qué hacer con su dinero.

«Pero en todo caso no es más estúpido que yo —pensó François —, que dejo a toda mi familia, a cuatro generaciones, en la calle… Jacqueline sería libre, podría volver a casarse con un muchacho como él. Es el mínimo de honestidad por mi parte. Cuando no se puede hacer frente a las responsabilidades…»

Su amor por Jacqueline se transformaba en una especie de deuda de honor.

«Le debo eso. No puedo hacer menos por ella… Hay que escribir dos cartas: una para Maublanc y otra para Jacqueline…» En aquel momento, la necesidad de suicidarse le parecía indiscutible, por múltiples razones que se cruzaban, se justificaban, se mezclaban y se canalizaban en su cabeza en una única idea: «dar la cara». Nunca se había detenido a pensar en el verdadero significado de esa vieja expresión. De repente, una vez murmurada, se sintió atravesado por un resplandor. Sólo le quedaba eso, su persona, para pagar, solventar, devolver.

Un acto espectacular, dramático, que removería las conciencias. «Muero, pago.» Había hundido el barco, debía hundirse él también. Su fracaso le impedía quedarse entre los vivos, le demostraba que ya no podía hacer nada, sólo desaparecer.

Vivo, François no podía esperar nada de nadie, ni auxilio, ni excusas. Muerto, todo el mundo estaría con él, especialmente los que estaba a punto de abandonar. Era la única manera de comportarse dignamente, la única alternativa posible. Lanzarse con todas sus fuerzas contra la desgracia desbocada. La redención. Maublanc estaría contento, y aunque no lo estuviera, se vería forzado a retroceder ante la opinión pública informada o indignada; no osaría proseguir con sus planes de destrucción. De este modo François salvaría de la ruina y del oprobio a su padre, a su madre, a su mujer, a sus hijos…

Se repetía «Redención… he de pagar…». Volvió a atravesar la plaza de l'Etoile, cruzando por el camino más corto, colándose por entre los coches. Tenía prisa, marchaba a paso vivo en medio de un

aire un tanto viciado. Las letras de imprenta se habían borrado. Ya no había Sonchelles, ya no había nada.

«Voy a terminar con esto, será sencillo.»

Al pasar frente a la tumba del Soldado Desconocido, cuya llamita danzaba bajo el gran arco de piedra, se descubrió por costumbre. Un ocaso de cobre incendiaba los techos de Neuilly. Echó a volar un torbellino de palomas. François se lanzó de nuevo al torrente de coches. «Si no me hubiera encontrado con Varnacé, tal vez no lo habría comprendido. ¿Qué me ha dicho? Ya no me acuerdo. Es preciso que no vuelva a hablar con nadie más. ¿A quién he conocido que se haya suicidado?»

Se sorprendió al recordar con gran precisión y como si hubiera ocurrido el día anterior la voz del profesor Lartois, durante la guerra, en un hospital cercano al Gran Cuartel General, un día que François condujo allí a un compañero que se había disparado una bala a su regreso de un permiso.

—La mayoría de las personas fallan —había dicho Lartois—, porque no saben que las zonas mortales son de dimensiones reducidas. Y además están perturbados cuando disparan. Si es al corazón, de cada diez veces nueve pasan por al lado. Si es en la sien, se seccionan el nervio óptico y se quedan ciegos. Si es en la boca, disparan siempre demasiado bajo y lo único que consiguen es hacerse papilla una vértebra. Hay que disparar muy alto para tocar el bulbo.

El compañero de François no había fallado. Había sucumbido dos horas después sin haber recuperado el conocimiento. Dijeron de él que era un cobarde, que uno no se mataba cuando estaba en la guerra. Pero ¿qué sabían en realidad? Tal vez tenía alguien a quien liberar él también, y que debía saberlo con certidumbre, con una certidumbre que no da la muerte en combate. Como si él mismo, en aquel momento, fuese aplastado por un coche; ¿de qué serviría? «Es siempre por un motivo incomprensible... para los demás. ¿Cómo pueden comprender ésos...?», esos que pasaban a su lado caminando tranquilamente con los andares de la gente segura de su existencia...

Por vez primera, no juzgaba el acto de su compañero. Al contrario, sentía una gran fraternidad entre él y aquel muchacho que se había matado, en medio de los peligros de una guerra, por un motivo incomprensible. Se reunía con él en aquella región lejana, en la extrema frontera del universo mental, donde se elaboran los óbitos voluntarios.

Un reloj marcaba las nueve menos cuarto.

«Están sentados a la mesa en la avenida de Messine», se dijo.

Una gran debilidad se apoderó de él al pensar en su cubierto vacío, a la izquierda de su madre. «Lo duro será no ir al comedor cuando llegue y subir directamente al dormitorio.»

En la avenida de Messine la cena tenía lugar en una atmósfera lúgubre. Noel, sabiendo ya por Albéric Canet que se había visto a François en el círculo discutiendo con Maublanc, permanecía callado y rumiaba su cólera.

«¡Para qué se habrá entrometido, ese chiquillo estúpido! ¿Aún no ha hecho bastantes tonterías? A ése voy a despacharlo al extranjero o a volver a tomarlo yo entre manos. ¡Conmigo! ¡A mi lado! Ni un gesto más sin mi vigilancia, y hacer que reviente de trabajo. De todas formas, ¡buenas las va a oír en cuanto llegue!»

La baronesa Schoudler, aunque su marido siempre la había mantenido al margen de las cuestiones de negocios, sentía perfectamente que soplaba un viento desfavorable; más por cuanto la víspera Noel había dado la orden de que sacaran *L'Information financiére* de la vista del abuelo. Los conocimientos de bolsa de la baronesa se limitaban a este gran principio: «Se compra a la baja y se vende al alza». Pertenecía a una generación en la cual las mujeres no sabían siquiera a cuánto ascendían sus propias rentas.

Sin embargo, ella también había mirado las cotizaciones aquella tarde y se había permitido decirle a Noél: —Pero, amigo mío, puesto que las Sonchelles bajan, ¿no es el momento de comprar?

El gigante le había lanzado una malévola mirada y había replicado: —Adéle, podría guardar sus buenos consejos para su hijo. Los necesita más que yo.

Jacqueline estaba nerviosa. Parcialmente al corriente de las dificultades, aunque sin comprenderlas bien, estaba preocupada por la salud de su marido, y más inmediatamente por su ausencia. «¡Con tal de que no le haya sucedido nada a François! No se sentía bien... Es incomprensible que no haya telefoneado.»

Impulsada por su nerviosismo, pidió que en adelante no volvieran a llevar a Jean-Noél al reparto de los pobres. Aquella mañana miss Mabel le había encontrado al niño una pulga. Semejante género de caridad era malsano desde todos los puntos de vista. Jacqueline sabía que el momento de las comidas era poco adecuado para llevar la contraria a los caprichos del bisabuelo; la puesta en marcha del aparato digestivo en aquel viejo organismo exigía un trabajo penoso de la circulación sanguínea.

Pero aunque siempre era respetuosa para con su familia política, a Jacqueline no le gustaba guardarse mucho tiempo lo que le pesaba en el corazón, y cuando le parecía conveniente decir una verdad la expresaba a la vez con la vivacidad de los d'Huisnes y la altivez de los La Monnerie.

Sin embargo, por falta de edad y también de presencia física, todavía no podía evitar, cuando decía algo desagradable para alguien, volverse hacia la mirada de una tercera persona buscando un reconocimiento, si no una aprobación. Como siempre, fue su suegra quien la apoyó.

—Tienes toda la razón, hija querida. Ese niño se expone a agarrar allí todas...

La baronesa se calló. El bisabuelo se había puesto de color violeta. Enormes venas se le hinchaban en la frente, la cólera brillaba sobre sus pupilas lacrimosas.

—¡Todavía soy yo el jefe de esta familia! —gritó—, ¡y no va a ser...! ¡Ah!, ¡...ni esta chiquilla ni usted, Adéle...!

Lanzó al vuelo, contra su nuera, la rebanada de pan tostado que tenía en la mano. Su dentadura postiza castañeteaba entre sus roncas aspiraciones.

—Nada..., nada..., nada... —gritó sin ninguna asociación aparente con sus anteriores palabras.

El sirviente de librea se quedó inmóvil con la larga bandeja de plata de rosbif acompañado de berros en suspenso. Entonces la mano de Noel cayó sobre el mantel.

—¿Acaso no podríais dejar que mi padre coma tranquilamente, y de paso yo también? ¿Acaso creéis que no tenemos otras preocupaciones? —dijo sin moderar su violencia—. Si es necesario exigiré que todo el mundo se calle mientras mi padre come.

Respiraba pesadamente y ya se llevaba los dedos al cuello postizo.

Jacqueline iba a contestar ácidamente que seria aun mejor que ella hiciese sus comidas aparte, pero su suegra la miró con una expresión dolorosa. Atrapadas entre la vida vacilante del antepasado y la supuesta enfermedad del corazón del gigante, las dos mujeres se callaron.

—Y, para empezar, ¿por qué no esta aquí François? —preguntó el viejo Siegfried al cabo de unos instantes.

—Podría tener la decencia de avisar —recalcó Noel—. Esto no es un restaurante.

Jacqueline, decidida a no volver a intervenir, dio a su silencio un aire de reprobación. Acababa de percibir el intercambio de miradas entre el *maitre* y el camarero que servía las verduras; se decía que en casa de los La Monnerie nunca habrían sucedido escenas semejantes delante de criados. «Nosotros también aspiramos a la consideración de nuestros sirvientes.» Decididamente, François era el único Schoudler que tenía dignidad, el único que tenía carácter y unos modales de caballero. Pero ¿qué podía estar haciendo a aquellas horas?

Se oyó el ruido de la puerta principal.

—Debe de ser él —dijo la baronesa.

Jacqueline aguzó el oído, creyó reconocer los pasos de su marido por la escalera grande, luego pensó que se había equivocado.

La cena proseguía en un silencio roto solamente por el ruido de los cubiertos. Jacqueline apenas comía. Una frase inocente de la baronesa Schoudler acerca de un judío conocido de ellos hizo montar en cólera nuevamente al abuelo, que había oído mal.

—Mi padre ya era un converso, y yo fui..., ¡ah!..., bautizado cuando nací —gritó—. Pero nunca hemos renegado de nuestros orígenes... ¡Ah!..., aunque después nos hayamos casado siempre con mujeres católicas.

En aquel momento se produjo un estruendo en algún lado de la casa de gruesas paredes y numerosas habitaciones.

—¿Qué pasa? —preguntó Noel—. ¿Otra vez en la cocina...?

Unos instantes después, Jérémie, el viejo ayuda de cámara, entró pálido y con las manos temblorosas. Fue directo hacia Noel y le habló al oído.

El gigante se puso lívido, tiró su servilleta y se precipitó fuera de la habitación.

Una angustia irracional traspasó a Jacqueline, como si una barra de hierro le hubiese atravesado el pecho; corrió detrás de su

suegro, seguida inmediatamente por la baronesa Schoudler.

—¿Qué es esto? ¿Me dejan solo? —preguntó el bisabuelo. Noel, con los brazos abiertos, ante la puerta de la habitación de François, gritó: —¡No, no entre, hija mía!, ¡se lo suplico! ¡Ni tú tampoco, Adéle!

Jacqueline empujó al gigante.

El cuerpo de François estaba derribado al pie de la cama, con la cabeza echada atrás y la boca abierta y ensangrentada. La bala, al salir, había ido a agujerear uno de los cuadros de la pared. François había disparado muy alto. Encima de la mesa había dos cartas selladas. Jacqueline oyó un rugido de animal, que era su propio grito.

XV

De las dos cartas dejadas por François, Noel Schoudler sustrajo la dirigida a Lucien Maublanc, y después de haberla leído la quemó inmediatamente. Luego afirmó siempre que su hijo no había escrito más que una sola carta, para Jacqueline.

Por más cuidado que hubiera puesto para organizar la conspiración del silencio, la noticia, por indiscreción de los criados, se había filtrado primero a través del barrio, y luego por toda la ciudad desde las primeras horas de la madrugada. Los inversores agitaban sus teléfonos, y en la bolsa, incluso antes de la apertura, la atmósfera era tan dramática como si se hubiera decidido la disolución de las Cámaras durante la noche. No se hablaba más que del suicidio del hijo de Schoudler. Le atribuían causas diversas: especulación desafortunada con el azúcar, inversión excesiva en los mercados extranjeros, irregularidades administrativas para disfrazar su situación comprometida… Todo lo que se había rumoreado los días precedentes recibía una confirmación trágica y los peores pronósticos estaban autorizados: se iba a asistir, sin duda, al crac más considerable desde el final de la guerra.

«Pero ¡si estaba claro!» —afirmaban esos que siempre quieren haber previsto las catástrofes—. Los Leroy no son locos. Si venden a pérdida desde hace varias reuniones, sus razones tendrán. Además, había un montón de indicios desde hace mucho tiempo. ¿Qué ha ido a maquinar el padre en Estados Unidos, eh?, ¿quieren decírmelo?»

Los principales agentes de cambio y bolsa y los representantes de los grandes bancos privados asentían sin decir nada, sólo se confiaban a los más íntimos y preparaban su plan de batalla.

También se había propagado el pánico en el mundo de los negocios. Los metalúrgicos, que formaban la principal clientela de la banca Schoudler, hacían efectuar en las ventanillas de la calle de Petits-Champs retiradas masivas de capital que comenzaban a entorpecer a la tesorería del banco.

Entonces, momentos antes del mediodía, se vio aparecer a Noel Schoudler en la gran escalera de la bolsa. Subía los peldaños, inmenso, un poco encorvado, apoyándose con una mano en su bastón y con la otra en el brazo de su agente de cambio y bolsa, Albéric Canet, hombrecito menudo y seco que parecía recortado en una hoja de papel.

Del peristilo hormigueante de gente donde funcionaba el bolsín, subía ya, en la espera tensa de la campanada de apertura, un vocerío de motín que iba inmediatamente a crecer, a hincharse, a resonar a través de todo el barrio.

Un cuchicheo recorrió aquel bullicio; los corredores de bolsa se daban codazos.

—¡Es Schoudler! ¡Ahí está Schoudler! ¡Schoudler!

Estaba lívido, con los gruesos párpados enrojecidos por una noche de dolor y de insomnio; su corbata negra se hundía en el escote de un chaleco con ribete blanco.

No le costó mucho trabajo atravesar el gentío; se separaban ante él con el respeto que inspiran las grandes catástrofes. Entró en el gran vestíbulo, que con sus frescos amarillentos, sus escudos de las capitales bursátiles semejantes a anuncios de turismo, sus columnas cuadradas, sus barreras separando a los grupos, sus pupitres erigidos en altares, sus cuadros de informaciones colgados como horarios de tren, su luz mortecina cayendo de las cristaleras sobre aquella multitud de chaqueta negra, parecía una antigua estación destinada ahora a un culto triste.

Hacía quince años que no se veía a Noel en la bolsa. Para muchos fue como una aparición; para otros, más jóvenes, representaba el mito que de repente se había hecho palpable. Aquel viejo gigante que reunía todos los signos de la riqueza y de la desdicha, que iba a defenderse a sí mismo y a resistir de firme, a pesar de todo provocaba admiración.

Noel seguía avanzando, lentamente. Levantó los ojos hacia las pizarras: «Sonchelles... cotización precedente: mil ochocientos cuarenta.» *¿A* cuánto iban a abrir?

A un hombre de edad que se le acercaba le dijo simplemente: —¡Tú me traicionas!

Dejó caer algunas frases breves a derecha e izquierda, en las cuales cada cual trataba de discernir un sentido oculto, una amenaza o una confesión de derrota.

Cuando Albéric Canet iba a entrar en el corro que había en el centro del vestíbulo, reservado a los agentes de cambio y bolsa, y donde se discutían las operaciones a plazos, Noel lo agarró de la manga.

—¿Me apoya usted realmente hasta el final, Albéric? —preguntó.

El hombrecito no pestañeó ante la mirada negra del gigante.

—Se lo debo todo, Noel, a usted y a su padre —contestó—. Llegaré hasta donde pueda.

Luego, el más pequeño entre sus colegas, fue a ocupar un lugar contra la balaustrada forrada de terciopelo rojo, donde los agentes, vestidos con buenas telas bien planchadas, con sus cadenas de oro cruzadas sobre los chalecos, estaban acodados como al borde de un pozo. Albéric Canet tiró su cigarrillo a medio consumir en el cónico montón de arena clara, renovada todos los días, que llenaba el fondo del corro y que un agente llamaba bromeando «la tumba de los procuradores», miró el reloj, cuyas dos agujas estaban casi superpuestas...

Sonó la campanada.

—¡Vendo Sonchelles...! ¡Vendo Sonchelles...! —soltó inmediatamente el agente de cambio y bolsa de Maublanc, con el busto inclinado, el brazo tendido y la mano abierta.

Al instante surgió un enorme clamor de todos los puntos del vestíbulo, como una marea que se precipitase en una gruta profunda. El frenesí cotidiano se apoderaba de los adeptos del culto triste, repartidos en sus diferentes altares, y en el bolsín se hacía tanto ruido como en todo el resto de la bolsa. Por todas partes, bocas abiertas, violentas, voraces, puños blandidos, dedos que suplían a las cuerdas vocales ahora impotentes, una telegrafía de sordomudos... Por encima de esta histeria, los tanteadores, de guardapolvo, pasaban la esponja sobre las pizarras negras, trazaban los números con tiza, los borraban al instante.

Separados de la plebe de los oficiantes y al parecer más tranquilos por ser menos numerosos, los grandes sacerdotes, con el vientre pegado a su brocal de terciopelo rojo, discutían las cifras que iban a transmitirse a los que cotizaban, a gritarse por los teléfonos, a inscribirse en los tableros dirigidos eléctricamente.

—¡Vendo Sonchelles...! ¡Vendo Sonchelles...! ¿Cuánto? La primera cotización se estableció en mil quinientos cincuenta, sobre cuatro mil títulos ofrecidos.

Noel Schoudler; que se había quedado fuera del pupitre circular

que delimitaba el recinto del corro, dirigía con leves gestos a un grupo de auxiliares y de recaderos que partían corriendo a través de la barahúnda y volvían con papeles, con telegramas. De vez en cuando, llamando a un ordenanza, Noel hacía que Albéric Canet se acercase, le hablaba al oído, le deslizaba una nota. Canet cubría su libreta de números microscópicos, levantaba la esquina de las papeletas en el hueco de su palma, enviaba a sus recaderos a hacer encargos. Se veía que todo el personal a su cargo era empleado en la ejecución de las órdenes del gigante.

El suicidio de François había desencadenado una locura que la ofensiva de Maublanc, sola, no hubiera podido provocar, y llegaban informaciones funestas acerca de la importancia de las sumas retiradas en la calle de Petits-Champs.

En la primera cotización, la banca Schoudler bajaba, y también la de Zoa. Era sobre todo en aquellos dos terrenos donde Noel se defendía por el momento, subiendo la cotización cincuenta francos, dejándola caer de nuevo, volviendo a alzarla, luchando contra el pánico a fuerza de millones. Jamás habría podido dirigir así la maniobra desde su oficina, un día semejante, minuto a minuto, distribuir sus reservas y utilizar el prestigio de su imponente presencia.

Pero en el corro las azucareras seguían bajando, en medio de un aumento incesante de las vociferaciones.

«¡Vendo Sonchelles! ¿Cuántas? Ochocientas... Mil doscientas... Yo tomo a mil cuatrocientos veinte... ¡Yo tomo a mil cuatrocientos! ¿Cuántas? Quinientas, a mil cuatrocientos; ¡manden! ¡Sonchelles! ¿Cuántas? Dos mil. Compro a mil trescientos cincuenta. Mil trescientos cincuenta, doscientas, ¡manden! ¡Sonchelles, vendo Sonchelles!»

La oferta era aplastante, la demanda disminuía. En el tablero eléctrico giraban las cifras en sus casilleros. Algunos agentes se expresaban ya sólo por gestos, mano abierta, mano cerrada.

—¡Llévame a la cabina del señor Canet! —le dijo Noel a un empleado.

En la sala cuadrada contigua al gran vestíbulo, había alrededor de cuarenta jaulas acristaladas minúsculas situadas a lo largo de las paredes. Dentro de ellas, hombres de todas las edades que se desgañitaban al teléfono, todos con las mismas frentes fruncidas, con

los mismos ojos desorbitados y movedizos de insectos enloquecidos en sus alvéolos. En la parte de arriba de una de estas jaulas estaba grabado en el cobre el nombre del agente de cambio y bolsa. El gigante se encerró en ella y se convirtió en uno de aquellos insectos negros, pero más gordo que los otros y como visto a través de una lupa.

—Gutenberg cuarenta y seis coma dos… No, señorita, Gutenberg… Gu-ten-berg. ¡Sí!, ¡coma dos! —gritó Noel Schoudler.

El enorme clamor continuaba resonando del otro lado de la puerta acristalada.

—¡Hola! ¿Es usted, Muller? —siguió, bajando la voz—. Hay que sacar una edición especial inmediatamente, a toda marcha. ¿Sobre qué? Sobre lo que le dé la gana. Lo que haya en los comunicados… ¿Un motín en Bombay? ¡Perfecto! Y en primera plana la muerte de mi hijo. No tengo nada que ocultar. Quiero anunciarlo antes que los demás. Y los primeros repartidores que vengan a la bolsa; es preciso que estén aquí dentro de una hora a más tardar; ¿me entiende? ¡Es preciso!

Miró su reloj. Las ventanillas de la calle de Petits-Champs habían cerrado normalmente media hora antes. No volverían a abrirse hasta las tres de la tarde. Al cabo de tres horas… Su pensamiento trabajaba en cuatro o cinco direcciones a la vez.

Al salir de la cabina creyó que estaba mareándose, porque el enorme clamor del vestíbulo llegaba a él debilitado, velado, casi extinguido. Pero no, no era él quien desfallecía, era peor: era la bolsa.

Las transacciones acababan de detenerse casi en todas partes. Y Noel reconoció ese estupor de los días de catástrofe, cuando los especuladores se miran preguntándose qué es lo que acaban de hacer y cuál va a ser la consecuencia para cada uno de ellos. El agente de Maublanc se obstinaba sin convicción: —¡Vendo Sonchelles…!

Todo el mundo tenía; eran diez los que acababan de ofrecerlas, de lanzarlas por encima de la barandilla roja, por encina de la «tumba de los procuradores», ahora sembrada de colillas, en el pozo, en la nada… No había más compradores.

Noel Schoudler no se había imaginado que llegarían hasta allí, que se verían obligados a alzarlas desde tan abajo, si las alzaban. Volvió al lado del pupitre circular y con dos dedos le hizo a Albéric Canet una señal que quería decir «¡Adelante!». Sabía que desde aquel

momento su margen de posibilidades era escaso.

—¡Compro a mil doscientos setenta! ¿Cuántas? ¡Manden! ¡Manden! ¡Manden!

Era la voz seca de Albéric. En unos instantes recogía ocho mil acciones a la cotización de mil doscientos setenta francos.

El presidente de la bolsa, un hombre de edad, de piel sonrosada, de pelo blanco rizado en las puntas, tomó suavemente a Albéric Canet por la manga y lo llevó un poco aparte.

—Usted sabe, mi querido amigo, que toda la compañía es solidaria —le dijo a media voz—. Me permito, pues, preguntarle muy confidencialmente si está usted a cubierto. Porque si no me vería obligado...

—Hice efectivos veinticinco millones de mi fortuna personal para estar perfectamente seguro —contestó Albéric Canet en el mismo tono.

—¡Ah!, en ese caso...

La fidelidad, el sacrificio, las arrebatos sentimentales no son característicos de la gente de bolsa. El presidente movió la cabeza con una expresión de incomprensión admirativa, ante aquel acto casi sin precedentes. «A menos que sea todo una maniobra...», parecía pensar.

Noel Schoudler había seguido la conversación con la mirada y había adivinado su sentido.

«Si Albéric me abandona...», se dijo. En aquel instante pensó en su hijo y añadió interiormente, dirigiéndose a aquella alma aún caliente: «¡Hijo, hijo mío, ayúdame!».

Cuando volvió el agente de cambio y bolsa a la barandilla de terciopelo tenía el rostro lívido.

Era apenas la una y media cuando los primeros vendedores de *L’Echo du Matin* subieron corriendo la gran escalera con sus camisas abiertas, sus viseras rotas y los brazos ennegrecidos de tinta fresca.

—¡Edición especial! ¡Motín en Bombay! ¡Doscientos muertos! ¡Edición especial!

En la parte de abajo de la primera plana, rodeada por un ancho

marco negro, figuraba la fotografía de François Schoudler acompañada por un artículo en cursiva. «*Un horrible accidente acontecido en la noche de ayer ha costado la vida…*»

La versión oficial, autenticada por el profesor Lartois, «*miembro de la Academia Francesa, que fue llamado inmediatamente*», dejaba establecido que el desdichado joven se había herido mortalmente mientras limpiaba un arma de fuego. Todos los esfuerzos que se hicieron para traerle nuevamente a la vida habían sido vanos. Seguía un largo elogio de François, de su bravura durante la guerra, de su talento de hombre de empresa, de las cualidades que había desplegado como administrador de las azucareras de Sonchelles, y del estupor y el dolor de la redacción del periódico, que expresaba sus condolencias.

Se había reanudado la batalla en torno a las Sonchelles.

—¡Compro a mil doscientos ochenta! ¡Compro a mil doscientos noventa! ¡Compro a mil trescientos veinte!

Noel respiraba más tranquilo. Albéric Canet había cumplido su palabra.

Comenzaban de nuevo las transacciones. Nuevas miradas interrogantes se intercambiaban por doquier. ¿Aguantaría verdaderamente Schoudler? Y si aguantaba, entonces…

El agente de cambio y bolsa de Maublanc hizo una nueva ofensiva que resultó vana. Al reaparecer la demanda los otros vendedores elevaban sus ofertas. Algunos, vendedores la hora precedente, volvían a ser compradores. Y Canet continuaba reuniendo… Mil cuatrocientos… Mil cuatrocientos treinta… Allá arriba, en el tablero, giraban las cifras. La derrota se pasaba del lado del adversario.

L'Echo du Matin circulaba de mano en mano.

Ahora que la muerte de su hijo había sido anunciada, los bolsistas no podían hacer otra cosa que acercarse a Schoudler para darle el pésame.

—No sabíamos nada —decían—. Acabamos de leer… Es terrible. Admiro su valor, en semejantes circunstancias…

—Sí, es terrible, es terrible —repetía el gigante.

Y los otros se alejaban, perplejos. Después de todo, bien podía

haberse matado el hijo por un asunto de mujeres. Y en aquello que se decía de que los Leroy se habían negado a sacarlos a flote, ¿qué había de cierto? ¿No habría jugado precisamente aquel viejo tiburón con la muerte de su hijo?

—¡Vamos! No habría llegado al borde de la catástrofe por puro placer. Detrás de esto hay algo más.

—¿A cuánto están las Sonchelles en este momento?

—Mil quinientos.

—¿Qué le decía yo? De todas formas, es extraordinariamente fuerte. Ése es de la otra generación; hoy en día ya no se tiene esa audacia.

A las dos y cuarto, Sonchelles se cotizaba a mil quinientos cincuenta, y a esa cotización cerró. Las transacciones se habían realizado con cerca de veinte mil acciones, y el agente de cambio y bolsa de Lulu Maublanc sabía la pérdida que significaba para su cliente.

Cuando Noel y Albéric Canet bajaron la gran escalera estaban fatigados, con un cansancio pesado, físico, muscular. El agente tenía la voz quebrada y en los oídos reverberaban todavía las órdenes, vociferadas. Pero estaba orgulloso de sí mismo y aspiraba el aire cargado de sol, en aquella plaza pavimentada, con la sensación de estar en pleno campo. Noel se secaba el cuello con el pañuelo. La gente los miraba con deferencia, como a grandes hombres.

Confrontaban sus cifras. Salían beneficiados y lo serían doblemente dos o tres días después, cuando las acciones hubiesen subido normalmente a alrededor de los dos mil. La operación concebida por Noel, a pesar de todo, había sido un éxito.

—Pero en gran parte gracias a usted, Albéric. No lo ignoro —dijo.

—¡De buena nos hemos librado! —contestó sencillamente el agente de cambio.

Los barrenderos empezaban a empujar los papeles por los peldaños. Las páginas de *L'Echo du Matin*, arrugadas, pisoteadas, cubrían la piedra, con el rostro de François en su marco de luto.

—Sí, ¡de buena…! —dijo Noel Schoudler bajando la cabeza—.

Pero ¿para qué sirve ahora todo esto, mi buen Albéric? ¿Para quién acabo de trabajar?

Y ocultó los ojos en su pesada mano.

—Pues para sus nietos, para su mujer, para su familia —contestó Albéric Canet—. Y además para todo lo que de usted depende, para todos sus empleados, para todo lo que ha creado..., para usted mismo. No iba a dejar que lo arruinasen... Sí, evidentemente, lo comprendo muy bien... Ya no es lo mismo.

—No, no, ahora ya no es lo mismo —repitió Noel dejándose conducir hasta el coche.

El entierro de François tuvo lugar dos días después. El primer vicario de la parroquia fue a hablar previamente con Noel Schoudler. Aquel eclesiástico de espalda filiforme y manos delgadas se sentía muy incómodo por lo que tenía que decir. Se había afirmado que… Un comentario, fruto sin duda de la malevolencia pública, daba a entender… El vicario, para cortar sus frases, producía un ruidito de succión jugando con la punta de la lengua en el hueco de sus dientes.

Noel le preguntó con frialdad si la declaración del profesor Lartois a propósito de la muerte accidental de François era insuficiente y si la firma de aquel eminente académico era de las que pueden ponerse en duda. Por otra parte, Noel le comunicó que la absolución la daría con toda seguridad el padre de Granvilage, primo cercano de los La Monnerie, que siempre oficiaba para ellos y para sus parientes directos.

Al oír nombrar al provincial de los dominicos, el vicario hizo un movimiento descendente.

—¡Ah! En ese caso… En ese caso… —dijo.

Y se puso a elogiar los méritos de aquella orden, «que tenía un espíritu tan espléndido», añadió mirando al banquero con el rabillo del ojo. No cabía la menor duda de que era una orden rica, muy rica…

—Me atrevería a decir, señor barón, que la aristocracia y las grandes fortunas parisienses parecen concentrar sus favores en la Compañía de Jesús y en la orden de Santo Domingo, que por cierto se lo merecen, ¡y tanto que se lo merecen!; mientras que el clero secular, cuyo papel es con frecuencia muy ingrato y que debe hacer frente a pesadas cargas, es ayudado sobre todo por la clase media y los pobres.

No es que las donaciones de estos últimos sean desdeñables: ¡lejos de mí tal pensamiento! ¿No dijo el Señor que el óbolo de la viuda…?

Noel Schoudler no se vio libre hasta que prometió a la iglesia del barrio los fondos necesarios para una imagen de santa Teresa, en memoria de François.

—¿Sabe usted que somos una de las pocas parroquias de París que aún no tienen a nuestra rosita de Lisieux? —dijo el vicario—. El abad del cabildo me lo comentaba el otro día. Y yo sé que muchos de

nuestros feligreses están afligidos por ello. Estoy seguro de que esa maravillosa santa, tan llena de amor por los jóvenes, intercederá junto a Nuestro Señor por el reposo de su querido hijo.

Se fue, chupándose los dientes y muy contento de su negociación.

La concurrencia a la ceremonia fue muy considerable; aquél sería recordado como uno de los entierros más destacados del año. Tres generaciones de parisinos se dieron cita allí. La juventud, de ordinario tan escasa en esas circunstancias, estaba en mayoría. Numerosos muchachos como Paul de Varnacé, que indudablemente no le habrían prestado cincuenta mil francos a François para ayudarle, se mostraban con rostro circunspecto, sumidos en una pena sincera. Aquella irregularidad del destino los afectaba a título personal y les parecía absurda, inexplicable. La muerte siempre parece inexplicable cuando empieza a hacer caer a nuestro alrededor cabezas aún no maduras. Y acababa de hacer irrupción, con la venda sobre los ojos, entre la generación de los hombres de treinta años.

—Yo me lo encontré una hora antes —decía Varnacé—. Parecía un poco distraído pero nada hacía suponer que…

Cada cual buscaba para aquel suicidio una explicación verosímil, una señal esclarecedora y, por lo tanto, tranquilizadora.

—La herida que sufrió durante la guerra lo había dejado muy mal —afirmaban unos.

—Aun antes de eso —decía un compañero de promoción de François—, me acuerdo de una carrera de obstáculos en Saumur en la que su caballo se descalabró en un obstáculo grande. No había nada que hacer, se partió la columna vertebral. ¡Por la noche, Frangís se había venido abajo por completo! No era una persona estable.

Parecían los investigadores inclinados sobre los calcinados restos de un avión, para determinar las causas de una pérdida de velocidad.

Aquel catafalco elevaba en su camino un mojón negro, donde estaban marcadas las distancias entre el nacimiento y el fin. Señalaba un cambio de zona: eran muchos los amigos de François reunidos en aquella iglesia que pensaban en los primeros hilos blancos que aparecían en sus sienes, o en el fracaso amoroso que acababan de sufrir, o en las dificultades que se amontonaban ante su existencia; y cada uno de ellos se decía que aquella sensación de adolescencia que

todavía albergaban, aun habiendo dejado ya de reconocerla en los otros, sería en adelante una noción errónea.

Sus compañeras, para quienes François Schoudler había representado sucesivamente durante diez años al bailarín disputado, el codiciado partido, el héroe y al fin el posible amante, ocultaban sus bonitos dientes bajo labios serios y, mirando hacia el lado de los hombres para buscar el rostro de sus esposos, se identificaban con el dolor de Jacqueline.

Pero el estado de Jacqueline superaba cualquier imaginación. No estaba en el entierro. Estaba bajo la vigilancia de una enfermera en la avenida de Messine, rechazando todo alimento, toda visita, toda palabra. Con los ojos ardientes y secos ocultos en la almohada, yacía en su lecho e intentaba morir.

A ratos era presa de una crisis de nervios y se ponía a dar alaridos, como un perro atropellado o una mujer de parto. Y ésos eran precisamente los dos dolores que sentía: en primer lugar el aplastamiento, como si toda una noche de mármol se hubiera derrumbado encima de ella, y después el parto de su propia muerte, que se esforzaba sin descanso en producir desde el fondo de su corazón y de sus entrañas.

Jacqueline había perdido todo sentido del transcurrir del tiempo; ignoraba que en aquel momento, delante del catafalco de François, oficiaba el padre de Granvilage, con la blancura de su hábito acentuada por los ornamentos mortuorios y rodeado de las mayores atenciones episcopales, con el primer vicario revoloteando en torno a él como una mosca alrededor de un terrón de azúcar. Ignoraba que hacía tres días que no dormía.

Su pensamiento ya no se formaba más que en las capas profundas del subconsciente. Una de las pocas frases que se le habían oído pronunciar había sido: —No es posible que uno no muera cuando lo desea tanto.

Su desesperado anhelo parecía cumplirse cuando sentía que su corazón cesaba de latir y se hacía la noche total en su cerebro. Luego una crisis de nervios la lanzaba de nuevo a la vida, y ella hipaba «¡François! ¡François!» durante largos ratos, con los brazos tendidos hacia un infinito que era ella la única en entrever.

Rara vez familia alguna recibió frente a la sacristía tantos pésames verdaderos y tantos elogios del desaparecido como aquella

mañana la familia Schoudler. El patriarca, con su último frac, que tenía treinta años, no reconocía a nadie e inclinaba sus largas patillas. Jérémie, el ayuda de cámara, permanecía detrás de él por si acaso al anciano lo vencía la debilidad; pero no, sus músculos secos, sus arterias endurecidas soportaban aún muy decentemente el esfuerzo físico; la distribución cotidiana a los pobres del barrio le había dado resistencia.

No sentía la pérdida de su nieto más que de una manera muy atenuada, e incluso la pompa funeraria no le causaba ninguna emoción especial. Aquel antepasado de párpados sangrientos, frente al féretro del joven, parecía enseñar una verdad inquietante como un versículo bíblico.

Jean-Noél y Marie-Ange tenían también detrás de ellos a su sirviente, en la persona de miss Mabel, encargada de vigilarlos y conducirlos. Marie-Ange llevaba el vestido que le habían hecho para el entierro de su abuelo La Monnerie, al que sólo habían tenido que bajarle el dobladillo.

Los dos niños estaban más asustados que tristes. «Es papá el que está ahí dentro», se decían mirando el catafalco.

Noel Schoudler divisó de repente, entre las cabezas, el cráneo de Lucien Maublanc. El impotente había ido a gozar de su victoria. Le había salido tan cara —casi diez millones perdidos en cuarenta y ocho horas— que al menos podía darse esa satisfacción.

«¡Ah, sí, sufren, sufren esos bandidos Schoudler! No cabe duda; doy mala suerte a los que quieren hacerme daño», se decía avanzando con la lenta multitud.

«No puedo, sin embargo, dar tal escándalo —pensó Noél Schoudler en un brusco arrebato de cólera— pero ¡atreverse..., atreverse a venir aquí...!»

—Mis sinceras condolencias, pobre amigo mío —dijo Lulu Maublanc.

Los dos viejos que habían destrozado a un gran muchacho, lleno de proyectos y de vida, entre sus máquinas financieras se estrecharon manos irreconciliables.

«¡A ti te voy a hacer polvo, a hacer polvo! ¡No te quepa la menor duda!», se dijo el gigante mirando directamente a los lechosos ojos de Lulu.

XVII

La vuelta del cementerio a la avenida de Messine fue silenciosa. La baronesa Schoudler lloraba detrás de su velo, gimiendo sin descanso; el antepasado cabeceaba; Noel parecía lleno de pensamientos que no quería comunicar, y se pasaba a cada momento el pañuelo por debajo del cuello postizo. Los niños, cuyo espanto continuaba, rodeados de aquellos crespones, de aquellas pecheras brillantes, de aquellos sollozos, de aquel silencio, no se atrevían siquiera a mirarse el uno al otro.

A todos ellos, tanto a los abuelos como a los niños, les pareció cambiado el palacete, como si el aire hubiera adquirido allí otra densidad, otra resonancia. Los ojos recuperaban una conciencia fresca de la dimensión de las habitaciones, del desgaste de la alfombra en los lugares más pisoteados.

—¡Oh! ¿Cuándo han cambiado de lugar aquella consola? —preguntó Noel.

—Pero, querido, ¡si no se ha cambiado! —respondió la baronesa levantando hacia su marido un rostro arrasado por las lágrimas.

Se sentía como una especie de huérfana vieja que ya no tuviese ninguna alegría que esperar y cuya desdicha no pudiera atenuarse.

—Sí, estaba en el otro lado —insistió Noél.

—¡Oh, hace mucho! Fue en los primeros tiempos de nuestro matrimonio. —La baronesa aspiró con fuerza y luego exclamó—: Pero, en fin, ¿cómo ha podido suceder esto, Noél, cómo? ¿Acaso era desgraciado y no nos lo decía? ¿Acaso no hicimos todo lo que pudimos?

El suicidio es la forma de morir que genera en los allegados mayor sentimiento de culpa. Y todo el mundo en la residencia, amos y sirvientes, tenían aspecto de culpables. Hasta los niños se preguntaban si su juego del otro día no había atraído el castigo de Dios. Noél volvió la cabeza sin contestar y se encerró en el despacho de paredes de cuero verde.

Al descalzar al bisabuelo, Jérémie se detuvo en contemplación ante el viejo pie deforme, parecido a una raíz; en medio de aquel paquete de venas y de durezas había distinguido una mancha insólita.

—Me temo que el señor barón tiene un callo —dijo.

—¡Vamos! —contestó el bisabuelo—; ¡eso era lo único que faltaba!

Por la noche regresó Lartois para ver a Jacqueline y salió del dormitorio con cara de preocupación.

—Pero entonces ¿es cierto que hay personas que mueren de pena? —le preguntó Noél.

—Sí, mi querido amigo, eso sucede, y bastante a menudo —respondió el médico—. Hasta ocurre en ciertas especies animales. Ahí tiene usted los pinzones; cuando muere uno de los miembros de la pareja, el otro cesa de cantar, sus plumas se ponen opacas, apenas se alimenta, y luego, un día, aparece patas arriba en el fondo de la jaula. Y esta desdichada me parece a mí que es de la especie de los pinzones. En fin, espero que la saquemos de ésta; estoy haciendo que la mantengan con inyecciones, y aun así es una batalla. No hay nada más difícil de defender que un organismo que no quiere vivir más; no tiene uno adonde agarrarse. Puede presentarse una congestión cerebral, puede… Esperemos hasta mañana. Y usted, mi querido amigo, ¿cómo resiste el golpe? ¿Ningún malestar?

Entonces se dio cuenta Noel Schoudler de que durante aquella sucesión de dramas su enfermedad del corazón lo había dejado totalmente en paz.

—Le confesaré que no he tenido tiempo para pensar en mí —contestó—, pero así y todo estoy asombrado de mi resistencia.

—Siempre lo he dicho: es usted fuerte como un toro —dijo Lartois.

Pero por la noche el gigante tuvo insomnio. No un insomnio doloroso: el estado de vigilia se prolongaba lúcida, indefinidamente. El pensamiento continuaba dando vueltas. «Lógicamente voy a ser el tutor de mis nietos —se decía—. Es preciso que aguante hasta que Jean-Noél esté en edad de iniciarse en los negocios y Marie-Ange de casarse. ¿Cuántos tendré…? Ochenta y tres, ochenta y cuatro años. ¡Será duro llegar hasta allí! ¡Y yo que pensaba que en cuanto hubiera madurado un poco François podría reemplazarme! Voy a verme obligado a resistir el tiempo de una generación más.»

Ya en bata se levantó del sillón y echó a andar por los grandes corredores del palacete. Era la una de la mañana. Abrió la puerta de la

habitación de François, encendió el interruptor. Del lado de la cama salió un alarido. Jacqueline estaba tirada en el suelo, exactamente en el mismo sitio en que habían hallado muerto a François tres noches antes. Se había arrastrado hasta allí en un estado de semihipnosis.

Apareció la enfermera alarmada en el umbral de la puerta divisoria.

—No sé qué ha pasado —dijo farfullando—. Estaba..., la fatiga..., no he oído nada.

—Ya, ya, pues trate de prestar atención —dijo duramente Noel —. Vaya a hacerse café si es necesario. ¡Por suerte yo no dormía!

Levantó a Jacqueline en sus brazos y se sorprendió al encontrarla tan ligera. «De la especie de los pinzones» había dicho Lartois. El pelo en desorden, mojado por la fiebre, le caía sobre los ojos; una nueva crisis la agitaba y gritaba: «¡François! ¡François! ¡Déjenme con François!», sacudiendo los enormes hombros de su suegro. Él sentía a través del camisón el cuerpo delgado y desnudo que forcejeaba, el cuerpo de la mujer de su hijo, y experimentaba un malestar, como si hubiera tocado algún objeto sagrado y prohibido, como si se hubiera visto obligado a cometer alguna involuntaria profanación.

Cuando la hubo dejado en su cuarto, volvió al dormitorio de su hijo a recoger lo que deseaba, es decir, las carpetas que llenaban un compartimiento del escritorio. Regresó a través de los pasillos seguido de su inmensa sombra, diciéndose: «¡Fue Maublanc! ¡Fue ese cabrón de Maublanc! Pero si yo se lo hubiera avisado, evidentemente... Yo no podía saber que tenía los nervios tan frágiles. Se parecía demasiado a su familia materna».

De vuelta en su habitación esparció las carpetas sobre la mesa y escuchó el silencio que volvía a reinar en la casa. Del otro lado del tabique, donde se hallaban las habitaciones de la baronesa Schoudler, no llegaba ningún ruido: «La pobre Adéle duerme —pensó—. Mejor, lo necesita. Y espero que también Jacqueline se haya calmado, la enfermera ha dicho que le daría gardenal. Y mi anciano padre duerme. Y los niños duermen. Y yo voy a trabajar solo en esta gran casa que descansa enteramente sobre mis espaldas. Así es como debe ser. Tengo que revisar todos estos papeles de Fran-Sois, ver qué es lo que hay que guardar, lo que hay que tirar...».

Hojeó largo rato las carpetas de cartulina azul, frunciendo a

veces las cejas frente a una palabra indescifrable, «Sonchelles…, pedidos de maquinaria, terrenos de deporte»; habría que terminar todo eso. Se agarró la frente con la mano y luego apartó la carpeta de Sonchelles. «Eso lo veré más adelante… *L'Echo du Matin*… ¿Cómo veía las cosas del *Echo*?» Leyó notas escritas desordenadamente. «La información debe ser directa, precisa, inmediata. El lector debe tener la sensación de que todo lo que pasa en el mundo… Hacer subir la redacción literaria a la sala del segundo piso… Toda la última página de fotografías.»

«Verdaderamente era un joven notable —se dijo Noel—. En su generación habría ocupado el lugar que yo ocupé en la mía. Todo esto hay que hacerlo, en efecto. Voy a remozar el periódico, lo necesita.»

Asimilaba las ideas de François: en cuarenta y ocho horas las habría hecho suyas definitivamente.

Muchas veces se ve al que sucede a su padre adoptar de repente un comportamiento de anciano. En el caso de Noel, el entusiasmo, el gusto de la innovación empezaban a rebrotarle en el corazón.

Ya comenzaba a proyectar reformas, un rejuvenecimiento del equipo.

Echó a caminar a través de la habitación con las manos a la espalda. «El lunes que viene, reunión del comité de redacción. ¡Bueno, decidido! Todos se duermen, necesitan que los sacudan. Ponerse a estudiar una fórmula nueva. Campaña de publicidad para preparar el lanzamiento. Debemos sacarle veinticinco mil lectores al *Petit Parisién* y otros tantos al *Journal*. Pasaremos a ser los primeros en ventas. ¡Y si tío Muller refunfuña, bueno, pues que refunfuñe! Voy a empezar armándoles un escándalo formidable; eso les sentará bien.»

Ya estaba de nuevo metido en sus proyectos, en sus intrigas, en sus maniobras agresivas. Tenía delante de él, para construir, la eternidad, y París entero para servirlo con sus intelectuales, sus hombres de negocios, su Parlamento.

«¡Ah! Mi vida ha sido un error. En el fondo debería haber sido Presidente del Consejo. No, eso no, los ministros pasan. Yo soy mucho más fuerte que ellos.»

Un rumor de sollozos que venía del cuarto de su mujer atravesó la puerta e interrumpió sus arrebatadas meditaciones.

—Bueno, ¿qué pasa? ¡¿Qué es lo que pasa ahora?! —gritó con una voz impaciente que hizo temblar el silencio de toda la planta. E inmediatamente agregó—: ¡Oh! Perdóneme, Adéle, pero estaba trabajando, para todos ustedes.

5. EL CONSEJO DE FAMILIA

I

TODAS las mañanas, entre nueve y diez, cuando no había bebido demasiado la víspera, llegaba Lulu Maublanc a la calle de Nápoles con el hongo sobre el cráneo y el bastón ligero.

Sylvaine Dual, en la cama, con una mañanita de satén rosa y su pelo rojo todo enmarañado, lo recibía diciendo: —Acabo de sentir náuseas otra vez.

—Bien, muy bien. ¡Ah, estoy muy contento! —exclamaba Lulu.

Se frotaba el chaleco con la palma de la mano y su sonrisa dejaba al descubierto toda la mitad derecha de su dentadura. Luego, como si aquello fuera el mejor remedio, añadía: —Cumpliré mi promesa, cumpliré ni promesa.

Pero Sylvaine era estéril y no hallaba consuelo.

Desde la noche del Carnaval se había lanzado sobre todos los hombres que pudo encontrar: compañeros del teatro, colegiales cazadores de autógrafos, hasta el gordo violinista húngaro, todo el mundo había gozado de sus favores pasajeros. Una noche la había acompañado en coche el profesor Lartois. Al autor dramático Edouard Wilner, que la había desnudado veinte minutos después de conocerla y que quería divertirse con alguna exquisitez, le había gritado: —¡Ah, no, eso no! ¡Seamos serios, por favor!

Si bien aquella búsqueda había satisfecho en la joven actriz un temperamento que, una vez revelado, parecía tender a la ninfomanía, el resultado seguía siendo negativo.

Con sumo misterio Sylvaine se había hecho llevar hasta Nanterre, para besarle el dedo del pie a una imagen de san Pedro que según decían daba fecundidad.

Y luego, dos ginecólogos consultados habían sido categóricos: jamás podría tener un hijo.

Enredada en su irreflexiva mentira, ya no podía hacer otra cosa que continuar representando la comedia frente a Lulu. Lo aprovechaba para sentir bruscos «antojos»: un broche, un anillo, una capa de visón aunque estaban en pleno verano...

«Que me quiten lo bailado —se decía—; pero el día en que descubra el pastel, ¡ay, ay, ay!»

Para Lulu Maublanc los síntomas eran indiscutibles. Se extrañaba, únicamente, de que Sylvaine siguiera tan plana.

—¡Ah, eso me viene de familia! —contestaba ella—. A mi madre no se le notaba absolutamente nada hasta el quinto mes.

Convencido ya de que era perfectamente normal, Lulu decidió comportarse como los hombres normales, que toman una sustituta cuando su querida está encinta. Tuvo otra «señorita, muy educada, muy decente», a la que iba a ver allá cerca del parque Montsouris a eso de las diez y media, cuando salía de casa de Sylvaine, y a la cual dejaba un billete doblado después de pasear un poco las manos por debajo de la sábana. Pero aquello no significaba nada; era más bien una cuestión de dignidad.

Cuando se enteró, Sylvaine le hizo al viejo una escena espantosa, afirmando entre lágrimas que aquello era algo como «para sufrir un accidente».

Él la calmó regalándole un neceser de viaje, cuyos frascos tenían los tapones de color bermejo. El neceser le provocó a Sylvaine el deseo de utilizarlo. Convenció a Lulu de que se fuese con ella a Deauville.

Lulu detestaba todo lo que fuese veraneo, campo, estaciones termales y balnearios. Lo único que le gustaba eran los bulevares, su círculo y los cabarets, tanto en agosto como en diciembre. Hacía diez años que no había ido más allá de Saint-Germain-en-Laye, y eso yendo y volviendo el mismo día. Realmente tenía que importarle mucho la salud de Sylvaine.

—El cambio de aires le sentará bien a esta niña —decía.

Para hacer el trayecto alquiló un enorme Hispano-Suiza amarillo, y durante todo el camino fue repitiéndole al chófer: —¡Vaya más despacio, vaya más despacio! La señora está en estado interesante. Tenga cuidado y evite el traqueteo.

El mes que pasó en Deauville estuvo lejos de ser lo que Sylvaine había imaginado. Lulu le prohibió bailar, bañarse, caminar bajo el sol. Tenía que permanecer largas horas tendida en el balcón de su habitación de hotel, mirando cómo la gente recorría el paseo y cómo se perseguían por el mar los yates de carrera. Para distraerse no le quedaba otro recurso que desenroscar y volver a enroscar los tapones de su neceser.

—¡Te aseguro, Lulu, que me voy a volver loca! —le gritaba.

Entonces él la llevaba a una tienda y le compraba un bolso o un chal, convencido de que un regalo siempre arreglaba las cosas.

A veces, cuando se quedaba sola, Sylvaine se agarraba la frente con las manos y se decía: «Lo tengo todo. Tengo éxito én el teatro, tengo dinero, tengo un piso, tengo una criada, tengo joyas, ¡y soy tan desgraciada!».

En cuanto a Lulu, se quedaba en el Casino hasta las tres de la mañana, mordiendo altanero su cigarro frente a la mesa de bacará, tirando siempre a cinco «por principio», y firmando regularmente a la salida un cheque considerable sobre el tablero del cambista.

—Ya ves todo lo que gasto por ti —le hacía observar a Sylvaine —. ¡Ah, estas vacaciones me están costando caras! ¡En fin!

Ella le habló de un papel para cuando volvieran.

—¿En tu estado? ¡Ni se te ocurra pensarlo, chiquilla! —exclamó él—. ¡Sería una locura!

La mentira no iba a poder prolongarse indefinidamente y Sylvaine veía que el plazo se agotaba.

En cuanto volvió a París fue a parar una noche a la cama de Anny Féret.

—¡Un millón! ¿Te das cuenta, Anny? ¡Un millón que se me escapa de entre las manos por culpa de este endiablado crío que no puedo tener! —gemía—. ¡Prometido, firmado, estaba seguro! Y después de eso podía darle a Lulu con la puerta en las narices y quedarme tranquila para toda la vida. ¡No me negarás que hay algunas que no tenemos suerte!

Se puso a sollozar.

—¡Vamos, pequeña, vamos! ¡Cálmate! —dijo Anny Féret acercando la cabellera ardiente a su grueso seno de generosa punta malva. El safismo en ella tenía un toque maternal.

—¡Ah!, la vieja Anny sigue siendo la compañera de los malos tiempos —siguió—. Cuando todo va bien, ni siquiera se la conoce; ¡así es la vida!

—Y además, cuando se dé cuenta de que me he burlando de él, ¡va a ser terrible! —dijo Sylvaine.

—¡Oh! Si se ha creído lo del hijo, también se creerá un aborto natural.

—Sí, pero el millón…

Permanecieron un rato con las piernas enlazadas. Anny Féret filosofaba, con un brazo debajo de la nuca.

—Mirándolo bien, esta vida es de risa —dijo—. Tantas mujeres que tienen crios que no quieren tener, y para una que los quiere… Es curioso.

De repente se irguió y agarró a Sylvaine por sus delgados hombros.

—¡Ya está, pequeña, tengo la solución! —exclamó.

—¿Cómo?

—Ya sé. La chica que atiende el guardarropa del Carnaval… Una nueva… Tú no la conoces…

—Bueno, ¿y qué?

—Está encinta de tres meses. Como tú, aproximadamente. Y no sabe cómo apañárselas. No tienes más que proponerle cincuenta billetes; para ella será inesperado. Incluso si no le dieses nada, estoy segura de que aceptaría por nada.

—¿Crees que sería posible? —dijo Sylvaine perpleja—. Pero ¿cómo quieres organizarlo para que no se sepa?

—Está chupado —dijo Anny—. Déjame a mí, yo voy a arreglártelo en un abrir y cerrar de ojos.

—¡Oh, Anny, Anny! —exclamó Sylvaine—, si me sacas de ésta,

nos partimos el millón.

—No hagas promesas que no vas a cumplir, ricura —contestó la cantante—. Si después quieres pasarme cincuenta billetes a mí también, bueno, evidentemente eso me ayudaría a mejorar mi menú. Pero ya sabes que tu vieja Anny pertenece a la categoría de los tontos.

Y lentamente se volvió hacia el vientre desesperadamente estrecho de Sylvaine.

Diez días más tarde partía Sylvaine hacia el sur. El médico le había prescrito el clima mediterráneo hasta el final del embarazo. Pero no tenía que estar directamente al lado del mar: «malo para los nervios»; ni tampoco en una ciudad. Reposo absoluto. En resumen: el médico mismo había elegido el lugar, cerca de Grasse, donde tenía un colega del que se fiaba.

—¿Por qué no vienes conmigo? —le dijo Sylvaine a Lulu, hipócritamente—. ¡Seis meses juntos en el campo, nosotros dos solos! Una aldea pequeñita, los bueyes que se pasean por las calles... El buen olor a boñiga de vaca...

—¡Ah, no! ¡Ah, no! —contestó espantado—. En primer lugar, no puedo abandonar mis negocios, tengo que vigilar lo que pasa en la bolsa. No; tendrás que ser muy seriecita, hijita mía, muy formalita e irte sin mí.

—Entonces ¿vas a regalarme, por lo menos, una hermosa maleta, para que esté rodeada de cosas que vengan sólo de ti, mi Lulu?

—Sí, lo que quieras. Mira, vamos a elegirla a la avenida de la Ópera. Una maleta de piel.

Al día siguiente Sylvaine declaró que había encontrado una amiga que la acompañaba y Lulu se extrañó de no conocerla.

—Pero sí, sabes perfectamente quién es. ¡Fernande! Te he hablado de ella veinte veces —dijo Sylvaine—. También hay que confesar que desde que estoy contigo ya no veo a nadie, fuera del teatro. Es una suerte que esté libre y que quiera venir. Porque completamente sola, comprenderás...

Lulu acompañó a Sylvaine a la estación. Se había puesto un hongo gris claro.

—¡Sé prudente, muy prudente! —repitió diez veces.

La ayudó a subir al estribo y fue a colocarse bajo la ventana del vagón. Se había quitado el sombrero y le daba palmaditas en los dedos a Sylvaine, acodada en la barra niquelada. Discreta, la «amiga» permanecía en el fondo del compartimiento.

—Y cuando vuelva… —dijo Sylvaine.

Hizo el gesto de mecer a un niño en el hueco de su brazo. Por primera vez distinguió un signo de emoción en el rostro céreo y abollado del viejo solterón, en sus ojos descoloridos se formaba una condensación, como sobre un vidrio frío. E inexplicablemente también Sylvaine se sintió conmovida.

—¿Me escribirás? —preguntó.

—Sí, sí, una carta todas las semanas. ¡Prometido!

Le mandó un beso con la punta de los dedos; él sonrió, se irguió y miró salir el tren agitando el hongo.

«Esa pequeña me adora», pensó.

La gente lo empujaba. Él no se daba cuenta.

II

Dijon, Lyon, Valence…

La «amiga» nunca había viajado en coche cama. Sylvaine tampoco, por otra parte. Pero el lujo y las comodidades habían llegado a ser para ella cosas normales. El orgullo impidió dormir a Fernande, y hasta el alba oyó gritar a los empleados de las estaciones.

Toulon… Fernande nunca había visto el mar. Al levantar la cortinilla se puso a lanzar gritos.

—¡Bueno, si me lo hubieran dicho hace sólo quince días…! ¡Ah, si me lo hubieran dicho…! —repetía.

—Es completamente distinto de Deauville —comprobó Sylvaine con displicencia.

Niza. Un coche de alquiler. Grasse. Un camino seco, lleno de baches, donde se levantaba una polvareda amarilla… Saint-André-des-Colombes…

A la llegada las dos viajeras habían intercambiado sus identidades. La «amiga» declaraba ser Sylvie Duval, conocida como Sylvaine Dual, artista dramática, y Sylvaine se había convertido en Fernande Métillet, sin profesión.

La aldea no tenía de bonito más que el nombre. Una campiña sin pájaros. Había pasado la estación de las mimosas; no era la región del jazmín. Una tierra seca, pelada, algunos cipreses, casuchas de enjalbegado ocre rojizo. En el cementerio estrecho los muertos debían de conservar su piel, tanto quemaba el sol la colina. Se preguntaba uno de dónde podía sacarse el agua. El ganado no circulaba por las calles, como había esperado Sylvaine; en cambio, un establo, en la vecindad, apestaba el aire durante todo el día.

La casa, encontrada como todo lo demás por Anny Féret, pertenecía a un pintor que no iba nunca. La madera de las puertas rozaba contra las baldosas del suelo, la instalación sanitaria era de lo más rudimentario. Las dos mujeres advirtieron que los chiquillos iban por las noches a ocultarse detrás del seto de tuyas para mirar cómo danzaban sus sombras chinas sobre el cortinaje, mientras ellas se desnudaban.

—Después de todo, qué más da —dijo Sylvaine — ; si les divierte…

Se colocaba de perfil a plena luz de la lámpara, y hacía apuntar sus senos.

Los primeros días Sylvaine y Fernande se divirtieron mucho llamándose cada una por el nombre de la otra. Ese juego pronto perdió la gracia.

También al principio pudo Sylvaine deslumbrar sin ningún esfuerzo a Fernande con sus anécdotas del teatro, su maleta de viaje, sus comidas en los grandes restaurantes, sus relaciones mundanas. Y luego, engendrando el vacío de las veladas las confidencias, las dos mujeres se dieron cuenta muy pronto de que eran de la misma extracción social.

Los defectos de cada una salieron a la luz. Sylvaine era autoritaria y desordenada, Fernande era quejica, desagradable y maniática. Se pasaba la vida colocando los objetos en su sitio.

—¡Ah, ya se nota que atendías un guardarropa! —exclamaba Sylvaine—. ¡Es ya una manía!

—Y tú, ya se nota que eres una zorra —replicaba la otra.

—¡Zorra, zorra! ¡Oye, ten cuidado con lo que dices! Tu crío no está hecho por obra del Espíritu Santo, ¿eh?

—Bueno, así es, y no te quejes. Me parece a mí que eso te viene bastante bien. Cuando no se sirve para hacerlo una misma…

Una vez llegaron a las bofetadas.

—¡En mi estado! ¿No te da vergüenza? ¡Eres una puerca! —gimió Fernande.

A Sylvaine le resultaba insoportable la castidad. A falta de otros recursos, emprendió la tarea de aficionar a su compañera de encierro a los juegos de Anny Féret. Pero a Fernande no le gustaba aquello.

—Las mujeres me repugnan —declaraba—. Y además, con una muchacha encinta, ¡hay que tener ganas!

—¡Oh, la mano, nada más que la mano! —suplicaba Sylvaine.

Y gemía largos minutos, con la cabeza echada sobre su pelo rojo, bajo la mirada despectiva de Fernande.

Luego la existencia se tornaba más tranquila, por uno o dos

días.

Una vecina gritona y arrugada, que iba a hacer la limpieza y preparaba una pesada comida con aceite, servía a las dos mujeres.

El médico, que pasaba por allí todas las semanas, era un viejo bonachón de barbita gris; olía a ajo, llevaba cuello de celuloide y un sombrero hundido hasta los ojos. Auscultaba a Fernande y decía enderezándose, con su fuerte acento meridional: —Todo va bien, todo va bien. Hay, sin embargo, cierta cosa que no comprendo. Es rara, esa cierta cosa. Pero seguramente no será nada.

Y recetaba fosfato de cal. Ellas lo habían apodado «papá Cierta Cosa».

A mediados de otoño aquello se había transformado en un infierno. Sylvaine tiranizaba a Fernande como Lulu la había tiranizado a ella en Deauville.

—No salgas al sol... No comas eso; te hará daño... Bebes demasiado vino... No has tomado el litro de leche...

Fernande, por venganza más que por necesidad, a medida que su vientre se hinchaba, aprovechaba para abrumar a exigencias a su compañera. A cada instante tenía Sylvaine que alcanzarle una palangana, ponerle una compresa en la frente... La compresa había mojado sus rizos y Sylvaine tenía que poner a calentar una tenacilla para volver a rizarla... Fernande vivía en bata, reclamando diez veces al día el agua de azahar.

Con el menor motivo las dos mujeres se amenazaban mutuamente con «plantarlo todo» y volver a París.

—¡Entonces sí que estarás lucida! —exclamaba la una.

—Bueno, ¿y tú? —replicaba la otra.

Ambas se callaban.

—¡Cuando pienso que esto va a durar hasta marzo! —decía Sylvaine llevándose las manos a la cabeza.

Jamás había odiado a una persona tanto como a la madre de su futuro hijo.

Aquel invierno fue cuando Sylvaine se aficionó a la lectura y se

cultivó un poco. Devoró todo lo que un librero de Grasse le enviaba: Maupassant, Barres, Xavier de Montépin, Balzac, Marcel Prévost, los primeros Proust, *Jean d'Agreves.*

Jean d'Agréves... Soñó con él durante mucho tiempo: «Un amor como éste es lo que yo necesitaría».

Carecía de juicio, pero vivía intensamente los personajes femeninos de sus lecturas. Se sentía sucesivamente la duquesa de Maufrigneuse, Colette Baudoche y Odette de Crécy. Por su porte, y por el tono de su voz, se habría podido asegurar qué obra estaba leyendo.

—Yo no sé cómo puedes meterte todo eso en la cabeza —le decía Fernande, que podía pasar el tiempo contando y volviendo a contar los lunares que le cubrían los brazos y el pecho.

Deseando cultivar su talento, Sylvaine aprendía papeles teatrales y obligaba a Fernande a darle la réplica. Algún día interpretaría a la reina de *Ruy Blas* y tendría a todo París a sus pies.

—Ponme una compresa —gemía Fernanda—; será lo mejor.

Sylvaine también hojeaba poesía. En una antología descubrió un verso de la «Lune Jaune» de Régnier, y durante seis días lo declamó a cada momento:

... Et que tout finirait par cette lune jaune Qui monte lentement entre les peupliers[2]

—¡Oh, basta de luna amarilla! —decía Fernande—. ¡Qué manera de dar la lata! La otra vez era el pájaro que caía en el lago; ¡ya era bastante aburrido! Pero ¡lo que es esto...!

De repente el pánico invadía a Sylvaine. ¿Y si aquellos meses de tortura no sirviesen para nada, si Lulu no mantenía su promesa? Con él y sus chifladuras todo era posible. Al momento le escribía una larga carta a Anny Féret, que le contestaba:
Estate tranquila, yo le vigilo. Sigue con las mismas ideas respecto a ti. Está tan orgulloso que se emborracha de alegría todas las noches y le cuenta su historia a todo el que quiere oírla, como si fuera a tener el hijo de Napoleón. Te envidio por estar donde estás, yo que me veo obligada a chillar mis estribillos frente a un montón de cretinos que ni siquiera tienen

la buena educación de callarse. Me parece que con los cincuenta que tú me des me compraré una casita en el campo.
—Ni siquiera se imagina lo que es esto, la pobre —decía Sylvaine tirando la hoja de papel sobre el aparador de la vajilla.

Fernande se levantaba con aire de mártir, doblaba la carta y la guardaba en un cajón.

Mientras Lulu Maublanc, inconsciente del ridículo, paseaba el anuncio de su futura paternidad por entre todos los viejos solterones y los mozos de café de la capital, la atención de las mujeres y de la juventud se volvía hacia su víctima indirecta, Jacqueline Schoudler.

A consecuencia de su duelo, Jacqueline había adquirido una importancia imprevista en París. Sin ostentación, con una sinceridad que desconcertaba a una sociedad avara de sentimientos simples, e incluso de sentimientos sin más, había elevado el dolor a una especie de apogeo, a un admirado paroxismo. Era «la gran pena» del año. No se la veía, pero había pocas reuniones donde no se hablara de ella.

—¿Cómo sigue esa pobrecita Schoudler…? ¿Saben ustedes algo? Qué desdichada, ¡es terrible!

—Nuestra Jacqueline lleva un sufrimiento de pobre —había dicho Inés Sandoval, la poetisa, que se creía llamada a igualar a la condesa de Noailles.

Jacqueline había escapado por milagro a la congestión cerebral. Había permanecido en cama más de dos meses. Creyeron acortar su convalecencia metiéndola en un sanatorio. Se había escapado al cabo de cuatro días, tambaleándose, para no volverse loca. Su travesía de París sin dinero y drogada de gardenal reaparecería durante mucho tiempo en sus pesadillas.

Como la residencia de la avenida de Messine le traía demasiados recuerdos insoportables, ya fuesen felices u horribles, Jacqueline fue a pasar una temporada a casa de su madre, a la calle de Lübeck.

En torno a aquella joven cuya extrema delgadez le daba una gracia un tanto pavorosa, y que sentada al lado de una chimenea, con los ojos fijos durante horas en la llama, parecía no ver a su interlocutor, fue entonces a remolinear, a graznar, a agitar sus crespones, a abatirse todo lo que se nutre del dolor del prójimo y pretende consolarse exhibiendo sus propias desdichas.

Jóvenes y ancianas viudas habían encontrado a su nueva reina; a ellas se unían las madres estoicas que habían perdido un hijo en la guerra. Mauglaives, d’Huisnes, La Monnerie, Dirouville, las dieciséis ramas de la familia se relevaban para montar una guardia lúgubre.

—Ya lo ve, en nuestra familia —dijo una de aquellas cornejas —, a partir de los treinta años no se encargan más que trajes negros.

Incluso se vio llegar un día, en su carruaje de dos caballos, a la vieja duquesa de Valleroy. Era una de las últimas personas que poseían todavía un tiro de caballos. Su timidez congénita se expresaba por medio de modales secos y perentorios.

—Ofrece tu sufrimiento a Dios, mi querida pequeña —le dijo a Jacqueline—, eso te hará bien, ya lo verás.

—Es probable, tía —contestó Jacqueline débilmente.

—¿Y tus hijos, dónde están?

—En casa de mis suegros.

—Bueno, quiero verlos.

Despachó inmediatamente a su cochero a la avenida de Messine. Jean-Noél y Marie-Ange, acompañados por miss Mabel, bajaron del barrio de Monceau al Trocadero. Los transeúntes se volvían a su paso, preguntándose quién podría viajar en aquella carroza negra de blasonadas portezuelas, y veían aparecer dos caritas sonrosadas y maravilladas.

Aquel paseo en el coche de la tía Valleroy quedaría como un gran recuerdo para los niños.

Al dejar la casa de la calle de Lübeck, le dijo la anciana duquesa a la señora de La Monnerie: —Mala boda, Juliette, mala boda; yo te lo avisé.

Cuando se retiraban las visitas, la señora de La Monnerie llamaba a su hija a su habitación para charlar con ella y daba su opinión sobre cada uno, mientras amasaba una bola de pan de centeno. Ahora modelaba negritos.

La sordera de la anciana empeoraba y obligaba a Jacqueline a esfuerzos dolorosos para su debilitado cuerpo.

—Ya lo ves —decía la señora de La Monnerie—, todo el mundo te quiere, todo el mundo se interesa por ti. Por muy triste que uno esté, hija mía, de todas maneras hay que sobreponerse para hacerse soportable a sus semejantes.

La señora Polant, considerándose promovida a la categoría de dama de compañía, reinaba en la casa durante todo el día, se colaba con frecuencia en los almuerzos, comía como un pajarito, corría a contestar el teléfono, despedía a las visitas, acompañaba en los paseos, cotorreaba, cotorreaba, cotorreaba… Jacqueline dejaba que hiciera lo que quisiera. Sólo le ofrecían una ligera distracción las cartas del tío Urbain, que hablaba de sus caballos, de sus partidas de caza, de sus disgustos con los arrendamientos, y terminaba invariablemente con estas palabras: «Yo soy un oso viejo, pero me imagino lo que puede ser la vida para ti; prefiero no decirte nada».

Cuando llegó el invierno, Lartois prescribió a Jacqueline una temporada en la montaña; Isabelle acompañó a su prima.

También en Isabelle había nacido la afición de atarearse en torno a la pena de los demás.

Su edad y su físico ya sólo podían despertar el interés de hombres que rozasen la cincuentena. Además, ella deseaba con todas sus fuerzas suscitar la atención varonil, de dondequiera que viniese, y los primeros galanteos le hacían perder completamente la cabeza. Luego, aterrorizada, obsesionada por su recuerdo trágico, rechazaba bruscamente al eventual amante y cancelaba la cita la noche misma en que ellos creían que iba a entregarse.

—Es una muchacha que no sabe lo que quiere —decían los que habían estado dando algunas vueltas a su alrededor.

Aquella indecisión se tornaba enfermiza y se extendía a todos los ámbitos de la vida.

Isabelle interrogaba sin cesar a Jacqueline, aunque, a decir verdad, sin esperar respuesta.

—¿Qué tengo que hacer? ¿Qué debo hacer? ¿Tú crees…? ¿Qué te parece? ¿Qué vestido debo ponerme?

Fuera se instalaba sobre la nieve una noche clara. A través de los demás pisos subían atenuados los sones de una orquesta.

Y de repente oía Jacqueline: —Nosotras las viudas…

—¡Oh, no! ¡Te lo ruego, no compares! —gritaba Jacqueline—. Cállate, ¡te lo suplico!

—Voy a darte tus gotas —contestaba Isabelle.

Y bajaba a bailar.

Jacqueline regresó de la montaña igual de pálida, igual de delgada, y volvió a instalarse en en la avenida de Messine, donde por lo menos estaba mejor defendida contra las plañideras.

Al dirigirse a ella se tenía la impresión de conversar con una ausente; su organismo seguía funcionando, como un reloj puede llegar después de un golpe a acabar su cuerda, pero eso era todo.

Un día, al finalizar la velada, la señora Polant fue a ver a la señora de La Monnerie.

—Tengo la impresión de que su hija necesitaría la ayuda de la religión, ¿sabe usted, señora condesa? —dijo.

—¡Ah!, ¿sí? ¿También usted tiene esa impresión, Polant? —contestó la señora de La Monnerie—. Ya no va nunca a misa, ¿verdad?

—No es sólo eso, señora condesa, es un conjunto de cosas. Hasta parece que ya no le interesan sus hijos. Los manda llamar y luego los despide inmediatamente, como si verlos le causase más un daño que un bien. Yo he tratado de aconsejarla, pero ya sabe usted cómo es...

Al día siguiente, la señora de La Monnerie clavó los alfileres en el sombrero y se fue al convento de los dominicos, en el barrio de Saint-Honoré, a ver al padre de Granvilage.

Introdujeron a la anciana en un locutorio oscuro y estrecho, de paredes encaladas, amueblado con tres sillas de cocina, una mesa de madera blanca y un reclinatorio. Esperó diez minutos. No había otro ornamento que un gran crucifijo de roble. Tras la puerta acristalada, esmerilada hasta media altura, pasaban silenciosas siluetas de frailes.

—Buenos días, prima —dijo con dulce voz el provincial de los dominicos.

Era un anciano imponente y flaco, con un evidente aire de familia con los La Monnerie. Su pálido cráneo, cuidadosamente afeitado, sólo lucía una estrecha corona de cabello blanco cortada sobre la frente al ras de las primeras arrugas. El rostro era blanco, con la misma blancura que la corona de cabello y el largo hábito de lana; un color uniforme de estatua.

Y, al mismo tiempo, aquel rostro estaba marcado no sólo por

los grandes surcos que la edad había formado a lo largo de las facciones principales, sino también por una infinidad de pequeñas estrías transversales y cruzadas, como sobre la telilla de la leche hervida y enfriada.

En medio de aquella apretada rejilla se abría una hermosa mirada gris, atenta, llena de secretos. Muy lejos, muy al fondo, se podían distinguir en ella los resplandores de la bondad.

Aquel hombre, que reinaba con tranquila autoridad sobre los cuatrocientos religiosos de los trece monasterios de provincias de Francia, sobre las misiones de Escocia, de Suecia y de Palestina, y que todos los días contestaba diligentemente veinte cartas de su puño y letra, una vez apoyada la mejilla contra sus dedos deformados por la artritis, tenía una infatigable capacidad de escuchar.

La señora de La Monnerie habló largo rato.

—Ahí está —concluyó—, ahí está la consecuencia de haberse casado con un muchacho de origen judío. Hace poco me lo volvía a decir Elisabeth de Valleroy. Resultado: mi hija ha perdido la fe y su marido se ha...

El padre de provincias elevó lentamente los ojos hacia el techo.

—Muy buenos judíos han venido a nosotros —dijo—. En cuanto a la inspiración que puede impulsar a la criatura de Dios a disponer de sí misma para aniquilarse, no podría proceder más que de una demencia pasajera. Por otra parte, en el segundo supremo, el desdichado siempre ha podido volver a hallar la luz de su conciencia y elevar al Señor una contrición cuya fuerza ignoramos. Nosotros, que somos ciegos, ¿podemos juzgarlo?

La anciana dama tenía que esforzarse para captar la voz demasiado baja del padre, en la que se arrastraban algunas inflexiones italianas adquiridas en el transcurso de una larga estancia en Roma.

—¿Cree usted, prima, que su hija ha perdido la fe por el hecho de su boda o por el hecho de la muerte de su marido? —siguió.

Y como la señora de La Monnerie no contestaba, dijo: —Haré todo lo que pueda, prima. Desgraciadamente tengo demasiado reuma, ya no me es fácil desplazarme.

Se levantó apoyando sus nudosos dedos en el reclinatorio, con el aire de cortés sencillez que tienen los viejos príncipes para despedir

a las damas.

Dos días después recibió Jacqueline una carta en cuyo membrete se destacaban las iniciales de la orden. El pasaje esencial de esa carta era el siguiente:

... Precisamente porque Dios es Padre —Tertuliano dijo: nemo tam pater —, puede su hijo esperar siempre su misericordia, puede y debe buscar siempre la perfección. La fe consiste precisamente en saber que Dios es Padre; ese Dios que se aproximó a nosotros tanto que se hizo hombre, a fin de que todos los hombres, según las palabras de san Agustín, pudieran convertirse en dioses. Se aproximó a nosotros por la Encamación; sigue aproximándose a nosotros por la Eucaristía. Acércate, te lo aconsejo, hija mía querida, a esa fuente infinita de consuelo...

Cuando la señora de La Monnerie tuvo conocimiento de ello, pensó: —¡Bueno! Pues no se ha fatigado mucho nuestro primo..., si piensa que va a reconfortarla citando a Tertuliano...

Pero unos días después, enviado por el provincial, apareció el padre Boudret.

IV

La entrega de la corbata de comendador de la Legión de Honor al barón Noél Schoudler, al mismo tiempo que la cruz de caballero de su hijo François, fue una emocionante ceremonia íntima. Noél había insistido mucho para que le concedieran la cruz a François. «Su muerte no cambia sus méritos de guerra. Y, además, eso acallará las malas lenguas.»

—Puesto que la condecoración del hijo tiene el carácter de póstuma, ahora ya no tiene importancia darlas juntas —había declarado Anatole Rousseau—; ¡al contrario!

Estaba en deuda con el banquero, por la magnífica operación realizada con el paquete de Sonchelles.

La reunión se llevó a cabo en las oficinas del diario, al finalizar la tarde, en presencia de la familia, de un pequeño número de amigos entre los cuales se hallaban Emile Lartois y Albéric Canet, y de los directivos de *L'Echo du Matin* y del banco.

Hubo algunas intervenciones solemnes y después Anatole Roussea tuvo que ponerse de puntillas para anudar al cuello del gigante la ancha cinta roja.

—Es usted demasiado alto, amigo mío, demasiado alto. No accede usted a los honores: son los honores los que suben hasta usted.

Luego, en medio de un gran silencio, un representante del ministro de la Guerra se inclinó para colgar en el pecho del pequeño Jean-Noél la cruz de su padre.

El pequeño, instintivamente, se había puesto firme. Fue la primera vez que sintió correr por su nuca el estremecimiento que causa, en los instantes solemnes, la convergencia de las miradas de una asamblea.

Una mano fue a posarse contra aquel estremecimiento; Noél Schoudler colocaba su ancha palma detrás de la cabeza de su nieto. Así colocado y con su afilada mirada negra dirigida pensativamente hacia el suelo, posó para los fotógrafos entre los crepitantes fulgores del magnesio.

Circuló el champán. Se advirtió la ausencia de Jacqueline. Pero sobre todo se notó la presencia del mayor de los hermanos Leroy, Adrien, y la gente se preguntó qué conclusiones había que sacar de

aquel acercamiento entre los dos bancos rivales.

Noél retuvo largo rato a su colega en el vano de una ventana.

—Entonces ¿nuestro querido Maublanc continúa haciendo tonterías? —dijo Noél.

—¡Ay, sí! —contestó Adrián Leroy—. Pero la peor de todas, de la que no me consolaré jamás...

—No hablemos más de eso, amigo mío, no hablemos más de eso. E insisto en decirle que a usted, personalmente, no le guardo ningún rencor. Se lo he demostrado al invitarle esta tarde. Para mí, toda la responsabilidad de este asunto recae en Maublanc... ¿Es cierto que Deauville le ha salido muy caro este verano?

Adrien Leroy dijo que sí con la cabeza.

—Le guarda usted mucho rencor, ¿verdad? —preguntó.

Noél extendió la mano, la posó sobre la manga de Leroy y dijo: —Amigo mío, jamás se me hace daño gratuitamente. Me costará el tiempo que sea necesario, pero mataré a Maublanc..., legalmente.

Simón Lachaume había acompañado a su ministro.

—¡Ah!, me alegro mucho de verle, señor Lachaume —le dijo el gigante—. Mi hijo le profesaba una gran amistad. ¡Hablaba de usted con tanta estima!

—Me conmueve lo que usted me dice, señor —contestó Simón —. También yo lo quería mucho y sentía infinita admiración por él. Es una pérdida irreparable.

—Irreparable... y de la que no me consuelo. Pasan los días, pasan los días, y sigo teniendo la impresión de que a mi lado hay un gran vacío... Bueno, ¿y usted? ¿No piensa volver alguna vez al periodismo?

Anatole Rousseau, que se había acercado, dijo amenazándolo amistosamente con la mano: —¡Ah! ¿No irá usted a pervertir a Lachaume?

—No, no, mi querido amigo, tranquilícese, no quiero quitárselo. Además, aunque yo quisiera, indudablemente él no querría. Pero deseaba decirle, de todas formas, que Francia es pobre en jóvenes

que tengan una opinión y sepan expresarla.

—¡Ah! Eso que usted dice, amigo mío, es el drama de toda mi vida —exclamó Rousseau bajando sus párpados de gallina—. Sólo que mire usted: uno cree que tiene las riendas del país, pero no es cierto: son ellas las que le atan a uno las manos.

—¿Quieren ver algo que va a caer como un rayo en la ciudad? —preguntó Noel—. Vengan, vengan, y usted también, Lartois. Quiero enseñarles una cosa, en secreto.

Empujó a los tres hombres hacia un despacho vecino, cerró la puerta y los condujo ante una mesa donde estaban extendidas las pruebas de la maqueta del periódico, que seguían la nueva fórmula.

—Así saldrá el *Echo* dentro de tres días —dijo.

Los otros se inclinaron, estudiaron, admiraron. Dos grandes fotografías iluminaban la primera página, la última estaba enteramente compuesta de documentos fotográficos.

—¡Ah, está muy bien, está muy bien! —dijo Rousseau.

—Entonces ¿dónde coloca usted las grandes firmas? —preguntó Lartois.

—Aquí —contestó Noél abriendo el periódico y señalando la parte de arriba de la segunda página.

—¡Caramba, qué curioso! —dijo Lartois, un tanto ofendido.

—Nada de textos largos en la uno —siguió Noél—; es una página que la gente no lee. En la uno debe encontrar el lector las quince noticias esenciales del día y el anuncio de lo que contiene el cuerpo del periódico. Es un cartel.

Simón reconocía, realizadas, todas las ideas que tiempo atrás le había expuesto François. Ingenuamente estuvo a punto de hacerlo notar cuando el gigante, golpeándose la frente con el índice, dijo atenuando con un poco de mofa su fanfarronería: —Todavía hay algo aquí dentro, ¿eh? ¿Qué opinan ustedes?

Simón bajó los ojos.

—O bien barrerá usted del mercado a la competencia —afirmó Rousseau—, o se verán obligados a gastar millones para seguirlo.

—Con eso cuento —respondió Noél.

Simón estudiaba la maqueta de las páginas, la disposición de las distintas secciones, el relieve dado a las firmas.

—Evidentemente, esto da ganas de ponerse a escribir —dijo Simón.

Noél colocó su pesada mano sobre las pruebas, y aquel hombre de sesenta y siete años, sucesor de su hijo, con su barba aún negra y la gran cruz de esmalte balanceándose al cuello, declaró mirando a Simón: —Piense en lo que le he dicho. Ya lo ve usted, amigo mío, nosotros, con esto, somos el porvenir.

Al salir del despacho tomó del brazo a Simón y le preguntó: —¿Está usted libre para almorzar o cenar un día de esta semana?

Simón recordaba el momento en que había llevado su primer artículo al *Echo*. Hacía dos años ya... ¡Sólo dos años!

Pocos días después almorzaba en la avenida de Messine. En el saloncito, antes de pasar a la mesa, Noél le presentó a Jacqueline diciendo: —Un gran amigo de François.

—Ah, sí... —dijo ella.

Llevaba un vestido negro cerrado, de mangas estrechas.

Y mientras Simón, inventando una de esas intimidades a posteriori que el muerto no puede ya contradecir, expresaba una vez más todo su pesar por la desaparición de François, Jacqueline aprobaba inclinando la frente. Simón la encontraba conmovedora en su delgadez; ella tenía una mirada vaga y velada.

Jacqueline volvió la cabeza de repente y salió de la habitación. Unos instantes más tarde acudió la doncella a decir que «la señora baronesa François» se sentía indispuesta y pedía disculpas por no poder asistir a la comida.

Noél y su mujer se miraron tristemente y pasaron todos al comedor.

Adéle Schoudler había creído necesario prevenir a Simón: —El padre de mi marido es muy, muy mayor.

Pero la conversación durante el almuerzo se desarrolló casi

únicamente entre el barón Siegfried y Simón. La simpatía del anciano se había dirigido inmediatamente hacia aquel joven que tan bien sabía escuchar y tan bien sabía asombrarse.

—¿Y quiere usted saber, señor mío, lo que le dije al emperador antes de la expedición a México? —decía el viejo Siegfried—. Yo participaba, modestamente, claro está… ¡ah!…, en los setenta y cinco millones del crédito Jecker. Y el emperador… ¡ah!… me llamó a las Tullerías… Me parece verlo como si estuviera allí…Y entonces le dije: «Señor…».

Para relatar aquellos acontecimientos de sus buenos tiempos adoptaba instintivamente de nuevo su acento austríaco, que desde aquel entonces se había atenuado.

La atención de Simón solamente en parte era una mera muestra de cortesía. Sabía, naturalmente, que los anfitriones siempre quedan agradecidos al invitado que se ocupa del anciano de la familia, pero aquellos párpados purpúreos, que habían permanecido abiertos sobre los rostros de los amos de otra Europa, también lo fascinaban.

—Cuando mi padre me llevó a cenar por vez primera a casa del príncipe de Metternich…

—¿Cómo? ¿Ha cenado usted en casa de Metternich? —exclamó Simón.

—Sí, sí. Todo esto parece que está muy lejos, porque… ¡ah!… los hombres mueren casi siempre jóvenes. Pero verá usted: cuando se llega a mi edad, se da uno cuenta de que la historia es muy corta. Dos existencias como la mía, una detrás de otra, lo llevan a usted a la época de María Teresa… Después hubo baile, y mi padre me había recomendado…

Hacía mucho tiempo que el anciano no se mostraba tan brillante; también hay que confesar que hacía mucho tiempo que ningún extraño le demostraba un interés tan sostenido.

Noél miraba a Simón con una mezcla de gratitud y orgullo; la baronesa, frente a aquel muchacho de la edad de su hijo, tenía en el rostro una expresión de triste dulzura.

—Me levanto todos los días a las siete y media —declaró el anciano contestando a una pregunta de Simón—. Tomo una taza de té…

Los pocos hombres que alcanzan o pasan la novena decena se envanecen de su edad. Igual que los pugilistas, cumplen en su combate con el fin un entrenamiento cotidiano que gustan relatar detalladamente. El barón Siegfried se sabía campeón en ese combate; la admiración de Simón lo halagaba.

Cuando se levantaron de la mesa tomó al joven aparte y le dijo: —Llega un momento en que la muerte de los demás casi empieza a causarnos placer… Le deseo a usted que llegue hasta ahí. —Reflexionó un instante y luego, con una voz que él creía baja, preguntó—: ¿Sabe usted acaso cómo murió François? Esa historia del accidente, ¿es cierta?

Y volvió al saloncito apoyando con mucha naturalidad su cuerpo quebrado en el brazo de Simón, y diciendo: —…y poco antes de Sadowa me fui a Schoenbrunn. Conocía las intenciones de Francia, y… ¡ah!… le dije al emperador Francisco José: «Señor…».

Parecía que toda la existencia de Siegfried hubiera transcurrido previniendo a las coronas de las catástrofes que iban a caer sobre ellas.

Cuando el anciano hundió la lengua en su vasito de licor para lamer el resto de su chartreuse amarillo, Simón no apartó los ojos, como hacían de ordinario los invitados, púdicamente. Al contrario, sonrió con una sonrisa afectuosa y comprensiva.

Había conquistado a la familia.

Siegfried, que jamás recordaba los acontecimientos recientes —la muerte misma de François había tardado más de un mes en entrarle en la cabeza y todavía la situaba de manera imprecisa en el tiempo—, repitió varias veces los siguientes días: —Y ese joven, ¿va a volver? ¿No voy a verlo otra vez?

Poco tiempo después Simón se hacía cargo de una crónica semanal en el *Echo*. A Anatole Rousseau le causó cierta irritación y, un día en que Simón acababa de publicar un artículo sobre la reforma de la enseñanza, le dijo con aire severo, sacudiendo su largo mechón plateado: —Ya es sabido, mi querido Lachaume, que tiene usted cosas que decir sobre el tema, está en su terreno, de acuerdo… Pero es lo mismo que si yo, so pretexto de que estoy inscrito en el colegio de abogados, me pusiera a escribir sobre la reforma de la magistratura. No olvide que tiene un cargo oficial. Es preciso que elija entre la carrera de periodista y la…, en fin, la que usted tiene.

Era incapaz de definir exactamente aquella carrera.

Al día siguiente Simón mantuvo una larga conversación con Noél Schoudler.

—Mi querido amigo, con Rousseau, y yo le conozco bien, seguirá siendo siempre el segundón, jamás llegará a ser primero —dijo el gigante—. Es una persona a quien no le gusta dejar volar a las personas por sí mismas. Además, no será ministro eternamente. Cuando no lo necesite más, ¿qué le dará? Y sobre todo, ¿qué es lo que usted quiere hacer? No tiene necesidad de decírmelo: política. ¡Vamos, si lo veo venir! Usted es como mi hijo; él quería presentarse a la diputación y lo habría hecho de maravilla, sobre todo con los medios que yo podía poner a su disposición. Bueno, pues no será precisamente Rousseau el que lo ayude, ¡al contrario! La prensa y el ambiente de las finanzas le proporcionarán un apoyo mucho mayor. E independientemente de eso, sin preguntarle cuánto gana usted en este momento…

Simón sintió que el viento cambiaba y que había llegado la hora de cambiar de protector. Iba a pasar de la edad en la que a uno le llueven las ofertas, y la de un hombre tan poderoso y que acababa de perder a su único hijo era una ocasión que no podía dejar pasar.

Por la noche, Noél pudo anunciarle al anciano: —Bueno, papá, vas a ponerte contento. Me llevo a tu amigo Lachaume conmigo, al *Echo*. Prácticamente es cosa hecha.

Lulu Maublanc, solo en su salón, dejó el telegrama, avanzó hacia el gran espejo con marco de oro que decoraba la repisa de la chimenea y estalló en carcajadas.

El espejo le devolvió su mirada maravillada y la imagen de sus grandes dientes amarillentos totalmente descubiertos.

—¡Gemelos! ¡Gemelos! —dijo en voz alta—. ¡Ah, bravo, viejo, bravo! ¡La cara que van a poner todos! ¡Gemelos!

Permaneció largo rato admirándose, acariciándose el cráneo, golpeándose el chaleco, riéndose con el espejo como si necesitara desdoblarse para celebrar aquel doble nacimiento.

Luego pidió su abrigo, posó un sombrero hongo castaño sobre sus abultadas sienes y salió de su casa sosteniendo el bastón con la empuñadura hacia abajo. «Esa pequeña me da la alegría más grande de mi vida —pensaba avanzando con paso ligero—. Por otra parte, sólo satisfacciones me ha dado. Triunfó en el teatro, es seriecita... ¡Gemelos! Daría cien luises por ver la cara de Schoudler. ¡Oh! No va a tardar mucho en saberlo... Pero ¿adonde voy por aquí?»

Llamó al primer taxi que vio pasar.

—¡Al Círculo Excelsior, bulevar Haussmann! —gritó.

De salón en salón, anunció la gran noticia a todos los amigos que pudo encontrar.

—¡Guasón! —exclamaban dándole palmaditas en la espalda.

Por la noche, en cuanto llegó la hora de abrir; se fue al Carnaval para comentar el acontecimiento con Anny Féret. Anny representó bien su papel.

—¡Ah, no me extraña! —dijo—. Sylvaine me había escrito que estaba enorme. ¡Pobre chiquilla, dos de golpe! Bueno, y tú también exageras, mi Lulu.

—Fue la noche que estaba tan borracho, bien lo sabes —contestó pareciendo excusarse.

Durante varios días continuó igual, planteando a todo el mundo su adivinanza.

—A ver si sabéis lo que acaba de sucederme. Apuesto veinte contra uno a que no.

Y reía más fuerte que nadie.

La condesa Sandoval hizo un juego de palabras simplón: «Los blanquillizos», pero que Lartois difundió por toda la ciudad y que hizo reír a más de uno.

Los que tomaron la cosa menos a broma fueron los Leroy, cuando Lulu hizo abrir en su banco una cuenta de un millón a nombre de la señorita Dual.

—Mi querido Lulu —dijo Adrien Leroy (tenía sólo dieciséis meses menos que su tío y sus relaciones eran más bien relaciones de primos hermanos)—, mi querido Lulu, ten en cuenta que tus recursos no son inagotables. No olvides que la fracasada operación contra Schoudler a la que tuviste la nefasta idea de arrastrarnos hizo un agujero importante en tu capital. Sabes bien lo que derrochaste el año pasado, particularmente durante tu viaje a Deauville, y desde el comienzo de este año sigues igual. Amigo mío, no tengas demasiados hijos, no tengas demasiados. No te haré saber nada nuevo si te digo que no tienes sólo amigos en el mundo de los negocios, y si algún día debieras enfrentarte a algún contratiempo…

—¿Qué contratiempo? ¿Qué enemigos? ¿Schoudler? Que le den por saco —exclamó Maublanc. Y siguió, guasón—: Pero dime, mi querido Adrien, ¿estás tan seguro de que voy a morirme antes que tú, que tanto te preocupas por mis intereses?

Y quince días más tarde, con un ramo de rosas en la mano, se dirigía a la estación de Lyon a recibir a Sylvaine.

Ella bajó del tren, seguida de la «amiga», que llevaba a las criaturas en brazos.

Sylvaine tenía muy buena cara.

—Me he repuesto en seguida —dijo.

—Bueno, ¡ya están aquí estas preciosidades! —exclamó Lulu rascando con su curvo índice en la mejilla de los gemelos—. ¡Ah! ¿Cómo? ¿Una niña y un niño? No lo había entendido; creía que eran dos varones.

—¡No! Si te lo dije en mi primera carta: la niña se llama

Lucienne, como tú, y el niño Fernand, por Fernande, que es su madrina. ¿Que no te leías mis cartas?

—Claro que sí, claro que sí, ¿cómo se te ocurre eso, chiquilla? Pero como hablabas siempre en plural..., gemelos, gemelos... Para mí, desde que recibí el telegrama eran los gemelos..., varones. A usted, señorita —agregó Lulu dirigiéndose a la «amiga»—, le encuentro peor cara que cuando se fue.

Fernande, desdichada, con un nudo en la garganta, apretando contra ella los dos cuerpecitos que al cabo de unos minutos iban a quitarle definitivamente, contenía las lágrimas y se esforzaba por sonreír.

—¡Oh!, se ha portado maravillosamente, ¿sabes? —se apresuró a decir Sylvaine—. Me ha cuidado mucho, ¡se ha tomado tantas molestias!

Atravesaron la estación, Sylvaine del brazo de Lulu y Fernande siguiéndolos. Parecían un cortejo de bautismo. Ya en el taxi, preguntó Lulu: —Supongo que no los alimentas tú misma...

—¡Oh, no! No tenía bastante leche —respondió Sylvaine.

En el umbral de la casa de la calle Nápoles, Sylvaine besó a Fernande cuatro veces, le quitó las criaturas de las manos y le dijo: —¡Gracias, querida, gracias por todo! Has sido un ángel. No sé qué habría hecho sin ti. Nos llamamos mañana por la mañana, sin falta.

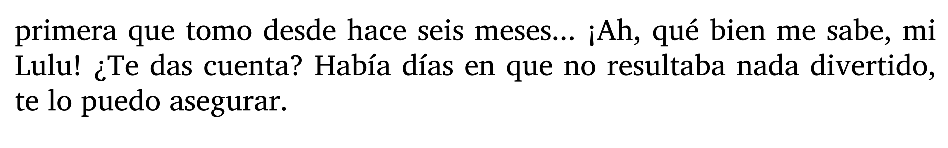
La joven criada, una bretona contratada por Anny Féret para que se ocupara de los niños ya había llegado. Aquella mañana, los Trois Quartiers habían enviado dos cunas: una rosa y la otra azul.

Durante una hora Sylvaine se ocupó de instalar a los gemelos, de dar instrucciones a la nueva criada, de indicar las horas de biberón, mientras la doncella, que ya no sabía si debía llamar a su patrona «señorita» o «señora», deshacía las maletas.

En medio de todo aquel trasiego Lulu sonreía, dejaba que lo empujasen, se acariciaba el cogote por encima del cuello postizo.

Cuando por fin las cosas estuvieron más o menos en su lugar, Sylvaine se sentó y le preguntó a la doncella: —¿Hay champán en casa? ¿Sí? Pues tráigalo.

Sirvió a Lulu, se sirvió ella y dijo levantando la copa: —La



primera que tomo desde hace seis meses... ¡Ah, qué bien me sabe, mi Lulu! ¿Te das cuenta? Había días en que no resultaba nada divertido, te lo puedo asegurar.

—¿Sufriste mucho? —preguntó él.

—¡Imagínate! Dicen que gritaba tanto que me oían en toda la aldea. Nacieron con cuatro horas de diferencia.

—¡Pobre pequeñita! —dijo Lulu sin lograr borrar su sonrisa. Luego, sacando de un bolsillo interior un largo sobre, añadió—: ¡He aquí lo prometido!

—Bien me lo merezco, ¿sabes? —dijo Sylvaine, que también sonreía.

Tomó el sobre, lo abrió, miró el papel del banco Leroy y la hermosa libreta de cheques virgen en un estuche de cuero. Su sonrisa desapareció.

—¿Cómo? ¿Nada más que uno? —preguntó.

—¿Un qué?

—Un millón.

—Claro, uno —dijo Lulu.

—Pero ¡Lulu de mi alma, estás completamente equivocado! —exclamó Sylvaine—. Tú me prometiste: un millón si te daba un hijo. Yo te doy dos; entonces...

Lulu frunció el ceño, sacudió la cabeza y lanzó frente a sí, a pequeñas bocanadas, el humo de su cigarrillo.

—A menos que quieras reconocerlos —continuó ella—. ¡Ah, si los reconoces la cosa cambia!

—No..., no..., en fin..., por el momento no. No quiero echarme toda una familia a cuestas. Pero pienso hacerlo seguro... Sólo necesito un poco de tiempo.

—Todo eso son cuentos —dijo Sylvaine irritándose y echando a caminar de un lado para otro—. Si no los reconoces, un millón por hijo. De ahí no me saca nadie. No sabemos lo que puede sucedemos, ni a unos ni a otros. Yo quiero asegurarme el porvenir. O, si no, te los planto en los brazos y ¡allá tú, ya te las arreglarás! ¡No te das cuenta

de lo que significa educar dos niños! Yo hice todo esto para darte gusto a ti…

Él aceptó todo lo que ella quería, diciéndose: «Después de todo, ¿qué significa eso para mí? ¡Bastante dinero he perdido por nada! Por lo menos, esto existe. Además, voy a dar un buen golpe con el algodón y recuperaré todo esto. El algodón va a subir…».

De todas maneras quiso puntualizar: —Pero después, mi querida pequeña, tendrás que dejar de considerar a Lulu como una vaca lechera durante cierto tiempo.

—No te pediré nada más, gordito mío.

—Bueno, si es así, muy bien.

Y envió a los Leroy una nueva orden por otro millón.

Para ejecutarla, Adrien tuvo que hacer que se vendiese una nueva fracción de la cartera de Lulu.

Anny Féret, siempre prudente cuando se trataba de los asuntos de los demás, aconsejó a Sylvaine que cambiase de banco su cuenta.

—Más vale que no sepan lo que haces con el dinero. Y si yo estuviera en tu lugar, lo colocaría al tres por ciento; es el único valor seguro.

Pero en cuanto Sylvaine, cumpliendo con su palabra, le entregó cien mil francos, ella se apresuró a instalarse en la calle de la Pompe en un piso horroroso, con paredes color sangre de buey, sillones de satén blanco y su propia fotografía en traje de escena en todos los rincones.

La casita de campo con que había soñado quedaba para otra ocasión.

También Fernande recibió cien mil francos. Utilizó dos tercios para asociarse a un comercio de mercería en Montmartre; el negocio no era tan bueno como le habían hecho creer. Fernande se pasaba los días enteros en la tienda, viendo cómo desfilaba por el mismo barrio donde trabajaba desde hacía cinco años una población que ella no conocía.

Dos humanidades vivían en Montmartre sin encontrarse jamás. El pueblo diurno, menesteroso, medio arrabalero y medio provinciano,

con sus porteras en el quicio de las puertas y sus amas de casa mal peinadas, que regateaban por una madeja de unos céntimos. Pronto echó Fernande de menos al otro pueblo, al que vivía sólo a la luz eléctrica, que tenía un aspecto feliz y que antes de desvanecerse en el alba dejaba diez francos de propina por un paquete de cigarrillos.

Su propensión natural a apiadarse de sí misma se agudizó. Olvidando que unos meses antes, aterrorizada de perder su sustento y viéndose acorralada en una miseria sin salida, habría estado dispuesta a todo para hacer desaparecer su embarazo, ahora el motivo de su desolación se lo proporcionaba el haber tenido que renunciar a sus hijos. Mientras contaba sus lunares se hacía a sí misma razonamientos estúpidos: «En el fondo, con esos cien mil francos hubiera podido cuidarlos yo misma». Se le llenaban los ojos de lágrimas cuando exponía una canastilla en el escaparate.

Los primeros tiempos fue por las noches con mucha frecuencia a la calle de Nápoles para dar un beso a los gemelos. Sylvaine la recibía más bien de mala manera, lanzaba una serie de «¡uf!» y de «¡date prisa!».

—Pero siendo su madrina... —gemía Fernande.

Pronto le fue retirado aquel amargo consuelo.

Sylvaine tenía ganas de vivir, de divertirse, de recuperar el tiempo perdido en su meridional confinamiento.

Se creía rica para toda la vida, o por lo menos para quince años... Al cabo de quince años se habría convertido en una gran actriz, tendría un buen marido y además, sobre todo, sería mayor o tal vez incluso se habría muerto.

Si no hubiera tenido dinero, sin duda alguna debería haber corrido detrás de un contrato. Con la elegancia y la desenvoltura que le permitía su cuenta en el banco, con aquella posibilidad de decir: «Venga a tomar una copa a mi casa a eso de las seis; allí podremos hablar de todo esto», la contrataron en cuanto llegó para una obra que estaban montando en el Variétés. Se acordaban de ella, de su pequeño éxito del año anterior.

—Había empezado usted de manera excelente —le decían—, ¿dónde estaba escondida?

Los gemelos la estorbaban. El piso era demasiado pequeño para las dos cunas y las dos criadas. Sylvaine encontró, allá por la

Malmaison, una mujer en cuya casa instaló a los pequeños. Le parecía haber cumplido ampliamente con su deber para con aquellas dos criaturitas sin interés. «Gracias a mí —se decía—, serán educados como nunca los habría educado su madre.» No andaba muy lejos de juzgar todo aquello muy moral y de pensar que en todo aquel asunto ella era la salvadora. Gracias a ella sacaban provecho de la fortuna de un viejo rico varios seres que lo necesitaban mucho. ¿No era así como debían ser las cosas?

Y era igualmente normal que pensase en apartar a Lulu de su existencia.

—¿Más azúcar, padre? —preguntó Jacqueline con un esbozo de sonrisa en sus labios delgados y blancos.

—Gracias, señora, estoy servido —contestó el padre Boudret.

Inclinó la tacilla para mostrar los cuatro terrones que le había echado.

—Eso no me parece mucha santidad, padre —dijo Jacqueline.

—Pero es que yo no soy un santo, señora, ¡lejos de eso! Tal vez habría podido acercarme a una vida verdaderamente santa si hubiera seguido siendo como cuando tenía veinte años, o mejor dicho, si desde entonces hubiera mejorado. Pero ya ve usted, opino que la mayoría de los hombres se pasa la vida renunciando a las esperanzas y a los sueños que tenía allá por sus veinte años. No tengo el orgullo de creerme al margen de esa ley común.

Como si temiese haber hablado demasiado seriamente de sí mismo, añadió riendo: —Porque me gusta demasiado el azúcar.

¡Extraño personaje, el dominico enviado a Jacqueline por el padre de Granvilage, y que la visitaba desde hacía ocho semanas!

Era un hombre de pesada estatura, frisando los sesenta, con un vientre que apuntaba bajo el hábito blanco. No se arrellanaba en los sillones; se sentaba en ellos muy erguido. Era muy calvo, casi sin pestañas y sin cejas, tenía una cara burda, de mejillas vastas y llanas, una barbilla poderosa, pero que se ahogaba en la grasa del cuello; una cabeza sin salientes inútiles, bien tallada en un cuadrado de sólida madera.

Era campesino de nacimiento y no lo ocultaba.

—Muchas veces me preguntan si soy pariente de los marqueses de Boudret —decía—. Pero ¡no! No tengo tan bellos orígenes. Soy un pobre Boudret cuyos seis hermanos trabajan la tierra en Artois y que ha creído poder trabajar para Dios.

En él no había nada de la piadosa languidez, de la aristocrática devoción del padre provincial.

La majestuosidad del padre Boudret era de un género diferente, pero igualmente real.

Había oficiado la ceremonia de Cuaresma en la Madeleine el año anterior; este año la oficiaba en Notre-Dame, y estaba en vías de alcanzar la celebridad en el mundo religioso.

Ninguna tarea podía perjudicar su enorme salud física y moral; ya fuese la evangelización de las muchedumbres, la dirección de un colegio, la conversión de un alma aislada, se consagraba a toda obra con igual y total atención, porque todo en el universo le parecía revestir la misma importancia.

Cuando se presentó por primera vez en la avenida de Messine y después de que lo introdujeran en el gabinete de Jacqueline, en el primer piso, pensó inmediatamente, al ver a la joven: «Será dura la lucha».

Porque mientras exponía claramente a Jacqueline el motivo de su visita no había encontrado en los ojos de su interlocutora ni hostilidad ni desconfianza, sino un resignado desprecio que parecía querer decirle: «Bueno, padre, haga su trabajo», como si hubiera sido un enfermero preparando una inyección.

Entonces el padre Boudret empezó por consagrar diez minutos al examen de los bibelots que había en la habitación.

Interrogaba:

—¿Qué es esto? *¿Y* esto…? ¡Oh, qué bonito es!

Parecía mostrar predilección por los libros de tapas grabadas con grandes blasones. Interrogaba sin apresuramiento, se asombraba con conocimiento y se le podía suponer una extensa erudición en todos los ámbitos.

—La vida del mariscal de Tavannes. Era uno de sus antepasados, ¿no es así? ¡Ah, sí, sí! La batalla de Moncontour…

Aquella actitud desconcertó un poco a Jacqueline. Además, la sola presencia de aquel ser corpulento, de hábito blanco, modificaba todas las relaciones dimensionales en el saloncito. Parecía que hubieran metido allí el *Balzac* de Rodin.

De pronto el dominico tomó de encima de una mesa el retrato un poco amarillento de un joven oficial de dragones con el uniforme del 14, que tenía otra fotografía más pequeña metida en la esquina del marco; los mismos retratos que tenía Jacqueline en su mesilla de noche cuando nació Jean-Noél. Examinó detenidamente aquella doble

imagen.

—Es su marido, ¿verdad? Hermosa cara, muy noble… Creo que va a gustarme mucho, señora —declaró.

Había dicho aquello como si se tratase de una persona con quien tuviera que encontrarse al día siguiente para caminar largos días juntos.

Luego se había vuelto hacia Jacqueline y la había mirado. Como en la mirada del padre de Granvilage, pero aún con mayor nitidez, parecía que hubiese tres planos en profundidad en la mirada del padre Boudret: delante una atención incansable, sin fisuras; detrás los secretos, todos los secretos, las renuncias voluntarias, los desencantos superados, los pecados oídos, la larga estrategia del asedio de almas, y más allá todavía una bondad infinita, una voluntad de universal y permanente comprensión.

A causa del retrato y a causa de la mirada, Jacqueline se había puesto a sollozar.

—¡No me pida disculpas, señora! No tiene por qué avergonzarse de su pena —dijo el dominico—. Todo amor que supera lo humano es un camino hacia Dios.

Y se había marchado, había tomado su sayo de manos del criado diciendo: —Gracias, hermano.

A los dos días volvió a aparecer, y luego de nuevo dos días después, y había entablado su batalla.

Hay una confesión más difícil que la de los pecados: es la de las angustias.

Los días, las noches, los sueños de Jacqueline no eran más que una larga serie de angustias mentales y físicas.

«Si existe un más allá, François está condenado… No es cierto, no hay Dios, no hay un más allá, sólo existe el vacío, las tinieblas. Si Dios existiese no habría permitido esto. No hay más que la oscuridad y yo no volveré a verla jamás… Estoy muerta, estoy muerta y no lo sé, y busco a François en la oscuridad y no lo encuentro… Prefiero vivir con la desdicha de su recuerdo y no correr el riesgo de encontrarme completamente sola frente a la nada. Soy cobarde, me da miedo morir. Él me llama y yo finjo no oírlo porque no tengo valor para matarme…»

Todo aquello terminaba en desfallecimientos físicos, casi síncopes, crisis de llanto, despertares sobresaltados con pulsaciones huidizas y miembros helados, la impresión de ver manchas de hollín, la sensación de irrealidad del mundo y de extrañeza de las percepciones.

Los elementos de su obsesión se entrecruzaban, se anudaban sin cesar según todas las combinaciones mentales posibles. Tenía la sensación precisa de que las mallas de una red le comprimían el cerebro.

A cada minuto esperaba una señal de François, y como aquella señal no llegaba, no sólo negaba la divinidad, sino que incluso parecía que le tuviese rencor a Dios por no existir.

Iba más manifiestamente camino de la locura que camino del suicidio.

Pacientemente, visita tras visita, el padre Boudret se dedicó a desanudar las mallas y encerrar a Jacqueline en una red más vasta, la de la omnipotencia de Dios.

Le costó trabajo. La muerte de un ser querido segado en plena vida es un arma terrible contra la fe, constituye una negación casi irrefutable.

Jacqueline, hecha un ovillo sobre un diván, con sus manos frágiles, en que la alianza ahora demasiado grande flotaba en torno al dedo, cruzadas sobre las flacas rodillas, reconoció muy pronto que la presencia del fraile le hacía bien.

La sensación de calor muscular; de solidez viviente que proporcionaba el dominico, le resultaba saludable. Y además, en el fondo de la mirada, aquella bondad que daba ganas de confiarse, de dejarse dirigir...

En el estado de anemia y de extravío en que se hallaba Jacqueline era difícil no ceder poco a poco a semejante fuerza, no dejarse subyugar por ella. Aquel alto hábito blanco era para la enferma lo único que emergía de la nada.

Con un movimiento de sus mangas el padre Boudret hacía entrar en la habitación la multitud de creyentes de la Tierra, los tomaba por testigos; o bien hacía surgir quince generaciones de antepasados de Jacqueline, todos fieles a la Iglesia y al dogma; y sobre todo, día tras día, reconstruía el universo de tal manera que François

pudiese habitarlo en su muerte y Jacqueline en su vida, con misteriosos lazos entre ellos dos.

Hacía ya dos meses que la obra había sido emprendida y el fraile sentía próxima la victoria. Quedaba por reducir una última resistencia, tras lo cual Jacqueline inclinaría ante la omnipotencia del Creador una frente desdichada pero liberada, y se elevaría de nuevo hacia la existencia.

Después de beber el té azucarado como un jarabe, el padre Boudret dejó la taza y escuchó a Jacqueline.

—No, se lo aseguro, padre —decía— ; soy mucho menos inteligente, estoy mucho menos instruida que usted; le admiro y le envidio porque usted tiene fe. Pero la vida eterna es un sueño para gente sana. Hay una especie de gran azar estúpido que nos hace nacer, que nos hace morir; antes de nosotros sólo hay oscuridad, después también…

—…y las estrellas son oscuras, y el amor es oscuro —prosiguió el padre—. Y además, Dios es una invención para calmar la angustia de los hombres y tratar de refrenar un poco sus inclinaciones perniciosas, ¿no es así?

El fraile tenía una sonrisa bondadosa y seria. Jacqueline no contestó.

—Pues ya ve usted, señora, los grandes físicos llegan cada vez menos a la conclusión de su gran azar estúpido, como usted dice. Cada día la ciencia acorrala al azar, lo va royendo, y nos prueba que no era más que el nombre de nuestra miopía. Las leyes idénticas que se descubren en la gravitación de los mundos y en el movimiento de los átomos bastarían para hacerme creer en Dios. El azar, en el sentido de un margen de libertad cósmica y gratuita entre elementos estables, no existe. O bien habrá que tener al universo por la expresión de la incoherencia absoluta, sin fallas, por la incoherencia que gira sobre sí misma, sin razón, sin finalidad, más ciega, más absurda que la antigua fatalidad, la incoherencia por la incoherencia, en todo y en todas las cosas, de los astros, de la Tierra, de la hierba, del alma…, o bien hay que creer.

Jacqueline sacudió la cabeza.

—Una incoherencia absoluta, padre —murmuró.

—Y su amor por François, ¿formaba parte de ese absurdo

universal? Cuando ustedes se vieron, se descubrieron y se amaron, ¿no sintió que estaban destinados el uno al otro?

El fraile llamaba a Jacqueline «señora», pero designaba al muerto por su nombre; tenía con François una intimidad adquirida en la plegaria cotidiana, que a ella le emocionaba.

Jacqueline se pasó lentamente la mano por los ojos.

—¡Si existe un solo amor el mundo que no puede ser tenido por absurdo, entonces no hay nada que pueda serlo! —dijo el padre Boudret levantándose.

Se acercó a la ventana y la entreabrió. El atardecer que anticipaba la primavera caía sobre el jardín, sobre las borduras de boj, sobre los parterres recién plantados. El aire era tibio. Precediendo al crepúsculo, se encendían las luces en las ventanas y un gran rumor disperso subía de la ciudad.

—¿Le da a usted todo esto la sensación de incoherencia? —preguntó el fraile empujando suavemente a Jacqueline frente a la ventana—. Yo, señora, a pesar de los sufrimientos de los humanos, hermanos míos, amo la vida que Dios ha hecho. Sé muy bien que donde puede comenzar la sensación de la incoherencia es solamente frente a la muerte. Y para sobreponernos a eso Dios nos ha dado la fe.

Como Jacqueline tiritaba, perdida la mirada en una contemplación en que trataba de conciliar el mundo y su propia desdicha, el padre Boudret cerró la ventana, volvió al centro de la habitación y dijo: —Por encima de la razón está la revelación. No somos nosotros solos quienes decimos eso; también los hindúes lo saben. Y nosotros decimos: la fe es el instrumento milagroso que Dios ha puesto a disposición de sus criaturas para dar más alcance a sus telescopios, sus dialécticas y sus penas. Todas las grandes teologías se parecen. La criatura que posee la fe es perfecta; sólo por la fe llega a la perfección.

Jacqueline miró al padre Boudret.

—Tal vez sea usted quien tenga razón, padre —dijo—. Debe de ser usted.

En aquel instante se abrió la puerta; una voz etérea gritó: —¡Mamá!

Y Marie-Ange se detuvo, cohibida, al ver al dominico.

—Entra, querida, ven a saludar al padre Boudret —dijo Jacqueline.

El padre Boundret se sentó para ponerse a la altura de la niña y recogió sobre las rodillas los faldones de su amplio hábito.

Por lo general Jean-Noél y Marie-Ange experimentaban repulsión hacia los besos que les imponían todos los ancianos de su entorno. Con el padre Boudret era diferente. Sus pequeños labios se dirigían en un movimiento instintivo hacia aquel rostro burdo y majestuoso que salía del cuello de capuchón.

Marie-Ange tenía buena salud, pero estaba bastante delgada; había crecido mucho en los últimos meses. Ya estaba en primer año de catequesis.

—Vamos a ver, pequeña, ¿qué has aprendido esta semana? —preguntó el padre Boudret.

—El credo, padre —contestó Marie-Ange.

—¡Ah!, ¿sí? Eso está muy bien. ¿Y lo has entendido? ¿Te acuerdas bien de todo?

—¡Oh, sí, padre!

—Bueno, oigámoslo.

Jacqueline sonrió. «No cabe duda de que Marie-Ange se acordará toda la vida de que era un gran predicador quien le hacía recitar el credo. El padre sabe lo que hace; ésas son cosas que marcan», pensó.

La vocecita cantarína y rápida de la niña desgranaba las palabras.

—¡Oh, más despacio, más despacio! —dijo el padre Boudret—. Yo no podría rezar el credo tan aprisa, no me daría tiempo de pensarlo.

En la cabeza de Jacqueline se devanaban maquinalmente las frases aprendidas en otros tiempos y con tanta frecuencia repetidas, adelantándose a la recitación de la pequeña.

«... el perdón de los pecados, la resurrección de la carne y la vida eterna...»

—La resurrección de la carne… —recitó Marie-Ange.

—La resurrección de la carne —repitió el padre con gravedad, extendiendo los brazos—. Y ese día —continuó (su voz, que trituraba las vocales, temblaba un poco porque transmitía una convicción profunda)— las almas se presentarán en su envoltura total; es decir, con el conjunto de sus instantes resucitados, con todos sus gestos en sus manos y todo lo bueno y lo malo que hayan hecho desde su nacimiento hasta su muerte y más allá de la muerte, y con lo que las otras almas hayan hecho por ellas…

Sabía que sus palabras estaban por encima del entendimiento de la niña y no temía turbarla. Pero bajo la frente de Jacqueline acababa de brotar una inmensa chispa entre dos frases de la plegaria, como entre los carbones de una lámpara voltaica.

—…y se presentarán —terminó el dominico— ante su propio juicio, ante el juicio de todas las almas fundidas en el juicio de su padre, el Creador, e irán a ocupar un lugar, las unas al lado de las otras…, en la armonía dispuesta por una bondad infinita.

Jacqueline hubiera sido incapaz de repetir las palabras del padre Boudret. Las palabras, por otro lado, ya no tenían ninguna importancia. Comprendía al padre por encima de las palabras, en una adhesión, en una fusión directa de pensamiento, de la cual la expresión verbal era sólo el residuo de combustión. El pensamiento de Jacqueline ardía, como lo había sentido arder a veces al lado de François en los primeros tiempos de su amor, y ese incendio iluminaba todo, la vida y el más allá. François estaba presente, tan presente como Marie-Ange. Y otra presencia parecía aún erguirse tras el dominico, una presencia de la cual él no era más que el intermediario.

Jacqueline oyó decir al padre: —Está muy bien, pequeña. Ahora puedes irte a jugar.

Al segundo siguiente el mundo había vuelto a ser como antes, pero Jacqueline estaba convertida.

Cuando salió la pequeña, dijo sencillamente la joven: —Gracias, padre.

—No, señora. Diga: «Gracias, Dios mío» —concluyó el padre Boudret levantándose; e hizo sobre la frente de Jacqueline una señal de la cruz tan leve que ella ni siquiera se dio cuenta.

Bajó al vestíbulo, recogió su sombrero y su sayo, y se fue a su

convento.

Desde aquel día Jacqueline quiso creer con tanta fuerza como había puesto en querer morir, aun cuando seguía sintiéndose separada de la creencia perfecta por aquel mismo velo ligero, impalpable, que la había mantenido más allá de la muerte en los instantes de desesperación.

Todos los domingos llevaba a Marie-Ange y a Jean-Noél a la misa de los dominicos. En su mesita de noche tenía *La imitación de Cristo.*

Las tardes de primavera se la encontraba también paseando por las avenidas del Bois con sus hijos. Su tez había recuperado un poco de color y parecía interesarse nuevamente por las conversaciones. Un día su familia, sorprendida, la oyó reír.

VII

Todo lo que Noél Schoudler había negado en otros tiempos a su hijo, en lo relativo a *L'Echo du Matin*, acababa de concedérselo en unos meses a Simón Lachaume.

Simón había entrado en el periódico sin una posición claramente definida. Noél Schoudler había declarado simplemente: —El señor Lauchaume trabaja conmigo.

Y le había doblado el sueldo que percibía con Rousseau. Por la importancia de sus honorarios se juzgó la importancia del hombre. Muy rápidamente ésta se hizo todavía mayor de lo que al principio se había supuesto.

Al transformar el *Echo*, Noél había alcanzado plenamente sus objetivos. Había aumentado la tirada y dado a la prensa en general una nueva orientación. Sólo *Le Temps* y *Débats* habían permanecido fieles a las viejas fórmulas, que satisfacían a un público estable pero restringido.

Pero cuando agotó las ideas de su hijo, Noél se sintió un poco cansado. En aquella circunstancia, su cerebro adiestrado en los hábitos de otra generación, apenas le servía para sostener lo que él mismo había emprendido.

Por su deferencia con los hombres de edad, su habilidad para dirigirlos, su apariencia de tener siempre algo que aprender de ellos y al mismo tiempo gracias a la buena máquina de pensar que tenía en el cráneo, Simón proporcionó a Noél Schoudler, día tras día, y sin herirlo, todo aquello que necesitaba.

François había tenido un espíritu creador; Simón tenía un espíritu continuista. Gracias a aquellos dos jóvenes, uno muerto y el otro vivo, reinaba Noél sobre todo un sector de la información, más potentado que nunca.

Al lado de él y para él Simón vigilaba, dirigía, elegía entre las ideas propuestas, arbitraba las diferencias. La autoridad y la experiencia que había adquirido en sus funciones en el ministerio le ayudaban considerablemente. Y la gente empezaba a decir, como en la época en que estaba con Rousseau: —Cuando se quiere conseguir algo del jefe, hay que dirigirse a Lauchame.

A veces Noél se sorprendía pensando: «¡Ah, si François hubiera

sido como él!».

En aquella posición semidirectiva, Simón podía saborear el poder de la prensa tal como era entonces, cuando un artículo decidía una celebridad o hacía pedazos una obra teatral, cuando una campaña bien dirigida hacía caer un gobierno. Gente de letras, directores de escena, parlamentarios… todos invitaban a Simón a sus recepciones, a sus ensayos generales, le enviaban sus libros con halagüeñas dedicatorias. Simón se sentía mucho más valorado que cuando era jefe adjunto de gabinete y en realidad no tenía autoridad más que sobre funcionarios. Ahora le telefoneaban a él los jefes de gabinete e incluso los ministros, podía conseguir de ellos lo que quisiera, y adivinaba próxima su Legión de Honor.

Su despacho era contiguo al de Noél. Muchas veces, al final de la jornada, el gigante entraba en el de Simón, iba a charlar de cosas que nada tenían que ver con el periódico; sentía una necesidad de relajarse nueva en él, que revelaba cierta fatiga de vivir.

Simón le contaba los chismes de la ciudad, sobresalía en el arte de despertar en el hombre cansado el gusto de indignarse.

La presencia de Simón rejuvenecía a Noél; también a veces lo enternecía, cuando pensaba: «Es François quien debería estar en el despacho».

Simón fue el primero en advertirlo del nacimiento de los «blanquillizos».

—¡Y ha sido tan estúpido y tan vanidoso que se lo ha creído! —dijo Noél.

Cada vez que se hablaba de Maublanc delante de él su mirada negra se ensombrecía. En una carpeta de cartulina azul, una de las antiguas carpetas de François, que guardaba cuidadosamente bajo llave, insertaba de vez en cuando una notita fechada, allí consignaba todo lo pernicioso que oía acerca de su enemigo, especialmente las cifras.

También fue Simón quien le contó la historia de los dos millones.

—Sea como fuere, esa personita tiene valor —dijo Noél—. ¿Y me comentó usted que la conocía?

—¡Oh!, la he visto una vez, como usted sabe —contestó Simón

—; la noche de la recepción de Lartois, precisamente cuando le hizo firmar la promesa a Maublanc. Pero le confieso que no sé si la reconocería. Sé que es pelirroja...

—Sí, en efecto, Lartois me había relatado vagamente esa historia. Pero era un momento tan trágico para mí... Dual, me dice usted... Dual... Y le hizo firmar... Ahora comprendo —prosiguió Noél —, ahora comprendo por qué los Leroy me han hecho saber que ya no se consideraban solidarios de su primo. Es que los gemelos representan ahora una seria amenaza para la herencia, y si a Maublanc le diera la gana...

Dejó la frase en suspenso y entornó los párpados.

—... para todos los herederos —murmuró. Y de repente, apoyando las manos en los brazos de su sillón, irguió su cuerpo enorme—. ¡Ya lo tengo! —exclamó—. Sí, me parece que ya lo tengo. Si lo que yo pienso es posible, entonces ¡adiós Maublanc! Lo aplasto, lo estrangulo, *¡cuic!*, así. ¿Cómo no se me ha ocurrido antes? Gracias por haberme contado esta historia, Simón, gracias. No cabe duda de que acaba usted de hacerme un inmenso favor. Ahora lo importante es saber si legalmente...

Se hallaba en un estado de exaltación en que Simón no le había vista nunca. Descolgó el receptor del teléfono.

—Póngame con el abogado Rosenberg —le dijo a la telefonista.

E instantes después: —¿Diga? El barón Schoudler al habla. ¡Ah!, es usted, mi querido amigo. ¿Cuándo puedo ir a verle? Sí, hoy, es muy urgente... Dentro de media hora; bueno, allí estaré.

Colgó y agarró a Simón por los hombros con una fuerza que le hizo pensar: «¡Caramba! ¡Por viejo que sea, no quisiera tener que pelearme con él!».

—¡Ah, hijo mío! —seguía diciendo Noel — ; esto sería demasiado bonito.

Todo el tiempo que duró el trayecto hasta la casa del abogado, que vivía al otro lado del río, la suela del zapato de Noél no dejó de golpear la alfombrilla del coche. «¡Ah! ¡Qué hermoso regalo para hacerle a François en el aniversario de su muerte!», se decía.

Jean Rosenberg era un judío elegante, de tez oscura y pelo plateado, muy ligeramente bizco, y que amaba los muebles antiguos y

los libros raros. Aquel abogado de las altas finanzas, consejero permanente de empresas muy importantes, de grandes grupos, de siderurgias, de compañías de seguros, evitaba siempre pleitear y había hecho del arbitraje y el convenio su especialidad. Para escuchar a sus clientes tenía un gesto particular que consistía en mantener los pulgares sobre los labios y los demás dedos imbricados unos en otros para formar frente a su rostro una especie de caballo de Frisa.

—Bueno, bueno... ¿Qué lo trae a usted por aquí, mi querido amigo? —preguntó.

Schoudler respiró con fuerza. Repentinamente se sentía preso de una gran ansiedad. El magnífico proyecto que acababa de concebir, ¿iba a venirse abajo con la respuesta del jurista? Por fin dijo: —Un tutor, actuando como tal, ¿puede hacer que se ponga bajo tutela, por pródigo, a un pariente de su pupilo?

—¡Ah!, me propone usted una cuestión de derecho civil. Supongo que se refiere a usted mismo, como tutor de sus nietos...

—Sí —dijo Schoudler.

—Entonces seamos claros —siguió el abogado descruzando y volviendo a cruzar los dedos—. Lo que quiere saber es si usted, tutor, puede pedir una incapacitación por prodigalidad... Me parece que sí. Veamos: la incapacitación por prodigalidad es algo así como una privación, y el tutor normalmente está habilitado... ¡Oh!, mire usted, para mayor seguridad...

El abogado se volvió y buscó entre la colección del Dalloz que llenaba un anaquel bajo de la biblioteca que tenía detrás, sacó un volumen y lo hojeó con mano rápida.

—Aquí está, aquí está —dijo—. Incapacitación... Privación. Aquí lo tenemos.

Tomó una gran lupa, hizo converger su ligero estrabismo, y leyó: —...la privación puede ser pedida en nombre de un menor pariente por su representante legal. Hubo incluso —añadió— una sentencia promulgada en ese sentido por la corte de apelación de Douai, en 1848. Ahora bien, aquí veo que el nombramiento de un tutor para el pródigo puede ser provocado por todos aquellos que tengan derecho a pedir la privación. Así pues, puede usted hacerlo perfectamente. No hay ningún obstáculo jurídico, mi querido amigo.

Schoudler se levantó de su sillón y se frotó las gruesas manos.

—Me da usted una buena noticia, Rosenberg —dijo—. ¿Y cuáles son exactamente los motivos que alegar?

—¡Oh, los motivos varían! Por lo general es la manifiesta prodigalidad. Usted debe de referirse a un dilapidador, ¿no es eso? Sí. Pero tenga cuidado. Recuerdo haber tenido entre manos un asunto de incapacitación por prodigalidad hace algunos años. Es preciso estar en condiciones de probar que el pródigo pone en peligro con sus gastos su fortuna entera.

—Es decir, un tipo que juega a la bolsa como un maniaco…

—¡Ah, no, no! —exclamó el abogado—. No alegue usted eso, porque le sería denegada. Las pérdidas resultantes del juego en la bolsa se consideran como operaciones financieras desafortunadas, pero no como dilapidación propiamente dicha.

—Eso es un fastidio —dijo Schoudler—. ¿Y las cartas, las mujeres? ¿Un señor que distribuye millones entre las mujerzuelas, que todos los días pierde en el círculo hasta los pantalones?

—¡Ah, si tiene usted pruebas de eso, perfecto, perfecto! Es preciso que la dilapidación de la fortuna esté provocada por el capricho o las pasiones. En ese terreno puede usted hacerse fuerte… Ahora —dijo el abogado volviendo a colocar sus dedos en caballito de Frisa—, ¿cree usted que haya que llegar hasta la presentación de una demanda ante el tribunal de primera instancia? Porque, en verdad, a eso es a lo que va usted a parar. Precisamente con la amenaza de una incapacitación, ¿no habría manera de llegar a un acuerdo más feliz para todo el mundo…, una donación en vida, por ejemplo, con entrega al pródigo de una renta vitalicia que lo convertiría prácticamente en usufructuario? Sería una manera de arreglar las cosas.

—¡Ah, pero es que no quiero arreglarlas! —exclamó Noél. Rosenberg sonrió.

—Bueno, bueno —dijo—. Entonces tendrá usted que reunir primero un consejo de familia. No voy a enseñarle ahora que un consejo de familia se prepara previamente, sobre todo en un caso como éste. Tratándose de usted, no dudo de que el trabajo estará bien hecho. Téngame al corriente y venga a verme cuando se decida a entablar el procedimiento…, si es que está absolutamente decidido.

Luego, mientras acompañaba a Noél, le dijo cogiendo de encima de una mesa un viejo libro: —Uno de mis clientes acaba de traerme esto, una edición príncipe de Voiture. Estoy muy, pero que

muy contento.

En el trayecto de vuelta de la casa de Rosenberg, Noél murmuraba para sí: «No nos entusiasmemos, no nos entusiasmemos».

Al día siguiente por la mañana tuvo una conversación de una hora con Adrien Leroy. Cuando los dos banqueros se separaron, se estrecharon la mano con fuerza.

—Cuente usted con mi pleno consentimiento y desde luego le anticipo el de mi hermano —dijo Adrien Leroy—. Le agradecemos que se encargue de esta fastidiosa operación, que sin embargo, acaba usted de convencerme, era inevitable. Hágame saber los resultados de esa pequeña investigación. Hasta muy pronto.

Durante toda la semana consagró Noél mucho tiempo a la preparación del consejo de familia. En todas sus conversaciones salían sin cesar a relucir los nombres de Jean-Noél *y* de Marie-Ange, y su preocupación por proteger el porvenir de aquellos dos niños. Por último, cuando se hubo entrevistado con todos los miembros de la familia, hizo que Anatole Rousseau lo recibiera.

—No vengo a ver al ministro, ni al amigo —declaró el gigante al entrar—; vengo a ver al abogado.

Rousseau levantó su cuadrada manita.

—¡Oh, pobre amigo mío! —exclamó—. Usted sabe que hace mucho tiempo que no litigo…

—Eso no significa nada. Tengo absoluta confianza en usted, y sus consejos me interesan enormemente.

—Me honra usted demasiado, querido amigo. Bueno, le escucho —dijo Rousseau echándose hacia atrás el mechón.

Noél comenzó a exponer el asunto.

—Cuidado, cuidado —interrumpió Rousseau—. Un tutor, actuando en calidad de tal, ¿tiene derecho a interponer semejante demanda? ¿Se ha informado usted acerca de eso?

—Sí —contestó Schoudler—: lo he consultado con Rosenberg.

—¡Ah! Entonces, perfecto. Continúe.

Toda la conversación se desarrolló en ese tono. Era Rousseau

quien, con ayuda de lejanos recuerdos, planteaba aquí o allá una objeción, y Schoudler el que contestaba a la consulta repitiendo textualmente lo que Rosenberg había pescado en el Dalloz.

—Bueno, amigo mío —concluyó Rousseau—, me parece que ha sido usted bien aconsejado, muy bien dirigido. En todo eso no veo nada donde pueda haber falla.

—¡Ah! ¡Me tranquiliza usted enormemente! Me alegro de haber venido a visitarle —dijo Noél, como si Rousseau acabase realmente de darle un consejo admirable—. Se lo repito, claro está, no me he dirigido al amigo, sino al jurista. Y en cuanto a sus honorarios...

—Vamos, vamos, de ninguna manera —dijo Rousseau.

—Sí, sí, querido amigo; insisto en ello. Sin duda tendré que volver a molestarlo cuando lleguemos ante el tribunal. El banco tendrá a su disposición veinte mil francos, que le serán entregados cuando usted quiera.

Entonces el ministro comprendió con mayor claridad para qué le eran necesarios sus servicios a Noél Schoudler.

—Es usted muy amable —dijo—. Entonces me tendrá usted al corriente de este asunto, ¿no es cierto? Y avíseme antes de que llegue a la audiencia, dándome el nombre del juez, le llamaré yo personalmente... Y nuestro amigo Lachaume —añadió cambiando de tono, para dar a entender que el asunto ya estaba zanjado—, ¿cómo anda?

—Muy bien. Se desenvuelve con brillantez.

—Estaba seguro de eso. Ya sabe que lo animé mucho a que fuese a trabajar con usted. Él tenía sus dudas. Pero yo comprendí que era necesario para su carrera. Sólo que era yo quien lo había formado, y bien formado, debo decirlo: así que... era lógico que estuviera muy apegado a mí.

—Y sigue estándolo, profundamente —respondió Noél.

—No lo dudo —dijo Rousseau—. ¡Ah, por cierto...! Usted no debe de ocuparse de estas minucias, pero él quizá sí. Tienen ustedes un caricaturista en el *Echo* que es un poco duro. Yo sé que personalmente no soy muy alto, pero de todas maneras, ¡representarme con los rasgos de un perro pachón!

Al volver al periódico Noél entró en el despacho de Simón y le agarró las manos. El gigante tenía la sonrisa de un muchacho.

—¡Mi querido Simón! —exclamó—, todos mis escuadrones están preparados. Y ahora, ¡fuego! ¡Se acabó Maublanc...! Ahora que me acuerdo, haga que alarguen un poco las caricaturas de Rousseau. Que lo representen..., ¡yo qué sé...!, como a un galgo.

La mujer en cuya casa en Malmaison fueron dejados los gemelos era una especialista en la cría de los productos ilegítimos de la alta burguesía. Sylvaine se había dejado aconsejar bien y no había sido cicatera en el precio de la pensión. Sin embargo, el cambio de régimen afectó a una de las criaturas, el varón, que fue debilitándose misteriosamente y murió al cabo de un mes.

Cuando Sylvaine recibió la noticia ya estaba llegando tarde a su ensayo de la tarde, el primer ensayo con decorado, y su nuevo amante, un muchacho alto y moreno que tenía un papel en la misma obra, se impacientaba.

Garabateó una nota para avisar a Lulu.

«*Esto sucede a menudo con los gemelos —explicaba. Y luego decía —: Estoy anonadada, ya no sé lo que hago ni lo que digo. Salgo como una autómata para ir a trabajar.*»

Y pensó: «Va a considerar necesario venir esta tarde a consolarme. ¡Qué rollo!».

Se las había arreglado para no verle desde hacía cuatro días, estaba empezando a soltar amarras. Añadió en la misma hoja: «*Tendremos nuevamente ensayo esta tarde y esta noche. ¡Es atroz!*».

—Sí, sí, ya estoy lista, querido —le gritó al muchacho moreno —. Aquí estoy.

Al verla aparecer con cara de preocupación, preguntó él: —¿Te pasa algo?

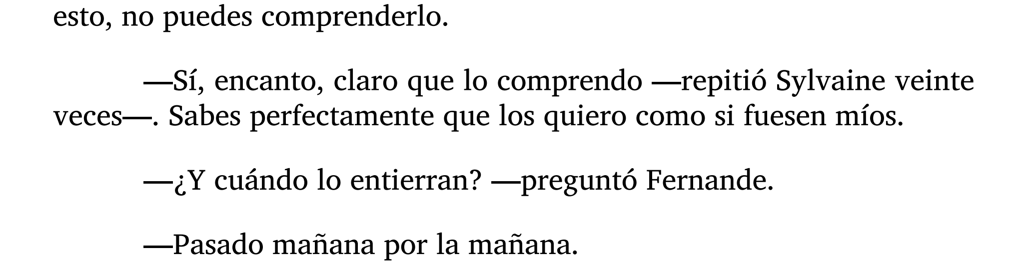
—¡Oh, nada! Engorros, como siempre.

Se decía: «¡Y además está Fernande! ¡Va a ser un follón!».

Al salir del teatro pasó por la mercería. Había comprado un ramo de flores.

Fernande, que vivía en la trastienda, se disponía a cenar. Sollozó durante media hora larga.

—Ahí lo tienes, ahí lo tienes —gemía—. Es Dios, que empieza a castigarme. ¡Quiero que me devuelvas el segundo, quiero que me lo devuelvas! ¿Me lo van a matar también! Tú no comprendes lo que es


esto, no puedes comprenderlo.

—Sí, encanto, claro que lo comprendo —repitió Sylvaine veinte veces—. Sabes perfectamente que los quiero como si fuesen míos.

—¿Y cuándo lo entierran? —preguntó Fernande.

—Pasado mañana por la mañana.

—¿En qué vas a ir?

—Con toda seguridad iré en coche, con Lulu.

—Entonces... ¿a qué hora paso por tu casa?

—¡Ah, no, ricura, no! —contestó Sylvaine—. Más vale que vayas por tu lado. Cuando uno tiene una pena no sabe muy bien lo que dice. Realmente sería demasiado estúpido que te fueses de la lengua...

Sacó un billete de cien francos del bolso.

—Toma, ve en taxi —agregó.

Fernande rechazó el billete.

—Sí, sí —insistió Sylvaine—. Y de las flores no te preocupes, me encargo yo. ¡Vamos, vamos! Es muy triste, pero no me queda más remedio que irme. Puedes estar segura de que pienso mucho en ti.

—Gracias, gracias, eres muy amable —contestó Fernande.

Sylvaine se subió el cuello de zorro de su chaqueta y dijo en el tono con que se cree consolar a los niños: —Y luego vendrás a mi ensayo general..., y además voy a tratar de mandarte clientes, de hacer que conozcan un poco tu casa, ya verás como todo se arregla.

—¡Oh!, la muerte no se arregla nunca, ¿sabes? —dijo Fernande con las mejillas relucientes de lágrimas—. ¡Ah, me olvidaba! Precisamente quería hablarte de esto... Anduvo por aquí un tipo que me hizo un montón de preguntas sobre ti, sobre mí; cuánto hace que te conozco, cuándo habíamos salido para el sur...

—¿Qué clase de tipo?

—No sé. Uno con una gabardina marrón. Alguien que andaba averiguando. No de la policía, pero algo parecido. A lo mejor era por

los fondos de comercio, ¿sabes?

«¿Será que Lulu sospecha algo? —pensó Sylvaine por un instante—. No, no es posible. ¡Y además, ahora me importa tres cominos!»

Y se fue a cenar.

La Malmaison, para Lulu, era «el campo». Así que, para dirigirse allí dos días después, no pidió un simple taxi, sino el gran Hispano que había alquilado para ir a Deauville. Instalaron un gran ramo de calas al lado del chófer.

Cuando Sylvaine y Lulu llegaron a la casa de la nodriza, Fernande ya estaba allí.

Sylvaine se lanzó a los brazos de su amiga diciendo: —¡Pobre queridita! Siempre tan buena, tan abnegada... —Y agregó en voz más baja—: Contente, ¿eh? ¡Te lo suplico!

Lulu ponía toda su atención para no meter los pies en los charcos de agua.

Durante el entierro fue preciso que Sylvaine fingiese que lloraba tanto como Fernande, por lo menos. No tenía que representar su comedia para un gran público; cinco personas en total seguían el blanco coche fúnebre. Por reducida que fuese, la pompa resultaba aún excesiva. Parecía absurdo haber molestado a un caballo para que tirase de aquel minúsculo ataúd y a un chantre para que clamase misericordia para aquel inocente.

«Y era precisamente el que llevaba mi nombre —pensaba Fernande—. Qué mala suerte tengo.»

Quería haberse puesto debajo del brazo la caja de madera e ir a enterrarla sola al pie de un muro.

La ceremonia en la iglesia fue despachada en un cuarto de hora.

El cementerio estaba cerca, y la estrecha fosa, recién cavada, tenía paredes de rezumante arcilla.

Pasó un soplo de aire y Lulu se cruzó cuidadosamente la bufanda sobre el pecho.

Al salir del cementerio, Sylvaine volvió a murmurar al oído de Fernande: —Acompáñame al coche. Aparenta consolarme.

Y la otra, dócil, sacudida por sollozos verdaderos, marchó al lado de Sylvaine como si la sostuviera. Luego, con la cabeza baja, volvió a su propio taxi. Al ver cómo se desplomaba en el asiento, Sylvaine pensó: «De todas formas, soy un poco cabrona. En fin, es la vida, ¡no tengo más remedio que hacerlo!».

El gran coche de alquiler tomó el camino a París. Lulu se mantenía tieso en su rincón y miraba por la ventanilla con rostro frío e inexpresivo. Aquel golpe de la suerte no le apenaba, le ofendía.

Al sentir el traqueteo del coche, en la misma posición, en la misma carretera, con la misma tela beige del tapizado bajo la mano y ante los ojos la misma gorra de chófer que el verano precedente al partir para Normandía, Sylvaine sintió que todo un período de su existencia, el período Lulu, tocaba a su término.

Ya no le bastaba apartar poco a poco a Lulu de su vida: quería una escisión neta, precisa, total.

Quería estar sola en un coche parecido, o bien al lado de un compañero cuya presencia la hiciera feliz. Ya no quería ni más visitas matinales ni más desabridos toqueteos; quería poder tener en su casa toda la noche a su nuevo amante.

Mientras por decencia se secaba la nariz, volvió la cabeza hacia el mudo perfil donde formaba un saliente el gran ojo lechoso.

«Casi dos años y medio; no tiene de qué quejarse», pensó.

Aquella ruptura decidida, consumada, todavía tenía que notificársela al interesado.

Sylvaine no se sentía con valor para abordar una explicación oral. Le escribiría a Lulu, y ya componía mentalmente los términos de la carta: «*Es preciso que comprendas... Naturalmente, seguiremos siendo buenos amigos. Podrás ver a tu hija siempre que quieras...*».

«¡Pobre viejo!, va a ser un golpe para él, de todas formas», pensó.

Estaba un poco conmovida, no por él, sino por ella misma y por la impresión que sentía de entrar en un nuevo período de su destino. Alargó la mano sobre el asiento.

Con sus blandas falanges Lulu dio ligeros golpecitos en aquella manita tendida.

—Sí, es muy triste, pobrecita mía. En fin, es de esperar que el otro siga bien —dijo como si añadiera interiormente: «porque bien caro me cuesta».

Al volver a su casa encontró una convocatoria para un consejo de familia en la avenida de Messine. No comprendió el propósito.

«¿Por dónde les ha dado a ésos? —se dijo—. ¿Qué nueva cosa tienen que pedirme? ¡Consejo de familia! ¡Como si yo formase parte de la familia! ¡Esos cabrones..., cuyos nietos siguen vivos!»

IX

Hacía media hora que el consejo de familia se había reunido entre las paredes de cuero verde del despacho de la residencia Schoudler. Instalado tras la gran mesa estilo Luis XV, en el sitio habitual de Noél, el juez de paz lo presidía, tal como prescribía la ley. Presidencia delicada de la cual obtenía más desconcierto que vanidad. Estaba intimidado por aquel círculo de ancianos importantes, con coronas en las cigarreras, con el ojal lleno de condecoraciones, y que usaban para con él aproximadamente el mismo género de cortesía aplastante que habrían podido tener para con un agente de policía que estuviese elaborando el atestado de un accidente.

De vez en cuando el juez de paz deslizaba dos dedos dentro del cuello postizo de puntas quebradas, para atrapar el borde de la camisa. Hablaba lo menos posible, cuidando de no cometer un error fatal para su carrera.

Su escribano, sentado al extremo de la mesa, tenía los dientes picados y hacía ejercicios de redondilla en el secante. Cada vez que se pronunciaba la palabra «millón» se sobresaltaba.

La rama paterna formaba la derecha del círculo. Estaba compuesta por los dos hermanos Leroy, Adrien y Jean, ambos calvos, colorados y distinguidos, con corbatas adornadas con perlas y polainas de tela blanca sobre los zapatos de punteras de charol, y un viejo primo Maublanc-Rougier, de una estupidez intrépida, que se planchaba los guantes encima de la rodilla.

Del otro lado permanecía Noél, el demandante, flanqueado por dos hermanos La Monnerie, Robert, el general, y Gérard, el ministro plenipotenciario.

Este último, después de haberse acoplado el mayor tiempo que pudo a las comisiones de las conferencias internacionales, acababa sin embargo de ser jubilado. Desde el entierro del poeta, su flacura de cadáver se había acentuado y su tez se había puesto amarilla.

Noél Schoudler se felicitaba de que Urbain de La Monnerie, alegando su lejanía de París, hubiera rehusado asistir a aquel consejo, donde normalmente lo reclamaría su calidad de hermano mayor. Con las rabietas y los ataques de generosidad gruñona del viejo marqués se habría corrido el peligro de que las cosas se enredasen. Tenían una carta suya dando su consentimiento; con aquello bastaba, y Noél prefería, con mucho, apoyarse en el odio gélido que el diplomático

había sentido siempre hacia Lulu Maublanc.

El general escuchaba con una seriedad altanera y soplaba encima de su condecoración. Parecía un poco desmejorado, pero todavía lucía en su rostro una hermosa majestuosidad. Sólo le preocupaba verdaderamente la segunda operación de próstata a la que se iba a someter pocos días después. Contra la pierna tiesa llevaba una bolsa de goma que se dibujaba bajo la tela del pantalón y que cada vez sentía más pesada. Sin embargo, aquella reunión, a ratos, le distraía de sus preocupaciones.

Al fondo del círculo, encajado entre ambas ramas, la paterna y la materna, como en una tenaza, sintiendo que sobre él convergían tantas miradas justicieras como asistentes había, Lulu Maublanc permanecía silencioso, con la espalda encorvada y los ojos bajos. Repuesto de su primera sorpresa al encontrar allí a sus sobrinos Leroy y conocer de boca del juez de paz el objeto de la reunión, había optado por el mutismo y fingía indiferencia, como si se hubiera tratado de los asuntos de otro. Pero sus céreas mejillas se agitaban por instantes sobre el cuello postizo y sus largas falanges temblaban. Fumaba sin parar y echaba la ceniza encima de la alfombra. Hacía media hora que escuchaba cómo le reprochaban toda su vida presente y pasada, sus costumbres, sus gastos, sus pérdidas en el juego, sus compañías.

—Es del dominio público, mi querido amigo, que el verano pasado dejaste en el casino, en Deauville, un millón y medio en tres semanas —dijo Noel—. ¿No es cierto?

—Es absolutamente cierto —corroboró Adrien Leroy agitando su empolainado pie—. Y recordarás, Lucien, que volví a decírtelo hace poco y te recomendé moderación.

«Qué cabrones, qué cabrones —pensaba Lulu—; se han puesto todos de acuerdo contra mí, todos, hasta Adrien, y es Schoudler el que ha maquinado todo esto. Bueno, dejemos que se despachen a gusto y luego veremos.» Pero la angustia le revolvía el estómago. «¡Incapacitado! ¡Incapacitado! ¡Quieren ponerme bajo tutela, quieren hundirme, quieren matarme! ¡Oh, los muy cabrones! Pero no voy a consentirlo. Tengo con qué defenderme.»

Por despreciable que Lulu fuese a sus ojos, aquellos seis ancianos reunidos para juzgar a uno de los suyos, y decididos de antemano a condenarlo, tenían sin embargo cierto sentido de su propia bajeza... De ahí aquella escalada en las quejas.

El general sacó a relucir viejas historias de colegio. Ya en aquella época Lulu había sido un novillero y un perezoso que hacía que le echasen de todos los centros de enseñanza.

—Siempre fuiste una vergüenza para la familia —concluyó el general—; y lo peor es que parecías enorgullecerte de eso.

Por vez primera, y porque se trataba de privar a Lulu del uso de su única fuerza, su fortuna, los hermanastros podían declarar por fin, en la cara, lo que opinaban de él. Agregaban al expediente de la acusación todos los componentes de su resentimiento.

Lulu sacudió el cigarrillo delante de él; la ceniza empezaba a formar un montoncito gris entre las suelas de sus zapatos. El diplomático se enderezó en su sillón para anunciar que iba a hablar. Dejó caer el monóculo en la mano.

—No me permitiré juzgar a nuestra madre ni su segundo matrimonio —dijo—. ¡Paz a su alma! Dios es testigo del respeto de que nosotros, salvo tú, Lucien, le tuvimos siempre. Pero es preciso reconocer que tu nacimiento no nos gustó demasiado.

»Y tampoco podría afirmar que nuestra excelente madre te deseara mucho. A los cuarenta y cuatro años no se tiene un quinto hijo de un hombre que ha pasado ya los sesenta. La prueba, mi pobre Lucien, es que fue preciso sacarte con fórceps, lo cual no había sucedido con ninguno de nosotros, y que quedaste un poco anormal para el resto de tus días. En el fondo no eres completamente responsable de todas las estupideces que has cometido.

Hacía demasiado rato que Lulu se contenía. Esta vez no pudo tragarse su cólera.

—¡Ésa, ésa es la razón! —exclamó—. Me odiáis por mi nacimiento. Le habéis guardado rencor a vuestra madre por haberse casado en segundas nupcias con un hombre que no era ni marqués ni conde, como vosotros, y al que despreciabais por eso. Para vosotros soy el fruto de un matrimonio desigual. Por eso siempre os habéis portado conmigo como malos hermanos. Porque todo lo que sea Maublanc, o Leroy, o Rougier, ¿qué viene a ser al lado de los La Monnerie? ¡Cagarruta de cabra!

Su torpe tentativa para desunir a las dos ramas no tuvo éxito.

—Es enteramente inexacto —replicó el diplomático—. Tu padre era un hombre infinitamente respetable, por el cual siempre hemos

sentido mucha estima. ¿No es verdad, Robert?

El general, que palpaba con mano discreta la consistencia de su bolsa de goma, respondió.

—¡Oh!, aunque a fin de cuentas lo conocí poco, yo me entendí siempre perfectamente con él.

—Siempre hemos considerado, en efecto, que entre nuestro abuelo Maublanc y sus yernos, así como, hablando en términos generales, entre nuestras familias, habían existido las mejores relaciones —ponderó Adrien Leroy—, y no veo, Lucien, cuál es el objeto de tu salida de tono.

«Pandilla de cabrones y embusteros», pensó Lulu. Y oyó que el primo Rougier exclamaba impaciente: —Pero ¡caramba, tienes a tu lado un cenicero! ¡Úsalo! Noél Schoudler se volvió hacia el juez de paz.

—En resumidas cuentas —dijo Noél—, el ministro plenipotenciario se pronuncia a favor del nombramiento de un tutor, alegando debilidad mental. ¿Es así?

Gérard de La Monnerie inclinó dignamente su cabeza de cadáver.

—¡Acabaréis logrando que parezca un idiota profundo! —exclamó Lulu, cuya pastosa voz comenzaba a titubear—. ¡Me parece a mí que es eso lo que todos vosotros andáis buscando! Bueno, pues todavía no soy tan estúpido, a pesar de todo lo que vosotros creáis, que no pueda ver claro vuestro juego. Y le ruego, señor juez de paz, que deje consignado que me opongo con todas mis fuerzas a tales alegaciones y que afirmo no ser un débil mental. ¡Vamos, haga que lo apunten! Y presentaré todos los testimonios y todos los certificados médicos que ustedes quieran. ¡No se lo pondré tan fácil!

Se irguió y paseó por la concurrencia una mirada de desafío. No encontró más que la misma sonrisa desdeñosa en todos los rostros.

—Además, ya estoy harto de que me traten como a un acusado —continuó Lulu—. ¿Qué es lo que me reprocháis? ¿Haberme divertido? Cuando os miro a todos vosotros me convenzo de que he hecho soberanamente bien. Y no veo con qué derecho vendría nadie a impedirle a un hombre que gastase a su gusto un dinero que es de su única y exclusiva propiedad. ¡Toda esta historia no tiene ni pies ni cabeza!

El diplomático suspiró, como abrumado por tan estúpido razonamiento.

—Pero lo que sucede es precisamente que hace una hora que te obstinas en no querer comprender —dijo—. Y cuando digo una hora, debería decir toda la vida. Olvidas que recibiste tu fortuna en parte de nuestra madre, y en parte la más considerable, lo reconozco, de tu padre. Olvidas que has recibido de tus antepasados un patrimonio…, no sé si te das perfecta cuenta de lo que esa palabra significa…, y que de ese patrimonio eres moralmente responsable ante tus herederos. Si nuestros padres, si nuestros abuelos, si nuestros tíos se hubieran comportado como tú, ¿qué tendríamos nosotros hoy?

—¡Sí, sí, exacto! —exclamó el primo Rougier golpeando encima de sus guantes.

—Y yo valoro infinitamente —prosiguió Gérard de La Monnerie — la preocupación del barón Schoudler de velar por la conservación del patrimonio legítimo de sus nietos, que, después de la muerte de mi desdichado hijo en la guerra, da la casualidad de que son nuestros únicos descendientes. Si obrase de otra forma, sería un tutor que no estaría a la altura de su tarea. Y estoy persuadido de que esa misma preocupación anima a la familia Leroy, en cuanto a ella concierne.

«¡Ah!, queréis que hablemos de herederos —pensó Lulu—. Pues aguardad, aguardad un poquito, infelices, que os estoy preparando una bonita sorpresa.»

—Tanto más que si se te permite que continúes haciendo el tonto —dijo el general levantando la pierna tiesa—, un buen día vas a encontrarte sin un céntimo, y no sólo no dejarás nada a nadie, sino que además seremos nosotros los responsables de tus deudas.

Intervino nuevamente Noél.

—Precisamente, en lo que concierne a esta cuestión de patrimonio —dijo—, me parece que los señores Leroy están en condiciones de proporcionarnos interesantes detalles.

Adrien Leroy le hizo una seña a su hermano; Noél le hizo una seña al juez de paz; el juez de paz le hizo una seña al escribano.

Jean Leroy sacó un papel de un bolsillo interior, se ajustó unos impertinentes sobre su roja nariz y leyó una recapitulación acerca de la disminución de la fortuna de Lulu, desde el momento en que llegó a la mayoría de edad, en 1883.

«Muy bien, esto me enseñará a elegir a mis banqueros dentro de la familia —pensaba Lulu—. ¡Ah, los muy animales!»

—Los últimos dieciocho meses, por sí solos —terminó Jean Leroy—, representan una baja de catorce millones, seiscientos mil francos. La aceleración es absolutamente aterradora, y eso a pesar de nuestras repetidas advertencias.

El escribano, con los ojos desorbitados, había dejado de escribir. Noél pidió la memoria para añadirla al expediente.

—La elocuencia de los números... —declaró sentenciosamente el diplomático.

—No deseamos seguir gestionando solos esta cartera —dijo Adrien Leroy—. Lulu todavía tiene algunas acciones del banco. Está en juego nuestra reputación...

—Pero ¡esto es monstruoso! —exclamó Lulu dirigiéndose a sus dos viejos sobrinos—. Vosotros sabéis perfectamente bien que, de esos catorce millones, diez los perdí en el asunto de Sonchelles, donde vosotros mismos perdisteis cinco millones. ¿Acaso os endosáis vosotros mismos un tutor por esa causa? ¡Hoy os entendéis con Noél como ladrones en la feria! Pero si no hubierais sido unos cobardes, si hubierais resistido hasta el fin...

Dándose la vuelta Lulu pasó de los Leroy a Noél.

—...pues te habríamos arruinado a ti, a tu hijo, a tu banco y a todos los Schoudler. Yo tuve a tu hijo a mis pies, ¿me oyes?, suplicándome que detuviese el desastre, y aquella misma noche...

La mano del gigante cayó violentamente sobre el borde de la mesa estilo Luis XV; temblaron la lámpara, los tinteros, el escribano.

—¡Te prohíbo que insultes la memoria de mi hijo! —gritó Noel —. La ignominia tiene límites.

Se produjo un gran silencio donde se oía su enorme aliento. Los otros comprendieron que ya no tenían por qué intervenir. Schoudler les había dejado representar su papel, los había hecho dirigir los primeros asaltos. Ahora avanzaba al ataque personalmente. Lulu lo sintió, se hundió en el sillón y sus lechosos ojos no abandonaron más la mirada negra de Noél.

—Acabas —dijo éste— de pronunciar palabras muy graves.

Acabas de declarar que tu operación de junio pasado estaba destinada a arruinar a los Schoudler. Ahora bien, mi hijo, no lo olvides, era sobrino político tuyo, y la voluntad de arruinar a su familia, poniendo en ejecución el proyecto, como hiciste tú, es un motivo previsto por la ley para tu incapacitación. Nuestras familias sabrán ponerse a cubierto de tus chifladuras. Por ese motivo, entre otros, pido que se te nombre un tutor.

Lulu comprendió el error que acababa de cometer.

«Si lo hubiera sabido, si lo hubiera sabido —se decía—, habría ido antes a pedirle consejo a un abogado.»

Sintió la necesidad de dar un golpe de efecto.

—Muy bien, sea, ponedme un tutor —dijo con falsa tranquilidad—. Sólo os advierto que todas vuestras famosas pretensiones a mi herencia se verán reducidas a polvo. Porque yo tengo un hijo, ¿entendéis?, y a ese hijo puedo reconocerlo mañana mismo si me place.

Su declaración no produjo el efecto esperado.

—Para no ocultarte nada, te diré que esperábamos eso desde hacía un buen rato —contestó Noel—. Pero ¿cómo es eso? ¿Un hijo? Habíamos oído decir que presumías de gemelos.

—No…, no queda más que uno —dijo Lulu en voz más baja.

—¡Ah!, ¿ya hay uno muerto…?

—Sí, pero el otro está perfectamente, y ya volveréis a oír hablar de él.

—Bueno, demasiado hemos oído hablar ya —replicó Noel—. Porque, mi pobre amigo, no sólo esa paternidad es difícilmente verosímil de parte de un hombre cuyo matrimonio fue anulado por los motivos que tú y yo, y todos los aquí presentes, conocemos…, no te haré la afrenta de insistir sobre ello, sabe Dios que tú no eres responsable de tu estructura física…

—¡Cabrón! —murmuró Lulu.

—… sino que además hicimos que se llevase a cabo una pequeña investigación. Pues bien, esa señorita Dual, a la que tú prometiste por escrito y delante de testigos, en un establecimiento

nocturno, un millón por hijo tuyo que tuviese..., y no estoy seguro, señores, de en qué categoría colocar la inspiración de semejante acto: pasiones inmorales y ruinosas, debilidad mental... —continuó Noél, dirigiéndose al conjunto del consejo de familia—, esa persona ligera de cascos ni siquiera es la madre de esos gemelos por los cuales consiguió que le pagasen dos millones.

—¡Mentiroso! ¡Mentiroso! —exclamó Lulu levantándose del sillón.

Se había puesto lívido como un cirio. Y al mismo tiempo que gritaba lo había invadido un miedo espantoso, el miedo de saber la verdad.

—Y el médico que trajo al mundo a las criaturas, ¿también miente? —preguntó Schoudler—. Esa persona a quien tú presentas desde hace dos años como tu querida se había retirado con una amiga suya a una aldea del Var, según ella decía para dar a luz. ¿De acuerdo? Bueno. Pues el médico de esa aldea ha declarado que atendió a una joven morena, cuando es de dominio público que la señorita Dual es pelirroja. En cuanto a la persona morena que efectivamente tuvo los gemelos, y que anteriormente atendía el guardarropa de un cabaret, adquirió a su regreso una tienda en la calle La Bruyére, con fondos cuyo origen es fácil determinar. ¿Te basta con esos detalles?

Mientras Noél hablaba, Lulu permanecía a medio levantarse, apoyado en el brazo del asiento. Un cúmulo de pequeños hechos sospechosos, de comportamientos singulares que nunca había querido ver, de cuchicheos que nunca había querido oír, y todo eso incluso durante el entierro de la víspera, afluían a su memoria.

Sus lechosos ojos quedaron un instante estúpidamente fijos en el juez de paz. Volvió a dejarse caer sobre el sillón murmurando: —¡Ah, la muy zorra!

—Tanto en interés tuyo como en el nuestro —concluyó Noél, esta vez en un tono verdaderamente sincero—, creo que ha llegado el momento de poner término a tu libertinaje y a tu estupidez.

Lulu se encogió de hombros. Sufría demasiado para reaccionar. Estaba a un paso de darle la razón a Noél y de aprobar el castigo con que querían herirlo.

El consejo no tenía más que decidir.

El juez de paz preguntó: —¿El señor Maublanc-Rougier se pronuncia igualmente a favor del nombramiento de un tutor?

Sí, sí, ciertamente.

—Ya usted, mi general, ¿puedo pedirle su parecer?

El general de La Monnerie sopló encima de su condecoración.

—¡Oh!, lo que es yo, opino que hace veinte años que debería haberse hecho —dijo.

La colilla de Lulu chisporroteaba sobre la alfombra, y el ministro plenipotenciario, despectivo, adelantó la suela del zapato para apagarla.

—Todavía me queda por hacerles una pregunta, señores —siguió el juez—. ¿Sugieren ustedes algo, en lo concerniente a la persona misma del tutor? Su designación, quiero recordárselo, está enteramente sometida a la decisión del tribunal; pero por lo general éste concuerda con el parecer del consejo de familia. El tutor puede ser o bien un miembro de la familia, si se da el caso de que uno de ellos quiera cumplir ese encargo gratuitamente, o bien un extraño, notario u hombre de leyes, por ejemplo, como sucede...

Frunciendo el ceño, Noél miró al juez de paz, que se apresuró a rectificar: —... como sucede también en algunos casos.

Hubo un momento de silencio.

—Lo que yo me pregunto es qué interés tenemos en exponer tanta ignominia ante un tercero —dijo por fin Noél. —Más valdría, en efecto, que alguno de nosotros se encargase de eso —dijo Jean Leroy poniendo cara de asco, como si se tratase de una tarea repugnante.

—Por nuestra parte, siendo, como somos, los banqueros de Lucien —dijo Adrien Leroy—, no podemos acumular los dos papeles. Por el contrario, como decía antes, insistimos en que se ejerza un control...

—Bueno, entonces... —dijo el viejo primo Rougier, irguiéndose.

Noél se apresuró a quitarle la palabra.

—¿Y usted, mi querido ministro, en su calidad de hermanastro...? —le dijo al diplomático.

—¡Oh, no! ¡Oh, no! —replicó Gérard de La Monnerie levantando su esquelética mano—. Me horrorizan las discusiones financieras, y carezco de competencia. ¿Por qué no usted mismo, mi estimado amigo? Me parece que usted reúne magníficamente todas las condiciones. Es usted de la familia sin serlo, es usted un hombre de negocios eminente, y si sus múltiples cargos se lo permiten..., Lucien tendría como tutor a un administrador del Banco de Francia. Creo que sería hacerle mucho honor.

Aquel intercambio de cumplidos, cuyo resultado estaba preparado muy de antemano, pasó por encima de la cabeza de Lulu sin que él lo advirtiese. Estaba demasiado abatido. Sólo levantó la frente para oír que el juez de paz decía: —¿El consejo de familia se pronuncia, pues, por la persona del señor barón Schoudler como tutor?

Las seis cabezas del tribunal de ancianos se inclinaron juntas.

—Por unanimidad —constató el juez con satisfacción.

En aquel momento Lulu cruzó una mirada con el gigante y se dio cuenta de la magnitud de su desgracia. Lulu caía bajo tutela y el tutor era Noél.

El juez tomó las hojas de manos del escribano, las leyó en voz alta e hizo que las firmaran.

—Usted también, señor Maublanc —dijo tendiéndole el portaplumas.

Una oleada de indignación subió al rostro de Lulu.

—¡Me niego a firmar eso! —dijo. Y dando media vuelta gritó—: ¡Podéis vanagloriaros de ser una buena pandilla de cabrones!

Luego salió del despacho cerrando violentamente la puerta tras de sí; pero, como la puerta era acolchada, no hizo ningún ruido.

—Bueno, la cosa no ha ido demasiado mal —declaró el general.

—No, podría haber sido peor —dijo el ministro plenipotenciario.

E inclinó el monóculo para mirar su reloj.

—Y era necesario —dijo Jean Leroy.

—Vamos a tomar un poco de oporto, ¿quieren ustedes? —propuso Noél llamando a un sirviente—. En cuanto a usted, señor juez, quiero darle las gracias y felicitarlo por el tacto con que ha presidido este consejo.

De vuelta en su casa Lulu entró en el salón; el espejo le devolvió la imagen de un rostro abollado y deshecho. Se había olvidado de sacarse el hongo, la corbata estaba torcida en el chaleco. En una bandeja lo esperaba la carta de ruptura de Sylvaine, ahora inútil.

Aquella tarde quiso Lulu desafiar al destino y dirigirse al círculo para jugar lo más fuerte posible.

Pero al bajar la escalera se sintió preso de vahídos y como si lo golpearan en la nuca, y tuvo que volver a subir, agarrándose de la barandilla.

—¡Ah, no! ¡Ah, no! —murmuraba—. ¡Con tal de que esto no me haya provocado una congestión cerebral!

6. LOS SENILES

I

DESDE la muerte de su hijo, la baronesa Schoudler no había vuelto jamás a recuperar el cutis sonrosado de antaño. Al contrario, un tinte gris y terroso se había instalado sobre su rostro, y una prominencia abdominal, sobre la cual Lartois vacilaba en pronunciarse, inquietaba a la familia. A principios del otoño se vio obligada a quedarse en cama.

Una mañana, la señora Polant, que subía apresuradamente la gran escalera, vio aparecer en lo alto de los peldaños a Noél Schoudler en compañía del ilustre médico. Aminoró el paso y se pegó a la pared. Los dos hombres pasaron sin advertir su presencia. Hablaban en voz baja y Noél iba con la cabeza inclinada. Acompañó a Lartois hasta la mitad del vestíbulo y esperó a que se cerrase la puerta acristalada.

—¿Entonces, señor barón? —dijo la señora Polant despegándose de la pared.

Aprovechando el luto de Jacqueline, la señora Polant había ido instalándose poco a poco en la residencia Schoudler, y se había convertido en uno de los rostros familiares de la gran casa.

—¡Ay, mi pobre señora Polant! —contestó Noel — ; es, efectivamente, lo que temíamos.

—¡Oh, Dios mío, cuánto lo compadezco! ¡Pobre señora baronesa!

—Por encima de todo, es preciso que ella no lo sepa, naturalmente. Cuento con usted, ¿verdad?

Se dirigió hacia las habitaciones de su mujer y antes de entrar hizo un esfuerzo para sonreír.

La baronesa, con los hombros cubiertos por una mañanita adornada con encajes, volvió sobre la almohada sus cabellos grises, su rostro gris.

A su lado, sobre la mesita de noche, estaba colocada la fotografía de François a los tres años, con un trajecito festoneado.

El sol de otoño caldeaba los vidrios y amplificaba en la habitación el olor a enfermedad.

—Tengo un cáncer, ¿verdad? —dijo lentamente la baronesa.

Noél permanecía bastante lejos de la cama, con su sonrisa forzada, y se decía: «En realidad, nadie sabe si es contagioso o no».

Respondió:

—Pero ¿por qué se obstina en esa ridicula idea? Le aseguro, Adéle, que Lartois no me ha dicho nada que no le haya dicho a usted. Tal vez sea un fibroma, tal vez sea sencillamente un pólipo...

Ella meneó la cabeza.

—Sé que no volveré a levantarme —dijo—. Tardaré aproximadamente dos años en morir. El cáncer es así. ¡Os compadezco, pobrecitos míos! No es nada divertido tener a alguien enfermo durante dos años.

Para decir aquello había adoptado un tono de resignada certidumbre, pero su mirada observaba la reacción de su marido. Éste se dirigió a la ventana, separó la cortina y fingió mirar el jardín. Sentía que la emoción le irritaba los ojos. «Esta pobre Adéle no ha tenido una vida fácil —pensaba—. Debería haberle preguntado a Lartois su opinión sobre el contagio...»

Detrás de él oyó: —Es gracioso, Noél; usted, que tan bien les miente a los demás, conmigo nunca ha sabido...

Se volvió; la baronesa lo miraba con ojos a la vez espantados y dulces. Tendiendo la mano lo llamaba con el gesto. Se acercó sin entusiasmo para estrechar en su ancha palma los grises dedos de la enferma.

Ella lo atrajo hacia sí, como para darle un beso.

—¿Sabes? —le dijo casi en voz baja—; me hacías bastante daño... por las noches..., en otros tiempos. Eras tan... fuerte... Tal vez sea a causa de eso, este cáncer... Me gustaría que fuese por eso..., me consolaría un poco.

Noél, conteniendo el aliento, ofreció a los labios de su esposa el costado de su barba, se enderezó inmediatamente y salió de la habitación enjugándose las manos y la cara con su pañuelo impregnado en agua de colonia.

Desde aquel día la dirección de la casa pasó a manos de Jacqueline. Ésta había recuperado, si no realmente la salud, por lo menos su apariencia. Se obligaba a ser enérgica, y su viudedad le había conferido una autoridad un poco seca que antes no se le conocía. Dirigía la educación de sus hijos, dedicaba a la devoción un tiempo razonable. Se prodigaba igualmente en obras de beneficencia. Pero se percibía en ella, y ella misma lo sentía, una especie de insensibilidad, toda una parte interna muerta como una madera por donde la savia ya no circula. Aquella aridez sólo desaparecía por las noches, a la hora en que rezaba por François.

Le decía al padre Boudret, a quien seguía viendo regularmente:
—Aunque hago todo lo que puedo para seguir sus consejos, padre, creo que vivo cristianamente, pero no llego a participar de la alegría o de la pena del prójimo. ¿Cree usted verdaderamente que la bondad es una facultad que se cultiva, como la memoria?

—A falta de las alegrías de la bondad, que tal vez le sean negadas transitoriamente —contestaba el fraile—, tendrá usted las de ser una mujer que cumple con su deber.

Y en efecto, Jacqueline, a los treinta años, iba camino de convertirse en eso.

El cuidado de una casa tan complicada no era tarea fácil. Noél agradeció a su nuera no sentir ningún cambio en la organización de su vida.

Fue Jacqueline quien consiguió disuadir al viejo Siegfried de que siguiese dando él mismo la limosna a sus mendigos. Las mañanas frías podían ser funestas para el anciano, que por otra parte sólo trabajosamente se arrastraba a través de los pasillos y empezaba a tener ausencias que duraban varias horas. Jérémie, el ayuda de cámara, fue el nuevo encargado de la distribución. Llevaba a cabo su tarea con aire hastiado de archiduque y luego iba a rendir cuentas a su antiguo señor. A veces, echándose un abrigo por encima de los hombros, iba la misma Jacqueline hasta el portón y pasaba rápidamente su mirada azul sobre toda aquella pordiosería.

El número de mendigos aumentaba de semana en semana. Con

toda seguridad, algunos de ellos debían atravesar medio París. El comisario de policía fue a preguntar cortésmente si no era posible que cesasen aquellas reuniones en la vía pública, que alteraban el orden del barrio.

—El día en que dejemos de hacer esa distribución, señor comisario —contestó Jacqueline—, será el día en que usted tenga un motín. Este tipo de limosna es una tradición en la familia, y la mantendremos.

La señora Polant fue encargándose cada vez más de la secretaría de Jacqueline.

Simón Lachaume iba con mucha frecuencia a almorzar o a cenar; en los momentos de tensión política Noél no podía prescindir de tenerlo permanentemente a su lado. Simón formaba parte, en cierta forma, de la familia, e incluso se empezaba a murmurar que estaba preparándose el puesto de yerno.

Ahora vivía completamente separado de su mujer, tenía su propio piso cerca del Trocadero y le había anunciado a Noél su intención de divorciarse.

—Por otra parte, no estoy casado por la Iglesia —había especificado.

—Tiene usted toda la razón —contestó Noél—; hay errores de juventud que es preciso borrar. Y además, en cuanto se lance a la política activa (porque será usted diputado, mi querido amigo; así lo deseo), necesitará una mujer que lo ayude... desde todos los puntos de vista.

Egoístamente, la combinación le hubiera convenido a Noél. Temía que, si volvía a casarse algún día con un soltero de su entorno, Jacqueline abandonase la avenida de Messine. Con Simón hubiese estado seguro de conservar a su lado a dos seres que eran indispensables para sus últimos años. Empezaba a iniciar a Simón en los problemas de la banca. «Se pondrá al corriente tan bien como en el resto de las cosas», pensaba. Y cuando Noél sentía la necesidad de justificar la desigual unión que planificaba, por lo menos desde el punto de vista de los orígenes, se decía: «Una mujer que tiene dos hijos, aunque posea una buena fortuna, no es tan fácil de colocar. Además, no será para ahora mismo».

Jacqueline no pensaba ni por asomo en volver a casarse, con quienquiera que fuese. No dedicaba ningún interés a los hombres que

pasaban frente a ella ni consideraba sus atenciones más que como signos de simpatía hacia su gran pena. Su vida sentimental había terminado. Estaba decidida a seguir viuda indefinidamente. Esa actitud misma disuadía de cualquier tipo de galanteo.

Para ella Simón no era más que el antiguo amante de Isabelle, el hombre que había destrozado la vida de su prima, y también, por lo que había oído decir, el amante de la última querida de su padre. Tenía, pues, toda clase de razones para juzgarlo con severidad. Además, no podía olvidar al pequeño universitario de abrigo raído que había visto unos años antes en la calle de Lübeck. Pero valoraba el rápido triunfo de Simón, se complacía en su conversación y le reconocía, tal vez, más inteligencia de la que realmente tenía.

En muchas ocasiones se había encontrado Simón frente a Isabelle, en la avenida de Messine. Sus relaciones no presentaban otro cariz que el de la naturalidad. Había transcurrido el tiempo suficiente para que pudiesen fingir haber olvidado su unión. Simplemente la oscura mirada de Isabelle se posaba en algunos instantes con cierta intensidad en Simón, y éste tenía la cortesía de sostener aquella mirada durante unos segundos.

Isabelle notaba que la frente de Simón empezaba a despoblarse. Observaba también con cierto despecho su actitud con respecto a Jacqueline, actitud que ella reconocía por experiencia.

—Simón está enamorado de ti —le dijo un día a su prima.

Jacqueline se encogió de hombros.

—No digas estupideces —replicó.

Un día, a principios de 1924, poco antes del cumpleaños de Jean-Noél, exclamó Jacqueline al ver bajar al barón Siegfried para el almuerzo: —¡Oh, abuelito!, ¿qué ha hecho usted?

El antepasado se había cortado las patillas.

—Quería..., ¡ah!..., ponerme a la moda —dijo él sonriendo.

Parecía encantado. Estaba horroroso. Bruscamente despojado de aquellas barbas cremosas con que siempre se le había conocido, su rostro adquiría un aspecto de desnudez obscena. Por lo menos antes se podía decir que se parecía a Francisco José. Ahora, sus párpados purpúreos y colgantes y su enorme nariz violeta ocupaban todo el espacio entre las sienes mermadas, esqueléticas, arrugadas... Un viejo

buitre desplumado se sentó a la mesa del comedor. Todo el mundo estaba aterrado.

—Es gracioso —dijo de repente el anciano en medio del silencio—; esta noche..., ¡ah!..., he tenido un sueño... erótico. Estaba en Viena, y..., ¡ah!..., rodeado de mujeres desnudas. ¿Cómo pueden suceder todavía semejantes cosas a mi edad?

Después del almuerzo no hizo su acostumbrada siesta, sino que subió directamente a la sala de juego de sus biznietos, lo cual era un placer que se permitía de cuando en cuando, pero generalmente más avanzada la tarde.

Al verlo entrar, Marie-Ange y Jean-Noél se miraron y suspiraron. Conocían las exigencias del abuelo, y además, su presencia ese día, con aquel rostro desnudo, les daba miedo.

Jean-Noél dibujaba un barco de vela con lápiz rojo y azul, y en la parte de arriba de la hoja había escrito: «*Para Papá*».

—¡Vamos, deja eso! Jugad..., ¡ah!..., a las damas, vosotros dos, será mucho mejor. Yo voy a ver si habéis hecho progresos — dijo el bisabuelo.

Los niños, dóciles, instalaron el damero y se pusieron a jugar. El anciano, sentado al lado de ellos, con el busto quebrado y la nariz casi tocando las fichas, seguía las jugadas. Jadeaba con el mismo jadeo que tenía al hablar, pero sin decir nada.

Pasaba algo anormal, que los niños no lograban discernir, pero que los llenaba de angustia.

—Dame un beso —le dijo de repente el bisabuelo a Marie-Ange.

Sobreponiéndose a su repugnancia, la niña obedeció y posó los labios sobre la piel del buitre.

—¡Vamos, a seguir jugando! —dijo el anciano.

Para acabar antes con la fijeza de aquellos ojos purpúreos, con aquel jadeo cuyo ruido aumentaba de minuto en minuto y que les hacía perder la cabeza, los niños se pusieron a jugar a tontas y a locas, ofreciéndose voluntariamente grandes brechas, robándose las fichas de a tres y cuatro a la vez. Bruscamente el abuelo se levantó.

—¡Imbéciles! ¡Ah...! ¡Imbéciles! ¡Ah...! —exclamó—. ¡No sabéis jugar! ¡Ah...! ¡No sabéis nada, nada, nada...!

Tiró el damero al suelo y empezó a darle bastonazos.

Todo su rostro se había puesto color burdeos. Sus ojos giraron ocultándose en sus párpados rojos, y antes de que los niños tuvieran tiempo de precipitarse a la puerta para pedir ayuda, se derrumbó hacia atrás como una mole, sobre la alfombra.

El abuelo no recuperó el conocimiento y murió durante la noche.

Mientras vestía el cadáver para la exposición fúnebre, bajo el ojo diligente de la señora Polant, Jérémie observó: —¡Lástima que el señor barón se hubiera cortado precisamente ese día las patillas! ¡No tiene tan buena presencia!

Aquella muerte afectó a Noél Schoudler tal vez más que la muerte de su hijo. Sus angustias, que lo habían dejado en paz hacía varios meses, volvieron a apoderarse de él. Durante aquellos días penosos pudo apreciar toda la abnegación de Simón.

—¡Y pensar que dentro de cuatro años habría sido centenario! —repetía Noel—. ¡Ya está, ahora soy yo el viejo Schoudler! ¡Esto le pasa a uno así, de repente, cuando menos se lo espera! En fin, sesenta y ocho años ya empieza a ser una edad para entrar en la vejez.

Y comenzó a complacerse en relatar sus recuerdos y los recuerdos de Siegfried, y otros más lejanos aún. En adelante sería el único depositario de aquellos tesoros de familia. La figura de su abuelo, el primer barón, aquel que había sido pintado en traje de corte, se le aparecía muy fresca, muy presente. Hablaba de él con mucha frecuencia.

—Un día —empezaba—, un día en que mi abuelo y mi padre cenaban en casa del príncipe de Metternich...

Noél lamentó no haberse hecho retratar nunca.

—¡Y cuántas ocasiones he desperdiciado! Imagínese usted, yo conocí a Manet, conocí a Degas, conocí a Henner casi en sus comienzos, y también a Elie Delaunay. ¡Delaunay no hubiera deseado otra cosa!

Se decidió por un joven pintor que le recomendó Simón y cuya

factura clásica apreció mucho.

Quería dejarle aquel recuerdo a Jean-Noél; quería, sobre todo, ver su efigie, hecha mientras poseía aún prestancia, colgada de la pared del escritorio.

El retrato del barón Schoudler, administrador del Banco de Francia, gigantesco y apoyado en una pesada mesa estilo Luis XV, debía figurar en el siguiente Salón.

Durante una de las breves sesiones de posado, le preguntó Noél al artista: —Y si le diese una buena fotografía de mi hijo, ¿podría usted hacer su retrato?

Noel seguía igual de activo, igual de poderoso, igual de autoritario; pero estaba sombrío.

Había perdido a su único hijo, había perdido a su padre, su mujer se moría lentamente en el primer piso.

No le quedaba a Noél más que un solo placer verdadero: el de torturar a Lucien Maublanc.

Enflaquecido, con el pelo demasiado largo y la mirada fija, Lulu Maublanc vagaba por París siguiendo itinerarios tristes. Sus miembros, semejantes a los de una muñeca vieja, parecían pender al extremo de elásticos dados de sí.

Seis meses de lucha y de humillaciones para arrancar las menores sumas al consentimiento de Noél lo habían convertido en un despojo llevado siempre a los mismos puntos por la misma corriente.

Después de que el tribunal dictara sentencia, Lulu, para conseguir dinero, había vendido sus diamantes, sus perlas, sus muebles; había despedido a su sirviente, rescindido su alquiler y se había instalado en un hotel de tercera categoría, detrás de la calle de Rivoli. Todo el fruto de sus ventas y de aquel esfuerzo de ahorro había desaparecido en los locales donde esperaba «rehacerse». Había liquidado incluso parte de su guardarropa, y sus trajes, que ya nadie cuidaba, adquirieron rápidamente un aspecto deslucido. Su sola elegancia residía en la colección de sombreros hongos.

Todos los días a las nueve y media, Lulu salía de su hotel, tomaba un taxi y se hacía llevar a la calle de la Pompe, a casa de Anny Féret. Después de los dramas había reanudado, como él decía, sus relaciones con la cantante. Ésta, cediendo a la faceta «buen corazón» de su naturaleza, había aceptado que el anciano fuera a verla por las mañanas. Pero ya no se preocupaba por él. Si tenía a un hombre o a una mujer en su habitación, echaba a Lulu a la calle. Él ponía mala cara, pero volvía sin embargo al día siguiente.

Para los días en que estaba sola había descubierto un medio fácil de proporcionarle algún placer a Lulu sin tener que perder tiempo; hacía su aseo delante de él.

Caído sobre el taburete de corcho, Lulu repetía sus quejas contra Schoudler o contra Sylvaine, mientras miraba la blanca y gorda anatomía de Anny Féret, que se agitaba por el estrecho cuarto de baño de baldosas de cerámica roja.

—Todos esos individuos son unos cabrones, siempre lo he dicho, mi Lulu —contestaba ella para consolarlo, mientras se ponía las medias.

Él colocaba veinte francos sobre el anaquel de vidrio, entre el dentífrico y el pote de crema. A veces ella sentía ganas de decirle: —

No, guárdatelos, viejo amigo; tú no tienes más dinero que yo.

Pero se callaba, sabiendo que le hacía una caridad aceptándolos.

Y además, también a ella, a veces, le eran muy útiles aquellos veinte francos.

A las once menos cuarto se veía a Lulu entrar en el café de la Paix, instalarse frente al reloj, siempre en el mismo lugar, y desdoblar su periódico. El camarero, sin necesidad de tomar la comanda, le llevaba un oporto blanco.

Allí era donde Lulu daba cita, siempre para las «once en punto», a los últimos parásitos que todavía cometían el error de dirigirse a él. Pobres muchachas fatigadas en juergas miserables, viejos compañeros nocturnos caídos en la miseria, antiguos sirvientes instalados por su cuenta y cuyo negocio peligraba; aquellos pordioseros tenían que atravesar París en autobús o en metro y por lo regular llegaban con retraso.

A las once menos cinco Lulu golpeaba en la mesa y pagaba su oporto. Un minuto antes de las once doblaba el periódico. A la primera campanada del reloj volvía a ponerse el hongo castaño y salía.

Cuando a las once y dos o tres minutos el desdichado que esperaba que le prestasen quinientos francos llegaba falto de aliento, el camarero le contestaba: —¡Ah, el señor Maublanc ha estado esperándole! Se ha marchado hace un instante.

Mientras tanto Lulu, haraganeando frente a los escaparates de la avenida de la Ópera, imaginaba la cara de desconcierto del imbécil «que ni siquiera podía ser puntual».

Si por casualidad el parásito llegaba con antelación, Lulu escuchaba con calma el relato de toda una miseria que sentía vergüenza al confesarse, de cuando en cuando decía: «Sí..., sí..., muy interesante», y luego declaraba: —Lo lamento mucho, pero en este momento no puedo hacer nada por usted.

A eso llamaba él «sus citas de negocios». A mediodía se presentaba en la calle de Petits-Champs, en el banco Schoudler, donde Noél no podía jamás recibirlo; luego volvía a mal comer a su hotel, cambiaba de traje y de sombrero hongo y se iba al círculo para rematar la jornada.

Noél Schoudler lo había hecho inhabilitar en todos los establecimientos de juego, y estaba señalado como insolvente en los círculos. Por lo tanto, cuando lo veían aparecer se apartaban de él, y necesitaba tres horas de astucia y de insistencia para conseguir formar una mesa de póquer a un envite limitado. O bien, si se acercaba a una mesa un poco fuerte con aspecto de querer decir «banca», venía un gerente a tocarle en el brazo con suavidad y le murmuraba con cara triste: —No, señor Maublanc.

A pesar de todo, a día ocho del mes estaba prácticamente sin dinero, palpaba maquinalmente los bolsillos del chaleco e insistía en ver a Noél Schoudler.

Con su viejo enemigo vencido, el gigante jugaba al juego de la persecución y la huida, en el que era maestro, y aquel juego le proporcionaba un placer que no se agotaba nunca. Lulu en cambio perdía sus fuerzas y su razón.

—El señor Schoudler todavía no ha llegado.

—El señor Schoudler le ruega que vuelva a llamarlo esta tarde.

—El señor barón lo siente mucho, pero se ha visto obligado a salir.

—¡Ah, no, señor! No era en el banco, era en el periódico donde lo citó el barón Schoudler.

Después de diez mañanas infructuosas, tras horas y horas pasadas en una antesala golpeando con el bastón el entarimado y hojeando siempre el mismo *Illustration*, Lulu veía por fin aparecer a su tutor.

—Mi querido Lucien, no quiero hacerte perder todo el día —decía Noél—. Me será imposible atenderte hoy en debida forma. No hay nada urgente, ¿verdad?

Entonces la cólera sofocaba a Lulu, que se iba hablando solo, gesticulando y haciendo que los transeúntes se volvieran.

Aquellos accesos de rabia, que se tornaban cada vez más frecuentes, le ponían enfermo y le inquietaban. Sentía cada vez golpes sordos en la nuca. Su única alegría durante aquel período fue la muerte de su hermanastro el general.

Robert de La Monnerie no se había repuesto por completo de su

segunda operación. Arrastró las secuelas con breves retornos a la salud, muy precarios. Luego se declaró por fin la crisis de uremia y los médicos dijeron que no había ninguna esperanza. Lulu se dio el lujo de ir a ver al moribundo a la avenida Bosquet. El general estaba medio paralítico; su ojo izquierdo parecía colgar hacia el camisón y buscar en él una última medalla o una última mota de polvo.

—¿Dónde quieres que te entierren? —le preguntó Lulu—. ¿Has dejado tu última voluntad para las exequias?

El general no contestó.

—¿Has hecho venir al cura? —insistió Lulu, esperando hacerse entender mejor.

El general meneó vagamente la cabeza. «Ya no reacciona, ya nada le importa —pensó Lulu—. Debería haber venido ayer.»

—...Polant! —llamó el general.

La señora Polant, que desde hacía ocho días estaba instalada allí y relevaba a Charamon a la cabecera del enfermo, se acercó.

—...tografías —pidió el general.

Ella le llevó el álbum donde toda una vida militar estaba meticulosamente ordenada, regimiento tras regimiento y caballo tras caballo.

El general le hizo una seña a Lulu para que tomase una fotografía que estaba metida entre dos páginas, toda amarillenta. No tenía ninguna relación con sus recuerdos comunes; representaba a Robert de La Monnerie, de capitán, frente a una docena de prisioneros malgaches. La había elegido porque estaba repetida.

—Su visita le ha hecho ilusión, con toda seguridad —dijo la señora Polant mientras acompañaba a Lulu—. Ya no puede exteriorizarlo, pero ¡es tan sensible!

Dos días más tarde, Lulu pasó una agradable velada tachando el nombre de su hermanastro de sus propias esquelas.

La misa del funeral tuvo lugar en Saint-Louis-des-Invalides. Se vio aparecer al viejo marqués con su pelo tieso detrás de la cabeza y sus ojos enfermos. Presidía el duelo en compañía del diplomático. Al verlos avanzar detrás del féretro dijeron varias personas: —¡Ya no son

más que dos, los La Monnerie!

Como en todos los entierros, Lulu llegó con retraso.

—Podrías haberte puesto un frac —le dijo el diplomático—. Tanto el pobre Robert como yo te habíamos hecho la misma observación en el entierro de Jean.

—Ya no tengo frac; lo vendí, porque me habéis reducido a la miseria —contestó Lulu.

El comandante Gilon, el antiguo jefe de escuadrón del general, que había presentado su renuncia poco después de haberse retirado éste, se hallaba presente también. Era vecino del marqués y le había acompañado en un gran coche que conducía él mismo a gran velocidad. Cuando bajó, el viejo Urbain declaró que, aunque la vida ya no le importaba demasiado, nunca jamás había tenido tanto miedo.

Gilon había engordado y estaba envejeciendo deprisa, como les suele pasar a los militares cuando se jubilan. Al ver de nuevo a los soldados que presentaban armas y a Charamon, el antiguo ordenanza, que llevaba el cojín con las condecoraciones, al contemplar aquel catafalco cubierto con un paño tricolor, aquellas banderas polvorientas alrededor de la capilla, y al oír el redoble de los tambores, le asomaron lágrimas a los ojos. Murmuró: —¡Ah, es una hermosa ceremonia! ¡Es una hermosa ceremonia!

Más formal, más triste, aquel entierro recordaba el del poeta. Los mariscales estaban representados por sus ayudantes de campo. Había menos gente y de menor calidad, pero el desinterés por el cadáver era aún mayor.

Rejuvenecido por aquel duelo, Lulu pasó una semana bastante alegre y consiguió contraer algunas deudas. Inmediatamente tuvo que ponerse otra vez a perseguir a Schoudler.

—El señor Schoudler lo siente mucho…

—El barón Schoudler le ruega que lo perdone…

Una mañana, al límite de su paciencia, Lulu abofeteó a la secretaria.

Al día siguiente Noél lo recibió en la avenida de Messine. El gigante tenía uno de sus días de falsa cólera.

—¿Cómo es eso? —exclamó inclinado a medias sobre su escritorio—. ¡No te bastaba ser un juerguista, un jugador y un vago?, ¡ahora te comportas como un patán! ¡Darle una bofetada a una mujer! Porque el señor Maublanc, como tiene el día tan ocupado y todavía le queda por visitar una o dos zorras de baja estofa, no puede esperar cinco minutos. Porque el señor Maublanc, so pretexto de que tengo la bondad de ocuparme de sus asuntos, opina que tiene que pasar por encima del Banco de Francia, por encima del periódico, por encima de mi propia familia. Pues bueno, ¡te prohíbo que vuelvas a poner los pies en alguna de mis oficinas! ¡Y además eres un cobarde!, ¿me oyes? ¡Un cobarde! Conmigo no te atreverías. Aunque ando cerca de los setenta, ¡ven a medirte conmigo! ¡Intenta levantarme la mano!

Lulu bajaba la cabeza.

—Te pido perdón, Noél, te pido perdón —dijo—. No sé lo que me dio. Estoy yo mismo asustado de haberlo hecho... A veces me pasa eso, así, de repente; no sé por qué.

—Muéstrame tus cuentas del mes pasado —dijo Noél.

Se puso los lentes y estudió el papel que le presentaba Lulu, como se escudriñan los libros de cocina.

«Sí, sí, ayer obré mal, obré mal... No debo perder el control, he de contenerme», se decía Lulu.

—¿Por qué «sombrerero: doscientos francos»? —preguntó Noél.

—Mandé a planchar los sombreros.

Noél descolgó el teléfono interno.

—¿Está ahí Jérémie? ¡Ah, es usted, Jérémie! ¿Cuánto cuesta planchar un sombrero?... Gracias... Cuesta cinco francos —dijo colgando—. Que yo sepa, no te has hecho planchar cuarenta sombreros...

—No sé —respondió Lulu—. Debo de haber anotado todo junto, los taxis, los gastos menudos de ese día. Yo nunca he sabido llevar una libreta de cuentas; eres tú el que me obliga...

Sentía la cólera, aquella peligrosa cólera, que crecía: «No, tengo que contenerme; no, tengo que contenerme», pensaba.

—Si lo hubieras hecho antes —contestó Noél—, no te verías

como te ves. Por mi parte, me es imposible carecer de una justificación de los fondos que te entrego. El mes pasado me pediste tres mil francos, además de tu mensualidad, para cubrir pérdidas de juego, lo sé perfectamente. Hace diez días que has recibido tu cheque de este mes. ¿Para qué vienes a verme?

—Necesito cinco mil —dijo Lulu.

—¿Para qué?

—Para el dentista.

—Pero ¡tú te pasas la vida en el dentista! —dijo Noél con desconfianza.

El furor de Lulu explotó.

—¡Ya no tengo dientes! —chilló—. ¡Mira, mira! ¡Fíjate a ver si miento!

Tenía la boca completamente abierta, muy cerca de la cara de Noél, y daba a su fisionomía el rictus de mordedura, como si esperase inspirar miedo al gigante.

—¡Ah, sí! Evidentemente. Es necesario que te hagas arreglar eso —dijo Noél con toda calma—. Bueno, no tienes más que decirle a tu dentista que me mande la cuenta cuando termine el trabajo. Se la pagaré directamente.

Las manos de Lulu empezaron a temblar. «Le pediré al dentista que pase una cuenta más alta y que me dé la diferencia», pensó. Miraba al frente, sin ver nada.

Vagamente oyó que Noél, que se había levantado, decía: —Bueno, bueno, tengo que recibir a otras personas. Ya ves como la cosa no era tan urgente.

Lulu dio un respingo, agarró a Noél por las solapas de la chaqueta y empezó a sacudir al gigante como al tronco de un árbol, mientras gritaba: —¡Cabrón! ¡Tú mataste a tu hijo a tiros! ¡Cabrón! Lo diré, te denunciaré y te condenarán por asesinato. ¡Y tú hiciste envenenar a mi hijo! ¡Voy a avisar a la policía! ¡Voy a avisar a la policía!

Al mismo tiempo le daba patadas en las piernas.

Lulu no sintió cómo el puño de Noél le golpeaba en la comisura de la boca, pero para no caer de espaldas se agarró a un sillón y se desplomó de rodillas. No sufría; sólo un helado aguacero le chorreaba bajo el cráneo, extinguía el pasajero incendio. Y se echó a reír estúpidamente.

—¡Ahora, lárgate de aquí, inmediatamente! —dijo sordamente Noél.

Lulu se levantó.

—Te pido perdón, Noél, te pido perdón —farfulló.

Salió con la espalda encorvada, la mano contra el labio tumefacto y las piernas flojas.

Cuando Noél, dos días después, frotándose maquinalmente la tibia, le contó la escena a Lartois, el médico le dijo: —¡Cuidado! Me parece que Maublanc presenta síntomas de demencia senil. Debería usted hacerlo examinar.

—No, de ninguna manera —exclamó Noel—. Está tan loco como usted o como yo. ¡Es malo, eso es lo único que le pasa! Es como ha sido siempre.

Durante seis semanas no volvió a tener noticias de Lulu, ni trató de obtenerlas.

¿Sería que en dos años se habrían empañado los espejos? ¿Se habría desconchado el dorado de los marcos italianos? ¿Las melladuras de las porcelanas preciosas eran recientes o eran los ojos de Simón, que semana a semana se tornaba más atento, a medida que su afecto por Marie-Héléne Eterlin lo abandonaba?

Espaciaba sus visitas a Boulogne.

Aquella casa dorada, relumbrante, delicada, donde había pasado tantas veladas reconfortantes, ahora le aburría. La presencia del poeta detrás de cada objeto ya no embellecía nada. El busto, que había sido desplazado y colocado en un rincón a media escalera, acogía con sus ojos de yeso las raras subidas de aquella pareja dispar que formaban la última amante y el biógrafo de Jean de la Monnerie.

A veces Simón, al golpearse las rodillas con la mesa de mosaico, decía: —Verdaderamente debería hacer elevar esta mesa, Marie-Héléne.

Y la señora Eterlin suspiraba.

O bien, pasando por delante de una cómoda, decía Simón: —¡Mire! Tiene una cerradura partida.

—Sí, sí, en efecto, tengo que hacerla cambiar —contestaba ella—. ¡Ah, tiene mucho ojo, querido, no se le escapa nada!

Bajo las gafas de Simón, la señora Eterlin ya no encontraba la mirada benévola de antaño. Veía que una nueva mirada, fría, lúcida, se posaba sobre ella como sobre un mueble que ya no tenía arreglo.

Simón observaba en silencio las dos líneas que se hundían a cada lado de la boca, el vello que comenzaba a alargarse y las patas de gallo y las carúnculas hundidas en el ángulo interno del ojo.

Durante dos años, Simón había tomado de la señora Eterlin todo lo que ella podía darle. Ahora alternaba sin complejo de inferioridad con lo más influyente y lo más elegante de París. Aquella amante que envejecía, con sus vestidos voluntariamente pasados de moda, no le aportaba ningún prestigio. «¿Acaso me ha confesado alguna vez su verdadera edad?», se decía. Desde hacía un tiempo se las arreglaba para salir lo menos posible con ella.

Además, no era sólo a Marie-Héléne a quien Simón observaba:

era a sí mismo. Los hombres adquieren muchas veces la edad de sus funciones sociales; el triunfo envejece. Y Simón, que durante largo tiempo, mientras esperaba el éxito con impaciencia, se había creído al comienzo de la vida, se encontraba de repente instalado en la madurez.

Todas las mañanas sacaba de su peine un puñado de cabellos. Empezaba a aficionarse a las muchachas jóvenes, con dientes intactos y senos firmes.

Tenía aventuras de una o varias noches que aplacaban sus nervios y su vanidad, que le permitían, al llegar a un estreno teatral, contar las mujeres con las que se había acostado.

Muchos otros hombres de los que estaban en la sala podían, por otra parte, hacer el mismo cálculo, con las mismas caras más o menos; porque en determinado mundo, y para los hombres que han llegado a cierta edad, los amores giran en redondo como un tiovivo de feria.

La señora Eterlin tenía conciencia de aquellas aventuras de Simón. Diez años antes hubiera hecho de ello un drama; en la actualidad lo juzgaba con cierta indulgencia maternal y aceptaba compartirlo temporalmente.

Pero aún no llegaba a imaginar que cuando Simón avisaba de que no iba a las seis de la tarde, pretextando una cena de hombres, la mayor parte de las veces el pretexto era cierto. Simón hallaba más placer en discutir hasta media noche en el reservado de un restaurante con políticos o altos funcionarios.

La señora Eterlin se suponía todavía deseable y deseada. En sus relaciones físicas, que Simón espaciaba tanto como el decoro le permitía, se abandonaba a una dejadez conyugal. Era él quien estiraba el brazo y apagaba la lámpara de alabastro. Le costaba trabajo soportar la vista de sus pesados muslos, envueltos en su red de venas violetas.

Como Simón era cada vez más lento para lograr un placer que resultaba muy trabajoso, la señora Eterlin obtenía un goce más largo. Aquel aumento de la voluptuosidad en una y disminución del deseo en el otro era una singular ironía.

Luego Simón se iba y la señora Eterlin recuperaba su lucidez. Reconocía en Simón todos los síntomas del hombre dispuesto a un nuevo amor. «Tengo que prepararme para sufrir», se decía. Y aquella preparación constituía ya un sufrimiento.

A veces, en parte por una coquetería que anhelaba que fuese todavía eficaz, en parte por necesidad de ser tranquilizada, por lo menos por aquella velada, decía: —Creo, Simón, que lo más prudente sería romper en seguida, antes de que echemos a perder lo que fue tan bello.

Trataba de evitar el granizo a cañonazos.

Aquel año la primavera fue desapacible. Una noche que llovía a cántaros Simón llegó en el coche que acababa de comprar, su primer coche; aún lo conducía mal, y a lo largo de todo el camino, mientras enjugaba el chorreante vidrio, había maldecido a la señora Eterlin por vivir tan lejos.

Durante toda la comida pensó en que su coche estaba fuera empapándose y que tal vez iba a encontrar el motor anegado. Pensaba igualmente en que le había prometido a Inés Sandoval, la poetisa, llevarla a almorzar al campo el primer día que aclarase; el tiempo parecía prometer lluvia para una semana larga.

—¿Sabes lo que sería maravilloso? —dijo Marie-Héléne Eterlin —. Cuando llegue el verano, meternos en tu coche e irnos a Florencia, a Venecia… Me encantaría enseñarte Italia.

Simón no contestó. Se imaginó demasiado bien lo que sería semejante viaje, con el recuerdo de Jean de La Monnerie perpetuamente pegado a él. Constatando el poco entusiasmo que despertaba su proposición, la señora Eterlin añadió: —Pero ¿acaso sabemos lo que sucederá el verano próximo? Tal vez estemos en guerra… Tal vez ya no nos amemos…

Simón escuchaba cómo batían las ráfagas de agua en el jardín.

—Este diluvio es espantoso —dijo.

Observó que la azalea enviada por él la quincena anterior estaba a punto de marchitarse; los pétalos debilitados tiraban al rosa blancuzco. «Tendré que decirle a la secretaria que pase mañana por la florista. Tendrá que hacer bastantes encargos míos…»

—Simón… —murmuró la señora Eterlin.

—Sí…

—Simón, querido, ¿ves?; debería ser una noche como ésta, en que uno puede permanecer sin hablar porque se entiende muy bien,

cuando nos devolviéramos la libertad. Antes de que empiece a invadirte el aburramiento… Y a mí la pena.

Había hablado con una voz muy dulce, muy tierna, muy desdichada.

Y Simón sintió la tentación de contestar: «Sí».

Puesto que ella le ofrecía la oportunidad… Romper, romper deliberadamente, no como perro apaleado o malo, impulsado por otro apetito, sino sencillamente para que se termine, para no seguir sintiendo aquel peso muerto, para no seguir viviendo en aquella mentira, para que las cosas sean claras, por el beneficio de una libertad total y gratuita.

Envolvió su respuesta en una generalidad.

—En efecto —dijo—; tal vez hay entre los amantes un momento ideal para separarse, como hay uno para encontrarse. Sólo que la mayor parte de los seres no tienen el valor de afrontar ese segundo momento. No cabe duda de que nosotros deberíamos tener ese valor, para evitar convertirnos un día en enemigos, como los demás.

Si la señora Eterlin lo hubiera amado menos, en aquel mismo instante se habría convertido en una enemiga. Pero tuvo sólo la impresión de que le inyectaban hielo bajo la piel.

Su mirada se deslizó sobre sus vitrinas, sus abanicos y sus góndolas de cristal hilado.

—Ya ves que tengo razón —dijo.

—Tú siempre tienes razón, Marie-Héléne.

Ella ya no estaba en la periferia del sufrimiento; acababa de ser proyectada a pleno centro, de un solo golpe.

Pensó: «En el fondo, ¿qué he tenido yo en mi vida? Tuve durante quince años a mi marido, a quien no amaba. Tuve a Jean, viejo, ocho años. He tenido a Simón, ni dos años siquiera… No; no voy a llorar delante de él».

Hizo un esfuerzo para sonreír, le tendió la mano por encima del brazo de su sillón. Ya no era necesaria ninguna palabra más. Aquel apretón de manos no fue otra cosa que un pacto de ligera amistad.

—Si mi motor se ha mojado, voy a estar lucido —dijo Simón al cabo de un rato.

—Puedes quedarte a dormir aquí, si no puedes marcharte... Te haré una cama improvisada en el sofá —dijo la señora Eterlin—. Tal vez no estés muy cómodo, pero vale más eso que ir a pie con un tiempo semejante.

—No, no; sería una molestia para ti..., y además la criada mañana...

Ella se encogió de hombros. Lo que podían decir o pensar le importaba ya muy poco.

Simón nunca había pasado una noche entera en la casa de Boulogne. Sería ridículo que justamente fuera aquélla cuando se viera obligado a hacerlo.

La lluvia amainaba. Simón se levantó.

Cuando llegó frente a la escalera, se detuvo y colocó el pie en el primer peldaño, mientras seguía hablando. Una gran esperanza y una gran turbación se apoderaron de Marie-Héléne. ¿Eran los remordimientos, una limosna de Simón? ¿E iba ella a aceptar aquella limosna? Por supuesto que la aceptaría.

Pero no. Simón no hacía más que atarse un zapato.

Cuando tuvo puesto el abrigo, tomó a la señora Eterlin por los hombros y la besó en la frente.

—Hasta pronto —le dijo—, te llamaré.

Ella levantó los dedos, frágiles y vacilantes, hasta el cuello de Simón y le hizo una leve caricia.

—Sí, hasta pronto —murmuró—; así es. Hasta la vista, querido mío..., amigo mío...

Oyó alejarse el paso de Simón saltando por entre los charcos, luego la verja del jardín que golpeaba.

Con la frente apoyada en el marco de la puerta, escuchaba. Los segundos eran eternos. El motor parecía no querer ponerse en marcha. Falló varias veces, se quedó en silencio.

«Va a volver, va a volver a dormir aquí —pensaba ella—. Y

todo se va a arreglar, todo va a empezar de nuevo. Lo que ha dicho no era su verdadera opinión. No puede pensar eso.»

De nuevo el motor que fallaba. Marie-Héléne no se atrevía a respirar. Silencio otra vez. «Va a venir a dormir aquí y yo voy a decirle, voy a decirle… Voy a tomar su cabeza entre las manos, voy a obligarlo a escucharme, seguirá queriéndome. Él nunca ha sabido hasta qué punto lo amaba… Nunca me he atrevido a decírselo. ¡No va a quitarme lo único que tengo! Si abriese la puerta y gritase: ¡Simón!…». Tenía la mano en el tirador de la puerta y no podía decidirse.

Victorioso, surgió el ruido del motor en medio de la noche, más alto que la lluvia sobre las pizarras, más alto que el viento entre las ramas. Un motor que se calentaba, potente, y luego las ruedas que se deslizaban sobre el asfalto mojado.

La señora Eterlin tardó varios minutos en despegar la frente de la puerta. A través de sus lágrimas vio las varillas de jaspe que brillaban débilmente en su jarrón de loza, el busto del poeta, cuya blancura aclaraba la escalera.

Y de repente tuvo una iluminación. «Es Jacqueline, es la hija de Jean —pensó con ira—. Está enamorado de ella, quiere casarse con ella. Por eso me aparta a mí… Las mujeres de esa familia sólo me hacen daño.»

Prefería, quería que fuese otra mujer la que se lo quitase, antes que admitir la verdad que le devolvían todos sus espejos.

El taxi se detuvo frente a un alto portón de piedra gris, que podría haber sido el de una cárcel.

—Es aquí, señoras —dijo el chófer.

Bajó Isabelle, seguida de la señora Polant, levantó los ojos hacia el frontón del pórtico y leyó: «Asilo». Una gran bandera descolorida ondeaba por encima de la inscripción.

—Espérenos usted —le dijo Isabelle al chófer.

Luego, volviéndose hacia la señora Polant, agregó: —Ha sido muy amable acompañándome, mi pobre Polant, pero realmente no valía la pena que se molestase.

—¡Oh!, de ninguna manera la hubiera dejado venir sola. Yo ya he estado aquí; sé lo que es esto, sobre todo la primera vez.

Habían entrado.

—¿El despacho del director? —preguntó la señora Polant al portero—. En el pabellón grande, a la izquierda, ¿verdad?

El portero inclinó la frente: —Pregunte al guardián de servicio —dijo.

—¡Ah! ¿Ve como tengo buena memoria? —le dijo la señora Polant a Isabelle.

Aquel lugar no tenía el aspecto siniestro que Isabelle esperaba.

Hermosos parterres de flores, de trazado rectilíneo como el que se ve en los jardines públicos, decoraban el amplio patio rodeado de edificios administrativos. En aquel día triste y brumoso, en que el aire dejaba sobre los dedos, sobre las ropas, sobre los tiradores de las puertas una humedad pegajosa, era reconfortante ver aquellas flores. Alrededor de los macizos trabajaban sin prisas algunos jardineros, que miraron pasar a las dos mujeres. La mirada de aquellos hombres era extrañamente fija.

El director recibió a Isabelle inmediatamente.

—No comprendo, señor —le dijo ella—, el objeto de su llamada. Mi marido murió hace dos años sin dejar más familiares que

yo. Era el último de su apellido. Se trata, por supuesto, de un error, y de un error que es para mí muy desagradable.

—Lo sé, señora, lo sé —contestó el director—. Hemos hecho averiguaciones, y precisamente por eso...

Era un hombre grande, afable, que llevaba las insignias de la masonería en unas alhajas que colgaban de la cadena de su reloj. Cuando hablaba parecía estar dictando una carta.

—Ante la insistencia de uno de nuestros hospitalizados, que por otra parte ha fingido amnesia durante varias semanas, en declarar que se llama Olivier Meignerais, me veo obligado a rogarle, por penoso que pueda resultarle desde todos los puntos de vista, que lo vea y nos dé luego toda la información que pueda poseer acerca de él. Le advierto —continuó el director— que es muy posible que usted no lo conozca de nada. Puede ser un mero conocido de su señor esposo, o un antiguo proveedor, o incluso alguien que no ha llegado siquiera a hablar con él. Las atribuciones de personalidad en la demencia escapan a toda lógica, y precisamente por eso... ¿Podemos acaso saber el motivo por el cual un enfermo desea tomar el nombre de otro? Voy a hacer que las acompañe el jefe de los guardianes.

El jefe de los guardianes, sin duda un antiguo suboficial del ejercito colonial, llevaba el quepis de través y el guardapolvo blanco abierto encima del uniforme, para que se viera bien la cinta de su medalla. Tenía aproximadamente cuarenta y cinco años, unos ojillos oblicuos en una cara de anchura lunar y algo de invertido en el movimiento de sus gruesas caderas. Un ex presumidillo. ¿Qué camino habría seguido para terminar en aquel oficio del cual parecía satisfecho?

—Vamos a pasar por los patios —dijo.

Corrió el cerrojo de una puerta, hizo pasar a las dos mujeres y volvió a cerrar con cuidado.

Isabelle tuvo la sensación de caer en una fosa.

Allí ya no había flores. Altos muros sombríos se elevaban como las paredes de un pozo; había algunos árboles tristes cuyos botones no llegaban a estallar. La niebla misma era más densa, más gris, más oprimente.

Mientras lo atravesaban, Isabelle y la señora Polant se cruzaron con algunos viejecitos vestidos de grueso paño azul, con una inmensa

boina vasca que les daba una apariencia infantil y grotesca. Andaban a pasitos cortos y apresurados siguiendo caminos que no tenían sentido más que para ellos mismos, en ese destierro sin retorno que es la senilidad, en su doble reclusión, física y mental. Encorvados, quebrados, arrugados, escarbando en la grava con las suelas de sus zapatos, sorprendían primero por su estatura. Parecía que al ir hundiéndose hacia la muerte hubieran querido volver a tomar las formas de su nacimiento y que sus huesos se esforzasen por obedecer a aquella exigencia.

Algunos, inmóviles, alelados, apoyados en el muro o en un árbol, contemplaban el tiempo que huía en ellos, al ritmo de su menguada respiración. Sus ojos atrapaban al visitante cuando entraba en los patios, se pegaban a él, lo acompañaban, se hacían un poco más ardientes, un poco más inquietantes a medida que se acercaba, y lo seguían hasta la otra puerta. Luego las cabezas de los reclusos volvían lentamente a su posición inicial y sus miradas retomaban la contemplación de la nada.

Un anciano de rostro atormentado por una ansiedad permanente cruzaba y descruzaba sobre el pecho su bufanda de lana gris, y cada vez que lo hacía se daba en el esternón golpecitos nerviosos.

Otro, sentado en el suelo en un rincón de uno de los edificios, jugaba con un tambor imaginario. Se había levantado la visera de la enorme boina, recta sobre la frente, como un sombrero de gendarme del Segundo Imperio. También él siguió con los ojos a las dos mujeres, pero sin dejar por eso de manejar las baquetas fantasma ni de canturrear: —Rataplán, plan, plan; rataplán, plan, plan...

Isabelle no sabía qué hacer con su propia mirada. ¿Debía fingir no ver a aquellos desgraciados o debía sonreír? Comenzaba a invadirla una sensación de malestar, y tenía prisa por que acabase aquella pesadilla. Pero el jefe de los guardianes no se apresuraba. Contoneándose, se movía con la satisfacción de un conservador de museo que muestra una colección. Proporcionaba toda clase de informaciones.

—Los jóvenes están en el otro lado. No se los puede poner con éstos, que están chochos, porque les pegan. Me imagino que no les interesa ver eso, ¿no? Entonces no se asusten, vamos a pasar por delante de los aulladores.

Una puerta, otra puerta; a medida que Isabelle avanzaba oía

crecer una inmensa queja, aguda, sincopada, que subía hacia el cielo gris, formada por centenares de gritos diferentes, de aullidos de lobos, de imprecaciones, de gemidos de animales aplastados, de silbidos de locomotoras. Los aulladores estaban encerrados en pequeños patios enrejados. Allí ya no había nada de humano. Los dementes no ofrecían más que una imitación animal de la cólera en la sociedad de los hombres, cuando había siquiera imitación: la mayor parte de los seres encerrados detrás de aquellas rejas se situaban en un lugar particular de la escala de los primates, pues el hecho de haber poseído una razón los llevaba a un estado más bajo que si jamás la hubieran tenido.

La llegada de las visitantes duplicó su violencia, su locura y sus vociferaciones. Algunos se tiraban contra las rejas y las sacudían con todas sus garras, pegaban a ellas sus rostros gesticulantes, otros tendían el puño; otros desnudaban una obscenidad que ni siquiera tenía como excusa la de presentar los signos del deseo.

Reinaba un olor a pocilga. Sin poderlo remediar, Isabelle recordó un paseo del brazo de Olivier, un día gris muy parecido a aquél, a lo largo de las jaulas del jardín botánico, y volvió a oír la voz de su marido, de aquel marido cuyo nombre la arrastraba hoy allí, que decía: «¡Ah!, el fin de los animales no es más alegre que el fin de los hombres».

Y volvió a ver a Olivier con los ojos revirados, vomitándole sangre sobre la cara. Pero al instante siguiente pensó que quizá aquello no había ocurrido nunca, que en realidad Olivier no estaba muerto y que era a él, en realidad, a quien iba a encontrar en cualquiera de aquellas jaulas. En medio de aquella gehena todo parecía posible. ¿Acaso era contagiosa la demencia? Sentía crecer su malestar.

—Todo consiste en saber entendérselas con ellos, ¿sabe? —explicaba el jefe de los guardianes—. Es preciso decir que yo sé un poco lo que es esto. Yo también estuve tocado algún tiempo; las colonias, ¿sabe?, se suben a la cabeza. Entonces, naturalmente... Y hoy no es nada —continuó — ; pero cuando hay luna llena hay que oír lo que es este jaleo. ¡Ah!, en cierta forma es comprensible; para saber lo que es la luna hay que haber visto cómo se levanta en el desierto...

Para hablar de la luna adquiría una expresión extraña; la grasa se apartaba alrededor de sus ojitos y su sonrisa se tornaba vaga...

El lado de los hombres, el lado de las mujeres; también las monas estaban encerradas, con su pelo gris colgando a lo largo de las

mejillas, con miradas ávidas, con las mamas bamboleándose más abajo de la cintura.

Y de repente el clamor de selva ecuatorial enmudeció, como si un pájaro que pasase por el cielo hubiera arrullado alguna advertencia misteriosa. Los monstruos seniles, tranquilizados sin razón aparente, se colocaban unos al lado de otros pegados a las rejas.

Un personaje corpulento avanzaba por la avenida con paso firme; sus ropas no eran ni de hombre ni de mujer; un sombrero negro y chato, un largo abrigo negro que le caía hasta los pies y del que sobresalía el borde de un hábito blanco. Cuando estuvo a veinte pasos Isabelle reconoció al padre Boudret, el confesor de su prima.

El dominico se acercó a las dos mujeres y las saludó.

—Sí —dijo contestando a una pregunta de Isabelle—; vengo siempre que puedo, los días de visita. Tengo aquí dos viejos penitentes. Creo, además, que aunque no fuera por eso vendría igualmente.

La señora Polant hacía pequeñas reverencias y decía quejumbrosa: —Sí, padre... ¡Ah, qué bien está eso, padre!

—Y es usted quien pretende que el infierno no existe, padre —dijo Isabelle señalando lo que los rodeaba.

—Precisamente, señora, éste es el infierno. Dios ha dado a los hombres la vejez como expiación de sus pecados, y yo creo que es suficiente. Toda forma de la vejez es una expiación.

Mientras hablaba, los ojos de todos los viejos dementes permanecían orientados hacia él y en el mismo silencio. Y él, manteniendo con majestad su gruesa cabeza cuadrada, miraba sin cesar en dirección a las jaulas.

—Pero, padre, ¿cree usted que se dan cuenta? —preguntó Isabelle—. Ya no tienen ninguna sensibilidad.

—La suficiente para sufrir —contestó el fraile—; y le aseguro que todos sufren, horrorosamente. Los que conservan la razón total o intermitente, porque son conscientes de su decadencia, y los que ya no la conservan, de otra manera, pero igualmente cruel. Se dice a veces de tal o cual loco que se cree un par de tenazas. No es verdad; quiere ser un par de tenazas, y todo le prueba que no lo es, y choca con la negativa general, no sólo de los hombres sino de la creación entera, a

admitirlo como tal. Sus propios miembros son una contradicción y no encuentra carbones que agarrar. Créame usted: ese sufrimiento no tiene nada de irrisorio: es, tal vez, el peor de todos.

Se despidió y continuó su camino hacia la salida.

—Hay que decir la verdad —dijo sentenciosamente el jefe de los guardianes—: cada vez que pasa ese cura los aulladores se callan. Es extraño. Sabe tratar con ellos; no queda más remedio que creerlo. Podría haber sido un buen guardián.

La misma Isabelle se sentía reconfortada por aquel encuentro.

Cuando Isabelle y la señora Polant llegaron por fin al dormitorio de los que guardaban cama, la hora de la visita tocaba a su fin. Unas cuantas personas bajaban las escaleras, mujeres sobre todo, con cestos vacíos en el brazo y secándose los ojos.

—¿Crees que volveremos a ver al pobre abuelo? —decía una de ellas, una anciana de pelo gris—. Es la última vez, ¿eh?

—¡Oh! —contestó otra—, en cierto sentido, mamá, casi es de desear. Sería una liberación para él, y para todo el mundo.

—¡Ah, sí! Tienes razón: verlos terminar de esta manera...

Detrás de la puerta del dormitorio un viejecito en faldas de camisa, con las manos agarradas al picaporte, repetía a media voz con tono de angustia y de desdicha: —¡Mimí! ¡Mimí! ¡Mimí!

El jefe de los guardianes lo apartó.

—Vamos, abuelo —le dijo—; ya volverá, tu Mimí, volverá el jueves. Vamos, acuéstate; que no tenga que llevarte yo mismo.

Y el viejecito en faldas de camisa volvió a su lugar.

Los enfermos estaban alineados a ambos lados de la larga sala, en camas de hierro pintado de blanco, las mismas camas de todos los hospitales, esas camas en que las mujeres traen a sus hijos al mundo y en que los ancianos vuelven lentamente al seno de la muerte.

Al lado de cada cama había una mesilla de noche donde los enfermos ponían sus objetos personales, los objetos personales tolerados; eran raras las fotografías, y la mayoría no tenían ni cristal ni marco; más frecuentes, por ser día de visita, eran los paquetes de caramelos ácidos o de barquillos. Y además, chucherías dispares: un zuequito de madera, un botón de metal como los que usan los guardabosques, una libreta de notas.

Varios ancianos comían lo que acababan de traerles, empujando golosamente el alimento en la boca, mientras miraban pasar a Isabelle y a la señora Polant con esas pupilas obstinadas y sin resplandor, como todas las que habían encontrado desde su entrada en el asilo.

Un hombre calvo jugaba con un rosario. El jefe de los

guardianes se lo arrancó de los dedos diciendo: —Prohibido, bien lo sabe usted.

Y como la señora Polant ponía cara de indignación le explicó: —Nunca se sabe qué son capaces de hacer. Podría estrangular a cualquiera, o colgarse él mismo.

Isabelle observó a un anciano de apariencia muy digna, que alisaba con un peinecito su hermosa barba redonda de príncipe indio. Inclinó la cabeza con un movimiento cortés en dirección a Isabelle y siguió peinándose el mentón. Había nobleza en su frente y en sus gestos.

Lucien Maublanc ocupaba la última cama de la fila izquierda. Estaba tumbado de espaldas, enteramente horizontal, con los párpados cerrados sobre sus saltones ojos y la cara terriblemente enflaquecida.

Su respiración, lenta y débil, se escapaba por los labios, que dejaban al descubierto, cada vez que se separaban bajo el aliento, la punta de la lengua.

Ante aquel cuerpo, las dos mujeres sufrieron el mismo sobresalto y se miraron.

—¿Cómo? Pero ¿cómo es posible? —murmuró Isabelle.

—Entonces ¿lo conoce? —preguntó el jefe de los guardianes.

—Sí, claro que sí. Es hermanastro de uno de mis tíos políticos y muy antiguo amigo de mi marido. En efecto, puedo dar toda clase de referencias acerca de él.

Luego le dijo a la señora Polant: —Hay que avisar al señor Schoudler inmediatamente, o a los Leroy, no sé, en fin... Pero hay que sacarlo de aquí, ingresarlo en un sanatorio.

El jefe de los guardianes pareció ofendido.

—En otro sitio no estará mejor atendido —dijo—, si usted lo prefiere; pero véalo usted misma... Sería gastar dinero para nada.

—¿Usted cree que...?

El jefe de los guardianes movió la cabeza, mohíno.

—Veo muchos, ¿sabe?; así que ya estoy acostumbrado —contestó—. Y si se lo digo yo...

La señora Polant se acercó al oído de Isabelle.

—Yo opino lo mismo que el guardián. Ya no le queda mucho tiempo.

—Pero ¿cómo ha llegado aquí? —preguntó Isabelle.

El jefe de los guardianes contó brevemente lo que sabía: detención de Lulu en estado de demencia agarrado a las rejas del metro de la Bastilla, su paso por la enfermería de la cárcel y por Sainte-Anne, y luego su envío a aquel asilo departamental, sección de los seniles. Recogido sin ningún papel (se ignoraba si los había perdido o destruido voluntariamente), había simulado amnesia durante algún tiempo.

—No sé, no sé nada —decía—. No tiene importancia, ya no tengo familia.

Y luego, un buen día, sin que le hubiesen preguntado nada, había anunciado que se llamaba Olivier Meignerais y que estaba casado.

Mientras duró aquella conversación a media voz, Lulu Maublanc no cambió de posición.

—¿Se pasa el tiempo durmiendo así? —preguntó Isabelle. —No duerme, finge que duerme. Cuando duerme de verdad no sopla por entre los labios, pero, ¿sabe usted?, viene a ser aproximadamente lo mismo.

El vecino de Lulu no parecía dedicar ninguna atención a los visitantes. Sentado y replegado, escribía encima de las rodillas, sin parar, con un lápiz minúsculo. Sólo se detuvo para decirle al guardián con voz precipitada: —¡Mañana papel! ¡Sin falta! ¡Papel!

Del otro lado de la cama de Lulu estaba el espacio reservado a la ducha, con una gran cañería que serpenteaba por el suelo.

—¡Vamos, abuelo! ¡A despertarse! —dijo el jefe de los guardianes.

Lulu no se movió.

—Vamos, señor Meignerais, vamos...

—No, Meignerais no —dijo Isabelle frunciendo el ceño.

Y le sopló al guardián: —Maublanc.

—¡Vamos, señor Maublanc!

Lulu seguía haciendo «pf…, pf…» por entre los labios.

Oía perfectamente que lo llamaban, pero no quería abrir los ojos para no ahuyentar las imágenes que en aquel momento pasaban bajo sus párpados.

Caminaba hacia la plaza des Temes. Una mujer acababa de besarlo. Estaba contento. Sabía que en lo alto de la avenida de Wagram iba a encontrarse con otras dos mujeres, que se lo llevarían al piso de arriba de una casa de techo de pizarra y pequeños azulejos, una casa adonde nunca había ido pero que conocía bien, puesto que hacía años que la veía en sueños. Aquello era mucho más interesante que contestarle al guardián.

Un enfermero, que caminaba lentamente por entre las camas, le dijo al jefe de los guardianes: —¡Ah, qué cabezota!, ¿eh? Y luego, en otros momentos, ¡hay que ver! Para tenerlo tranquilo…

Sobre la mesilla de noche de Lulu no había libreta de notas, no había cartera, no había bolsita de caramelos, no había nada de lo que había en las demás mesas, sólo cuatro paquetitos chatos, cuidadosamente hechos.

—Sí, es una de sus manías —dijo el jefe de los guardianes viendo la mirada de Isabelle—: recoge guijarros y los envuelve en papel.

En aquel momento, el príncipe indio del otro extremo de la sala hizo un gesto altanero para llamar al enfermero.

—¡Mira! —le dijo éste al jefe de los guardianes—. ¡Ya vas a ver a aquel puerco! Estoy seguro de que lo ha vuelto a hacer. ¡Ah, pero lo que es esta vez…!

Efectivamente, el hombre de la barba redonda tan cuidada sacaba la mano de debajo de la sábana, sosteniendo entre los dedos un excremento que tendía al enfermero. Y en aquello, como en todas sus actitudes, ponía mucha dignidad. Le gustaba estar limpio y que las cosas estuviesen en su lugar. Pero para conseguir cambiarle la sábana hubo una batalla. Entonces el enfermero, cansado, gritó: —¡Vamos! ¡Ya estoy harto! ¡A la ducha!

Secundado por un ayudante, arrastró al barbudo a través de toda la sala y lo desnudó.

El ruido del agua en el cañería pareció sacar a Lulu de su falso sueño e hizo asomar una sonrisa en sus labios.

De repente Isabelle experimentó un sobresalto y se volvió. ¿Quién podría cantar en aquel lugar, con aquella hermosa voz cálida, firme y pura? Era el viejecito que hacía un rato gemía: «¡Mimí! ¡Mimí!» y que ahora, para tapar los aullidos del duchado, acababa de entonar:

Mais quand reviendra le temps des cerises...[3]

Entonces Lulu se sentó en la cama, abrió los párpados y recorrió su universo con aquella mirada lechosa que la demencia apenas había modificado, pasando del desgraciado que forcejeaba contra el chorro asestado en plena cara al flacucho que continuaba:

Les filies auront la folie en tete...[4]

Y se agrandó la sonrisa en su rostro deforme.

—Bueno, hoy tiene usted visita —dijo el jefe de los guardianes en medio del alboroto.

—¡Ah, sí! Tengo visita —repitió estúpidamente Maublanc.

Su voz lenta, pastosa, seguía expresándose por la esquina derecha de la boca, pero como de aquel lado estaba completamente desdentado, producía al hablar un silbido húmedo.

Sus ojos se detuvieron en las dos mujeres.

—Buenos días, ¿cómo están ustedes? —añadió.

—¿Me reconoce? —dijo Isabelle.

—Perfectamente, es usted Isabelle, la sobrina de Jean.

Se volvió hacia su vecino, que continuaba escribiendo a toda velocidad, y dijo: —¡Eh! ¿Ves? También yo tengo visita.

En el movimiento que hizo Lulu mostró la nuca cruzada por una larga cicatriz pardusca, con cuatro puntos de sutura.

Los ojos aterrorizados de Isabelle se volvieron hacia el jefe de los guardianes.

—Se hizo eso en su último paseo, cayó de espaldas contra una acera —contestó éste—. Entonces ¿cómo se llama usted?

Lulu se encogió de hombros y su turbia mirada pareció enteramente absorta en el paciente que ocupaba la cama de enfrente y que estaba comiendo.

La señora Polant sacó del bolso una galleta (siempre llevaba con ella algunos bizcochos que pellizcar, algunos caramelos de regaliz que chupar) y se la tendió a Lulu. —Galleta… —dijo éste alargando una mano temblorosa. Con una voracidad infantil se metió la galleta entera en la boca y volvió a tender los ávidos dedos.

La señora Polant le dio otra galleta, que desapareció con igual prisa.

El ruido de agua había cesado, habían secado al príncipe indio y volvían a acostarlo.

El flacucho había dejado inconclusa su canción.

El dormitorio volvía a ser una habitación de enfermos tranquilos, ocupados en sencillas tareas o en pensamientos sosegados.

Lulu miraba a Isabelle con insistencia, observaba detalladamente su sombrero, sus ojos oscuros, su cuello de piel. Murmuró: —¿Se porta usted bien? ¿Se porta usted muy bien? Entonces, si se porta usted bien…

Alargó el brazo hacia los paquetitos de su mesa de noche. —Tome, es para usted, le quedará bien.

—Gracias —dijo Isabelle tomando el papel.

A las palabras les costaba trabajo formarse en su garganta.

—¡Ah, está bien! —dijo Lulu—. No los rechaza.

—¿Tiene usted algún encargo que hacerme? —preguntó Isabelle—. ¿Qué necesita? ¿Qué le gustaría que le trajera?

—Nada..., absolutamente nada... No necesito nada, me cuidan muy bien, son muy amables conmigo —contestó Lulu mirando con miedo al jefe de los guardianes.

Luego, tirándole a Isabelle de la manga, le murmuró: —Le dirá usted a mi hermano Jean que voy a reunirme con mamá; ella no nos reñirá.

Isabelle asintió y se tapó los ojos con la mano. Por poco digno de estima que hubiera sido Lulu durante toda su vida, aquel hombre, que aún poseía a su nombre una enorme fortuna pero cuyos bienes reales eran sólo unos cuantos guijarros envueltos en trocitos de papel, aquel rey del juego y de los establecimientos nocturnos que era llamado abuelo por un antiguo suboficial de las colonias, aquel viejo que confundía a los vivos y a los muertos, pero que era consciente de la proximidad de su muerte, no podía sino inspirar compasión, e Isabelle se acordó de las muy recientes palabras del padre Boudret.

La señora Polant, curiosa, se había inclinado al mismo tiempo que Isabelle para escuchar la confidencia. Sólo entonces Lulu pareció reconocerla, y fue como si en él se soltase un resorte.

Con mirada malévola y el índice apuntando a la señora Polant, murmuró: —Vieja arpía... ¡Vieja arpía! —Luego subió la voz—. ¡Es usted! ¡Es usted! ¡Es usted! —gritó— ¡Es por culpa suya! ¡Por culpa suya! ¡Por culpa suya! ¡Voy a avisar a la policía! ¡Policía!

Avanzaba de rodillas por encima de las mantas, extendía las manos como para agarrar a la señora Polant por la garganta.

Las dos mujeres habían retrocedido espantadas.

—Vamos, vamos, calma, abuelo —dijo el jefe de los guardianes esforzándose por volver a meter a Lulu en la cama.

Pero la crisis no había hecho más que comenzar. Lulu había agarrado los barrotes de metal y los sacudía, lanzaba imprecaciones incomprensibles, agitaba la cabeza deforme como un viejo títere de guiñol. No se podía entender que aquel cuerpo descarnado, que un cuarto de hora antes parecía un cadáver, pudiese recobrar tanta fuerza. Algunos de los demás enfermos volvieron los ojos hacia él, pero el vecino siguió escribiendo. El príncipe indio se había puesto otra vez a peinar dignamente su barba empapada. Se oyó tararear:

Mais quatid reviendra...

—¡Baptiste! —gritó el jefe de los guardianes—; ¡échame una mano!

El enfermero llegó en el momento en que se producía un gran estrépito al lado de la cama. Lulu acababa de caer al suelo, tirando la mesilla de noche.

Arrastraba sus nalgas desnudas sobre el blanco enlosado, le daba puñetazos en las piernas al enfermero y seguía llamando a la policía.

—¡Vamos! ¡La camisa de fuerza! —dijo el jefe de los guardianes. Y luego a las dos mujeres, con mala cara—: Lo mejor es que se marchen, señoras; ya ven que es su presencia...

Isabelle y Polant se batieron en retirada a través del largo dormitorio. Antes de cruzar la puerta oyeron que Lulu gritaba: —¡Ya ven lo que me hacen! ¡Ya ven cómo me tratan! ¡Avisen a la policía!

Ellas se volvieron; acababan de ponerle a Lulu la camisa de fuerza. Del saco de gruesa tela gris sólo salía una cabeza que vociferaba, con unas enormes sienes purpúreas.

—Le ha dado un ataque —dijo la señora Polant.

Todavía hubo un ruido de bofetadas aplicadas al vuelo sobre aquel rostro miserable.

Cuando al día siguiente por la mañana llegó la ambulancia encargada por Schoudler para llevar a Lulu a un sanatorio, el viejo solterón acababa de sucumbir.

El reparto de los millones que dejaba estaba ya arreglado entre los herederos.

Como la dirección mortuoria era inconfesable, no hubo, naturalmente, esquelas de defunción.

Noél Schoudler, que ya no tenía secretos para Simón Lachaume, al comunicarle la muerte de Lulu le dijo: —¿Y sabe usted qué es lo que se le ha ocurrido a ese animal, para jo..., porque no hay otra palabra? Bueno, ¡ha tenido que ir a morir al hospicio!

Quince días más tarde apareció un anuncio discreto en la

sección de sociedad del *Fígaro*. Las familias Fauvel de La Monnerie, Leroy-Maublanc, Maublanc-Rougier y Schoudler informaban de la defunción del señor Lucien Maublanc, acaecida a los sesenta y tres años. Las exequias habían sido celebradas en la más estricta intimidad.

En realidad, la señora Polant, enviada por la familia, había seguido sola el coche fúnebre.

Port-Royal, 11 de noviembre de 1947

«La adversidad engendra hombres; la prosperidad, monstruos.»

Víctor Hugo

Le esperamos.

Notas a pie de página

1 Concurso que se realiza todos los años para premiar a los mejores alumnos de los dos últimos cursos de los colegios de Francia.

2 Y que todo acabara como la luna amarilla / que sube lentamente por los alamos.

3 Pero cuando vuelva el tiempo de las cerezas...

4 Las muchachas tendrán la locura en la cabeza...